

# OCIOS DE UN PEREGRINO

(Impresiones y recuerdos de viaje)

POR

MANUEL BARROS



BUENOS AIRES

IMPRESA DE "EL CORREO ESPAÑOL," BELGRANO 93 Y 100

1875



## LECTOR:

Si cuando yo escribía estos apuntes, confinado en la celda de un colegio, ó en el gabinete de lectura de un HOTEL, se me hubiese dicho que llegaría á verlos en letras de molde y con honores de libro, profeta y pronóstico me habrían arrancado una burlona sonrisa por toda respuesta.

No era tal mi ánimo, en verdad. El papel en que los trazaba, servíame de confidente, y en él depositaba las impresiones que mi forzado aislamiento me impedía comunicar á un HERMANO VAGABUNDO, como diría el ilustre Zorrilla.

El hombre, con raras y despreciables excepciones, es un animal sociable. Robinson, el conocido héroe de Daniel Foe, en la soledad de la isla que le dieran por asilo las enfurecidas olas, arrastrado por sus instintos de sociabilidad, comienza por pensar en voz alta; habla despues con la araña, su compañera de gruta; luego con el llama y el loro; más tarde, en fin, con Domingo: vá de la araña al hombre. ¡Curiosa gradacion!

Yo, sintiendo en tan alto grado como Robinson, el horror de la soledad material, he vivido en ciudades populosas, cual él en la isla de la Desolacion, antes de domesticar la araña, y comprendí que hay una soledad más horrible todavía que la del desierto: la soledad del corazón. Cansado de ambas, y no creyéndome con aptitudes para domar alimañas, busqué en mí mismo la sociedad que apetecía. Y nació este libro, falto de método y de plan, árido, monótono, escrito á saltos. ¡Cómo

conciliar la sujecion á un plan preconcebido y ordenado, con la desordenada movilidad de mi existencia nómada?

Nunca pretendí llevar un diario circunstanciado de mis viajes: ni me propuse escribir una relacion exacta de lo que viera digno de nota; porque es achaque viejo en mí el no poder soportar la monotonia de esa clase de obras, especie de cuadernos de bitácora. Solo queria fijar, con la palabra escrita, impresiones pasajeras; ora consignar las diversas ideas que me sugerian la observacion de las costumbres, el estudio de las leyes y la historia de los países que recorría, y la contemplacion de las bellezas naturales que el azar colocaba en mi camino; ora desahogar la tristeza que á veces amontonaban en mi corazon tiránicas reminiscencias de otros dias.

Mi humor era mi norma. Por eso en este libro pacen en revuelta confusion lo sério y lo jocoso, lo sentimental y lo irónico, lo grave y lo ligero; artículos descriptivos, de costumbres y hasta de polémica; páginas inspiradas por el amor patrio, en vindicacion justísima de la noble España, cuyo glorioso nombre en balde pretenden mancillar la envidia y la ignorancia; y otras, que solo contienen gemidos del corazon arrancados por la soledad y los recuerdos; pálidas vestiduras de esas vagas aspiraciones del alma replegada en sí misma; de esas ideas indefinibles y contrapuestas, unidas en el cerebro por luminosos hilos, y á las cuales con dificultad se aviene á dar forma sensible la rebelde palabra humana.

Como se vé, no me lisongeo de haber seguido al pié de la letra los preceptos clásicos; de haber realizado el OMNI FULIT PUNCTUS, de Horacio. Tampoco se trataba de eso ciertamente; pero la conveniencia de prevenir dos ó tres objeciones, de las muchas á que la critica razonada podría hallar motivo en estas páginas, si en ellas reparase, que no lo haré; me impulsó á escribir algunas líneas á guisa de advertencia preliminar.

Los dóciles esclavos de la rutina, de la preocupacion ó del fanatismo, sea cualquiera la ergástula moral, si así puedo decirlo, en qué oigan satisfechos el rechinar de sus cadenas, no dejarán de escandalizarse al leer (si las leen) ciertas ideas y apreciaciones esparcidas por esas páginas. Discúlpeme con los tales la ingénua confesion de que en lastimar y herir sus estúpidas creencias he cifrado siempre uno de los escasos placeres de mi vida. A gentes más respetuosas con los fueros de la razon, y menos enemistadas con la libertad del pensamiento, recordariales, con Terencio, que:

.....HUMANUM NIHIL A ME ALIENUM PUTO.

Ahí me tienes, lector, con mis emociones íntimas, con mis creencias, con mis dudas y mis aspiraciones. Yo estoy en este libro como el rostro en el espejo que lo copia. Me someto á tu juicio; pero antes de formularlo, ten en cuenta que llevo á tu presencia solo y á pecho descubierto, cuando tan fácil me sería abroquelarme tras un brillante prólogo debido á cualquier amigo complaciente. ¿Para qué, si somos ya antiguos conocidos?

M. BARROS.





---

En la bahía de la Habana y á la vela.

I.

El buque que debia conducirme á Nueva-Orleans, iba á hacerse á la mar muy temprano, y no habiéndome tenido nunca por madrugador, creí más conveniente y más cómodo ir á pasar la noche abordo, con lo que me evitaba la ansiedad de la espera, la zozobra de llegar tarde, y la obra de romanos de levantarme con el sol. Fuime, pues, abordo, acompañado de mis buenos amigos, B. y R. Despues de un rato de conversacion sobre cubierta, despedímonos, se retiraron, y quedé á solas con el capitán y mis pensamientos.

Todas las despedidas son tristes. Es esta una regla general que no admite excepciones, pues repétidamente la he experimentado por mí mismo; y de mí se decir que ningun *adios* me ha sido indiferente, ora lo hayan pronunciado personas queridas, con voz entrecortada por los sollozos, y ojos humedecidos por el llanto; ora simples conocidos, amigos *superficiales*, con voz firme y enjutas pupilas. No negaré que haya más dolor en unos casos que en otros; pero es indudable que hay dolor en todos. ¡Cuantas veces, al sentir oprimido el corazón, despidiéndome de un compañero de viaje, de un camarada de mis alegres horas juveniles, me he preguntado con despecho, cuándo, en qué olvidado instante naciera en mí aquel afecto!

Y si esto me ha sucedido con los que yo suponía serme indiferentes, ¿qué no habrá sido al decir adios, tal vez para siempre, á los que de veras amo?

---

---

## II.

La noche está deliciosa; es una de esas noches que solo se ven en los climas tropicales. Límpido y trasparente el cielo; una luna sin rival meciéndose voluptuosa en el espacio; la dulce brisa que hace habitables estas zonas, el suave *terral* soplando tan mansamente que apenas basta su soplo á rizar la superficie de la bahía, tersa como un cristal, plateada como la luz que la abrillanta... ¡Oh! Por gozar de estas noches incomparables, pueden soportarse con paciencia los mortales días de la zona tórrida.

---

Mirada desde aquí la Habana, bañada en torrentes de luz. tiene algo de fantástico y mucho de bello. ¡Cuán hermosa me parece! ¡Nó: Boabdil no lanzó sobre su querida Granada, cuando de ella le arrancaron el hado y su propia pusilanidad, miradas más tristes que las que yo tiendo por mi Habana gentil!

A intervalos, interrumpen el silencio de esta noche, ya el lento golpear de un remo que quiebra las aguas, ya la voz ruda de un *guadañero* (1) que canta aires de su país, recordando las melodías que arrullaron su sueño infantil; ora el melancólico y varonil *¡alerta!* de los leales voluntarios que guarnecen las fortalezas del Morro y la Cabaña, cruzándose con el de los que velan en la Punta. ¡Compañeros de armas! ¡Ya no compartiré más vuestros desvelos, vuestras fatigas en servicio de la pátria, y siento separarme de vosotros, hermanos míos!

---

---

(1) Botero, el que dirige un bote.

¡Qué triste noche, con mi duelo á solas,  
Con mis recuerdos de placer luchando!  
Rumores quejumbrosos de las olas,  
El eco amigas voces remedando;  
El son lejano de las barcarolas  
Que entona el pescador que vá bogando;  
Suspiros de la noche y de la brisa,  
Ecos remotos de sonora risa:

La luz de aquella luna immaculada  
Meciéndose en el cielo trasparente:  
La atmósfera de encantos impregnada,  
En que bebiere inspiracion la mente:  
Mi hermosa Habana, de esplendor velada,  
Tendida en sus vergeles muellemente;  
Voces eran, fulgores y gemidos  
Familiares al alma y los sentidos.

Eran mi vida que veloz corriera  
La juventud que al alma abandonaba;  
Sueños de dicha que el amor fingiera  
Y el destino iracundo disipaba:  
La gloria que anhelante persiguiera,  
La musa de mi vida que espiraba:  
Y era el adios de un corazón muriendo  
Aquel adios que pronuncié gimiendo.

En vano al sueño, de sufrir ahito,  
Consuelo en mis pesares imploraba;  
Memoria inquieta, con vigor maldito,  
La mágia del pasado reanimaba:  
En el etéreo mar de lo infinito  
El alma audaz del sentimiento esclava,  
En vano confundirse pretendia:  
¡La materia tenaz la retenia!

---

---

III.

Llegó la hora de partir. El vapor que nos ha de remolcar para salir del puerto, se aproxima envuelto en

nubes de humo, y nos arroja el cable: amarrándole los marineros, y salimos.

Fijo los ojos en la ciudad que ha visto deslizarse los mejores años de mi vida, y la miro tristemente, la abandono como si abandonara mi patria.

Allí lució la alborada de mi juventud: allí quedan séres amados.....

Un fresco *terral* nos impele suavemente, y la Habana vá desapareciendo, desvaneciéndose por grados en la distancia. Aún reconozco sus barrios: aún podria señalar las calles más frecuentadas por mí, las casas en que moran los que amo. Despues.... las adivino.

Del Morro, vagamente, en lontananza,  
Destácanse los fuertes rebellines,  
Y de la Habana la mirada alcanza  
Apenas los espléndidos jardines:  
Remota, cual del hombre la esperanza,  
Flota del horizonte en los confines;  
Mas, cuando de mis ojos se escondia,  
Con los del alma viéndola seguia

Luego, sobre esas aguas encantadas  
Que rizan, en el golfo mejicano,  
Del trópico las brisas perfumadas,  
Meciose el buque, de belleza ufano:  
Hundí en el horizonte las miradas,  
Buscando ansioso el paraiso indiano, .  
Y escucharon las auras mis lamentos  
Prestándome el dolor blandos concentos.

¡Cuba gentil: yo mi destierro, un día,  
Injusto te llamé;  
Y hoy siento que eres tú la patria mia,  
Y dejarte no sé!

¡Cuba: yo te amo como el niño adora  
El seno maternal  
Y el náufrago la luz consoladora  
Que brilla sobre el mar!

Cuba querida: refulgente ayer,  
Del alma vida y luz,  
Sueños de amor, de gloria y de placer  
Risueña juventud;

¡Adios! Ya nunca latirá contento  
Mi herido corazón  
Desierto helado en que no arrulla el viento  
Ni una sola ilusión.»

---

---

#### IV.

Si el temor de decir una vulgaridad, no me contuviese, diría que el corazón del hombre es un misterio; pero esto ya lo ha dicho todo el mundo. Diré, pues, que es una miseria.

Hace poco más de nueve años, me hallaba á bordo de un buque, como ahora; con la diferencia que la proa apuntaba al Sudoeste. Mi patria quedaba por la popa, y yo con ojos húmedos de llanto, miraba hacia mi patria, porque allí dejaba el corazón. Sí; yo lloraba entonces, y sentía desgarrarse mi alma á medida que el buque huía de aquellas costas y se perdían en el brumoso horizonte los confines de Galicia.

Hoy también estoy embarcado; también la popa del buque se vuelve á una tierra querida. Hoy abandono lo que he llamado mi destierro tantas veces; la patria es el término de mi viaje, y sin embargo, también mi vista se dirige por la popa: y si ya no lloro, porque mis lágrimas se agotaron, siento el corazón hecho pedazos al ver en lontananza los indecisos contornos de Cuba.

¿Está el hombre condenado á mirar siempre atrás, á llorar lo que deja, á lamentar los días que pasaron?

¿Qué es ese dolor que le abrumba al separarse de los lugares que vieron transcurrir algunos días de su vida, risueños ó sombríos, tranquilos ó tempestuosos? ¿Es miedo á lo desconocido, á lo porvenir, antes que pesar por el abandono de un presente más ó menos grato?

No sé; solo sé que en situaciones semejantes he deseado mucho poder borrar de mi memoria las horas todas de mi vida precedente; y mil veces he exclamado con el poeta:

«Cuando la sed del alma se ha encendido  
Y la copa quebró junto á los labios,  
Decidme amigos, contestadme sabios:  
¿Dónde se bebe el agua del olvido?»

---

---

V.

¡Cuán bonancible mar! El cielo sin nubes, la luna derramando su luz nacarada que se quiebra en las suaves ondulaciones de este golfo de Méjico, sereno como un lago: la brisa saturada de perfumes, que ha recogido en los jardines y en las selvas tropicales que recorrió en su vuelo, impulsándonos con dulzura hácia el Noroeste. ¡Magnífico, sublime espectáculo! Aquí cuesta trabajo creer en los huracanes, en las tormentas de Otoño y hasta en las nubes.

Surcando voy las aguas que tantos ilustres españoles han surcado desde el siglo XVI al XVIII, desde Hernando de Soto hasta Galvez. Por aquí debieron navegar Cortés, Grijalva, Balboa, y Ponce de Leon, el que buscaba la fuente de la juventud, como yo la fuente del olvido. Pero ¡ay! Ellos corrían en pos de un espléndido ideal de gloria; y yo.....

---

Hémos aquí próximos á la barra del Mississipí: el color verduzco de las aguas, así lo indican. Yo no navegamos sobre las azuladas ondas del golfo mejicano.

El Mississipí debe ser inmenso, á juzgar por la enorme masa de agua que trae al mar.

Densa niebla cubre el horizonte, y hay que navegar con cautela para evitar choques y baraduras, pues abundan en estas aguas los buques y los bajos.

Se avista, por sotavento, una goleta, que viene á toda vela hácia nosotros: es la goleta de los prácticos del río. A cierta distancia arrió un bote, tripulado por tres hombres. Acercose el bote á nuestro costado, y el práctico subió á bordo yéndose el bote á llevar prácticos á otros buques que andan bordeando. Nuestro práctico, es un tipo *yankee*: alto, ancho, con enormes botas y alicaído *sueste*. Dá órdenes en inglés, que interpretan dos marineros de los de á bordo.

A las doce fondeamos, sin novedad, dentro de la barra; recibimos la visita de los aduaneros, y uno de estos, queda en el barco para acompañarnos hasta Nueva-Orleans: es criollo de origen francés, y sus facciones revelan en él algo

de sangre africana. En este fondeadero, debemos esperar el vapor remolcador, con cuyo auxilio remontaremos las treinta leguas de río que separan á Nueva-Orleans de la desembocadura del Mississipi. Llámase la boca por que entramos, *South West Pass* (Paso Sudoeste); pues el río llega al mar por distintos canales, llamados *pasos*.

En una orilla lejana, descúbrese un pueblito formado por las casas de los pilotos ó prácticos, la de los aduaneros y la estacion telegráfica que anuncia á Nueva-Orleans la llegada de los buques. Por entre los muchos buques que aquí esperan remolque ó buen viento, discurren botes cargados de ostras, legumbres y carne fresca.

Inmensa es por aquí la anchura del río, pero sus orillas bajas y cenagosas, no presentan más que soledad, y una vegetacion raquítica. ¡Más favorable opinion tenia yo de su belleza!

---

## VI.

La noche tiende su pabellon de sombras, sin que haya asomado todavía el remolcador; señal evidente de mal servicio por parte de las empresas. Veo que empiezo pronto á perder ilusiones. No esperaba tener que censurar descuidos de esta índole, en un pueblo cuyos asombrosos adelantos materiales pregona la fama sin cesar. ¡Si el Mississipi fuera español, pase!

---

Por fin, á las veinte y cuatro horas de fondear, aparece el deseado remolcador. Llámase *Rochester*, y su escudo de armas consiste en una magnífica cabeza de ciervo, dorada, y adornada de colosales *ramas*; símbolo ó emblema, no sé si de la velocidad del buque, ó de la felicidad doméstica del capitán [si es casado]; pues no soy muy ducho en esto de los emblemas.

El *Rochester* se amarró á nuestra fragata por un costado, y por el otro á una barca norte-americana que viene de Nuev-York. Mucha carga me parece y desde ahora auguro una larga jornada.

El aduanero me esplicó la causa del mal servicio de los remolcadores en el Mississipi: ¡no hay más que una Com-

pañía! Esta noticia es un rayo que desgaja otra ilusion del árbol de las mias. Consolémonos: no es solo España el país de los monopolios. La república modelo no le vá en zaga.

---

Mis augurios empiezan á realizarse: lo menos avanzamos..... media milla por hora. El capitan del vapor echa la culpa á la corriente, que es muy fuerte, en vez de echársela al vapor que es muy débil para remolcar dos fragatas. El capitan de la nuestra, en muy buen andaluz, dice al *yankee*, que se vá á quejar del servicio de remolques en todos los periódicss del mundo y diez leguas en contorno y que vá á arruinar á la Empresa. El otro no entiende una palabra y se encoje de hombros. Yo, entre tanto, asesto el anteojo á una y otra orilla. Apesar de haber visto algunos ingénios de azúcar y *plantaciones* de caña y de algodón, falta mucho aún para que estén justificadas las poéticas descripciones que de estas *pintorescas* márgenes he oido á otros viajeros. Tal vez consista en la estacion; pero vengo de un país en que la naturaleza no pierde nunca su traje primaveral, y me cuesta trabajo acostumbrarme á la imágen descarnada y mústia del invierno.

---

Al anochecer, nublose el cielo, sopló con violencia el viento y llovió desesperadamente. El remolcador ancló: ambos *remolcados*, siguieron su ejemplo. Dormiremos, por tercera vez, sobre las aguas del rio que, desde mil quinientos cuarenta y uno, oculta los restos de su descubridor, Hernando de Soto.

Así lo quiere *Rochester*.

---

---

## VII.

Con el dia, nos pusimos en movimiento. El tiempo es precioso, y el viaje se me hace más agradable. Voy reformando mi opinion respecto de las orillas del rio. A

medida que subimos, preséntanse más pintorescas, y aumentando gradualmente en elevacion; en lugar de los pantanos de antes, aparecen ahora, hermosos y verdes campos, y una vejetacion lozana, menos castigada por los hielos de Enero. Los numerosos ingénios que existen á uno y otro lado, dan más animacion al paisaje, realizando su belleza. El contraste del color rojizo de las construcciones de ladrillo con el verde claro de las cañas, y el más oscuro del follaje de los nopales y meples, es de un efecto admirable.

Ya no me pesa confesar que la Luisiana tiene algo de tropical.

---

Acabamos de anclar en la bahia de Nueva-Orleans. Anduvimos treinta leguas en tres dias completos; y paréceme que hay razon para dar fin á éstos apuntes con una exclamacion laudatoria á guisa de epifonema: ¡Gloria al potente remolcador *Rochester!*



## Nueva-Orleans.

### I.

Por fin me hallo frente á frente de la ciudad de la Media Luna, la Perla del Sur, como suelen llamarla en sus raptos poéticos los poéticos *yankees*.

El buque está amarrado al muelle, y yo, anteojo en ristre, examino lo que está á mi alcance.

La ciudad tiene, en efecto, la forma de media luna. Situada á la orilla del solemne Mississipí, en un inmenso recodo que este describe, los edificios siguieron la línea trazada por el rio. La poblacion tiene seis millas de largo, por dos de ancho, aproximadamente.

Los edificios son altos, construidos de ladrillo, y con soportales: faccion arquitectónica que está diciendo que los españoles han sido dueños de Nueva Orleans.

En la bahía, que es enorme, hay tres diques flotantes de gran capacidad: está en la actualidad cuajada de buques de todas las naciones, que vienen á cargar de algodón, ramo principal del comercio del Sud.

Apesar de ser domingo y reinar, por consiguiente, en la poblacion un silencio fúnebre, prueba incontestable de que ya Nueva Orleans no es española, ni francesa siquiera decidíme á saltar en tierra y ver algo, en compañía de un paisano que lleva aquí largos años de residencia.

Recorrí algunas calles, oyendo hablar, indistintamente, francés é inglés, viendo etiopes y mulatos en bastante abundancia; naturales blancos, sinó tan chupados y metidos en sí como los de Cuba, poco menos: algunos yankees dando tras-piés á causa de pesarles más la cabeza que el resto del cuerpo, y otras frioleras por el estilo.

Las calles son generalmente anchas, pero pocas rectas. Tienen aceras de ladrillos puestos de canto, unas (pavimento muy poco recomendable por cierto); y otras, de

una piedra negruzca, que parece prima hermana del carbon mineral.

Entre la acera y el arroyo, hay una alcantarilla descubierta, por donde corren las aguas llovedizas, y algo más, que nada tiene de poético ni de oloroso. Llaman aquí á estas alcantarillas *fossés*, y lo mismo pueden servir para apestar la ciudad, como para desnucar al mal aventurado transeunte nocturno, que no abra bien lo ojos; pues debo hacer constar, que Nueva Orleans, está muy mal alumbrada, cuando la luna no se encarga de la cosa; muy menos alumbrada de lo que suelen estarlo generalmente sus pobladores yankees.

---

## II.

Ayer y hoy he visitado algo la ciudad.

Con el pretexto de hacer algunas compras, recorri varios establecimientos, que hallé á la altura que reclama la importancia de una ciudad tan comercial.

Como se dejase sentir un tanto el calor, dediqueme á la grata tarea de buscar un café, y no para tomar café por cierto. Recorri algunas calles inútilmente. Entré en la de Canal, y allí los hallé; pero....

¡Oh habanero «Louvre»! ¡Oh «Delicias de Colon» que haces las de los paseantes de la calzada de la Reina! ¡Oh «Marte y Belona» guerrero adusto en título, pero dulce, pero sabroso, pero refrigerante en hechos! Perdonad á estos infelices, si quieren hacerse tocayos vuestros, al engalanarse con el nombre de cafés. Esos cafés-clubs, esos cafés en que se charla, se arregla el mundo y se mata el tiempo, solo los latinos los conocemos: solo nosotros sabemos darles toda la importancia que merecen. Los sajones dicen que «el tiempo es dinero» y quien dice esta heregia, y quien la convierte en máxima, no puede, es incapaz de comprender lo que es un café entre nosotros. ¡*Time is money!* ¡Quisiera yo saber cuánto vale el tiempo del infeliz paralítico, ó del miserable que no tiene que arriamar á la boca, á no ser un adoquin, ni donde caerse muerto!..... ¡Frases, frases, farsa!

Sigo con los cafés. Los de aquí carecen de esas cómodas

mesas alrededor de las cuales nos reunimos á tomar política ó literatura ó música, y á charlar coñac y champaña.

Solo tienen un mostrador, y arrimadas á este hay unas sillas altas, asaz parecidas á las que entre nosotros usan los chiquillos para alcanzar á la mesa.

Y en esas sillas siéntanse estos yankees, y se ponen á engullir confites, con la mayor gravedad del mundo.

¡Risible espectáculo para latinos ojos! Por mi parte, acerqueme al mostrador, pedí un refresco de *brandy* y me lo eché al colete, de pié y con el báculo en la mano, como los israelitas cuando saquearon á los egipcios, por órden del cielo.

---

### III

Estuve en la Aduana, un gran edificio, todavia sin terminar, y allí hice algunas observaciones. Por ejemplo, observé que aquí no escasean los empleados; y para sacar permiso para descargar el lastre de un buque extranjero que viene á buscar algodón, hay que perder hora y media largas, y eso siendo experto el que dá los pasos.

No es solo en España y sus dominios donde se ponen trabas al comercio y se multiplican los empleados de un modo portentoso; pues tambien en la república-modelo «cucen habas.» Noté tambien que en la Aduana de Nueva-Orleans no hay intérprete. Yo tuve que traducir el manifiesto del buque, pues ni el dependiente de la casa consignataria ni los empleados sabian el español.

La calle de Canal es la gran arteria de esta ciudad: en ella están la Aduana, la Bolsa, y casi todos los escritorios de comercio y establecimientos comerciales. Los carros del ferro-carril urbano que recorren la ciudad en todas direcciones, parten de allí, y allí vuelven: el precio para cualquier punto de su tránsito es el de cinco centavos por persona. Hay tambien coches de alquiler, pero cobran por cualquier viaje de una ó dos cuadras, un peso ó más, y los cocheros no son muy de fiar. El comercio, en general, está compuesto de yankees y de europeos: los criollos, aquí como en Cuba, ó viven de sus rentas, ó pasean sin cesar, viviendo de gorra, y como por milagro. Son muy

pocos los que se dedican al comercio ó á la agricultura: los empleos, los destinos judiciales, etc., les son más gratos. Efectos del clima y de la educacion.

New-Orleans cuenta 191,322 habitantes.

El gobernador del Estado de Louisiana es un negro, lo cual tiene desesperados á todos los blancos del país, y aún extranjeros, que llevan muy á mal que los negros—ayer todavia sus esclavos—sean hoy sus amos, gracias á ser más en número, y á haberles concedido el Gobierno de Washington los derechos políticos, á la vez que se los quitaba á la mayor parte de los blancos, so pretexto de que habian tomado armas en la guerra contra la federacion. Lo cierto del caso es que el pueblo blanco del Sud aprovechará la primera oportunidad que se le presente para rebelarse contra la tiranía del Gobierno de Washington, rompiendo el detestable lazo federal, que aquí parece ser más pesado que el yugo del autócrata ruso.

La seguridad individual, es aquí una cosa á que debe proveer el individuo interesado, pues no era raro hasta hace poco, que paseando por la calle más céntrica, á cualquier hora de la noche, se arrojasen sobre uno diez ó doce rufianes, le aturdiesen y le robasen. Los vecinos se quejaron, y á fuerza de quejas, consiguieron una reforma en la fuerza de policia, compuesta antes exclusivamente de negres, y que ahora cuenta con muchos blancos. La seguridad ganó algo: pero con todo, me han aconsejado que no abandone mi revolver.

Esta noche he dado un paseo con el capitan y algunos paisanos, por el barrio francés. En una casa de aquel barrio, encontramos al capitan y al piloto de la barca vizcaina llamada «Olano», que también viene á buscar algodon. Con ellos nos retiramos á bordo.

---

#### · IV.

Llegó la hora de partir: un coche me espera, que debe llevarme al paradero del ferro-carril Jackson, para lo cual, lo ajusté en cinco pesos: el viaje será de tres cuartos de hora.

No es, pues, muy económico que digamos, el viajar en

coche por estas tierras. Me despido del capitán, que me ruega que le escriba; del segundo (el infeliz D. Manuel), y del muchacho de cámara, al cual ya le regalé mi traje cubano, y un greenback de cinco pesos, que le han puesto de muy buen humor. Y ahora, al coche con mi paisano Pons y Orfila, que se empeña en acompañarme.

El paradero de Jackson, está en las afueras de la ciudad, pero en completo despoblado ó poco menos.

Las oficinas están llenas de gente, y me cuesta un trabajo de los diablos el sacar mi papeleta ó *ticket*: la saco en fin, pago cincuenta duros, y entro en un carro de primera (1) casi al momento de partir, después de haberme despedido de mi amigo y paisano. El carro está lleno de pasajeros, que con despreocupación yankee se acomodan á sus anchas, dándoseles tres cominos de sus prójimos. Yo comprendo el espíritu de la reunión, y cojo dos asientos para mi solo: nadie chista: síntoma excelente.

El carro tiene estufa, y encendida por más señas: el sol dice que es pariente muy cercano del de Cuba; y con esto y mi traje de invierno, es fácil adivinar que estoy sudando.

Dan las cinco; sale el tren. ¡Adios Nueva Orleans! Milagro es que no me siento triste al decirte adios: tengo un corazón tan sensible, que le bastan tres días para crearse un afecto.

Afortunadamente, ahora palpita con la misma velocidad que en tiempos normales. Y como en un carro de ferro-carril no se puede escribir, y apenas observar lo que se deja atrás, escribiré cuando tenga lugar y espacio, y reposo. Ahora, á pensar y á dormir, si se puede, sobre el banco.



(1) Aquí no hay coches de segunda ni de tercera clase.

## De Nueva-Orleans á Nueva-York en ferro-carril.

### I.

El bueno de Juan Jacobo Rousseau, ha dicho en una de sus obras (*El Emilio*): «Solo conozco un modo de viajar, más grato que el de ir á caballo: el de viajar á pié.» «Parte uno; continúa, cuando quiere; se detiene, cuando le viene en mientes; y hace mucho ó poco ejercicio, segun su voluntad. Observa el país; se vuelve á derecha é izquierda; examina todo lo agradable; se detiene en todos los parajes pintorescos. Si doy con un rio, lo costeo; si con un espeso bosque, voy á gozar de su sombra; si con una gruta, la visito.... Me detengo doquiera que en ello hallo placer; y cuando me fastidio, me voy. No soy esclavo del postillon, ni de los caballos. . . . Viajar á pié, es viajar como Thales, Platon y Pitágoras. Se me hace difícil el comprender cómo un filósofo puede resolverse á viajar de otro modo, y sustraerse al exámen de las riquezas que huella con su planta y la tierra prodiga á su vista.»

Todo esto, y algo más que yo me dejo en el tintero. dijo el filósofo de Ginebra, en una época en que las *diligencias* eran el medio más rápido de transporte; ¿qué no diria, pues, hoy, si al mundo volviera, y contemplase á los infelices mortales viajando dentro de un torbellino de polvo, de humo de carbon y de vapor? Habríanos considerado poseidos del demonio, si era que durante su residencia en el otro mundo se habia convencido de su existencia, pues mientras estuvo en este no le concedió semejante honor, que yo sepa.

Como quiera que sea, no puedo menos de confesar que Rousseau estaba en lo cierto. Si se viaja en calidad de filósofo, yendo á caza de bellezas y adefesios, el mejor medio de hacerlo es el del caballo de San Francisco; lo demás es ir uno como si lo hubieran disparado de un cañon Krupp.

Y precisamente, yo estoy en este último caso. Yo he atravesado los Estados-Unidos de América, casi en toda su longitud, y sin embargo, apenas si puedo decir qué aspecto tenían los caminos que recorrí en alas del vertiginoso vapor. Agréguese á la prisa peculiar de este agente de locomoción, de cuyo descubrimiento tanto se envanece el siglo XIX, la circunstancia de haber viajado día y noche; y como de noche generalmente se vé poco y se duerme mucho, se comprenderá que no habré hecho un caudal de observaciones muy respetable. Apuntaré, sin embargo, las pocas que hice, así como las impresiones recibidas en tan desatinada carrera.

---

## II

Salí de Nueva-Orleans, á las cinco de la tarde, con un tiempo precioso. El sol brillaba en todo su esplendor en el hermoso cielo de la Louisiana, derramando torrentes de su luz vivificante sobre aquellas inmensas llanuras, ya verdes como la esmeralda, ya cubiertas de sombríos bosques de robles, cedros, nopales y otros árboles de clases desconocidas para mí.

A medida que avanzábamos á lo largo de las orillas del Misisipí, el tren aumentaba su rapidez; los ahullidos de la máquina, que remedaban, multiplicándolos, los ecos de los valles, me aturdian. Asomado á una ventanilla, veía pasar ante mí, en precipitada carrera, llanuras, casas, *ingénios*, bosques, aldeas, arroyos, lagos.... Aquello era una linterna mágica cuyas figuras cambiaban por segundos. Pero el sol llegaba al término de su carrera, y ocultando su ígnea faz en el azulado horizonte, dejó, casi al mismo tiempo, sumidos en tinieblas el delicioso panorama movable que contemplaba arrobado, y el mónstruo en cuyo anchuroso seno viajaba yo.

Dejé, pues, mi ventanilla, y acomodándome en mi asiento lo mejor que pude, traté de dormir.

El estado de agitacion de mi mente no me lo permitió por largo rato: la incertidumbre en que estaba sumido respecto de mis asuntos; los recuerdos punzadores de

todos los séres que me aman y yo amo en el mundo, y de quienes tal vez me estaba alejando para siempre: todas estas ideas acudieron á mi mente en aquellas solitarias horas, cual otros tantos buitres que se arrojan sobre un cadáver para despedazarlo. ¡Cuánto maldije la imaginacion y la memoria, ese espejo que se complace en reflejar lo pasado! Yo tengo para mí, que la fábula del buitre, que roe las entrañas del encadenado Prometeo, sin privarle de la vida, es una alegoría de este otro buitre que sin cesar nos viene despedazando el alma, representándonos, en la desgracia, las horas de dicha que pasaron para no volver: en la escasez presente, la abundancia pretérita; y agravando la pintura con esos colores de que tan rica es la imaginacion del hombre, para hacer más notable el contraste, más desgarradora la comparacion entre lo que fué y lo que es.

No dormí, pués; y para distraerme un tanto, me dediqué á observar á mis compañeros de viaje que, apoyados unos en sus brazos, y otros en los brazos y hombros de sus vecinos de asiento, roncaban á más y mejor. Dos lámparas alumbraban tristemente el carro: la estufa estaba encendida, porque caminábamos hácia el Norte, y cada vez se hacia sentir más el frío. En un rincon estaba sentado un viejo que no dormía, ó si dormía, lo hizo despertar el hambre ó la sed, porque abrió el saco de mano, inseparable de todo viajero yankee, sacó de él una botella y algunos pastelitos, y se aplicó á la tarea de *embaular* con un ahinco digno de tal causa.

La botella contenía *Bourbon Whiskey*, á juzgar por cierto olorcillo que hirió mis soberanas narices; y era fuerte por más señas, pués cada vez que el viajero bebaba la botella, acababa por toser de una manera extraña. En esto me dormí.

---

---

### III.

Y durante mi sueño ¿quién sabe cuantos pueblos, cuantos pintorescos paisajes dejó atrás el tren, sin sospecharlo yo tan siquiera? No es este, decididamente, el medio más adecuado para viajar un filósofo. Lo único que recuerdo así vagamente, es que hemos pasado por un puente

vacilante, y de una longitud considerable, á juzgar por la lentitud de la marcha del tren, y el tiempo que tardó éste en reasumir su ordinaria velocidad; era que atravesáramos el Misisipí.

Al amanecer, el paisaje había cambiado. En vez de valles brillantes de verdor, en vez de llanuras sin fin, cubiertas con la espléndida vegetación semitropical de la Louisiana, ofreciéronse á mi vista, montañas altísimas, de pedregosas laderas, destituidas de vegetación, desiertas enteramente; desfiladeros por los cuales descendían, rugiendo, atronadores torrentes; el tren pasaba túnel tras túnel, sumiéndonos por intervalos, en la más completa oscuridad. Los pocos y raquíticos árboles que de vez en cuando *pasaban* por mi lado, ostentaban sus descarnadas y ennegrecidas ramas, sin una hoja siquiera: mudos testigos de un rigoroso invierno. Georgia es el nombre del Estado á que pertenecen aquellas escabrosas soledades, aquellos bosques de arbustos deshojados, en que no parece que hayan penetrado hombres, ni aún bestias. Y así fuí dejando atrás, rápido como una centella, pueblos, desiertos, montañas desnudas de todo, menos de nieve y piedras, sin tener apenas el tiempo necesario para dirigirles una ojeada.

Así fuí al través del Misisipí, del Ohío, del Colorado, del Misouri: así fuí á través de Jackson, Nashville, Columbus, Louisville, Cincinnati, Brownsville, Pittsburgh, Harrisburgh, Filadelfia, New-Brunswick, New-Jersey; y, excepcion hecha de Louisville y Cincinnati, en cuyas poblaciones me detuve, gracias á un percance y á mi voluntad, todas las demás poblaciones, puedo asegurar que las ví como pintadas. Contemplé, sí, infinidad de aldeas ó caseríos, compuestos de reducidísimas casas de madera, pintadas de blanco, y ostentando, en su pequeñez, un estilo de arquitectura que, queriendo aparecer sério y grave, solo consigue hacer reír. ¿Cómo contener las carcajadas al ver una triste casucha de madera, una cabaña, afectando el estilo gótico en sus ojivas ventanas y puertas, y en las almenas de las cuatro esquinas del techo? Imposible. Pero eso sí, aldeas y villas están limpias, rodeadas de terrenos en cultivo, y de jardines.

Parecen pueblos hechos por arte mágica: se diría que no estaban allí la víspera, que brotaron en el mismo instante en que se les contempla, como evocados por un sobrenatural conjuro, al golpe de la varita de un encantador.

Y así es en efecto: brotaron del mágico conjuro del silbido atronador de la locomotora: al choque de las ruedas que hace girar el vapor contra los férreos *rails* tendidos á través de un desierto. Sí: aquellos caseríos, el bienestar de que está impregnada aquella atmósfera, y se lee en la cara de los habitantes; todo aquello que no estaba allí la víspera, se debe á una línea férrea.

No hay caudal de agua en todo ese inmenso territorio, que no esté aprovechado para diversos usos, empleándolo, ya como fuerza motriz, ya como medio de comunicacion: allí, al lado de la carretera, está el canal; al lado de este, el ferro-carril: nada se ha desperdiciado: nada se olvidó.

Una de las cosas que más llamaron mi atencion, fué la nieve de que apareció cubierta la tierra una mañana. ¡Hacia tantos años que no la veía! Desde el año 1861. Recordé, al verla, mi lejana patria, mi familia...: mis ojos corporales se fijaron en la nada, en tanto que con los del alma, recorría, más rápido que el vapor que me arrastraba, enormes distancias en tiempo y en espacio: espigaba en los verdes campos de mi infancia y mi adolescencia, flor tras ilor, lágrima tras lágrima, sonrisa tras sonrisa.

---

#### IV.

En Cincinnati, donde me detuve una noche y gran parte del dia siguiente, trabé conotimiento con un yankee que habia de ser mi compañero de viaje hasta Filadelfia. Viajero experimentado, podia enseñarme mucho, darme consejos muy útiles para mí, incipiente viajero, á estilo de bulto.

Su conversacion era bastante agradable. Habia recorrido los Estados Unidos en todas direcciones y por consiguiente conocia el país á fondo. A la sazón venia de California.

Con él entré en un carro-hotel (sleeping-car) pagando por supuesto, cuatro pesos, por ir en él desde Cincinnati á New-York. Un carro-hotel, es un palacio semoviente: dorado quizá con exceso, adornado de costosos espejos en marcos de preciosas maderas: con asientos de terciopelo; ostentando la plata y los cortinajes de seda por todas partes; reuniendo todas las comodidades apetecibles;

un carro-hotel parece una mansion encantada. A la noche, las incrustadas planchas del cielo-raso, descienden y sirven de apoyo para formar otros tantos magníficos lechos, aislados entre sí por medio de cortinas: cada dos asientos prestan idéntico servicio; sufren igual transformación. Y aquellos lechos nada dejan que desear.

Creo que estos carros-hoteles son una invención yankee; pero no dudo que en Europa serán adoptados muy pronto, si no lo están ya. Lo útil debe copiarse. Es patrimonio de toda la humanidad un ventajoso descubrimiento, una benéfica innovación; nó de un pueblo.

Gracias á mi bondadoso compañero, fuí iniciado en la existencia de un carro de fumar (smoking-car) en casi todos los ferro-carriles americanos, y esta revelación dulcificó en parte el mal efecto que me causaba el eterno letrero: *No smoking* (¡no fumar!), con que tropezaban mis ojos por doquiera, desde que pisara tierra americana.

Varias veces, pués, fuimos él y yo á fumar un habano al carro *ad hoc*: por supuesto, que siempre yo le regalaba alguno, regalo que él estimaba mucho.

Un carro de fumadores es digno de la observación de los aficionados á estudios de costumbres. La apariencia del carro es siniestra, pues generalmente las empresas dedican á este servicio los que ya están próximos á ser dados de baja. Los hay que han sido de primera, y sus asientos, forrados de terciopelo, ó «pana,» son pruebas patentes, aunque deterioradas ya, de su pasado esplendor.

Los fumadores forman el conjunto más abigarrado que puede imaginarse. Todas las nacionalidades están representadas allí por su tipo especial. Así, al lado de un sesudo alemán que se deleita en la contemplación de las azuladas espirales de humo que arranca lentamente, como saboreándolas, de su enorme pipa de madera, de gutapercha, ó de tierra, que de todo hay, fuma el hijo de la verde Erin, en su pipa de tierra blanca, invariablemente, dirigiendo su mirada á los diversos paisajes que la marcha del tren descubre sin cesar. Para él nada significa el humo, después que le ha saboreado; el otro, más profundo filósofo, quizás,—que la Alemania así produce filósofos, como *piñas* Cuba—vé en el humo que se disipa gradualmente, el eterno símil de la inestabilidad de las cosas humanas; y tal vez, rumia en su mente, vagas y confusas ideas sobre lo finito y lo infinito, el objetivo y el subjetivo, la *esencialidad del sér*, el *yo* y el *no yo*.

Tal vez, gradúa los quilates de verosimilitud del siste-

ma de los átomos, ó de otros sistemas tan curiosos y extravagantes como él, hijos legítimos de las cavilaciones y los perpétuos delirios de filósofos antiguos y modernos.

En otro asiento, vese á un italiano de luenga y negra barba, con un puntiagudo sombrero por cobertera. Para este, el fumar no es más que un pretesto para matar el tiempo.

Más allá está un ciudadano del Sud, con un pino entre los labios, y mirando de reojo á mi compañero, que tiene toda la apariencia de un *northman* (hombre del norte;) y aún á mí, que debo parecerle yankee tambien, segun la cara de vinagre con que me obsequia cada vez que se cruzan nuestras visuales.

Y aquí, en un rincon, cerca de la estufa, mi yankee amigo y yo, dedicados á la dulce tarea de reducir á cenizas un par de legítimos vegueros, charlando con animacion, por mi parte al menos, que mi amigo suelta las palabras una á una y no muy de su grado, por las señas; pués corriendo quizá por sus venas sangre alemana, habria preferido fumar reconcentrado en sí mismo, abandonado á las extrañas *réveries* á que tan dado es el pueblo germánico.

No menciono á los inveterados mascadores de tabaco, que abundan, y no poco, por no darme un mal rato, ó mejor dicho, por no repetírmelo al recordarlos.

Figúrese el curioso lector algo parecido al ligero bosquejo que acabo de trazar velozmente; sumido ese algo, en una pesada atmósfera compuesta de los peores y más hediondos tabacos de esta tierra y de la respiracion y del olor especial de la mayoria de los fumadores congregados en el coche; figúrese esto, digo, y tendrá una idea aproximada de lo que es un *coche de fumadores*, en un ferro-carriil norte-americano.

---

---

V.

Mi amigo se complacia en llamar mi atencion hácia todo lo que él creía notable por lo raro ó lo pintoresco, ó por el valor del recuerdo histórico que despertaba.

Mostrome, pués, el famoso punto llamado *Horse-Shoe-Curve*,—la Herradura—entre Pittsburgh y Filadelfia, en el

cual la línea férrea describe casi un círculo perfecto, costeando el borde de un vertiginoso precipicio, cuyo fondo semi oscuro, se distingue casi á plomo, bajo los ojos del observador, desde la ventanilla del coche.

Me mostró el *Delaware*, rio bastante caudaloso, el cual atravesamos, gracias á un puente colgante, que maldita la confianza que me inspiraba; y me indicó tambien varios parajes en las montañas inmediatas, ilustrados por acciones heroicas de los soldados de Washington, en la guerra de la independencia.

Por aquella parte de la Pensilvania, comencé á ver árboles frutales, pinos, robles, cipreses, cedros, etc., parecidos, ya que no del todo iguales, á los de mi patria.

Noté tambien mayor esmero en el adorno, arreglo y cultivo de los jardines y huertos de que todas las casas están rodeadas, á medida que nos íbamos aproximando á Filadelfia, la ciudad de los jardines y del amor fraternal: la ciudad de los austeros *cuáqueros*.

A eso de las tres, se detuvo el tren unos cuantos minutos: bajaron los pasajeros de Filadelfia, para tomar el *ómnibus* que debia llevarlos á aquella ciudad; y como mi reciente amigo era uno de ellos, nos despedimos afectuosamente... para no volvernos á hallar en la vida.

Vi, pues, entonces, á Filadelfia, á lo lejos, y como al través de una nube: como Moisés la tierra de promision; pero, más feliz que él, no me he muerto inmediatamente. sin duda porque ni yo soy Moisés, ni aquella era mi tierra prometida. Seguí, pues, mi viaje, solo; leyendo una novela titulada *Foul-Play*, que compré por medio duro á uno de los infinitos vendedores de libros y periódicos que invaden los carros en todos los paraderos, en union de otros que venden frutas y pastelitos: alimento para el alma y para el cuerpo: nada falta, si hay *greenbacks*.

A las siete paramos en New Jersey: habia llegado al término de mi viaje. Allá á lo lejos, al otro lado de una anchísima bahia formada por un rio de estos de América, en cuya comparacion son pobres arroyuelos los más anchos de Europa; una masa informe, inmensa, mezcla confusa de millares de luces y de millares de negros bultos, que yo prudentemente supuse edificios, se presentó á mis ojos: era la famosa Empire-City, la ciudad metropolitana de los Estados-Unidos: la antigua, oscura Nueva-Amsterdam, la hoy brillante y renombrada Nueva-York.

Provisto de una tarjeta que me dieron en la estacion, entré en uno de los anchurosos *ferries* ó vapores, que po-

nen en comunicacion á Nueva York con las poblaciones del otro lado de la bahía, — vapor al que podrian servir de botes los que prestan igual servicio entrè la Habana y Regla; — y al cabo de cinco minutos me hallé en Nueva-York, solo, con un frio de gran espectáculo, y sin saber á dónde encaminarme. Afortunadamente, pregunté á un cochero, que vino á ofrecerme su vehículo, si sabia de algun hotel en donde se hablase español ó francés, y me dijo que sí.

Entré en su coche, que era de cuatro asientos y muy bien abrigado, saqué mi revolver, por lo que tronar pudiera, que aquello estaba muy oscuro, y le dejé guiar.

Despues de infinitos rodeos en un dédalo de calles anchas y estrechas, rectas y retorcidas, más que de ciudad morisca, me dejó en el hotel *Fixx*, Waverly Place, cerca de Broadway, y le pagué lo que me pidió: ¡tres duros! He terminado mis apuntes: mis observaciones al vapor, á través de tantos y tan dilatados territorios, no dan para más.

El relato no será interesante; pero en cambio es verdadero; diferenciándose en esto de los de todos los viajeros antiguos y modernos, científicos y *de aficion*, que han llenado libros y libros con las admirables relaciones de estuendas aventuras que así les sucedieron como ahora llueven albardas.



## Louisville, Kentucky.

### I.

Aprovecho una equivocacion del conductor, para tomar aliento, y maldecir de todos los irlandeses habidos y por haber. En no sé que punto, esta mañana, á la voz de *change cars* (cambio de carros) cambié yo tambien: pregunté al conductor si iba para Nueva York, contestó afirmativamente, y yo me senté tranquilo. Salió el tren, atravesamos el Ohio, pasamos infinitas aldeas, pasamos por delante de esta misma ciudad sin detenernos, y seguimos.

Al cabo de una hora larga, pidiome el conductor mi papeleta; se la enseñé, y me dijo que estaba equivocado: mi papeleta era para otra línea: contesté que no entendia el inglés, y seguí leyendo impávido una novela americana que compré por cincuenta céntimos, en un paradero. Después de algunos minutos, paró el tren; y el conductor me dijo, por señas, que debía apearame, y me dió una esquela escrita con lapiz, para el conductor de otro tren que vendria en opuesta direccion y me traeria aquí, en donde pedria tomar el carro de la línea de Jackson, (Short-line) La esquela, estaba concebida en estos términos: *James: Take this man back to Louisville.* Me apeé, me senté en una estacion de telégrafos, pegada al paradero: maldije de todo lo maldecible, y comí un pastel de manzana verde y un huevo duro, que habia comprado la tarde anterior en una de las paradas del tren. Y esperé comiendo, para rabiar menos.

---

### II.

A los pocos minutos, vino el tren de «James», le enseñé la esquela, dijo: *all righth*, y me senté, después de pagarle dos pesos. Crucé de nuevo el Ohio por un altísimo

puente colgante de madera, con estribos de hierro, por el cual el tren vá con mucha lentitud, para evitar percances.

En el rio estaban dos ó tres vapores, que me dieron envidia. ¡Cuánto mejor y más cómodo es viajar en vapores de rio, que en ferro-carriles! Es verdad que es más lento, pero cuando no se tiene prisa... Y llegué á Louisville y me fuí á la oficina del ferro-carril *Short Line*, en donde me han dicho que á las cuatro sale el tren para Cowington, que es mi camino. Eran las dos, y tenia que esperar dos horas. Di algunos paseos por delante del paradero, y por las calles próximas, é hice conocimiento con un albañil francés de la Alsacia, que ni hablaba francés ni inglés; sin embargo, palabra de aquí y palabra de allí, hemos llegado á comprendernos. Le dije que queria comer, y me llevó á una especie de figon de un paisano suyo: allí pedí ostras fritas, pan, vino, un *beefstake* y café; mi amigo comió conmigo, pero no quiso vino, sinó una clase de cerveza que los alemanes llaman *lager-beer*. No perdió gran cosa, pués lo que bajo el nombre de vino me habia servido su paisano, era agua con azúcar. Pagué no sé cuánto, (bastante), y salí con el francés *in nomine*. Ahora llega el tren. Me embarco, y hablaré de esto, otro dia. Apuntaré aquí, sin embargo, y para que no se me olvide, el siguiente dato: Louisville tiene 100,754 habitantes.



## Cincinnati. Ohio

Cincinnati

### I

Pués, señor, vá de paradas.

En este mismo instante debiera yo hallarme en New-York, de no haber equivocado el tren ayer mañana; aquí me tienen ustedes en Cincinnati, Estado de Ohio. Me explicaré: ayer á las cuatro, cojí el tren en Louisville, Ky, y me dejó en Cowington, entregándome el conductor una tarjeta para el ómnibus que debía traernos aquí.

Parece que la línea se hallaba interrumpida por algun accidente; pero estaba uua noche tan oscura, que á duras penas podia ver la cara de mis compañeros de «ómnibus», y eso que este tenia dos lámparas.

Hacia un frío delicioso; yo estaba cansado de dar tumbos por esos caminos, estaba molido; y en vez de ir á la estacion de la «Short Line», en esta ciudad, para tomar el tren para Pittsburgh y seguir mi viaje, preferí venir á «New-York Hotel» y pasar aquí la noche comfortablemente.

El dueño es un yankee gigantesco, muy bonachon; el encargado, es otro yankee de tipo israelita; pero en amable, no le vá en zaga al principal.

A ámbos, les hice mil preguntas, á las que, atendida la dificultad que les dije tenia en comprender el inglés, me contestaron por escrito, en tarjetas del hotel. El tren mío, sale hoy á las tres, y si no hay inconveniente en el camino, mañana á la noche, llegaré á New-York.

---

### II.

Cincinnati, capital del Estado de Ohio, es una considerable poblacion de 216,239 almas. Como las de todas las

ciudades modernas, sus calles son anchísimas y rectas, sus edificios son de forma severa y elevados; el hotel New-York, mi actual residencia, tiene seis pisos.

El comercio debe ser muy activo, á juzgar por la mucha concurrencia que he notado en las tiendas y almacenes, y por el aspecto de bienestar que aquí respira todo; bienestar que parece residir en la atmósfera. Su principal comercio consiste en la exportacion de carne de cerdo salada.

Diéronme una habitacion en el cuarto piso, eso sí, pero cómoda y abrigada, y con una cama cuya vista me hizo chuparme los dedos de gusto: tan halagüeña me pareció. Hombre cansado, no está para fiestas; así es que muy pronto subí y me acosté, después de haber fumado un tabaco de Cuba y leído unos cuantos versículos de una Biblia inglesa que hallé en el tocador, libro que anda por aquí en manos de todo el mundo.

Dormí de un tiron toda la noche. Almorcé y comí en el hotel, después de haber dado un buen paseo por la ciudad.

---

### III.

La comida de un hotel americano es un desengaño para los que, como yo, están acostumbrados á la comida y á la mesa española. Aquí, por ejemplo, pedí sopa de ostras porque la ví anunciada en el «programa» y me trajeron un plato de leche caliente con cuatro ostras justas, pues las conté bien. Pedí luego un «roast-beef» y me presentaron un trozo de carne, no de muy gran calibre: el pan anda muy escaso. Eso sí, en cambio, y para compensar la falta de solidez de sus comidas, cubren la mesa materialmente de microscópicos platillos de dulces diferentes: ilusorios postres de una comida no menos imaginaria: todo esto es muy aéreo. Pan, carne y vino: ¡preciosa trinidad, vida del español! ¡Viva España, tierra de promision, pais del vino!

Son las dos: pago mi cuenta (un peso veinte y cinco céntimos) ¡Oh moderacion! Me meto en el ómnibus y me voy al paradero, al *Short Line Depot*, para embanastarme en el coche hasta la imperial New-York.

## Nueva-York, casi á bulto.

### I.

El epígrafe que forma á la cabeza de estas líneas, no ha sido puesto así á humo de pajas: tiene su intrínquis.

Quiere decir que, al hablar de Nueva-York, voy á hablar pura y simplemente de lo que ví; y como aunque he residido en ella por diferentes veces, nunca paré un mes seguido, claro está que mi descripcion debe oler á la lengua á descripcion á bulto.

En estos casos es cuando echo de menos esa magnífica despreocupacion que caracterizó á Dumas padre, á Lamartine y otros viajeros por el estilo; despreocupacion que les permitió darnos exactas noticias de todas las cosas y países, aún de aquellos que no habian visto más que en el mapa-mundi del colegio.

Yo no puedo prescindir de decir ó de escribir la verdad. ¡si seré brutal!

Pero ya que para esta enfermedad no hay remedio conocido, me resignaré á ella, y diré lo que ví.

Al dia siguiente de mi llegada á Nueva-York, teniendo que hacer algunas compras, me endosé mi grave sobre-todo de invierno, bajé desde mi cómoda habitacion del quinto piso, y me planté en la calle, más templado que el Cid.

Una vez al aire libre, á pesar de mi coraza, sentí unas tentaciones horribles de volver á casa. ¡Tal era de sutil el cesfrrillo que corria!

Dominé, no obstante, mi temor, y seguí llevando cuenta de las calles, para tener siempre segura la retirada, sin recurrir á la policia.

Entró en estos pormenores, para hacer una digresion, y porque soy muy dueño de entrar y salir cuando me plazca.

Era domingo. Domingo, en estos países protestantes, quiere decir, silencio sepulcral en calles y casas: ventananas y puertas cerradas: establecimientos de comercio á

cal y canto; nada de espectáculos, nada de diversiones: esto en el exterior. Pasos recatados, palabras á media voz; silenciosas reuniones en las salas de recibo, cuyos individuos recorren mentalmente los versículos de la Biblia, traducidos en arrastrado inglés, por infinitos autores que nunca han podido estar de acuerdo sobre la interpretacion de los *sagrados* libros. Inercia completa, de la cual, hasta las escobas y camas participan, puesto que las criadas no barren ni arreglan los lechos: esto, en el interior de la vida doméstica.

Y aún no sé cómo estos puritanos osan comer en domingo.

Una americana conocida mia, solia decir, que si recibiese en domingo una carta de su esposo, no la leeria hasta el lunes. Es hasta donde se puede llevar el fanatismo. Y lo original es, que aquí, nadie puede divertirse en semejante dia, así sea católico ó turco. Tolerancia inaudita de los tolerantísimos protestantes. Pero basta de charla.

Lo que yo tenia más ansia, de ver era la famosa calle de New-York: el ponderado Broadway. Habia oido hablar tanto de esa arteria de la ciudad; se me habia exagerado tanto su pintura por viajeros, que, ó tienen ojos de aumento como los caballos, ó el órgano de la «admirabilidad» terriblemente desarrollado, que con todo y ser muy ancha la Broadway real, era infinitamente más ancha la Broadway que traia en la imaginacion.

Broadway es la gran arteria, como si dijéramos, el depósito de la sangre, del cual parte la vida á las extremidades de ese cuerpo inmenso. Allí desembocan ó de allí parten todas las calles. Los edificios son elevadísimos, y de un extremo á otro, la calle está llena de establecimientos comerciales. Por ambas aceras, que tendrán tres metros de anchura cada una, cruza continuamente, desde por la mañana á la noche, una apiñada multitud, que se oprime, se empuja, se choca y todo sin decir una palabra. Aquí, el «usted dispense» no existe. Si un yankee á quien se le antojó echar á correr por la acera, cosa muy frecuente, ya para llegar pronto á donde sus asuntos le llaman, ó para ahuyentar el frio, derriba por tierra á otro ú otros ciudadanos; los caidos, se levantan, si pueden, que nadie irá á ayudarles, por no ser costumbre, y el hombre-catapulta seguirá impávido su carrera, sin dársele un ardite de los que echó por tierra.

Cien y cien carruajes, particulares ó de alquiler, ómnibus, ferro-carriles urbanos, carretas, &, se cruzan sin

cesar y en todas direcciones. La cadena que forman, no tiene solución de continuidad: el infeliz que quiera atravesar de una á otra acera de Broadway, ya puede prepararse para morir como cristiano, si lo es, ó como lo que sea; pues si un polizonte no detiene la avalancha, levantando su garrote en alto, su muerte es inevitable.

Aquí los polizontes llevan, en vez de sable, un garrote pendiente del cinturón: es que este pueblo prefiere los garrotazos á los sablazos. Y cuenta que á los cocheros y demás gente de pescante de este país, lo mismo se les dá que las ruedas de su vehículo pasen por encima de un hombre, como por encima de los adoquines; pues como reciben la «gente hecha ya» y Alemania é Irlanda son bien surtidos almacenes, el hombre carece de valor, como mercancía que abunda.

---

## II.

He dicho que los edificios son magníficos, y así lo parecen; pero me han asegurado que las paredes del mejor de estos «palacios»; no tienen medio metro de ancho en los cimientos: mi experiencia me ha probado es esta la verdad. Apariencia, ¡todo *humbug!* Pero todo lo que no es sólido, es de corta duración. ¡Dios libre á New-York de un terremoto!

La ciudad vá en progreso; pero con lentitud; á medida que se acerca el observador al «Central Park», las casas van degenerando en barracas: la madera predomina. Y esta es buena oportunidad para decir que me parecen exageradas las esperanzas de los que bautizaron el Parque con el nombre de Central: pues á mi ver, jamás aquello llegará á ser el centro de New-York.

De los buenos edificios que he visto, solo puedo mencionar las casas de Stewart y de Helmbold, ambas en Broadway: comerciantes de paños, lienzos etc., el primero, y en drogas el segundo, ambos inmensamente ricos, al extremo de contar los millones de dollars por centenares.

Helmbold debe su fortuna al celeberrimo «Buchú», cuyos gigantescos anuncios han cubierto y cubren todas

las esquinas del mundo. Tiene otro palacio en la Quinta Avenida.

La casa de Ayuntamiento, es indigna de Nueva-York: no puede compararse con la de Santiago de Galicia. La casa de Correos, es casi una barraca; pero están construyendo una en Broadway, que será magnífica. Los teatros no merecen tal nombre: cualquier capital de provincia en España, los tiene mejores. El de la Ópera (Ópera House), es poco mayor que el célebre de Villanueva de la Habana; y el de Niblo es por el estilo.

El Parque Central es un espléndido paseo: es una inmensa extensión de terreno, en la que han hecho montes, lagos, grutas, bosques, laberintos, castillos á la antigua, magníficas calles, etc. Es tal, que para verle bien se requieren lo menos cuatro días.

En un lado tiene una casa de fieras, que cuenta hasta ahora con pocos ejemplares.—Á algunos particulares se les permite construir casas de recreo en el Parque. Aquello es lo infinito; es el paraíso de las criadas irlandesas, y de los viajeros desocupados.

El río Hudson y el mar que rodea la isla de Manhattan, en la cual está situada Nueva-York, le proporcionan una bahía de primer orden, que está siempre muy concurrida.

Su comercio es vertiginoso: el juego de la Bolsa ocupa nubes de corredores y especuladores. Todos los Bancos están en comunicación telegráfica con la Bolsa de la ciudad y con la de Londres, y saben instantáneamente las fluctuaciones en el precio del oro, por medio de un ingenioso aparato colgado en la pared á guisa de reloj.

La moralidad está á la altura de la de todas las grandes ciudades: los crímenes se repiten sin cesar. Y no puede menos de ser así, en donde se reúne el rastrojo de todas las naciones.

Prostitución en gran escala, efecto del escandaloso lujo: cafés-teatros, como los de la calle Bowery y el Oriental Garden, y otros en Broadway, en donde se dan cita todos los rufianes, y á donde llevan á beber á sus amadas de la calle Green, y otras por el estilo.

Tabernas en sótanos, casas de juego, trampas para los incautos, por doquiera, etc. etc., todo esto y mucho más que yo no he visto, se halla aquí en grande abundancia.

Segun he tenido el gusto de oír de los mismos lábios del reverendo Henry W. Below, en un *meeting* público,

las siguientes cifras, componen la estadística del vicio de la ciudad de Nueva York:

30.000 ladrones de profesion.

20.000 mujeres de la vida airada.

7.000 tabernas.

2.000 garitos.

Las cifras son tan docentes, que me parece que hay motivo bastante para afirmar, que bajo el punto de vista de la corrupcion, nada tiene que envidiar la jóven república modelo á las vetustas, carcomidas y decrepitas monarquías é imperios del viejo-mundo.

Esta consecuencia es desconsoladora, pero lógica. La humanidad se corrompe más, cuanto más se civiliza. ¿Serán sinónimos, civilizacion y corrupcion?

Lo fueron en Roma, en Grecia y Babilonia, en la antigüedad. ¿Por qué no lo serían hoy?

Nota que estoy filosofando é interesándome en averiguar lo que nada me importa: porque ¿quién me mete á mí en estas averiguaciones, ni á qué vienen al caso?

Que la humanidad se corrompe más cada dia, lo sabe ya .....toda la humanidad, y debo contentarme con esto.

Decididamente: un nuevo diluvio se và haciendo necesario.

Lo conozco y lo espero, aunque deseando que venga despáes de mí. He observado que el agua del cielo suele estar muy fria.

Dejando digresiones á un lado, sigo hablando ó escribiendo de Nueva-York.

He hecho una curiosa observacion: he visto en una plaza parque que hay en la Quinta Avenida, unas jaulas adheridas á los árboles, en las que habitan pacíficamente numerosas familias de gorriones, cuyas vidas están bajo el amparo de las leyes del pais.

Y es este un rasgo general de la nacion; pues raro es el Estado en que no exista una ley protectora de los pájaros, de esos alegres habitantes de los bosques, de las llanuras y de los jardines. Y en esto, fuerza es que haciéndoles justicia, diga que los americanos están mucho más adelantados que nosotros. Han comprendido, á su costa, eso sí, que los pájaros, lejos de ser perjudiciales, como generalmente se cree entre nosotros, son en extremo útiles por las miriadas de insectos que, sin ellos, causarían inmenso daño á la agricultura, daño en cuya comparacion es nada el que pueden causar los pájaros.

Lo que yo siento es que no haya pájaros destinados á

cazar chinchas, para procurarme un millon al menos y llevármelos á mi cuarto.

Volviendo á los pájaros de la Quinta Avenida, diré que no pude menos de reirme para mi capote, cuando los reconocí como gorriones legítimos, al considerar cuántas rabietas habria hecho pasar á los cubanos refugiados en Nueva-York, la vista del buen trato de que el pueblo yankee hacia objeto á los gorriones, á los detestados *gorriones!* (1).

¿Cómo protegerá á Céspedes—se dirian, verdes de cólera, al pasar por debajo de las jaulas—el pueblo que usa tantos miramientos con los gorriones? ¡Imposible! Y saldrian de allí, como *chiflados*, huyendo de aquel lugar de oprobio.

Vamos, confieso que me reí al hacerme estas reflexiones, siquiera no revele un pecho muy caritativo esto de reírse de los males ajenos.

---

### III.

Las calles de New-York, en su parte baja, que es la antigua, forman un laberinto, sinó como el de Creta, capaz al menos de volver loco al más pintado.

Y esto nada tiene de extraño, si se atiende á la clase de artistas que las han trazado. Hé aquí cómo se explica sobre este punto el célebre escritor Washington Irving, tan ventajosamente conocido entre los españoles, por sus excelentes obras *La Conquista de Granada*, *Vida y viajes de Colon*, *La Alhambra*, etc. En su satírica «Historia de Nueva-York» (página 193) dice:

«El sabio Concejo no pudo decidirse por ninguno de los planos que le fueron presentados para el trazado de la ciudad, y entonces las vacas, en un laudable arranque de patriotismo, se encargaron de ello: yendo y viniendo de pacer, establecieron senderos al través de las malezas; y á ambos lados de aquellos senderos, los bravos holandeses edificaron sus casas; y esta es una de las causas de los pintorescos recodos y laberintos que aún hoy distinguen á ciertas calles de Nueva-York.»

---

(1) En Cuba dieron los isleños en la flor de llamar gorriones á los españoles, por reconocerles allí igual procedencia. Nosotros aceptamos la broma y la pagamos con otra del mismo género, llamando á los cubanos *bigiritas*. Cuestion ornitológica.

Nueva-Nork, fué llamada primero Nueva-Amsterdan, por sus fundadores holandeses, que se establcieron más al Norte, en Communipaw, y trasladaron su colonia á la isla de Manhattan, que compraron á los indios por sesenta duros, por parecerles localidad más ventajosa que la otra. La traslacion se verificó el primero de Mayo, y de aquí proviene la extraña costumbre de que en el Estado de Nueva-York, todas las familias cambien de domicilio cada año en igual dia, por más que se hallen perfectamente alojadas.

El 1.º de Mayo, por las calles de Nueva-York, no se vé más que convoyes interminables de carros de mudanzas. Es un dia de infernal baraunda.

En 1664, Cárlos II de Inglaterra regaló á su hermano el duque de York el territorio de la Nueva Bélgica y parte de Massachusetts y del Connecticut. En Setiembre del mismo año, se presentó una escuadra delante de Manhattan, con el pacífico objeto de tomar posesion del regalo, en nombre del agraciado, quisiéranlo ó nó los holandeses.

Careciendo estos de fuerzas para oponerse á tan cortés demostracion, capitularon: los ingleses fueron dueños de la Nueva Bélgica, y Nueva Amsterdam llamose desde entonces Nueva-York.

La voz general atribuia á Nueva-York más de un millon de habitantes; pero por el censo practicado en mil ochocientos setenta y uno, vino á descubrirse que aquella apreciacion era exagerada, habiendo resultado de él tan solo una poblacion de 942,293 almas: de este número, eran extranjeros 419,094.

Con estos datos estadísticos, daré por terminada la tarea que yo mismo me impuse, y que comenzaba á hacerse más pesada que los discursos del Reverendo Mr. Beecher.

Dejo sin mencion infinidad de cosas muy dignas de ella; pero no puede uno verlo todo, y además, para una descripcion «casi á bulto», me figuro que basta y sobra con lo escrito. Y yo no prometí más.



**NEWBURGH.--Su aspecto y situacion.--Breves apuntes sobre su fundacion.**

I.

Es justo que dedique algunas líneas al lugar que vá á ser mi residencia por cierto número de meses: al lugar que es para mí, como el puerto de refugio después de la borrasca.

Newburgh está situada sobre la escarpada orilla occidental del Hudson, á sesenta millas de Nueva-York, y en medio de un paisaje que no carece de belleza. Al Oeste de la ciudad, estiéndese una cadena de montañas escalonadas, esto es, aumentando gradualmente en altura hasta perderse en el horizonte, tomando el mismo azulado color del cielo: de estas montañas, el cerro más elevado es el que lleva el nombre de «Suake Hill» (1500 piés).

Al Este, otra aglomeracion de montes, cuyas cimas varían en altura (de 1,400 á 1,800 piés) forma la otra muralla de esta especie de valle, por cuyo fondo se desliza el Hudson: estas montañas son conocidas tambien por el nombre de «Beacon Hills» (montes de los faros) porque en sus crestas encendian los americanos hogueras de señales durante su guerra de la independendencia.

Ambas cadenas parecen reunirse, formando un círculo irregular, al cual sirve como de diámetro el Hudson, que, debido á lo angosto de su lecho, gana en profundidad, lo que el terreno le obliga á perder en anchura, al extremo de contar en algunos puntos, ciento ochenta piés de sonda. En las faldas de estas colinas, ramificaciones de la gran cordillera de los Alleghanies, brillan numerosas poblaciones, que van en rápido incremento, como Fishkil, New-Windsor, Cold Spring, Cornwall, etc., rodeadas de casas de campo, vegas cuidadosamente cultivadas, y arboledas, sinó notables por el desarrollo de los árboles, que no pueden menos de parecer raquíticos al que ha contemplado con asombro la prodigiosa vege-

tacion tropical, hermosos con sus trajes de primavera, con sus flores de mil matices y sus hojas de un verde brillante.

Newburgh, tiene calles anchas y rectas en su mayor parte, ornadas de árboles por ambos lados. Sus edificios no son notables por el gusto arquitectónico que revelan, ni aún por los materiales de que están construidos: hay pocos de piedra, muchos de ladrillo y muchos más de madera, pero generalmente las casas son cómodas.

Casi todas las casas están separadas entre sí por huertos, más ó menos estensos, llenos de árboles, flores, etc., lo cual dá á la ciudad cierto aspecto campestre de muy buen efecto; y este es un rasgo comun á todas las ciudades americanas.

El mucho uso que en este país se hace de la madera, para casas, cercos, etc., comunica á las poblaciones un aire de provisionalidad (paso á la palabra) que no me agrada mucho que digamos. No sé si los repetidos y desastrosos incendios á que esta circunstancia dá márgen, obligarán á los americanos á relegar al olvido la madera, como principal material para la construccion de sus viviendas.

Cuenta la ciudad diez y seis iglesias, pertenecientes á distintas sectas ó congregaciones, á saber: una católica apostólica romana; tres metodistas; dos presbiterianas; dos presbiterianas reformadas; una presbiteriana unida; una presbiteriana asociada; una holandesa reformada; dos espicopales; una baptista; una alemana presbiteriana; y una unitaria. Es decir, que las quince iglesias protestantes pertenecen á diez distintas sectas. Prueba evidente de lo divididos que andan los pareceres entre los protestantes, para quienes es suficiente la más insignificante diferencia en la interpretacion de una palabra de la Biblia—que, y dicho sea de paso, todos ellos se creen en aptitud de interpretar... á su modo—ó el más pueril disentimiento en el modo de celebrar una ceremonia cualquiera, para dar origen á una nueva congregacion.

Las iglesias afectan una arquitectura que quiere parecer gótica, y solo consigue parecer ridícula.

La arquitectura gótica no cuadra á edificios raquíticos; necesita la inmensa superficie, la altiva elevacion de nuestras catedrales, para sentar bien y llevar el alma cristiana, sorprendida bajo aquellos atrevidos arcos ogivales, desprendida, ante tanta majestad, de toda idea terrenal, á las mismas gradas del trono del Altísimo. Necesita además, esas torres que penetran atrevidas en la region

de las nubes, esbeltas y graciosas; esas elegantes agujas, símbolo, se diría, de la mente humana, guiada por la fé y lanzándose con la audacia de la confianza que aquella inspira, al encuentro de esa caprichosa idea á que el hombre llamó Dios, para darle forma. Y las torres de estas iglesias, queriendo aparentar la esbeltez y elegancia góticas, consiguen perfectamente parecer hormas de las que en los ingénios de Cuba, montados á la antigua, se usan para purgar azúcar.

El comercio es bastante activo, gracias á la facilidad de comunicaciones con toda la república, que le ofrece el Hudson con sus numerosos y notables vapores, y dos líneas de ferro carril: la del «Erie» y la del «Hudson». Los principales artículos del comercio de exportacion, son objetos de hierro fundido, carbon, hielo, maderas y frutos del país.

La poblacion cuenta 17,014 habitantes, segun la última estadística, y por su importancia debiera ser la capital del condado de Orange; pero Goshen, pueblo de menos de 4,000 almas, ha privado á Newburgh de este honor, con notable injusticia por cierto; pues además de ser la primera en significacion, es la primera en antigüedad. Para enmendar esta falta de equidad, en ciertos casos tiene Newburgh los honores de capital, y en otros los tiene su rival: de modo que puede decirse con exactitud, que el condado de Orange, tiene dos capitales, en lo cual no le igualan los más grandes imperios, que generalmente se contentan con una sola.

---

## II.

La historia de esta ciudad es breve, hasta que la guerra de la independenciam estalló; pues entonces Newburgh y sus inmediaciones, toda la parte llamada Highlands, ha sido teatro de muchos y muy importantes acontecimientos. Sin embargo, solo apuntaré algo sobre su fundacion.

El condado de Orange, fué una de las primeras colonias blancas del Estado de New-York, autorizada en mil seiscientos ochenta y tres. Su nombre le fué dado en honor de Guillermo, príncipe de Orange, después rey de Inglaterra.

Los primeros colonos permanentes del condado, fueron holandeses; y el primer pueblo que fundaron, ha sido «New-burgh», en un sitio llamado por los indios «Quassaic».

La reina Ana les concedió, en 1719, dos mil ciento noventa acres de terreno, y en él se establecieron; pero andando el tiempo, los holandeses, que, como todos los pobladores de esta parte del continente americano, distaban mucho de poseer la enérgica constancia de los españoles, se cansaron de su nuevo dominio; vendieron la cédula de fundacion y se dispersaron, unos en direccion á Pensylvania, y otros al país de los Mohawk. Algunos ingleses, irlandeses, neo-ingleses y hugonotes de Wulster, llenaron la vacante de los hastiados holandeses; y á despecho de tener que dormir armados por la noche y trabajar armados de dia, por causa de las continuas irrupciones que contra ellos hacian los indios *pieles rojas*, se sostuvieron, y el pueblo fué progresando y aumentando, hasta el punto de importancia y relativo esplendor que disfruta en la actualidad, y en el que no parece probable que se detenga, si la paz continúa derramando sus bendiciones sobre este venturoso país, y el bondadoso Dios se sirve enviar una peste que se lleve á todos los malditos politicastros, que ya abundan demasiado desde la guerra con el Sud, y aquí, como en todas partes, son la carcoma de la nacion.



## Una ascension á los Beacon-Hills.

(Fishkill, N. I.)

### I.

Hoy, con motivo de cumplir siete años del establecimiento del instituto de Newburgh—mi actual morada—se le ocurrió al director, Mr. Siglar, conceder un *holy-day* (día de asueto) á los alumnos; y llevarlos á dar un paseo por esos mundos de Dios. Los muchachos, no hay para qué decirlo, acogieron la decision con una salva de estrepitosos aplausos, como yo la hubiera recibido á su edad. ¡Dichosa infancia!

Pero en las presentes circunstancias, no me agradó mucho que digamos, por la sencilla razon de que este improvisado *holy-day*, me hacia perder una leccion de aleman.

Me consolé, puesto que no habia otro recurso; y en casos tales, yo suelo resignarme de buen grado, y hasta me animé á acompañar á los alumnos en su paseo.

Y no me arrepentí.

Para que la broma no le saliese muy cara á Mr. Siglar, se resolvió que el paseo fuese á la cima de una de las montañas del lado Este del Hudson, que llevan el nombre de Beacons, (faros) por haber prestado servicio de tales muchas de ellas, durante la guerra en que este pueblo conquistó su independendencia.

Esta determinacion implicaba, cuando más, un gasto de centavos para el prudente director, suponiendo que alguno de los muchachos no llevase dinero para pagar el vapor que conduce del uno al otro lado del rio.

---

### II.

Partimos, pues, yo en compañía de Mr. Macnié, un escocés muy ilustrado, y tomamos el vapor, que yendo bastante aprisa, tardó ochominutos en llevarnos al muelle de

Fish-kill, lo cual dará una idea de la anchura del Hudson por este punto. Emprendimos nuestra marcha á través del pueblo, nos detuvimos en un puente que hay sobre el rio que le dá nombre, para ver una pequeña cascada que forma al despeñarse por un lecho de rocas, y al salir de él, tomamos la senda que conduce á la cima de las montañas próximas.

Fish-kill, es un pueblo bastante lindo, formado, como todos los pueblos de esta tierra, más que de casas, de jardines, pues cada casa tiene el suyo, lo cual les dá cierto aspecto campestre, por demás pintoresco.

Su nombre, como he dicho ya, deriva del rio que le atraviesa, para ir á engrosar inmediatamente el caudal del Hudson: es un nombre holandés, que significa rio (*Kill*) abundante en pesca (*fish*): recuerdo de los colonizadores primitivos de este país, que eran holandeses.

---

### III.

El camino que guía á las montañas, asciende serpeando al borde de un precipicio muy respetable, por cuyo fondo pasa rugiendo un torrente; á uno y otro lado del precipicio, hay cedros de muy poco desarrollo, cerezos salvajes é infinidad de arbustos desconocidos para mí, aunque me figuro deben pertenecer á la clase de los sauces. El camino está sembrado de infinitos fragmentos de piedras de diversas clases, cuyo nombre me explica Mr. Macnié. Abunda la pizarra de diferentes colores, predominando el rojo; cuarzos de todos los matices imaginables, y trozos de cristal de la fábrica de la naturaleza, traídos allí por los aluviones de invierno.

La vista es más agradable á medida que subimos. Las ligeras desigualdades de las orillas del Hudson, van desapareciendo; y New-burgh y Fishkill, con sus infinitas casas de campo, rodéadas de bosquecillos y jardines, huertos de frutales en flor ú ostentando ya el precioso verde-claro de las tiernas hojas, donde la primavera, y el magestuoso Hudson, deslizándose sereno entre ambas poblaciones, lleno de barquichuelos, con sus blancas velas desplegadas al viento, y cruzado de vez en cuando por un enorme vapor que despidе nubes de pardusco humo;—

forman un panorama espléndido en verdad, y al cual, para acabar de encantarme, no le faltaba más que.... ser de mi patria.

---

#### IV.

Siguiendo, cruzamos el precipicio, por un puente de vacilantes troncos, y después de un trecho de sendero bastante penoso por lo escarpado, llegamos al pié de una de las cimas que queríamos visitar.

Allí, en un reducido valle, por cuyo centro pasa un arroyo de magnífica y fría agua, tiene su casa un labrador.

Nos detuvimos; cómprole Mr. Siglar dos jarras de leche, de la que me bebí yo dos vasos, hallándola excelente y fría, que era cuanto yo deseaba y pedía en aquella santa novena. Así refrigerados, trepamos en breves minutos á una de las crestas (North-Beacon).

Domina una considerable estension de terreno; pero no tanto como debiera, en razon á que el país es en extremo accidentado, como que estos montes son las últimas ramificaciones de la gran cordillera de los Alheganis, que en su desarrollo atraviesan gran parte del continente, corriendo del Sud al Norte. Una vez allí, la caravana optó por descansar un rato, y yo me tendí filosóficamente sobre una peña cubierta de una gruesa capa de musgo; y con la calma debida, fumé una pipada, escudriñando á la vez, con perezosas miradas, el paisaje que se extendía á mis piés.

Terminado aquel alto, bajamos como un torrente, para emprender la ascension á la más alta de las crestas de los faros, separada de la otra por una profunda quebrada.

Trabajosa fué la operacion.

Un suelo compuesto de desiguales peñascos, cubiertos de un musgo que los hace en extremo resbaladizos; arbustos, róbles enanos, (triste muestra de la raquífica vegetacion de aquel suelo pedregoso;) malezas con ellos entrelazadas fuertemente; tales eran los obstáculos con que teníamos que luchar en nuestra ascension. Vencímoslos al fin, que todo lo vence la constancia, y tomamos posesion de la cima, con el aire triunfal del que se apodera de un reducto briosamente defendido.

---

---

V.

Desde este cerro, disfrútase de un panorama harto más extenso que desde el otro que acabábamos de dejar.

Al Este, pueblitos ó aldeas en los reducidos valles de las gargantas; campos cuyo hermoso verde resalta sobre el color pardusco de las tierras incultas que los rodean; los pequeños lagos de Orange y Little-Pond, formados por el desagüe y el deshielo de las montañas, y que envían sus aguas al Hudson, por medio de arroyuelos.

Al Sud, el rio, perdiéndose en un horizonte montañoso, después de describir infinitos recodos que lo escabroso del terreno le impone, haciendo que se semeje á una prolongada cadena de lagos; y en último término, las poblaciones nacientes de Cold-Spring, West-Point, Cornwall, etc.

Al Oeste, Newburgh, con sus pintorescas campiñas, con sus poéticas casas de campo, reclinada en el regazo de una montaña que parece sostenerla con maternal afán.

Después que me sacié de contemplar tan seductor paisaje, dí por bien empleado mi paseo, volví á tomar mi postura favorita (la horizontal) y torné á fumar.

En tan grave situacion, se nos incorporó Mr. Cantel, profesor de francés, y con placer de nuestros hambrientos estómagos, observamos pue no venia solo.

Acompañábanle media lata de sardinas de Nantes y unas cuantas docenas de galletas de muy poco cuerpo.

¡Éramos quince!

Y era lo peor, que el ejercicio y el aire sutil de las alturas, habian despertado nuestro apetito de tal manera, que con gusto habríamos aceptado entonces algo más sólido, y sobre todo, algo más abundante que la mezquina provision del excelente Mr. Cantel.

Como era inútil darle vueltas al asunto, puesto que ni las sardinas habian de multiplicarse, ni el milagro de los panes se iba á repetir con las galletas, en obsequio nuestro; ni las peñas se convertirian en succulento *roast-beef*, conformáronse con su suerte mis compañeros de excursion, y yo torné á echar mano de mi gran virtud: la de resignarme con todo lo que no puedo evitar.

Tocáronme tres galletas y dos medias sardinas, gracias á cierto alarde de prestidigitacion que me permití, y costó media sardina exacta á uno de los muchachos, á quien, segun me confesó él mismo, con esa ingenuidad propia de la infancia, maldita la gracia que le hizo mi habilidad. Y yo, casi se lo creí, apesar de que en mi concep-

to, no habia hecho nada más gracioso en los dias de mi vida.

Terminado aquel aéreo *lunch*, emprendimos nuestro descenso; y como para bajar, todos los santos ayudan, en un santiamen nos pusimos en Fishkill primero, y muy poco después, entrábamos en el viejo seminario (edificado en 1837) de Newburgh.

Allí nos esperaba una comida abundante...al estilo puritano.

Peor es meneallo.

Esta animada escursion, rompió un tanto la monotonía de mi vida de anacoreta, por lo cual no vacilo un momento en felicitar á Mr. Siglar por tan buena y tan económica ocurrencia.

Aquí, en lá economía está el *quid*.



**La casa de Harsbrowk, é el cuartel general de Washington, en Newburgh (Estados- Unidos).**

## I.

Por ver algo, he ido á hacer varias visitas á la casa que sirvió de cuartel general al ilustre G. Washington, á fines de la guerra de la independencia.

Está situada en los suburbios de la parte Sud de la ciudad, en la cima del cerro que á aquella sirve de asiento. Ha sido propiedad de una familia que lleva el nombre de Harsbrowk (que es de origen hugonote, y una de las más antiguas del país); desde su ereccion (1750) hasta hace veinte y un años (1850), que fué adquirida por el Estado de New-York para conservarla como un recuerdo de la revolucion, y puesta al cuidado de los concejales de Newburgh.

El edificio en sí, nada tiene de notable: es un case-ron de piedra gris en bruto, bajo, con techo de teja, un piso al nivel de la calle, y además un sótano. Por el frente tiene una especie de colgadizo ó balcón, el cual dá á la puerta principal.

La rodea una regular extension de terreno cercado á guisa de huertá, en el centro del cual elevase un tablado que sirve de tribuna á los oradores de Newburgh en sus *meetings* y en las fiestas del 4 de Julio, dia en que los Estados- Unidos celebran el aniversario de su independencia.

En este campo yacen algunos cañones y morteros, y dos granadas vacias cerca del colgadizo.

Algunos de los cañones son viejos y pueden muy bien haber servido en la guerra contra Inglaterra; pero otros son de reciente construccion, y probablemente solo han sido puestos en aquel lugar, para acentuar más su guerrera apariencia. Desde el desvencijado colgadizo que dá al río, contéplanse los históricos campos de Fishkill, New Windsor, Plumb Point, Pollopel-Island (pequeña isla

del Hudson) y los «Beacon Hills»; y à través de la anchurosa quebrada que dá paso al Hudson para las Highlands (tierras altas); quebrada que tiene á un lado los «Butter Hills» (cerros de mantequilla) y al otro el «Break Neck», que se eleva 1500 piés sobre el rio, aparecen en lejana perspectiva West-Point y el anfiteatro de montañas que rodea aquella poblacion, célebre por su colegio militar.

---

## II.

Dibujado el exterior, entremos. El Ayuntamiento de Newburgh, paga á una familia que habita la histórica casa para que la cuide y guie á los visitantes; pero ni ella se molesta en guiarlos, ni hace falta, pues no hay ocasion de perderse en una casa de un piso con tres cuartos nada mas. El jefe de esta familia, por más señas, es sordo como una pared maestra, circunstancia muy feliz para los visitantes que tengan mala lengua y pocas simpatias por este país.

En la habitacion principal está el hogar: lo forma una piedra como de vara y media de largo por algo más de ancho, colocada á flor del suelo. Los llares tienen una bala como de ocho libras en su extremo; y la pared en que el hogar se apoya, está forrada de hierro hasta la altura de dos varas; en este hierro, que es fundido, hay un grotesco bajo relieve representando á nuestros primeros padres Adam y Eva en el momento de arrancar la fatal manzana, que tan cara nos hizo pagar el bondadoso Dios del *Génesis*. Alrededor de las paredes de esta habitacion, hay algunos objetos curiosos, armas, cuernos para pólvora, con el plano del rio San Lorenzo grabado en ellos; espadas, botas de montar con el nombre del dueño encima, dos hachas de piedra que pertenecieron á los indios, sombreros y empolvados documentos autógrafos de Washington y sus principales jefes. En esta habitacion daba Washington sus audiencias públicas, y además le servia de comedor. Los americanos notan, como una cosa digna de atencion, que tiene siete puertas y una ventana sola: circunstancia que no me sorprende ni me admira, tal vez porque no soy americano.

A la izquierda, conforme se entra, queda la habitacion

que llaman *sitting-room*, sala de recibo. Tiene una mesa en el centro, con algunos sables y bayonetas, llenas de herrumbre: en una especie de armero, hay una colección de fusiles de chispa con bayoneta: sus tamaños son varios, y hay cuatro, que parecen más bien espingardas moriscas, que armas de cristianos. En un escaparate con vidrieras, del mismo cuarto, hay sombreros de hule y de fieltro, usados por oficiales ingleses y americanos en la célebre guerra; unos pantalones de gamuza blanca, muy bien respuntados, que pertenecieron á algun *cuerudo* mejicano y le fueron arrebatados, durante la misma guerra en que perdió Méjico más de la mitad de su territorio, (1848.) y un enorme hueso que debe haber formado parte del cuerpo de alguno de esos animales gigantescos, cuya raza, las sucesivas trasformaciones geológicas del planeta que habitamos, han hecho desaparecer para siempre.

Frente á este cuarto (á la derecha de la entrada principal), hay otro más reducido, que era el dormitorio de Washington. Contiene un espejo, un sofá y un piano ó clavicordio, que aunque de aspecto antiguo, no creo que hayan sido usados por el general.

En las paredes, puestos en marcos, hay algunos autógrafos de diferentes personajes, más ó menos notables en la historia de la guerra de la independencia; y pare usted de contar.

Las habitaciones carecen de cielo raso, y las vigas del techo, enteramente á la vista, dán á la casa cierto aspecto de solidez y de antigüedad.

---

### III.

Esta casa fué construida en 1750; pero ha sufrido después algunas alteraciones: fué declarada monumento nacional, el cuatro de Julio de 1850; y en la ceremonia que con tal motivo tuvo lugar el mismo día, ofició el reverendo Dr. Jhonson, pronunció un discurso I. I. Monell, Esq. de Newburgh, y un coro de jóvenes cantó un himno compuesto por la señora de Monell, del cual me atreví á traducir la siguiente estrofa, contando con que la poeta americana ignoraría eternamente este atrevimiento de un vagabundo.

«¡Orad humildes, vuestra fé expresando,  
Y de la pátria la bandera alzad!  
Sobre estos muros sin cesar flotando  
Tenedla siempre, y en el alma irá  
Recuerdos evocando  
De hermosos dias que pasaron ya.»

El mayor general Scott, izó la bandera nacional en un alto poste colocado *ad hoc*, en cuya cima hay una águila de metal dorado.

Lady Washington, residió en esta casa durante el verano de 1783, y siendo muy aficionada á flores, convirtió el terreno del frente en un jardín. Washington con su señora, abandonó la casa de Harshrowck á mediados de Agosto de aquel año, para asistir al Congreso reunido entonces en Pricenton, New Jersey, dejando el ejército bajo las órdenes del general Knox.

En el cuarto principal, hay un gran libro en el cual los visitantes escriben sus nombres.

---

#### IV.

Nada más respetable hay para mí, que el culto que este pueblo tributa á los recuerdos de sus glorias, y bien quisiera que entre nosotros sucediese lo mismo. Aquí no hay roca, cerro ó valle, en que haya ocurrido algo notable, favorable ó adverso á las armas republicanas, que no tenga un monumento conmemorativo del hecho, grande ó pequeño, segun los recursos del Estado.

Entre nosotros, ¡cuántos parajes célebres en nuestra gloriosa historia son casi desconocidos, excepto para los anticuarios ó investigadores eruditos!

Verdad es que una historia monumental, digámoslo así, si es posible para un pueblo que aún no cuenta un siglo de vida propia, es casi imposible para uno que, como el nuestro, tiene una brillante historia de muchos centenares de años; pero, sin embargo, algo podia hacerse en España todavía que ilustrase el teatro de nuestras grandes victorias y heróicas acciones, siquiera durante nuestra guerra de la Independencia, durante esa brillante epopeya de seis años, que asombró al mundo, haciéndole ver que no era invencible el gran vencedor de Europa.

---

## Horas de soledad.

### I.

Mi imaginacion no descansa. Noche y dia en continúa agitacion, complácese en representarme con esos vivos colores. que solo ella p[ro]see, todos los sucesos agradables de mis pasados años de felicidad. ¡Cuánto diera yo por poder arrojar de mi cabeza ese incómodo huesped!

Veó pasar á mi lado, sin cesar, todas mis perdidas horas de dicha, una á una; veo pasar en interminable procesion, todos los séres que he amado en la vida, todos los séres de quienes guardo un grato y melancólico recuerdo, repitiéndose, multiplicándose, cambiando de forma, y siendo siempre los mismos, sin embargo: veo desfilar ante los ojos de mi espíritu, la innumerable tropa de mis recuerdos de ayer: sonrisas, lágrimas, suspiros, carcajadas, canciones de amor, voces estentóreas que resonar oí entre el vino y los placeres, voces cuyo eco ¡ay! espiró para siempre. Todo esto me cerca, me acosa, me persigue en sueños y en vela; cuando hago desesperados esfuerzos para ahogar el pensamiento, como cuando quiero hundirme en la aridez de mis estudios: cuando intento obligar á mi alma á vagar por las regiones de lo infinito, como cuando pretendo encadenarla á la materia, adormécerla entre los goces sensuales, al arrullo del suspiro falaz de la moderna *hetaria*.

Ayer soñé. Mi imaginación salvó los mares: voló de la América á la Europa, y detuvo su vuelo entre las olas del cielo purísimo y brillante de Galicia, sobre un valle de esmeralda, taccionado de flores, que un dulce céfiro acariciaba. Dos rios, el uno tributario del otro, deslizábanse por él, cual dos serpientes de escamas plateadas. Innumerables arroyos parecía como que jugaban con las flores y las aromáticas yerbas de las orillas, dando los más caprichosos giros á su trasparente caudal. En el centro de ese valle, se alzaba una pequeña villa.

Ese valle era mi pátria, pedazo de la madre España.

A él me llevara en sueños la terrible nostalgia que viene aquejando mi espíritu, mi pobre corazón de deserrado.

Pueblo y habitantes, no habían sufrido variación alguna, desde que yo los dejara para lanzarme en el mundo. Diríase que el tiempo había interrumpido allí su curso, encantado con las bellezas de aquel pequeño paraíso. Por eso ví á todos los amigos, á todos los que habían participado conmigo de los inocentes juegos de la infancia y de los varoniles ejercicios de la juventud; ni uno solo faltaba: E. R., E. P., M. G., J. M., E. A., J. H., A. G., M. V., y tantos y tantos otros cuyos nombres borró ya el tiempo de mi memoria; estaban allí, tan jóvenes como diez años antes. Lo mismo mis amigas: M. S., D., A., M., F., M. J., M. C.; todas las dulces y risueñas amigas de mi infancia, las compañeras de mis primeros placeres: ni un año había pasado por ellas. Y sin embargo, de todos estos seres, unos volaron ya al seno de la naturaleza, otros abandonaron, cual yo, la pátria para ir á lejanas tierras en busca de una fortuna quimérica; y todos, en fin, lanzados de lleno en el mar de la vida, ni son los que yo ví, ni son los que fueron ya. ¡Cuán pocos de los que de ellos existen se acordarán de mí! Pero yo los recuerdo. ¡Dulce A....! Tú ya dejaste la mansión del hombre. M..., tú has apurado á grandes sorbos la copa de la vida: ¿pertenece aún al mundo? F..., tierna, cariñosa amiga, Hebe de mi vida, ¿á dónde te llevaron el destino y la pobreza? C..., ¿hallaste la dicha que soñabas? ¡Ay! ¿Dónde está la música de vuestras canciones, que solo en sueños me deleita? ¿Espiró su eco para siempre, bajo las inmensas bóvedas de la eternidad? ¿Ahogó las sonoras vibraciones de vuestras almas jóvenes y apasionadas, el sudario de plomo del infortunio? Nadie lo sabe. Pero aún hay una de vosotras cuya afición me ha seguido á través del sinuoso sendero de mi azarosa existencia, trémula estrella en el opaco cielo de mi desgracia...

¡Yo quisiera vivir soñando, para disfrutar siempre del encanto de veros, astros radiantes de mi pasado!

---

II.

Dichosos, si, muy dichosos son aquellos cuyo corazón es pura y simplemente una víscera que desempeña las funciones de la vida animal que le están encomendadas y nada más; pero ¡ay! desgraciados los que como yo poseen un corazón apto para sentir profundamente! No hay infierno comparable con el que proporciona un corazón sensible á su desdichado poseedor. Bien dijo el poeta:

*En un corazón que siente  
Jamás se abriga el placer.*

---

Tiendo en torno mio ansiosas miradas, y veo el cielo plomizo de un país extraño, cielo siempre enlutado, cielo que parece llorar continuamente. Nubes, eternas nubes clavadas en las cimas de las montañas que me rodean; nubes que ruedan por las laderas, se deslizan á lo largo de la profunda cuenca del Hudson y se confunden con otras nubes que cierran el cercano horizonte. La lluvia cae monótona, lenta, constante como las lágrimas de un dolor inconsolable: ruge el viento y débiles truenos se dejan oír por intervalos. Todo lo que me rodea es triste, triste como mi alma. Hasta los árboles de los valles que empiezan á ostentar sus galas primaverales, mecidos por las ráfagas del viento, parece como que se duelen de haber nacido aquí. Cielos azules, campos siempre verdes, árboles pomposos de otra tierra más cara; ¿cuándo os volveré á ver? Dulces brisas del trópico: ¿cuándo volveréis á orear mi frente?

---

Como ruge la tempestad entre los mástiles de un buque, en noche oscura, en el desierto del mar, así rugió sobre mí la desgracia, así ruge todavía. Las tempestades del mar, se calman al fin: se calmará la mia? Siempre después de las negras nubes de la tormenta, luce más claro el sol: ¿tornará el sol de la dicha á iluminar

mi vida? No sé, no sé; pero quiero esperarlo así. ¡Ay del que nada espera!

*¡Ay del alma sin ventura  
Que en este mundo no halla  
De una esperanza en la tumba  
La cuna de otra esperanza!*

Mientras yo confío al papel estas tristes quejas, alegre música y bulla, canto y algazara resuenan en el piso bajo de la casa. Los alumnos del colegio dan un baile. ¡Felicices ellos, que ríen, bailan y cantan! ¿Qué penas pueden albergarse en pechos de 15 abriles? Gozad, reid, amigos míos: ya vendrán los días negros, los pesares y el llanto; las horas en que el sueño huye de los párpados y la risa de los labios: todas esas calamidades á que llamamos vida.

---

Desde la ventana de mi solitaria habitacion, contemplo tristemente la ciudad envuelta en tinieblas, que la pobre luna de este cielo no puede ahuyentar con su luz fúnebre y débil, que reflejan melancólicamente las aguas del Hudson. Solo el ladrido de alguno que otro perro de las granjas vecinas, turba el silencio de esta noche. Noches encantadas de otra tierra de amor; luna más clara que el sol de este clima; difícil será que os olvide aquí.

---

### ¡DOS DE MAYO!

Día de luto y de gloria para la noble pátria mia: aunque de ella lejano, aunque en extraña tierra, te dedico un recuerdo. La desgracia todavía no me ha hecho insensible á las glorias y á las desventuras de la tierra en que nací.

Repetiré con Arriaza:

¡Día de luto, día de gloria,  
Lleno de sangre, lleno de horror;  
Nunca te apartes de la memoria  
De los que tienen pátria y honor!

---

III.

Llueve á mares.

¡Hermiosa primavera! Campos, árboles, todo cuanto vegetal alcanza mi vista desde el elevado observatorio de mi cuarto, ostenta un verdor precioso; pero la lluvia me impide aspirar ese aire de los campos impregnado del dulce perfume de las flores primaverales.

Mi vida actual puede sintetizarse en estas palabras:  
¡Lluvia, prision y soledad!

---

He dado un paseo en compañía del alegre P., durante más de dos horas que nos concedió de respiro la lluvia.

Caminando á la ventura, dimos en un sendero enteramente desconocido para mí. Es una carretera que sirve de continuacion á la calle Liberty. Desde ella se vé la otra orilla del Hudson, con sus bosques de robles, con sus casas de campo, con los huertos de la ladera cultivados con esmero, que resaltan sobre el fondo gris del paisaje, como una esmeralda sobre un lienzo negro.

A ambos lados pasan dos arroyos que me detuve á contemplar: los árboles, las peñas, los mismos accidentes del terreno, me hicieron recordar paisajes semejantes de mi amada Galicia.

¿Qué habrá en la naturaleza que no tenga una voz para despertar en mi alma los ecos de la patria?

---

Un dia más: ¿Será un dia menos en la sèrie de los de mi destierro? ¿O no tendrán término los dias que debo pasar entregado á mis recuerdos y á la contemplacion de la naturaleza y de mi propio pensamiento?

Como quiera que sea, el dia terminó: es decir, lo pasé. Analicemos cómo.

Acompañé á misa al profesor Mr. Cantel. De regreso, sonó la hora de comer. La comida fué tan seria como de domingo y entre protestantes.—Lectura, paseo triste y solitario á Carpenter's Wood, en donde pasé dos horas largas tendido sobre una peña, debajo de un gigantesco cas-

taño índico, que más de una vez habrá dado sombra protectora á los Pielos Rojas, antes de que los yankees se hubiesen encargado de civilizarlos....

Vuelta á casa.—Cena, más rápida y silenciosa que la comida. Concluimos media hora antes de la puesta del sol. Llené mi pipa, y me dirigí á fumarla en la huerta, arrimado á un cerezo, en cuyo puesto aprovechaba los postreros rayos del moribundo sol.

Y yo sentia frio, y los rayos del sol..... tambien, segun lo que temblaban.

Puesto el sol, obligome el frio á refugiarme en el salon de lectura, en cuyo local están reunidos ya todos los moradores del Colegio, repasando mentalmente los versículos de la Biblia, ó los insulsos capítulos de alguna novela religiosa de las escuelas dominicales (*Sunday school novels*); de esas novelas en que los personajes infantiles están rezando siempre, y el que más reza, acaba por ser rico y por casarse y quedar bendito de Dios *per omnia seecula*, etc.

Yo tomo asiento cerca de la chimenea, y me preparo á leer algunas páginas del precioso libro de Washington Irving, titulado: *The Alhambra*. Libro que me proporciona ratos deliciosos de tierna melancolía, al describir costumbres, monumentos y bellezas de todo género de mi bella España. En el capítulo *A rambling among the hills*—una escursión por las montañas—á propósito de una exclamacion de su guia, M. Jimenez, exclamacion arrancada por la belleza de una estrella que brillaba con fulgor sin par en el cielo mágico de Andalucía, escribe W. Irving estas notables palabras: «He reparado á menudo en individuos del pueblo español esa sensibilidad, ese entusiasmo, inspirado por el encanto de los objetos naturales. El brillo de una estrella, la belleza ó la fragancia de una flor, la pureza del cristal de una fuentecilla, inspírales una suerte de poético delirio; ¡y es de ver entonces cuán eufónicos conceptos les suministra su magnífico idioma, para dar expresion á sus trasportes!»

Esto es verdad nada más; pero así y todo me agrada leerlo, y me halaga hallarlo escrito por un extranjero tan respetable como Washington Irving.

---

Sigo leyendo *La Alhambra*. El estilo ingénuo y elegante á la vez, de Washington Irving, me encanta.

Unido esto al espíritu de justicia hácia mi pátria, que resalta en toda la obra, hace que yo saboree con deleite sus páginas. Quisiera copiar aquí todo el volúmen; pero siendo esto imposible, me contentaré con traducir algunas líneas que me han parecido dignas de que las lea un español. Dice así (pág. IX, tomo 2<sup>o</sup>):

«En realidad, dígame lo que se quiera del orgullo español, ello es que no entra en la vida doméstica ó social.

En ningún otro pueblo son más cordiales las relaciones entre parientes, ni más francas y amistosas entre superior y dependiente. En este concepto aún queda en la vida provincial de España mucho de la tan encomiada sencillez de la edad de oro».

En la *Leyenda del príncipe Ahmed Al Kamel*, ó el *Peregrino de amor*, he hallado una admirable pintura del amor, hecha por una paloma al prisionero príncipe; pintura que prueba bien alto que también en inglés, en ese idioma que tan áspero parece á oídos españoles, pueden expresarse tierna y dulcemente los afectos del alma.

Hela aquí:

«Amor es tormento de uno, felicidad de dos; lucha y odio de tres. Es un encanto que aproxima á dos seres entre sí, y los une por medio de deliciosas simpatías, y hace que su felicidad consista en estar cerca el uno del otro, y su desgracia, en estar separados....

Amor, es el gran misterio, el principio de la vida: al sueño embriagador de la juventud; el tranquilo deleite de la edad madura....»

Verdad es que el inglés pierde su natural rudeza al pasar por la pluma del elegante W. Irving.

---

Y ahora á dormir.

El viento hace crujir las desvencijadas persianas de mi ventana. Sus rugidos arrullarán mi sueño.

Es una música que me agrada.

---

#### IV.

¿Qué es placer?

Su misma simplicidad hace imposible la definición; pero muchos filósofos antiguos y modernos, olvidando esta circunstancia ó recordándola, y juzgando depresivo para su

gloria futura. el no intentar la definicion de un sentimiento, precisamente por causa de su sencillez, han querido definirlo.

El dios Éxito no coronó sus esfuerzos con la palma del triunfo. Porque, en efecto: si segun Ciceron el placer es un movimiento agradable que regocija los sentidos; si es un sentimiento agradable que conviene á nuestra naturaleza, segun Bossuet; una perfeccion que el alma anhela experimentar, segun Maupertuis; definiciones que pecan fundamentalmente contra las leyes del raciocinio, que exigen que no entre en la definicion la cosa definida; ¿porqué siento yo placer al meditar acerca de los infortunios que pesan sobre mi? ¿Qué sentimiento agradable puede proporcionarme el recuerdo del bien perdido? ¿Cómo ha de convenir á mi naturaleza sentimiento tan penoso?

El tracio Aristóteles se acercó más á la verdad al afirmar que el placer es el complemento del acto; definicion que aquel ilustre filósofo apoyó con una imágen de color algo subido, pero en cambio muy exacta. El inglés Hamilton, ha completado esta definicion, diciendo que el placer es un reflejo del ejercicio libre y espontáneo de una facultad del alma, de cuya energía tenemos conciencia. Esto me permite explicar lo que antes era un enigma psicológico para mí. El placer reconoce por condicion esencial, el ejercicio moderado de la actividad del alma: al evocar el fantasma de pasadas horas de felicidad, al compararlas, *in mente*, con las tristes horas que vinieron después, cumplo aquella condicion y resulta el placer; pero ¡cuán melancólico placer!

Moisés invertido, desde la desolada cumbre del presente enclavado en medio de un paisaje de muerte, sobre el que ni siquiera flota un débil reflejo de esperanza, contemplo á mis piés los vâlles encantados, la flora exuberante de la tierra prometida, que mi planta no volverá á hollar. Yo vengo de ella y moriré sin regresar: Moisés se dirigia á ella y murió sin alcanzarla.

Él la veía en el futuro; yo en el pasado.

Él esperaba, podia esperar; yo ya no espero.

Él estaba exento del martirio de una comparacion práctica porque, viéndola de lejos, más presintiera que disfrutara las bellezas de la tierra que buscaba; yo ya viví en mi Canaan; ¡yo puedo comparar!

Y al trazar este triste paralelo, tengo conciencia de que ejercito la actividad del alma, vagando con el pensamiento

sobre las horas que tanto contrastan con las que forman la trama de mi presente: y el complemento de este acto, es el placer.

Segun la bella alegoría de Sócrates, un dia quiso Dios reconciliar el placer con el dolor, enemigos mortales; y no habiéndolo conseguido, los amarró á la misma cadena. Así van juntos por la vida, como el cuerpo y la silueta, de tal suerte, que cuando el uno se hace sentir, el otro no está lejos.

Por esto, sin duda, se ha dicho que el placer vive en el seno mismo del dolor; y este en el seno del placer.

¿No será presentimiento de esperanza, esperanza no confesada, el placer que brota del dolor?

¿No será prevision, temor de su pérdida cercana, la nube que oscurece nuestros placeres?

¡Oh! ¡Si es sombra de esperanza el triste placer que hallo en mis recuerdos, bendito sea!

---

Hoy presencié una magnífica puesta de sol, que me habria hecho creer que me hallaba en Cuba, si no tiritase de frio al contemplarla.

Las montañas al Este del Hudson, desde la base á la cúspide, ostentaban un bellissimo color de rosa, alimentado por la encendida claridad de la parte occidental del horizonte, que remedaba una inmensa conflagracion. El sol, semejante á un globo de fuego, iba trasponiendo lentamente las crestas de los montes, y de vez en cuando reaparecia por una quebrada, imprimiendo doble vigor á la parte opuesta del cielo y bañando todos los objetos en su mágica aunque moribunda luz.

Nunca, ni en mis dias más felices, sin excluir los de la infancia, he podido contemplar la puesta del sol, sin que se llenase mi corazon de inexplicable melancolía. La luz, compañera eterna de la vida, nos sonrie, y cuando nos dice adios, siquiera sea por breves horas, suspiramos porque tememos no volverla á ver: con la venida de las sombras, nos viene la zozobra de la tumba. Oscuridad y muerte, son sinónimos.

Muchas, muchas veces, viendo desaparecer el astro-rey en el líquido horizonte de los mares, ó tras elevadas cumbres, he murmurado estos versos de García Quevedo.

«¡Ay! al ver esa del día  
Postrera luz moribunda,  
Siento presa el alma mía  
En misteriosa y profunda  
Y santa melancolia.

Qué eres imágen, oh Sol,  
Del zenit en la altitud  
De la fuerza y juventud;  
Y tu pálido arrebol  
Presagio del ataud!.

---

V.

Pais original es este, por mi nombre. Aquí tiene su asiento todo vicio, todo crimen, todo lo que puede llevar las naciones á su perdicion; y sin embargo de esto, y de una policia que no usa sable ni revolver sinó en ciertas y solemnes ocasiones, reina el órden más completo, con la sola excepcion de la época electoral; pero terminada esta, los mismos que en ella se han prodigado tiros, puñadas, insultos y porrazos sin cuento, vuelven tranquilamente á sus habituales ocupaciones, á trabajar en el acrecentamiento de su bienestar individual, y por consiguiente, en el de la comunidad.

En ningun punto, la familia, base de la sociedad, segun estoy cansado de oir asegurar á los que entienden estas cosas, esta más desorganizada que aquí. El divorcio absoluto existe en esta ciudad, como lo prueban dos auncios que tengo á la vista, tomados al caer de la mano de uno de los infinitos periódicos de Nueva-York. En el uno, F. J. King, abogado y escribano público, con facultades para actuar en los Estados-Unidos, promete «obtener legalmente *de los tribunales* de diferentes Estados, *divorcios absolutos*».

En el otro, Mr. House (180, Broadway,) promete lo mismo; pero agrega, que *abandono etc., es causa suficiente para obtenerlo*. Consecuencias: que el matrimonio aquí es casi un amañebamiento, que puede terminar cuando le convenga á cualquiera de los cónyuges: que el matrimonio, base principal de la familia,—base á su vez de la so-

ciudad actual,— está socabado: que las relaciones entre padres é hijos deben estar sumamente relajadas, y no pueden existir entre ellos el cariño y el respeto.

¿Puede vivir un pueblo, crecer y prosperar, y ser es-  
siales su prosperidad y su grandeza, teniendo en su seno  
semejante cáncer?

El porvenir se encargará de contestar á mi pregunta; pero si, como dice Renan: (1) «La raza que triunfa, es siempre aquella en que la familia y la propiedad están más sólidamente organizadas;» entonces, bien podria pronosticarse, que el triunfo nunca perteneceria á los anglo-sajones de América.

Pero tal vez, ese porvenir que Mr. Renan pone por tes-  
tigo, venga á probar precisamente lo contrario de lo que  
él espera: esto es, que la familia y la propiedad, pueden  
sufrir una revolucion radical en su presente manera de ser,  
sin que el cambio dañe en nada á la sociedad transforma-  
da en consecuencia, sinó que por el contrario, venga á  
marcar una etapa más en la senda del progreso humano.  
¿Acaso hemos alcanzado ya la perfeccion?

---

El tañido rápido de una campana viene á decirme que en este instante se ha declarado un incendio en la ciudad. Tantos y tan repetidos desastres, ¿no acabarán por enseñar á estas gentes á construir casas de piedra, en vez de esas jaulas de madera, que más parecen hechas para regalo de grillos que para habitacion de hombres? No es la piedra lo que falta ciertamente, que bastante abunda en estos montes, sinó que aquí todo el mundo está de prisa, y hace casas de tabla porque las tiendas de campaña aún son más incómodas, y además no se usan en las ciudades.

A veces suelen arder tambien casas de ladrillo, sin salvarse del fuego ni las paredes; y al verlo, me he quedado con la duda de si aquellos ladrillos serían de polvo de carbon amasado con petróleo.

Verdad es que si los incendios abundan, tampoco escasean las sociedades de seguros contra fuego; y váyase lo uno por lo otro.

---

(1) La Monarquía Constitucional en Francia.

Hoy (30 de Mayo) celebra el pueblo americano una fiesta especial, que consiste en adornar con flores las tumbas de los soldados muertos en campaña durante la última guerra civil. Si el sojuzgado Sur pudiera hacer otro tanto con las de sus héroes que cayeron en la reñida contienda, lidiando uno contra mil, con los mercenarios del Norte, hallaría natural la ceremonia; pero como no es así; como el Sur gime bajo el yugo más pesado que ha soportado pueblo alguno, la fiesta de hoy me parece antipolítica, por lo que tiene de irritante para una importantísima seccion de la república. Creia más sensatos á los *yankees*.

---

---

## VI.

### PROTECCIONISMO

Llama la atencion de todo hombre observador el hallar adoptado el sistema proteccionista en esta república modelo, cuando se esperaba encontrar en ella todas las libertades llevadas al terreno de la práctica. Desgraciadamente, y á pesar de tan halagüeña esperanza, que muy pronto se convierte en decepcion, el sistema proteccionista existe aqui como si la ciencia no hubiese demostrado ya que ese sistema, lejos de proteger, perjudica á la comunidad y, como todo error, lleva aparejado en si mismo el castigo de quien en él persiste.

Los que vienen á visitar esta nacion, decididos á admirar incondicionalmente cuanto en ella vieren, hallarán extraño que yo me permita ver las cosas como son, aplaudir lo bueno sin entusiasmarme y censurar lo malo sin exagerarlo; pero esos tales deben saber que yo no he renunciado á mi criterio propio; que no suelo pensar por medio de apoderado, y que estoy en el perfecto uso de mi razon y mi derecho al discernir lo útil de lo dañoso, el error de la verdad. Creo que como yo proceden los hombres; y como los admiradores de oficio ó de rutina, el mono, esa caricatura del hombre y tal vez su ascendiente segun Darwin.

Las preocupaciones de la educacion, se muestran tan

tenaces en las colectividades, como en los individuos. El hombre que al dar los primeros pasos en la vida, aprende que hay en el centro de la tierra un lugar de tormento en donde los réprobos recibirán, entre horribles llamas, el castigo de las iniquidades que cometieren en el mundo, necesita una prodigiosa fuerza de voluntad, una razon severa y un claro talento, para convencerse de la puerilidad y lo absurdo de semejante conseja; y aún así no consigue desgajarlo de su conciencia, sin sostener una prolongada lucha consigo mismo. De igual suerte, cuando una colectividad ha bebido en su infancia la curiosa doctrina de que la riqueza de un pueblo consiste en carecer de todo, ó en no procurarse con poco trabajo lo que se puede obtener con mucho, (que en tan peregrinas bases reposa el sistema proteccionista) largos años de constante propaganda, numerosos apóstoles de la verdad, capaces de ir hasta el martirio en su predicacion, conseguirán á duras penas convencer á ese pueblo del triste error en que vive.

Y aquí ha sucedido esto. Colonia, considerada por su codiciosa metrópoli como un establecimiento comercial, á cuyo lucro solo ella tenia derecho, á título de señora absoluta, creció, vegetó, mejor dicho, bajo la sombra enfermiza de la célebre acta de navegacion de Cromwell, que no permitia á los colonos ni siquiera la navegacion de cabotaje; bajo la prohibicion de plantear ninguna industria de productos semejantes á los de las industrias de Inglaterra; bajo la influencia de los monopolios sostenidos en provecho de la metrópoli; explotadora inícuá á su vez, en sus ingénios y *plantaciones*, de los esclavos blancos que la metrópoli le vendia, prisioneros de las luchas civiles de que entonces aquella era teatro;— no pudiera hallarse sociedad rudimentaria en peores condiciones de educacion, ni educacion más preñada de errores y desaciertos para el porvenir. Por eso, cuando el proyecto de un nuevo impuesto hizo estallar la guerra que costó á la Gran Bretaña la pérdida de sus colonias, este pueblo nuevo, al verse dueño de sus destinos y sin un amo que lo explotase, trató de explotarse á sí mismo: no podia vivir de otro modo, sin ponerse en pugna con las preocupaciones y los hábitos, hijos de su educacion.

En vez de lanzarse résueltamente en brazos de la libertad, buscó su prosperidad por medio de la proteccion, incurriendo de paso en la inconsecuencia de dedicar sendas cantidades y esfuerzos sin número á eliminar obs-

táculos al cambio, construyendo caminos y canales á través de su dilatado territorio: gasto asaz inútil cuando solo se trata de conseguir en casa con mucho trabajo, esto es, más caro, lo que podría venir más barato del extranjero, ahorrando un trabajo á que pudiera darse destino más ventajoso. ¿No sería más lógico, dado el objeto, multiplicar los obstáculos al cambio y á la produccion en el interior, así como se multiplican al cambio exterior, con las tarifas prohibitivas? Yo creo que sí, y los proteccionistas tendrían que convenir conmigo si no se asustaran de las consecuencias extremas, aunque legítimas, de su maltratado sistema.

Pais nuevo, á la sombra de la proteccion y de la feliz inconsecuencia que le dotó de medios fáciles de comunicacion, pronto vió desarrollarse muchas industrias, espontáneas unas, y artificiales otras.

El malestar inseparable del exceso de poblacion, unido al prestigio de la América y á una ley bastante liberal de reparticion de tierras, comenzó á traerle por centenares los inmigrantes de origen sajón. Cada inmigrante es un nuevo capital que se importa, y los paises prosperan en razon directa del aumento de los capitales que á ellos acuden en busca de colocacion.

En vano las leyes comerciales eran cada vez más restrictivas; en vano los aranceles de aduana se aproximaban más cada vez al prohibicionismo, segun que las industrias ficticias que pedian proteccion, invocando en su apoyo (¡casi sin igual!) el bien comun, veian más peligro en la competencia extranjera ó tenian más que proteger: en el Norte y el Oeste habia industrias espontáneas que prosperaban, aunque no tanto como si á ellas se aplicasen los capitales y el trabajo que desviaban de su verdadero cauce las industrias artificiales: la agricultura, la explotacion de las selvas y de las minas, cobraban importancia á medida que era más considerable la inmigracion europea. En el Sur, un clima semi-tropical y la esclavitud, daban constante aumento á la produccion de los valiosos frutos de aquel suelo: el algodón, el azúcar y el tabaco. La prosperidad crecia y en ella creia ver el pais el resultado lógico del sistema adoptado. Muchos son los que aún hoy persisten en creencia tan errónea; pero yo les diria que esta riqueza lejos de haber nacido del sistema proteccionista, nació á, pesar de él. ¿Cómo ha de ser la riqueza consecuencia natural de un sistema que solo tiende á producir la escasez, segun la feliz palabra de Bastiat, dificul-

tando ó imposibilitando los cambios? Cuando los proteccionistas puedan probarme razonadamente que la escasez es la riqueza, yo les probaré que la sombra es la luz.

Está muy arraigada la creencia de que aquel país en donde todos los artículos, aún los de primera necesidad, tienen precios más elevados, es el más rico; esto es, el más á propósito para la creacion de capitales. Tal creencia no tiene más fundamento que una ilusion óptica. ¿Economiza más el proletario que gana un jornal de cuatro duros y gasta tres; ó aquel que ganando dos, solo gaste uno? Yo no veo la diferencia, y si alguna hay, no está por cierto á favor del primero, porque los tres duros que gasta, pueden muy bien proporcionarle una subsistencia inferior al duro que importa la del otro; pues el dinero representa más ó menos valor segun las satisfacciones que pone á nuestro alcance; y es evidente que más satisfacciones nos proporcionará en un mercado en que todo abunde y por consiguiente todo esté barato, que en otro en donde todo escasee y por ende todo esté caro.

Desgraciadamente, si hay aquí personas ilustradas que se hallan á la altura de los adelantos de la ciencia económica; si los proletarios han comprendido ya á su costa que no está todo hecho con aumentar los jornales, si á la par aumenta tambien el precio de las subsistencias; si el pueblo, en su inmensa mayoría, vá convenciéndose de que su riqueza no recibe ningun beneficio de los elevados derechos que gravan los artículos extranjeros, por más que las cajas del Tesoro público se llenen gracias á las entradas de aduana, que en resumidas cuentas salen del bolsillo del consumidor; si en fin, la luz vá rasgando las tinieblas; en cambio hay intereses personales exigentes, hay monopolizadores recalitrantes é ilusos, que siguen creyendo, ó fingen creer, que la comunidad está en el ineludible deber de enriquecerlos; y es lo peor que los legisladores, cegados por el brillo engañoso de los sofismas; seducidos por la aparente solidez de falsas teorías, ó atraidos por medios menos nobles al partido de los explotadores que conspiran contra el bien público (1), vienen dando la preferencia en sus leyes á unos cuantos fabricantes sobre la genera-

---

(1) Hay actualmente algunos juicios pendientes en los tribunales de los Estados-Unidos contra diputados y senadores acusados de haber vendido su voto *por dinero* á empresas de ferro-carriles, etc. ¡Oh, modelo de paises!

lidad del país productor y consumidor; y menester será que transcurra algún tiempo todavía para que veamos rodar por tierra en los Estados-Unidos el malhadado sistema proteccionista.

Las lecciones recibidas por el pueblo no han sido muy blandas; pero ¿qué importa si no han aprovechado á los que están encargados de dictar las leyes?

El pueblo americano ha visto languidecer, sinó desaparecer por completo, su industria naval, tan floreciente un día, gracias á los excesivos derechos impuestos al hierro extranjero, que hoy ha sustituido á la madera de construcción, con la mira de *protejer* el trabajo nacional; — y la tiránica ley que exige como condicion esencial para el abanderamiento de un buque la de que dos terceras partes por lo menos de sus tripulantes sean ciudadanos americanos, ha ido arrojando poco á poco de la extension de los mares la bandera de las estrellas y las fajas. A esta ley y á aquel impuesto, agregado á otros muchos que han encarecido las subsistencias, á la par que la mano de obra, se debe que ninguno de los numerosos y magníficos vapores que ponen en comunicacion la costa oriental de esta república con las del viejo mundo, enarbole en sus mástiles la enseña americana. El pueblo vé todo esto; las personas ilustradas y de recto criterio lamentan esta decadencia y maldicen sus causas; pero los que pudieran aplicar el remedio no se aperciben del mal ó no quieren verlo, y el mal subsiste.

Idénticas causas reconoce el antagonismo cada vez más pronunciado entre las diversas secciones de la república: antagonismo que no ha tenido pequeña parte en la pasada sangrienta lucha del Norte con el Sud y que, cierto estoy de ello, aún ha de acarrear males de mayor trascendencia á la federacion.

En efecto: ¿en qué favorece al Sud, que no necesita proteccion para sus algodones y su azúcar, la tarifa hecha para proteger las industrias ficticias de los Estados setentrionales? Y sin embargo, el Sur paga esa proteccion al pagar doble más caros sus instrumentos de labranza etc. Y en igual caso se hallan los Estados del Oeste, esencialmente agricultores y mineros, y que por lo mismo, pueden pasarse perfectamente sin proteccion, seguros de que no por eso sus productos han de ser menos solicitados. Pero voy más allá y sostengo que tampoco las leyes protectoras favorecen en el Norte más que á una insignificante minoria de industriales. Fácil me será probarlo. Con la ta-

rifa restrictiva, al gravar con exceso los productos extranjeros, se proponen los proteccionistas igualar las condiciones de producción. ¿Lo consiguen? Para esto sería necesario obligar al productor extranjero á que ofreciese sus mercancías en venta sin agregar al costo de fábrica y transporte los derechos de aduana que hubiese satisfecho al introducirlas en el país, lo cual es imposible. Luego, cuando mucho, se igualan las condiciones de venta, con perjuicio para el país, cuando el consumidor dá la preferencia al artículo de producción nacional sobre el de procedencia extranjera; pues al comprar este, parte del precio que desembolsa por él vá á aumentar el Tesoro público en pago de los derechos de importación, mientras que al comprar el otro, el precio vá íntegro á la caja del productor, único favorecido. Ahora, que me prueben los proteccionistas que los productores son los más y los consumidores los menos, y destruirán mi afirmación.

La nivelación que buscan los proteccionistas en las condiciones de producción, no la hallarán sin abjurar su erróneo sistema: esa igualdad solo puede brotar del libre cambio. Déjese que cada país se dedique á la producción de aquello que le cueste menos esfuerzos, que esté más en armonía con su clima y con su genio, y la nivelación apetecida vendrá por sí misma. Todo el mundo está interesado en cambiar el número menor de esfuerzos por la mayor suma posible de satisfacciones; y el proteger una industria artificial, ni economiza esfuerzos ni multiplica las satisfacciones.

¿Cuándo caerá la venda que aún esconde la verdad á tantas miradas, y querrán ver los ciegos voluntarios?

¿Cuándo dejará de ser un sarcasmo y una burla el sufragio universal?

¿Cuándo dará el pueblo en enviar á los cuerpos legislativos personas incorruptibles, capaces y dignas de representar los intereses generales?

¿Cuándo los legisladores proteccionistas de buena fé caerán en la cuenta de que al prestarse á recargar la tarifa en provecho de algunos industriales, no son otra cosa que la gonzúa de que estos se valen para robar á los consumidores?

¡Ay! Aún es temprano; pero el sol brillará, que no hay noches eternas.

Entre tanto, continúen los gobiernos de la república modelo protegiendo los menos á costa de los más y As-

trea oculte tras velo impenetrable su avergonzado rostro, al contemplar tan escarnecida la justicia que simboliza.

La cuestion económica tiene inmensa importancia, lo mismo en esta república que en las sociedades del viejo mundo. La religion y la política solo tienden á un fin: hacer vivir á los menos del trabajo de los más. La candidez y la ignorancia de las masas son la base de subsistencia de sacerdotes y peliticastros. Ni la religion ni la política resolverán el tremendo problema social planteado ya en Europa y en vias de plantearse tambien en la jóven América Solo la ciencia económica puede hallar esa solucion y la hallará.

El interés personal, gran móvil de los actos humanos, deja oír siempre su potente voz y aquí nadie es sordo á ella.

A un error económico deben los Estados-Unidos su existencia nacional, y es muy posible que una larga série de errores é iniquidades económicas motive su disolucion y su muerte.

El choque de intereses encontrados es inevitable y terrible; y aquí existe ya el antagonismo económico. Tenemos ya la electricidad: solo falta que estalle el rayo,

---

## VII.

### REMINISCENCIAS

Asonado á la ventana contemplo á lo lejos la ciudad dormida entre los rayos de la luna. Es media noche pasada, y el silencio propio de la hora no es interrumpido más que por los monótonos y ásperos ladridos de los perros guardianes de las quintas. Es hora de reposo y de meditacion: de reposo para los felices que pueden dormir; de meditacion para los que se agitan en el infierno el pesar.

Callada noche, en tu silencio angusto  
Hay un encanto que explicar no sé:  
'Terso vuelves el ceño más adusto  
Y brindas melancólico placer.

---

En este momento, una deliciosa música llega á mis oídos, y dá distinto giro á mi meditacion y á mis recuerdos. Hay en las notas de esa nocturna melodía un encanto que penetra hasta el fondo de mi corazón; y aviva en mi memoria recuerdos adormidos.

Una música semejante inundó de melancolía mi alma entera un día ya remoto, é hizo vagar mi imaginacion de adolescente por los espacios misteriosos del porvenir.

Era una deliciosa noche de primavera. En el purísimo cielo de mi pátria brillaba la luna en todo su esplendor, rodeada de su luciente cortejo de estrellas. Una brisa impregnada en los perfumes de las flores del valle natal y en el olor ácre del tomillo de las laderas, acariciaba mansamente las aguas del apacible Sar, por cuyas orillas vagaba yo solo con mis pensamientos, que yo siempre he amado la soledad.

El murmullo de las aguas, el susurrar de las hojas mecidas por el céfiro; esos mil rumores de los campos de mi pátria en las noches de primavera,—voces de infinitos séres que viven entre el césped y se cantan sus amores á la luz de la luna,—conmovian mi alma y entretenian mi imaginacion.

Habia llegado en mi escursion nocturna un poco más arriba de la aceña de *Abairo*, cuando el son de una flauta que repetia la dulcísima *muñeira*, ese precioso aire gallego, cuyo mérito no se aprecia bien, sinó cuando se le ha dejado de oír por muchos años, me obligó á detener mis pasos. ansioso de no perder una sola de sus notas. El músico debía ser uno de los mozos de Extramundi ó de Lamas, que por la otra orilla del Sar, se dirigia á su aldea, ó á la aceña de Arriba; pero, ora fuese efecto de la disposicion de mi espíritu, ora que las infinitas bellezas de aquella noche y aquellos campos prestasen inspiracion al campestre flautista, lo cierto es que entonces, en mi concepto, el mismo Pan, no podria igualarle.

La música seguia resonando cada vez más lejana, pero cada vez más dulce: yo la oia en la direccion del molino de Arriba, luego más allá, entre la arboleda de Fondons; y siempre grata, siempre arrobadora.

¡Cuántos y cuán imaginarios mundos recorrió mi mente, sometida al encanto de aquella melodía! Al fin, mis ideas fueron concretándose á la realidad, pero siempre volando sobre las anchurosas olas del tiempo y del espacio. «Es un jóven, pensaba, un pobre mczo que vá á pasar algunas horas al lado de la amada de su corazón, saboreando

dichas del futuro, soñando despierto, forjándose doradas ilusiones que la desgracia no tardará en desvanecer..... Mañana tal vez, la quinta le arancará de los brazos de su madre y de su amada, irá á la guerra y morirá, sin tener el consuelo de morir siquiera al lado de los que le aman; ó si regresa de los combates, hallará á su madre en la tumba y á su amada unida á otro hombre. Y morirá la esperanza en su alma y la fé en su corazon; y no inspirándole ya el amor, no volverá á arrancar de su flauta estas deleitosas notas: arrancará notas empapadas en lágrimas, veladas en gemidos, quizás rugidos de ira...

O entrando en su alma la ambicion funesta, dejará atrás patria y amor, cruzará los mares seducido por el canto falaz de la sirena América, y allí ó caerá víctima del clima asesino, cual tantos otros: ó blanco constante de la adversidad, impedirale un ridículo amor propio, tornar pobre al valle natal: ó creándose nuevas afeciones en extraña tierra, olvidará las que dejó en su hermosa pátria, y los dulces sonos de su flauta ¡ay! nunca más serán repetidos por los ecos que en este instante los remedan. ¡Quién sabe, quién sabe!»

La música cesó: solo el ruido lento y constante del agua que salvaba las represas de las aceñas, resonaba en el valle. Corté mi meditacion, y continué mi interrumpido paseo.

Hoy, al encauto de otra música parecida, recuerdo aquella noche en una tierra extraña. Han pasado muchos años. He luchado en la arena del mundo y caí: me quedaron... la vida y los recuerdos.

¿Qué habrá sido del inspirado músico de mi valle? ¿Se habrán realizado mis augurios? ¿Quién podrá decir á dónde le llevaron las turbulentas oleadas del mar de la vida! ¿Quién sabe si será feliz al lado de su amada de entonces, su esposa de hoy; si su flauta alegrará todavia los ecos del Miranda, y dará envidia al nocturno cantor de las robledas!

---

## VIII.

### MISCELÁNEA

Siempre se aprende algo. Hoy, por ejemplo, he hecho tres descubrimientos, que si no tienen tanta importancia

como el de la América ó el de un nuevo planeta cazado por un astrónomo insomne desde el castillo de su observatorio, cerca le andan.

Por aburrirme menos, eché mano del Antiguo Testamento, y repasando los versículos del Génesis, dí con los siguientes:

«...Y Dios colocó al hombre en el jardin del Eden para que lo guardase y cultivase.» (Cap. 2.º vers. 15.)

«Y viendo desnudos á Adan y á Eva, entonces Dios les hizo túnicas de pieles y los vistió.» (Cap. 3.º vers. 21.)

«...Jubal (uno de los hijos de Lameth) padre de todos los que tocaban el arpa y el órgano.» (Cap. 4.º vers. 21.)

De modo que el primer jardinero del mundo fuè Adan, Dios el primer sastre, y Jubal el inventor de las arpas y los órganos, puesto que fuè padre de todos los que manejaban esos instrumentos.

De estos *interesantísimos* datos resulta que cuando Dios soltó á Adan en las alamedas del Paraiso, ya le impuso la obligación de cuidarlo y cultivarlo; esto es, ya le hizo trabajar, y por consiguiente, la maldicion de ganar el pan con el sudor del rostro, que echó encima de él y de toda su descendencia, cuando el infausto suceso de la manzana tuvo lugar, fuè llover sobre mojado; porque ¿acaso cultivar un jardin es dormir la siesta, ó tomar el sol, ó pasear en coche por el Parque Central? Se me antoja que nó. Bien pudo, pués, Adan contestar al airado Jehová al lanzarle este su famosa maldicion: «¡Gran noticia! Y antes, señor Vinagre, ¿lo ganaba roncando?»

Los demás *descubrimientos* solo interesan á los sastres y á los hijos de la bella Italia que recorren la tierra con el arpa á cuestras y el órgano al cuello, taladrando tímpanos y destrozando música: unos y otros conocen ya su ascendencia, y á fé que deben estar orgullosos de ella y agradecerme el trabajo que me dí por descubrírseles, los sastres no cobrándome algunas cuentas del pasado y del porvenir, y los *ambulantes* yéndose con la música á otra parte en donde yo no esté. Pero el hombre es ingrato.

Y aún es posible que venga por ahí cualquier presbítero diciéndome que he bebido estos datos en mala fuente.

He visto ayer ahorcar á un asesino: murió con serenidad, casi con alegría y la turba de curiosos que presenció el acto, se admiró del buen humor del reo. Yo medité.

¿Por qué generalmente se mira como un fenómeno, el que un reo que está á dos dedos del salto mortal, demuestre alegría en su semblante? A fuerza de contemplar tan cruel espectáculo, he llegado á no considerar tan fenomenal esa circunstancia: antes al contrario, me sorprende ver triste á un infeliz á quien llevan al garrote, á la horca ó al banquillo. Lo otro es lo natural.

Pués qué: ¿es acaso la familia humana (familia de padre incógnito, como los Valdés de Cuba y los Rey, Iglesias y Caridad de mi tierra) algo más que una inmensa aglomeracion de individuos condenados á muerte? ¿Qué es el hombre más que un reo que entra en capilla desde el mismo instante en que sus ojos se abren á la luz del sol?

Los espíritus superficiales hallarán esta diferencia: el que va á morir á manos del verdugo, solo permanece en capilla veinte y cuatro ó cuarenta y ocho horas; y los otros condenados suelen estarlo, desde un dia hasta un siglo y más. ¡Diferencia ilusoria! ¿Qué más dá un dia que un siglo? ¿Quién ha definido el tiempo? Nadie. El tiempo y la extension, ideas muy comunes y muy manoseadas, son ideas convencionales: nadie sabe darse cuenta del uno ni de la otra; la generalidad, mide el tiempo y el espacio por sensaciones.

Si el tiempo es ilusion, ¿qué es un dia ó un siglo?

Por eso yo no me admiro de ver un reo que sube las gradas del patíbulo con la sonrisa en los labios.

¿Hase visto nada más alegre que la humanidad?

¡Pués la humanidad está condenada á muerte!

---

Muchas veces he oido ponderar las ventajas de las leyes penales de este pais, y no pocas, (pésame, Señor) hice yo coro á esas alabanzas. Verdad es que entonces veia pintadas esas leyes, y no me detenia á pensar que de lo vivo á lo pintado hay gran distancia. No era aquella para mi, época de reflexion, sinó de ilusion. ¡Cuánto me duele que haya pasado!

Hoy puedo juzgar con lo vivo á la vista y mi entusiasmo vase bajo cero sin remision. Acabo de leer en

«*The Tribune*» que en una cárcel de Nueva-York están presos hace dos años, dos marineros, con el único objeto de que sirvan de testigos en la causa sobre un asesinato que *vieron* cometer á bordo del buque que tripulaban, en la bahía de Montevideo, si algun día se forma causa por ese delito, que todavía no se ha formado ni tal vez llegue á iniciarse nunca. En cambio, el asesino ha sido puesto en libertad bajo fianza y anda navegando y ganándose la vida, mientras que los inocentes testigos, solo por serlo, sufren las penalidades de una prision y sus familias quizás los rigores del hambre.

Cotejen los imparciales esta realidad con las pinturas que por allende corren, y díganme después si semejantes leyes no son más dignas de un pueblo salvaje que de un pueblo que se jacta de civilizado. ¿Cómo, sinó, se desprendería de ellas la consecuencia, sancionada por los hechos, de que es mayor crimen presenciar un asesinato que cometerlo?

¡Ilusiones de mi vida,  
Cuál mi pecho abandonais!  
¡Cómo de capa caida,  
De capa caida vais!

---

*Cuatro de Julio.* Desde ayer noche vivo entre el continuado estrépito de tiros, cohetes, cañonazos, bombas y bombos: mi cabeza está á punto de declararse en huelga. Es que hoy celebra el pueblo americano el aniversario de su independendia. Dije mal: no es el pueblo, son los muchachos los que toman á su cargo esa solemnidad.

Las personas formales emigran á los campos en justo interés de sus ojos y miembros, que correrían gran peligro en las ciudades, villas y aldeas.

Dando ejemplo de una temeridad criminal, recorrí esta mañana las calles de Newburgh, y las he visto pobladas de chiquillos armados de pistolas, escopetas, granadas y cohetes, con cuyos *útiles* hacian todo lo posible por tornar *inútiles* á los incautos espectadores de sus bulliciosas proezas. Por una casualidad, que casi me obliga á creer en los milagros, salí ileso de mi peligrosa escursion.

Mañana vendrán los periódicos atestados de relacio-

nes de incendios y otros deplorables accidentes causados por esta explosion de entusiasmo infantil. He oido asegurar á un sesudo americano que el número de víctimas debido á la celebracion del cuatro de Julio, supera con mucho al de los que cayeron en los campos de batalla de la independencia.

Y no lo extraño; que el ruido no es para menos.

*Doce de Julio* (1871.) Esta fecha no recuerda una gloria nacional yankee, por más que el *Herald* califique de gloriosa victoria el escandaloso motin que la ilustra. Narremos.

Los irlandeses protestantes (orangistas) celebran en ese dia el aniversario de la batalla de Boyne, ganada por Guillermo III de Inglaterra á Jaime II, en 1690. Proyectaron al efecto una procesion por las calles de Nueva-York, y como eso irritaria á los irlandeses católicos (que son los más) quisieron precaverse de un ataque, pidiendo proteccion á las autoridades. Concediéronsela estas, poniendo al efecto sobre las armas seis ó siete regimientos de milicias y armando la policia de sables y revolvers. La procesion partió, rodeada por tan respectable escolta; pero en lo más pacífico de su curso sonó un tiro, y repitiose lo del famoso campo de Agramante: ni procesion ni escolta se entendian. A aquel tiro aislado, único, *inverosímil* é inofensivo, contestaron los milicianos con una desconcertada descarga que puso fuera de combate á casi todos los polizontes de caballeria que iban á vanguardia. El desórden que se siguió puede suponerlo el lector. La procesion terminó por la fuga de cuantos la componian: los milicianos cesaron en sus descargas *ad libitum*, y treinta y seis muertos y ciento un heridos quedaron en las calles atestiguando el indomable valor y la estricta disciplina de los milicianos neoyorkinos. Hay que tener en cuenta que estos valientes no esperaron órden de sus jefes para hacer fuego, ni supieron sobre quién lo hacian; puesto que los polizontes fueron los que recogieron más balazos y los supervivientes han celebrado un *meeting* protestando contra la desatentada conducta de los milicianos. Esto es muy elocuente.

Lo que más me admira es que los diarios de Nueva-York llamen á tan vergonzoso desórden una gloriosa victoria. ¿Contra quién? ¿Sobre quién? ¿En defensa de qué? ¿Qué importa! Son los mismos periódicos que apellidaron salvajes á los heroicos y sufridos voluntarios de Cuba, cuando, después de agotada su magnanimidad española,

contestaron el fuego que desde azoteas, balcones y carruajes les hacian los cobardes enemigos del nombre español. Estan en su papel.

---

—¿Es usted hombre de templanza?—me preguntaba un americano.

—¿Si, señor,—le contesté.

—¿En qué sociedad prestó usted el juramento?

—En ninguna.

—¡Hombre! Pues no lo entiendo.

—Es muy sencillo: yo me he jurado á mi mismo no embriagarme con licores, sinó cuando se me antoje.

—¿Y á eso llama usted ser hombre de templanza?

—Si, señor, y se lo probaré á usted. Yo no hallo virtud sinó en donde la tentacion y la posibilidad de pecar existen. Cuando ustedes juran en sus sociedades no probar vino ni licor alcohólico alguno, por miedo á la embriaguez, suprimen la tentacion y la posibilidad de delinquir: esto es, suprimen ustedes la virtud y se colocan al nivel de los animales más inferiores, desconfiando de la razon, negando ese bello atributo del hombre. ¿Cómo han de embriagarse ustedes si juran no beber? Lo meritorio sería beber y no embriagarse: dominar el apetito brutal que pide vino y vino y más vino. Lo otro es sacar la ocasion para no hacer el ladron.

Así, pues, yo, que confio en mi fuerza de voluntad; que puedo dominar mis apetitos cuando la razon me lo ordene; juzgándome, por tanto, superior á ustedes, he jurado no embriagarme; pero no juré dejar de beber, y cumplo mi juramento bebiendo, mientras que ustedes ni aún evitando la bebida, pueden evitar la embriaguez.

—Es usted terrible.

—Soy la verdad.

—Pero la ocasion, ya usted comprende... mejor es evitarla. El que busca el peligro, perece en él.

—Eso reza con los loros, que comen el peregil si lo hallan al alcance de su corvo pico, sin comprender que el peregil es para ellos lo que el ácido prúsico para el hombre... y el perro, etc. etc. Si V. se conforma con el parecido, que buen provecho le haga.

—La verdad es, que la comparacion humilla un poco mi amor propio.

—No lo halaga seguramente: la verdad y el acibar se parecen en el sabor. Doblemos la hoja, si V. gusta.

—Convenido. Pero, ¿me negará V. que las sociedades de templanza han ejercido benéfica influencia en las costumbres de nuestro pueblo?

—Yo le diré á V.: no sé si antes era muy general aquí la borrachera; pero hoy puedo asegurar á V. que lo es mucho, y que no está circunscrita á las clases inferiores. En el periódico mensual *The Galaxy*, de Mayo, página 751, acabo de leer esta edificante frase: «Está más borracho que un senador.» Ahora, si esto es exagerado ó incierto, no me toca á mí resolverlo.

—Indudablemente, dijo mi interlocutor, meditabundo, usted tiene razon, y la borrachera es el vicio nacional de mi pátria, á pesar de las sociedades de templanza.

—Tal vez á causa de ellas. Hay sociedades contraproducentes. Nunca hubo más incendios ni más naufragios, que después de la invencion de las sociedades de seguros contra incendios y siniestros marítimos. ¿Por qué serian una excepcion las sociedades de templanza?

—No hallo un motivo bastante fundado, en verdad.

Y mi americano se fué murmurando palabras ininteligibles y con todo el aire de un hombre cuyas convicciones acaban de sufrir un rudo golpe.

---

## IX.

### LA NOCHE DE SAN JUAN.

¡Víspera de San Juan! ¡Noche encantada, llena de mil dulcísimos recuerdos, que la desgracia presente me hace evocar con melancolía! Esta es la única vez que te veo pasar sin oír las alegres canciones de los jóvenes que en bulliciosos grupos circulan por las calles de todas las ciudades, villas y aldeas de mi amada España y de la América española, rasgueando la guitarra. Solo, en un país sin tradiciones, entre un pueblo que solo vive la vida material, que desconoce por completo las expansiones del espíritu, consuélome recordando mi patria: es el triste consuelo de los desterrados.

---

Hoy, las hermosas hijas de mi villa natal suben la escabrosa cuesta del San Gregorio, llevando en sus manos un cántaro y un canastillo: aquel para llenarlo en la fuente que mana debajo de la vetusta capilla del apóstol Santiago; este para henchirlo de aromosas yerbas, entre las cuales figurará el tomillo. Las yerbas serán introducidas más tarde en el cántaro, y este con el agua, colocado á serenar en el balcon ó en el antepecho de la ventana, y á la mañana siguiente servirá aquel perfumado líquido para lavarse la doncella, que, gracias á esta higiénica ablucion, gozará de buena salud durante el resto del año. ¡Inocente y hermosa tradicion!

Mañana dejarán el lecho cuando aún brillen las estrellas en aquel poético cielo, y volverán á subir el áspero repecho para presenciar desde el monte la salida del sol, que, según la tradicion popular, comienza ese dia su carrera, danzando en honor de San Juan. ¡Cuántas canciones entonadas por frescas, argentinas voces, resuenan entonces, cuando el sol asoma su centelleante disco por encima del soberbio Meda!

¡Yo recuerdo aún las últimas que oí: aún creo oirlas en este momento; creo ver aún aquellos sonrosados rostros, animados por la sonrisa de la juventud y del placer, flores perdidas en la oscura noche del pasado!

---

Y ¡cuán preciosa perspectiva ofrece desde allí mi pueblo natal!

Yo lo veo bañado por los dorados rayos del naciente sol; reclinado en su lecho de esmeralda, á las floridas márgenes del Sar, que se desliza perezoso, describiendo mil caprichosas curvas, á lo largo del valle. Allí está la antigua robleda, el *Souto*, teatro de mis juegos de la infancia. A lo lejos, Puente Cesures y Requeijo, á ambos lados del Ulla, con sus blancas casas rodeadas de árboles, semejan dos bandadas de palomas que se detuvieran á beber al lado de un arroyo. Por el Ulla, que se desliza magestuoso en direccion Sudoeste, con aires de señor feudal, suabe un *galeon* con sus blancas velas desplegadas, á la fresca brisa de la mañana. Al Este, apoyadas en el flanco del monte, Barco, Lestido, Matanza, Luans, Horta, Santa Maria, Reten, Pedreda y otros y otros pequeños caseríos, casi ocultos bajo la masa de verde-oscuro follaje.

Al Oeste, la Pedreira, y casi á los piés del observador, ambas Trabancas, con sus vetustas casas adosadas al monte como descansando de haber estado en pié tantos siglos. Hé allí el Cármen, que con sus infinitas ventanas desprovistas de maderas, semeja un coloso de cien ojos que acecha infatigable el pueblo que yace dormido á sus plantas; acullá parece como que llora su pasada grandeza la desolada Lestrobe... En lontananza... ¡ay!.. en lontananza la idea de que no es este cielo que ahora me cobija el de mi adorada Galicia; idea que viene bruscamente á interrumpir mi deleitosa ilusion, á traerme de nuevo al adusto terreno de la realidad de que tan lejos huyera mi mente.

Noche de San Juan: yo te recuerdo al recordar mi pátria, aquí á orillas del caudaloso Hudson, reclinado sobre el césped, bajo los mismos cedros que han dado sombra, aún no há sesenta años, á los primitivos habitantes de la América Septentrional. Yo te recuerdo, sí. ¡Cuán bella pasarás para los que, más dichosos que yo, no han abandonado por estas orillas las del humilde Sar! ¡Cuán triste para mí, pobre desterrado!

---

Nunca como hoy he comprendido lo que encierran de verdad estos conocidos versos del ilustre Lista:

*«¡Feliz aquel que no ha visto  
Más rio que el de su pátria,  
Y duerme anciano á la sombra  
Do pequenuelo jugaba!»*

¡Ay de los que abandonan su pátria para perseguir en remotos climas un irrealizable ensueño de gloria y de fortuna!

El ensueño siempre es irrealizable, y la poca felicidad que hallarse puede en el breve tránsito de la vida, queda en la pátria; pero la imperiosa ley que empuja la oleada humana del Oriente al Ocaso, nos impele, y emigramos, pobres esclavos de desconocidas leyes.

---

X.

VICTORIA WOODHULL Y SUS DOCTRINAS.

Publicase en Nueva-York, bajo la direccion é inspiracion de Mrs. Victoria Woodhull, un periódico, cuyo objeto es propender de todas suertes á la emancipacion política y social del bello sexo. Titúlase *The Revolution*, título perfectamente de acuerdo con su programa, porque revolucion, y nó pequeña, envuelven las doctrinas que predica.

No falta quien la ridiculice ni quien califique de peligrosa la propaganda de la señora Woodhull, por cuanto tiende á minar las bases en que descansan las sociedades actuales; y yo no se lo llevaré á mal, porque comprendo lo difícil que es convencer á la generalidad de los hombres, de que aquello mismo que se les ha enseñado á considerar como justo, santo é inmejorable, ni es justo, ni santo, ni siquiera bueno.

El hombre es rutinario por naturaleza, aún en los mismos actos que significan progreso. Cuando extrajo el hierro de las entrañas de la tierra y halló el medio de darle forma á su antojo, no supo hacer nada nuevo: construyó el hacha, ciñéndose estrictamente al modelo primitivo de la edad de piedra: solo cambió la materia; la forma quedó subsistente. Después, cuando la invencion de la locomotora le permitió sustituir la prodigiosa fuerza del vapor á la limitada y perecedera fuerza animal, construyó los coches, destinados á deslizar: con vertiginosa rapidez sobre el riel férreo, separándose lo menos posible de la incómoda forma de las antiguas galeras y sillas de posta. El perfeccionado fusil de aguja de Mr. Remington, afecta servilmente la forma de la ballesta de la edad media. Parece que el hombre teme romper con la tradicion.

Y este espíritu rutinario que tan á las claras se manifiesta en lo material, no aparece menos definido en lo moral. Sócrates, apurando la cicuta; Jesús, espirando en el Calvario; Galileo, obligado á renegar de su propio génio; Colón, despreciado por loco; y tantos y tantos nombres que, rodeados de gloriosa aureola, figuran en el dilatado martirologio del progreso intelectual de la humanidad;

¿qué han sido más que víctimas inmoladas en el ara insaciable de la rutina?

La unidad de Dios predicada por Sócrates, heria el politeísmo griego; la teoría del movimiento de la tierra al rededor del sol, demostrada por Galileo, destruía el error geocéntrico fundado en un versículo del Antiguo Testamento; la igualdad que enseñaba Jesús, repugnaba á una civilizaci6n que apenas consideraba hombres á los que nacían fuera del recinto de los muros de Roma; Colon, sosteniendo que el mundo era esférico, echaba por tierra la opini6n de los que, fundándose en no sé qué menguado artículo de fé, creían que la tierra era una inmensa planicie sobre la cual, un Dios, fatigado de su inercia de edades, extendiera el cóncavo pabell6n de los cielos. El espíritu de rutina no podia perdonar tanta audacia.

No pretendo ciertamente colocar al lado de los nombres de tan ilustres mártires del progreso, el de Victoria Woodhull: no vá tan lejos mi amor á las innovaciones. Comprendo que *The Revolution* predica teorías osadas que en la práctica herirían profundamente la familia y la sociedad; pero de esto á condenar esas teorías, cuya justificaci6n tal vez esté reservada á un porvenir cercano, hay tanta distancia como entre un verdadero hijo del siglo XIX y los estúpidos frailes que dictaron la retractaci6n de Galileo; y esa distancia es harto enorme para que yo la franquee.

Si; el porvenir se encargará de juzgar la atrevida y seductora doctrina del amor libre: él pronunciará su fallo acerca de la influencia saludable ó nociva de la union y separaci6n voluntaria de la mujer y el hombre, en la sociedad. Nosotros corremos el riesgo de aplicar al caso el fatal criterio de la rutina disfrazada de versículo de la Biblia ó de artículo de fé: corremos peligro de renegar del progreso cuyos hijos somos. ¿Se ha hundido por ventura la sociedad porque las leyes hayan reconocido al hombre la libertad de conciencia y la libertad del pensamiento que un día le negara una teocracia verdugo de la humanidad? ¡Cuántos progresos no debe el mundo á la reforma religiosa del siglo XVI, considerada entonces aún por hombres ilustrados, como la más terrible de las calamidades que la cólera divina dejara caer sobre Europa!

Yo creo en el progreso: yo quiero ser hijo digno de mi glorioso siglo y mis miradas se dirigen con más placer hacia los horizontes del futuro éneamente iluminados por los primeros albores del día que nace, qué á la negra

noche del pasado sobre la cual derrama fugaces destellos el faro de la historia.

Cuando el progreso con sus oleadas vivificantes empuja sin cesar á la humanidad por su senda sin fin; ¿cómo hemos de querer, porqué hemos de esperar que solo la muger permanezca ajena á ese movimiento y quede estacionaria donde todo avanza?

Y es en vano querer, es inútil esperar lo que está reñido con la eterna ley del progreso. Recórrase la historia. Teogonias, creencias, ideas, instituciones sociales y políticas, civilizaciones, todo desaparece, todo se trasforma á medida que el progreso hace brotar un nuevo ideal de las ruinas del antiguo. Las mismas vicisitudes, las dolorosas estaciones del *via-crucis* que ha recorrido la bella compañera del hombre para llegar á su estado presente de relativa libertad en los pueblos civilizados, vienen á comprobar mi afirmacion. Recordémoslas rápidamente con Pelletan.

Hembra primero, era propiedad momentánea del más fuerte, cuando el hombre vagaba, á la manera de las bestias, por vírgenes selvas, alimentándose de lo que espontáneamente, si con mano avara, le ofrecia la madre tierra. El hombre se hizo pastor, y la muger fué la primera esclava de su marido, la administradora del hogar, sobre quien recaian siempre las más pesadas labores. Cuando el hombre buscó en la agricultura un sustento menós precario que el que le brindaban la caza y el pastoreo, unció al arado la débil muger, en tanto que él, el más fuerte, reposaba tranquilo sobre una piel de oso! Sin dejar de ser esclava, fué ganando en dignidad á medida que avanzaba la civilizacion.

El pueblo griego, idólatra de la belleza de la forma, no podia pasar por la vida sin intentar algo en pró de la rehabilitacion del sér encantador, que suministró á Fidias el modelo de su Venus inmortal; y la muger fué sacerdotisa, compartió la mansion del Olimpo con los dioses; fué la inspirada, la deliciosa *hetaria*, que hacía suspirar de amor y de deseo, al filósofo y al poeta rendidos á sus piés. Pero en el hogar doméstico, estaba sometida á la degradacion de la poligamia, y su señor la alejaba de su mesa: entonces el marido compraba la esposa. El esclavo la aliviara de los trabajos más fuertes que antes pesabán sobre ella; y la muger creció en belleza. La civilizacion griega, pasó, y vino á sustituirla la romana, ávida de hallar la fórmula del derecho universal. La dote emancipó á la

muger del yugo que antes la abrumara: fué como el rescate de parte de su sér. La poligamia, dejó el puesto á la repudiacion; pero la muger, era ya la esposa única de su marido, en tanto este no se cansaba y se valia del derecho de repudiarla; y no podia arrojarla de su lado sin restituírle la dote, que la redimia de la miseria y de la infamia. La muger fué entonces la matrona romana, que ocultaba con el velo solamente la mitad de su rostro: era señora ya de la mitad de su belleza. El cristianismo sublimó la muger: Jesús, bendijo á los que habian amado y llorado. Y la muger, igual al hombre ya ante Dios, compartió con él los horrores del Circo Romano, las persecuciones de que fué objeto la religion naciente: la muger sufrió el martirio á la par del hombre. Los tiranos de Roma, sancionaban así la igualdad que para ella decretara el cristianismo.

El impetuoso torrente de los bárbaros se desbordó sobre la civilizacion romana, que espiraba entre orgías de sangre y de placeres, y comenzó el sombrío período de la Edad Media que produjo la institucion feudal. La muger, dignificada por el cristianismo, mezclada ya en la mitología de la nueva religion como lo estuviera en la de las precedentes, fué la altiva castellana al lado del señor feudal, y compartió con este el adusto castillo colgado de una cumbre, como el nido del águila. En plena posesion de su belleza, cultivada su inteligencia, el hombre rudo de aquellos siglos comprendió por fin el tesoro de amor y de ternura que encerraba en su seno la muger y la rindió culto: fué la época de la caballería y del amor; la época de los trovadores y de los caballeros andantes que rompian lanzas y hendian yelmos en honor de sus damas. La muger era la reina de los torneos, esas luchas de la destreza y la fuerza, y de las cortes de amor, ese torneo de la inteligencia; y en el hogar era la esposa cristiana. El cristianismo habia dicho al hombre: «Esposa te doy y nó sierva.»

La luz del Renacimiento, esa eflorescencia del arte y de las ciencias, que sofocaran los bárbaros, vino á disipar las sombras de la Edad Media. Schwartz, al inflamar la pólvora, dió el golpe de gracia á la tiranía material de los señores: Guttenberg, al multiplicar sin fin la palabra escrita, concluyera con la tiranía moral de la ignorancia. Desplegó el génio sus alas entumecidas y lanzose denodadamente en pos de nuevas conquistas para la civilizacion. La muger vió elevarse su nivel moral en consonancia con el del hombre: después de la apoteosis de

sus formas por el inspirado cincel griego; después de su redencion por el derecho romano; después del culto del amor que la tributaron los caballeros y los trovadores de la Edad Media; la muger debia verse divinizada en algo superior á la frialdad de la estátua: en el lienzo animado por el pincel del gran pintor del Renacimiento, el ilustre Rafael de Urbino. Fué este el culto del arte, que no podia quedarse á la zaga de la religion cristiana en su noble empresa de reparacion.

El progreso es innegable sin duda en este rápido bosquejo de la transformacion moral de la muger; pero ¡cuántos dolores, cuántas lágrimas vertidas en secreto; cuantas y cuán atroces injusticias adivina el pensamiento en tan dilatada série de evoluciones y revoluciones!

¿Está andada ya toda la via? Contestar afirmativamente equivaldria á negar la eternidad del progreso ó á proclamar que hemos alcanzado el grado de perfeccionamiento á que puede aspirar el hombre; y nadie habrá tan audaz que pretenda afirmar lo uno ó proclamar lo otro.

Hoy llamamos *señora* á la muger; hoy rendimos el debido culto á su belleza; pero ¿es verdaderamente libre? ¿No está todavia, prácticamente, colocada en un nivel inferior al hombre? ¿Hay igualdad en lo que de esposa y esposo exigen las conveniencias sociales? Y al hacer estas preguntas, ya no me refiero á los pueblos del Oriente, en donde la muger es hoy tan esclava como en la Grecia antigua: me refiero á nuestras sociedades civilizadas. ¿No tiene que ascender aún algunos escalones más la bella mitad del género humano?

Mrs. Victoria Woodhull pide para su sexo los derechos civiles y políticos; la participacion en los negocios públicos, al igual del hombre: pide que se le deje expedito el circo de la vida para ensayar en él sus fuerzas frente á frente de su opresor; y en la familia pide la libre eleccion, el *amor libre*; que el matrimonio no pueda convertirse de blanda cadena de flores, en férrea cadena de forzado, en yugo insoportable. Mucho pedir parece; pero más parecra pedir la libertad y la consideracion de que hoy goza la muger, al hombre primitivo, que la empleaba como bestia de carga y le negaba hasta el alma, la luz de la razon. Juzgamos por el pasado, y á él queremos ajustar el porvenir. ¡Siempre mirando hacia atrás!

En el Oriente, en donde quiera que la muger sufra todavia la degradacion de la poligamia, y el martirio de la

esclavitud, solo hay pueblos degradados, pueblos esclavos tambien. Ahí está la India, cuna de la civilizacion, sufriendo resignadamente el más bárbaro de los despotismos, cual si su noble raza viviera aletargada en sus bosques de alcanfor y de sándalo.

Solo allí en donde la mujer este dignificada; solo allí en donde la influencia de la civilizacion cristiana la elevó moralmente al nivel del hombre; solo allí, digo, brilla sobre el pueblo el sol fecundo de la libertad.

Por eso no quiero condenar las osadas teorías de Victoria Woodhull. Sería usurpar derechos que solo corresponden al porvenir.

---

---

## XI.

### PELLIZCOS.

La literatura de un pueblo, ha dicho nuestro malogrado Larra, es el barómetro que marca los grados de cultura que alcanza aquel. La prensa periódica, significa lo mismo; pero ¡cuán triste idea se formaria de la cultura del pueblo *yankee*, el que la midiese por el barómetro de su prensa diaria!

A la vista tengo números de cuatro de los principales periódicos que ven la luz en Nueva-York, y en ellos hallo frases tan pulcras como estas que dirige *The Tribune* á *The World*: «Nuestro colega es un mentecato, estúpido y súcio: el colega miente como un villano.» Creo que no se puede pedir más.

*The Sun*, sin embargo, vá más allá. Dígalo este suelto que traduzco: *Tal amo, tal criado*. La inveterada costumbre del presidente Grant de aceptar todo cuanto se le presenta (regala) ya sea un perro de Terranova, ora una casa ó un lote de terreno, siquiera por una vez redundó en beneficio del pueblo: aceptó la dimision del coronel Ely S. Parker, encargado de las relaciones con los indios. Por ahora, pues, hay un *pillo corrompido menos* en las regiones oficiales. [19 Julio 1871].

¿Puede darse nada más ingénuamente salvaje?

*The Times* (21 Julio 1871) que es órgano oficioso del

Gobierno de Washington, en letras como puños, llama *ladrones* y *estafadores* al gobernador y al corregidor de Nueva York, señores Hoffmann y Hall; y se compromete á probarles su acusacion ante los tribunales, si á ellos le llevan. Díceles además que hay muchísimas personas en presidio por robos imperceptibles al lado del que cometieron esos magistrados; y que no desconfía de verlos en Sing Sing (como si dijéramos en Ceuta.) Acúsalos de haber distraído más de setecientos mil duros del tesoro municipal; y lo peor es que publica cuentas municipales que justifican esa terrible acusacion del *Times*.

Moralidad y cultura salen igualmente mal paradas de las escasas citas que acabo de hacer. ¡Y podría hacer tantas todavía más elocuentes!

---

Nueva-York, la ciudad imperial, á pesar de su innegable importancia, dista mucho de ser una ciudad cómoda y aseada. Por eso, siempre que la estacion lo permite, emigra gran parte de su poblacion, y vá á pasar los domingos en los inmediatos pueblos de campo, con el único objeto de respirar aire puro. Dicho esto, ya se comprende que habrá gran movimiento de vapores de una á otra orilla del rio, y además, dada la poblacion de Nueva-York, que irán atestados de pasajeros ansiosos de gozar de las delicias del campo—el único dia que tal placer les es permitido. Por estas razones, no es extraño que la catástrofe del *Westfield* haya causado tantas desgracias. Salía ayer (domingo) lleno de pasajeros que iban á pasar el dia en la fresca isla *Staten*, y cuando apenas se habia alejado del muelle algunas varas, hizo explosion la caldera, envolviendo el buque en vaporosa nube. El número de cadáveres extraídos excede de cien. Han perecido familias enteras: los periódicos no hablan de otra cosa, y piden investigaciones y castigos para los culpables de tan desastroso accidente. La ciudad está alarmada, y las escenas que tienen lugar en el depósito de cadáveres, cuando una madre, una esposa, ó un esposo, reconocen sobre la fúnebre mesa á algun sér querido, son desgarradoras.

La compañía propietaria del vapor es la única responsable de tantas desgracias. En su afan de hacer dinero, y en su indiferencia característica por la vida humana, tenia la caldera del *Westfield* en uso constante más

de diez años hacía; y el maquinista encargado de ella, era un negro ignorante que no sabe leer ni escribir ¡sin embargo de lo cual está provisto de su correspondiente diploma! Para que el escándalo sea mayor, el inspector comisionado por el Gobierno para examinar mensualmente las calderas de los vapores que hacen el tráfico á que se dedicaba el *Westfield*, *certificó* un mes há que la caldera de este se hallaba en buen estado. Por supuesto que este certificado fué extendido sin haber estado el inspector á bordo del *Westfield*. Así se cumplen las formalidades, siquiera el descuidarlas pueda tener las consecuencias más horribles.

Hoy todo es ira y alarma y propósitos de enmienda: mañana, solo recordarán el accidente los deudos de las infelices víctimas de la codicia de una compañía industrial. ¿Qué importa? La gente se recibe hecha ya y en grandes partidas... Por eso hay aquí una sociedad protectora de animales y ninguna de hombres.

---

El prurito de ver lucir su nombre en letras de molde, hace incurrir en más de una extravagancia á estos americanos.

De la catástrofe del *Westfield* tuvieron muchos la fortuna de salir vivos sin más contratiempos que el salto involuntario y el baño consiguiente. Estos tales dábanse la enhorabuena por tal ventura y debían suponerse con derecho á que se les dejase gozarla tranquilamente; pero el capitán *Frank Barclay* que se ha hallado seis veces en trances parecidos, creyó conveniente lucir su experiencia en explosiones y leer su nombre impreso en abultados caracteres en las columnas del *Sun*: y hé aquí que escribe lo siguiente: «Mi experiencia en desastres de vapores me lleva á creer que muchos de los que han escapado al agua hirviendo, si han aspirado el vapor, *vivirán poco tiempo*. Yo he visto hombres robustos que se lisonjaban de haber salido ilesos de una explosion, *decaer repentinamente y morir* sin apariencia de dolor. El vapor penetra en los pulmones, provoca su inflamacion y á esta sigue la muerte.»

¡Bonito consuelo y plausible noticia para los pocos que salieron con vida de la explosion del *Westfield*!

En cualquier país medianamente familiarizado con las

más simples nociones de humanidad, no habria visto la luz semejante escrito; y si su autor fuera tan estúpido que no comprendiese el daño que iba á causar, se lo haría comprender cualquiera de los redactores del periódico, quienes en su calidad de periodistas están en la obligacion de ser ilustrados y prudentes. Pero ¿quién se para aquí en escrúpulos de humanidad? Lo esencial es llamar la atencion, y el *Sun* la ha llamado con su cuadrúpedo de capitán Barclay. Los *aludidos* en el escrito de este, deben iniciar una suscripcion para regalarle una albarda de honor. Es lo menos que merece.

---

Como curiosidades menudas, voy á traducir tres anuncios de los infinitos que publica diariamente el *Herald* de Nueva-York. Allá van:

«MATRIMONIALES—Se desea entablar correspondencia con una señorita del Norte, de buena educacion y talento musical. Dirigirse á N..., oficinas del *Herald*.»

«PARA ADOPTAR—Se ofrece un niño, de padres americanos, para que lo adopte quien quiera. Dirigirse á N., oficinas del *Herald*.»

«ASTROLOGIA—Madame Mars, hija séptima, dotada del don de la doble vista, adivina el presente y el porvenir. Dice el nombre del esposo ó esposa futuros, si se ha de enviudar y cuántas veces se ha de casar el que la consulte. No tiene rival en la tierra para señalar números dichosos en la loteria. Su espíritu familiar se halla actualmente en actividad. Consultas á un peso los caballeros, y medio peso las señoras. Calle etc.»

Repetiré, que solo por curiosidad traduzco estos anuncios, prescindiendo de otros cuyo objeto inmoral y hasta criminal los hace inaccesibles para lectores que se estimen y traductores que se respeten.

Esos tres bastan para dar una idea de lo que serán los que omito yo aquí y debiera omitir en sus columnas la prensa americana, si en algo tuviera su buen nombre y el del pueblo cuya opinion pretende ilustrar y dirigir.

---

En Nueva-York, se está construyendo una magnífica catedral de mármol blanco, con limosnas de los numerosos irlandeses allí residentes. Los templos no escasean

en esta república, pues como he dicho en otra parte, he contado en una ciudad de 17.000 habitantes, nada menos que ¡diez y seis! Como aquí el Estado carece de religion y no contribuye al sostenimiento de ninguna, es evidente que los fieles de todos los credos proveen con generosidad al esplendor de sus iglesias respectivas, y al regalo de sus pastores. No me parece mal; que cada uno es dueño de malgastar su dinero y su tiempo como mejor le cuadre; pero esto quisiera saber: ¿cuándo lucirá sobre la tierra el día feliz; cuándo resonará en el tiempo la hora venturosa, en que la humanidad no necesite religiones, templos ni sacerdotes?

¡Cuán lejano vislumbro día tan dichoso!

Mientras los arreboles de su aurora no sonrien en el horizonte del porvenir, sigue, pobre humanidad, sigue quebrantando uno á uno los recios eslabones de la cadena que te oprime, desde que brotaste sobre la haz de la tierra. Muchos pulverizaron tus manos ya; pero ¡aún quedan tantos!!

---

## XII.

### «TIME IS MONEY» — EL TIEMPO ES DINERO

En la primer página del *Herald*, el diario gigante de Norte-América, el verdadero representante del génio veleidoso y un tanto fanfarron (tal vez un mucho) del pueblo anglo-americano, tropiézase con una columna de anuncios que lleva este epígrafe: *Personal*.

Curiosa seccion es, por vida mia, y á ella debo más de un buen rato desde que rodando voy por estas tierras. Los anuncios que la componen, son la misma inocencia pintiparada, y en eso consiste su mérito.

Hé aquí algunos:

«La señora que el martes por la tarde entró en el coche (tren-via) de la 8<sup>a</sup> avenida, á la altura de la calle número tantos, y tuvo la amabilidad de reparar en el caballero de gaban gris, que leía el *Times* en el asiento de enfrente;—enyie, si gusta, su direccion á quien de veras la ama. Oficinas del *Herald*, casilla número 200, á nombre de:  
*Lover.*»

«Se desea ardentemente tener una entrevista con la señora de estas y las otras señas que estuvo en *Barnum's Museum* el sábado á tal hora y reparó en el jóven de negras patillas y ojos blancos, que entró

cuando ella salia. Sírvase fijar dia, hora y lugar, dirigiéndose á las oficinas del *Herald*, casilla número 321, á:

*Slave*

«ALICE: ayer faltaste á la cita. ¿Como puedes ser tan cruel? ¿irás mañana? ¡Mira que los dias son eternidades cuando estoy lejos de ti!

*Sorry*

«WILLIAM; estoy arrepentida de mi rigor. Ven mañana y te prometo hacer las paces.

*Fair*

«Hoy á la misma hora, en el mismo punto (si el tiempo lo permite).

*Albany*

Seria el cuento de nunca acabar, pretender dar una muestra de cada especie de anuncios que ofrece tan entretenida seccion, y creo, por otra parte, que con los traducidos ya, puede cualquiera suponerse el objeto á que está dedicada y la inmensa variedad que debe ofrecer al curioso y desocupado lector.

Ahora bien: por más extraño que esto parezca, no voy á decir que hallo inmoral ese procedimiento, ni apelaré á frases declamatorias, ni fingiré santa indignacion al darlo á conocer; sinó que por el contrario, voy á hacer la importantísima y escandalosa confesion de que lo hallo admirable y digno de un pueblo que comprende el valor del tiempo, de ese tiempo que tan lastimosamente solemos malgastar los españoles.

Vengamos á cuentas, y comparemos; que no hay nada como la comparacion para aquilatar las ventajas y desventajas de las cosas y las costumbres.

Entre nosotros, el procedimiento usual para entrar en relaciones con una dama, cuya belleza nos ha desgarrado las entretelas del corazon, es este, poco más ó menos: la vemos, mirámosla y seguimosla. No es muy comun que la primera vez que abordamos la empresa, seamos bastante afortunados para descubrir su domicilio; pero supongamos que así suceda. Llegamos á la esquina y nos plantamos ó iniciamos esa serie infinita de paseos por delante de las rejas ó balcones de la mansion que guarda nuestro tormento en ciernes; nos detenemos en la acera opuesta y espiamos ventanas y puertas, con recomendable constancia, con heroismo á prueba de intemperie, de catarros, pulmonias é insolaciones: apelamos á las señas, cuando vemos aparecer las adoradas narices de la bella, por detrás de los cristales ó de las persianas; dámosnos á Barrabás cuando las cortinillas se estan como pegadas dias enteros y, en fin, *hacemos el oso*, semanas y meses, que dá grima. Si somos de génio súbito y un si es no es emprendedores, pone-

mos sitio á la doncella. . . . de servicio, al criado, á la cocinera ó al aguador de la casa vigilada; rendímosla, si tenemos barro á mano, quiero decir, dinero, que es la gran artilleria de estas guerras, y conseguimos que nuestra ninfa reciba una perfumada misiva, en la que le anunciamos el deplorable estado de nuestro corazon, y le hacemos comprender, con frases copiadas de cualquier novela romántica, (está probado que las clásicas no sirven para el caso) que estamos dispuestos á morirnos pegados al guardacanton más próximo, si nuestra volcánica y bien intencionada pasion no fuera correspondida. Demos de barato que nos contesta, que nos concede el anhelado sí, objeto de tantos sacrificios y precursor de tantos disparates: pues viene luego la obra de romanos de meter la cabeza en la casa; y mientras hallamos el amigo que ha de presentarnos en ella, puede llover y hacer sol. ¿Hay alguien por ahí capaz de calcular el tiempo que se pierde en campaña tan difícil? La imaginacion siente vértigos solo al asomarse á ese negro abismo de dias derrochados.

Pongamos en parangon, con método tan dilatorio y tan anti-higiénico, el que nos revela la seccion *personal* del *Herald*. ¿Qué vemos? Un *yankee* dá con una bella que le pasa de parte á parte con una mirada de sus ojos de zafir; y coje y ¿qué hace? Toma nota en su librito de memorias, al lado de una factura de ferreteria quizás, del traje y señas de la dama, de la hora y del paraje; vase en el acto á las oficinas del *Herald*, y escribe un anuncio por el estilo de cualquiera de los dos que traduje al principio: entrégalo al encargado del ramo, págale y se encamina tan fresco á la calle de *Wall*, á informarse de las cotizaciones del oro, fondos públicos, acciones de ferrocarriles, etc. Al siguiente dia vuelve á las oficinas del *Herald*, pregunta si ha venido algo para *Lover* ó *Slave*, cassilla tal ó cuál, y en el acto sale de dudas. ¿No hay contestacion? *All right* (corriente): volverá mañana. ¿La hay? —Pues ya sabe si es ó nó correspondido, y su campaña termina ó empieza en un punto; y en ambos casos, vese libre de la triste necesidad de hacer el oso y de dar paseos inútiles, de incurrir en gastos de seduccion de doncellas ó aguadores, y de catarros, insolaciones y pulmonías.

¿No es verdad, lector, que en este paralelo resalta la inmensa superioridad del método *yankee* sobre el arrastrado método español, con tan innegable evidencia como resalta la superioridad de la locomotora en su simple com-

paracion con nuestra clásica tartana, en punto á velocidad y otras frioleras?

¿No es verdad, que el método español desluce los progresos de nuestro progresista siglo XIX, tanto como los abriga el método *súbito-yankee*?

¡Quién puede dudarlo!

Yo de mí sé decir, que no pienso tener á mis amados compatriotas por hijos dignos de este portentoso siglo, que tan sublimes arranques de lirismo inspiró á Pelletan, hasta tanto no hayan adoptado incondicionalmente el procedimiento que acaba de descubrirnos la seccion de anuncios *personales* del veleidoso *Herald*, que con más propiedad pudiera titularse: *El Mercurio* del pueblo norte-americano.

¿Qué necesidad puede sentirse de bienhechoras de la juventud por el estilo de la española Celestina, en un pais que cuenta con diarios tan serviciales como el celoso *Herald*?

Y sin embargo las hay; sin duda por aquello de que no daña -lo que abunda.

¡Viva la brevedad!—El tiempo es dinero.

---

### XIII

#### ¿SE INCUBA AQUI UNA NUEVA CIVILIZACION?

Cuando las civilizaciones han recorrido su ciclo, atácanlas súbita descomposicion y mueren entre orgías de placer ó de horror; al son de estridentes carcajadas ó de profundos gemidos; en la atmósfera tibia y perfumada de los banquetes y las danzas ó en la atmósfera ardiente de los combates, poblada de gritos de agonía y de triunfo, sobre campos inundados de sangre, alfombrados de cadáveres. Así murió la civilizacion del arte, la poética civilizacion griega, tal vez en pena de haber pretendido vivificar el aletargado Oriente, quebrantando la ley eterna que empuja las civilizaciones hácia Occidente: así murió la civilizacion del varonil pueblo romanõ, Colon del derecho universal, hollada por los bárbaros de Atila y de Alarico, y así pasará la civilizacion cristiana cuando haya recorrido

su órbita en el tiempo, cediendo el puesto á otra superior; porque el progreso es verdad.

Observando con tristeza la corrupcion que vá invadiendo lentamente el organismo social de este pueblo jóven, que salido aún no hace una centuria de las manos del honrado Washington, ostenta ya signos indelebiles de decadencia que denuncian en silencio la decrepitud de las sociedades, más de una vez me he preguntado: ¿se estará incubando aquí una nueva civilizacion?»

La relajacion más escandalosa en las esferas del poder; el afan inmoderado de trepar á la altura coronada por el fecundo árbol del presupuesto, y como su natural consecuencia, una repugnancia cada dia más profunda al trabajo, que juntamente con la austeridad de costumbres ha sido el gran artífice del adelanto material de este pueblo: la indiferencia sustituyendo el amor de la familia, merced el exagerado influjo del interés personal en todos los corazones; los alardes aristocráticos de una clase enriquecida por el comercio y el ágio en las grandes contratas de la guerra civil, clase que cifra su orgullo en parodiar la aristocracia inglesa; todas estas circunstancias, unidas á otras que no enumero, indican bien claramente que las raices de esta sociedad nueva comienzan á pudrirse; que esta democracia ayer vigorosa, se avecina á su muerte; porque las democracias viven de la virtud y el trabajo, y aquí trabajo y virtud van desapareciendo desde que el maligno génio de la guerra inficionó la atmósfera. Pero en vano busco los síntomas que auguran el nacimiento de una civilizacion de las cenizas de otra, como el fénix fabuloso: nada veo capaz de infundirme la esperanza de que un astro más brillante venga á reemplazar en los cielos al que adivino próximo à extinguirse.

¡Ay! Falta el ideal; y cuando se ha vivido sin más objeto que la adoracion del Becerro de Oro; cuando el alma no ha alentado más ideal que el de una caja bien repleta; satisfecha ya aspiracion tan mezquina, se muere sin dolor, porque se ha vivido sin sentir.

El ideal puede ser una utopía; pero utopía ó verdad, solo él presta brillo y dá tono á las civilizaciones, modifica é influye las artes y las ciencias, y las amolda en su troquel.

Ninguno de los pueblos que dieron nombre á las jornadas de la humanidad en la historia, ha obrado sin obedecer, sin rendir culto á un ideal más ó menos elevado,

más ó menos definido, que se lee ó se sorprende en sus monumentos y en su literatura.

La monstruosa arquitectura del Egipto y de la India, expresa gimiendo magestuosamente la nada del hombre respecto del Sér incógnito que le lanzó sobre la tierra, condenado á buscar su redencion recorriendo una série infinita de transmigraciones, alegoria tal vez de sus etapas en la vía del progreso. La dolorosa idea de haber dejado el sumo bien en el punto de partida; el vago recuerdo del Eden perdido; la carencia del sentimiento de la individualidad, gravitaban sobre el alma de aquellos pueblos con tanta pesadumbre como los superpuestos cuerpos cuadrangulares de la pagoda sobre la montaña; como las gigantescas pirámides sobre el valle del Nilo. El ideal era sombrío: el hombre no existía como personalidad, sinó como parte insignificante del gran todo.

Por el contrario, el templo griego, bello en su misma sencillez, en la escrupulosa simetría de sus partes, en la pureza intachable de sus líneas, denuncia un ideal risueño como el cielo de Atenas; la familiaridad del hombre con los dioses que bajan del Olimpo á disputarle la palma del triunfo en el liceo y en el gimnasio. Al terror de lo sobrenatural que inspirara la pirámide y la esfinge egipcias y la pagoda índica, sucediera la confianza en la vida, la conciencia individual, la alianza del hombre con una naturaleza benigna y jubilosa como él; y nació el Partenon, y el cincel de Fidias fijó en el mármol el tipo ideal de la belleza plástica.

El ideal se engrandece con la civilizacion romana: al exclusivismo griego sucede la universalidad de los hijos de Rómulo: al templo rectangular, simétrico, sencillo, que apenas puede contener algunos ciudadanos, sustituye el anchuroso foro que pretende recoger en sus gradas y galerías de granito la humanidad entera.

El cristianismo lanza de nuevo el alma del hombre á través del espacio infinito en busca de mansion más grata; aviva en ella el recuerdo del místico Eden, predica el error mosaico, invierte los términos, colocando en el orto de la vida el paraiso, y el infierno en su ocaso; y la tierra vuelve á gemir bajo el peso de monumentos colosales: evocadas por la fé cristiana, surgen del suelo las enormes catedrales góticas y bizantinas, con sus ogivas, con sus líneas caprichosas como las contorsiones del espíritu, esclavo no resignado de la materia; con sus agujas esbeltas y atrevidas, índices de piedra que

marcan constantemente al alma desterrada el camino de su patria celestial. Se vive en la muerte: es la época del cilicio y del convento, necrópolis habitada por cadáveres que andan. El ideal se cierne en el vacío.... La fé es negacion, la fé es ignorancia.

Así, cada civilizacion deja su cifra grabada en el escudo de la humanidad, su piedra miliaria en el áspera via del progreso; y al perderlas de vista cuando se aleja empujada por la ola de la civilizacion que viene, salúdalas con lágrimas. ¿Qué quedaria de este pueblo si muriese su civilizacion? Su arquitectura es copia abigarrada y efímera de las de todas las épocas. En ella hasta la materia es mentira: el mármol de sus palacios y sus templos redúcese á una chapa sutil que oculta el ladrillo: el granito de sus columnatas es hierro, vestido con una capa de betun y arena. Su literatura rechina como las piezas de una locomotora estremecidas por el vapor: y si tuviera que apuntar excepciones, recaerian en Irving, Ticknor, Longfellow y algunos otros escritores y poetas que han ido á pedir inspiraciones á pueblos que vivieron y viven al calor del ideal.

Si la arquitectura no resuelve mi duda, en vano apelaría á la estatuaria, á la pintura ó á la literatura para resolverla: las artes, ó no existen, ó enmudecen. La idea que las inspira no habla al alma.

Solo hablan, solo quedan en pié la corrupcion de las costumbres y las ridículas parodias aristocráticas; y esto no basta para hallar el término incógnito de mi problema. Aquí no se echa de ver ese dolor reconcentrado, profundo, que penetra el alma de los pueblos cuando se halla próximo á brillar otro ideal en sustitucion del que abrigaban; cuando vá á brotar una civilizacion nueva, desgarrando las entrañas de otra civilizacion gastada y decrepita; cual la crisálida desgarrá su prision de seda, al sonar para ella la hora de ir libre y ufana á ofrecer sus alas matizadas al cariñoso beso de la luz.

Nó; no se está incubando aquí otra civilizacion; ni la de hoy es más que la prolongacion de la europea en el espacio. De Oriente vino y á Oriente irá, completando su carrera, guiada por el sol.

Lo que hay aquí es una democracia que muere porque olvidó su ideal social; porque, deslumbrada por el oro y la fuerza, olvidó que era esperanza de redencion para el hombre oprimido, espada fulgurante de la Libertad: porque arrojó de sus manos el martillo del obrero y de su corazon la austera virtud republicana.

## Una escursion á regaña-dientes.

### I.

Asuntos de elevada importancia—que los pobres pueden tenerlos sin que los ricos se lo lleven á mal—obligaronme há quince dias á plantarme en Nueva-York, de golpe y zumbido. Del resultado de mis gestiones pendia el quedarme en esta tierra el tiempo que me he propuesto, ó el embarcarme de nuevo con rumbo al Golfo Mexicano: no era, pués, seguro mi regreso al colegio que me ampara bajo su techo hospitalario y me sostiene con su cicatera mesa; y mis compañeros y discípulos, que ya me han cobrado alguna amistad, vinieron á despedirme con muestras de sentimiento, que les agradecí de veras. ¿Lo creerá el lector? Pués me dolia el separarme de ellos, cual si hiciera años que los trataba. Este corazon mio es una calamidad, y baste mi palabra.

Acongojado con la despedida, metime á bordo de la *barge Susquehanna* á eso del anochecer, y llamé en mi auxilio toda la filosofía de mi maleta para imprimir direccion menos sentimental á mis pensamientos; consiguiéndolo, aunque nó sin el fracaso de varias tentativas.

La *barge* es una gran invencion, sea ó nó moderna; pués releva al viajero de la importuna aprension de morir por voladura, que tanto le fatiga cuando se halla á bordo de un vapor de rio en esta clásica tierra de las explosiones. Es verdad que quedan en pié todavía y subsistentes las probabilidades de un incendio ó de un choque, esto es, de padecer muerte de tres ó cuatro clases; pero estas probabilidades son remotas, mientras que la otra es inminente, próxima, casi inevitable; y además, si no hubiese nada que temer, ¿quién se atreveria á viajar? El afan de las grandes emociones es el oculto resorte que impulsa á la humanidad viajera. ¿Qué viajero no vá en pos de ellas? ¿Y qué emocion no palidece al lado de la que promete una explosion de caldera tubular, un incen-

dio á bordo de un buque de resina ó de petróleo, ó un tropiezo en que dos vapores se encajan el uno dentro del otro como las piezas de un anteojito?

La *barge*, es un palacio de madera que solo por el fondo tiene forma de buque. Las hay de tres pisos, ricamente alfombrados. Contienen numerosos y cómodos dormitorios, salones amueblados con gusto, biblioteca y todo lo necesario para matar el fastidio más pertinaz. De la proa de la *barge*, parte una gruesa cadena, de la cual, y á respetable distancia, tira un vapor de pequeñas dimensiones, que es el elemento motor de aquella mole. Fácilmente se comprende que la cosa no puede ser más sencilla ni más cómoda, dado el carácter pacífico de estos rios en la estacion de verano, única en que son navegables. Viajar en *barge*, y estarse en casa y en cama, se parecen como dos gotas de agua.

En el caso presente, aún reúne este medio de comunicacion, otra ventaja inapreciable: parte de Newburgh á las ocho de la noche, y llega á Nueva-York entre seis y siete de la mañana. Se acuesta uno á poco de embarcarse, duérmese como un gerónimo de antaño toda la noche, y levántase uno en Nueva-York á la hora que le place, pues la *barge* atraca al muelle, se amarra, y si los viajeros quieren seguir durmiendo, nadie irá á disuadirlos de su loable empresa. Lo mismo sucede al regreso: la *barge* deja el muelle por la noche; se mete el osado viajero en cama, en Nueva-York, y duerme la mañana frente á Newburgh. Francamente, la *barge* me entusiasma, y si algun dia llegara é iniciarse una suscripcion con el objeto de erigir una estatua ecuestre á su inventor, y yo tuviese un par de duros, lo que juzgo imposible, daríalos sin pestañear tan siquiera.

Haciendo estas y otras reflexiones, y fumando como un turco, (dentro de mi alcoba, se entiende) metime entre sábanas, soñé con ángeles, billetes de Banco y águilas, y me levanté á las ocho de la mañana, entrando pocos minutos después en Nueva-York, maleta en mano, por la calle de Franklin, y embozado en una niebla tan espesa que no me permitió ver *de quién* partian dos ó tres pisotones y otros tantos codazos que recibí misteriosamente en el trayecto del muelle á la calle XI. Me contenté con saber *á quién* partieran las supradichas caricias, y seguí mi camino, procurando derribar el mayor número posible de individuos, en justo desagravio de mis costillas y demás.

Hasta aquí la escursion es voluntaria y por ende no está justificado el título. Convento en ello, y, como estoy decidido á justificarlo, porque antes lo justificaron los hechos con esa inflexibilidad que los caracteriza, voy á hacer punto y aparte, para cumplir mi promesa.

---

---

II.

Quince dias me detuvieron en Nueva-York los asuntos que allí me llevaran. Digo mal: no me detuvieron, sinó que me molieron, me transformaron en locomotora, en velocipedo, en ardilla, y me hicieron resolver práctica é inconscientemente el ruidoso problema del movimiento continuo, segun lo que me moví ó me movieron estas beneméritas extremidades inferiores, para responder á todas las exigencias de todos los momentos, de todos aquellos quince dias.

Y no era que faltasen en Nueva-York medios de locomocion menos fatigosos que el primitivo á que yo acudia: lo que faltaba allí, nó á Nueva-York, sinó á mis bolsillos, era esa despreciable puerilidad conocida vulgarmente con el nombre de dinero. Y aquí, si no fuera por miedo de cansarme ó de cansarte, lector aguerrido, probaria como tres y una son cuatro, la íntima conexion que existe entre los billetes de Banco y los piés; demostrando que los ojos de gallo y de pescado aumentan, disminuyen ó desaparecen, segun desaparecen, disminuyen ó aumentan los billetes de Banco en el bolsillo del dueño de los piés.

Terminadas felizmente mis gestiones, en el sentido de quedarme aún algunos meses por acá, inspirado no sé por qué deseo aciago, tomé pasaje en el magnífico vapor de rio *Mary Powell*; á las tres de la tarde salia del muelle de la calle 31.<sup>a</sup> con rumbo á mi pacífico retiro de Newburgh. Esta infidelidad cometida con mi amor á la *barge*, debia costarme cara.

El asendereamiento, la agitacion constante de aquellos quince dias, que ni por la noches tenia término, proveyérame de una terrible falta de sueño que debia cubrirse apenas se presentase ocasion favorable.

Partió el vapor. Las bellezas de paisaje que ofrecian ambas orillas del Hudson, iluminadas por el sol poniente,

distrajéronme por algunos instantes de mi decidida inclinación á arrojarme en brazos de Morfeo; pero apenas habia admirado las enormes rocas basálticas de las Palizadas, y las cumbres de los montes vecinos ocultas tras la hojarasca de estensos bosques, cuando maquinalmente me dejé caer en un tentador sillón de los muchos que habia sobre cubierta, y estaban diciendo: ¡dormid! Hundíme entre sus almohadillas: el río, sereno como mar en calma, dejábase surcar por el vapor, cuyo movimiento era apenas perceptible: lancé una postrer mirada á aquellas deliciosas orillas, separáronse mis mandíbulas en un hostezo interminable y probablemente se cerraron mis ojos sin decir ni buenas tardes, como puerta de deudor insolvente.

*Será tal vez debilidad mundana  
Irse á dormir á lo mejor del cuento,*

Como ha dicho Espronceda; pero la vida no es más que una série continua de debilidades de ese género, y yo no sé qué otra cosa puede hacer un hombre que no pegó los ojos, ni con cola, en quince días.

Me dormí, lector, ¡voto al demonio! y, entonces no lo oí, pero me supuse después que los sirvientes del vapor habrian gritado sucesivamente para todos, menos para mí: ¡*West Point!* ¡*Cornwall!* ¡*New-burgh!* ¡*Pougkeepsie!* ¡*Milton!* ¡*Rondout!*

En este último punto terminaba el *Mary Powell* su carrera, porque á él llegaba entrada ya la noche y no era vapor nocturno. Fondeó, pués, y el silencio y la inmovilidad absoluta del buque hicieron lo que no habian conseguido hacer los gritos de los sirvientes ni la internal batahola de los pasajeros que entraban ó salian: me despertaron.

Miré con zozobra hácia la orilla y ví las luces de una ciudad que por su situacion en nada se parecia á *New-burgh*. Comencé á sospechar que me habia excedido en mi entrevista con el Dios de las adormideras, y que en sueños habia llegado á Albany ó á los antípodas. Me froté los ojos y ví lo mismo que antes de frotármelos, con la añadidura de un sirviente negro que tan indiferente como si tal cosa, pasaba por mi lado á la sazón.

—Alto ahí, *mister* Etiope--le dije:--¿en donde estamos?

--En el río, *mister* Blanco.

—Ya me lo adivinara yo; pero ¿qué pueblo es aquel?

--*Rondout*.

--¡Cómo! ¿*Y Newburgh?*

--Cuarenta millas atrás la hemos dejado.

--Pues á Newburgh iba yo precisamente, voto á la Libia. ¿Por qué no me han despertado? ¡Es una infamia abusar de tal suerte de los bienaventurados que se duermen porque han hambre y sed de sueño!

Cachaza, hombre; cachaza: mañana estará Vd. en Newburgh y todo se habrá reducido á una escursion involuntaria por el Hudson arriba. Aquí dormiré Vd. como pueda, que no ha de serle difícil, á juzgar por la muestra; pero antes de acostarse, págueme el exceso de pasaje, de Newburg aquí.

¡Mal rayo te multiplique! ¿Pagar por dormir? ¿Y sucede esto en un país civilizado? Yo no viajé: ¡yo dormí la siesta!

--No importa: el caso no está previsto en la tarifa. Venga la mosca.

Y alargó la mano.

Yo acaricié la culata de mi revolver y tuve unas terribles ganas de hacer un *negricidio*; pero recordé el sistema celular penitenciario y en vez de sacar el revolver, saqué los *greenbacks* y pagué, protestando contra semejante expropiacion con toda la energía del que acaba de echarse al cinto una siesta de cien millas marinas de largo.

El etiope hizo caso omiso de la protesta, contó el dinero con calma y disponíase á dejarme allí abandonado á mi suerte, cuando le detuve para pedirle algo de cenar; pues no era cosa de jugar una mala pasada al estómago. Gracias á uno ó dos duros, no solo conseguí una cena compuesta de mostaza en su casi totalidad, sinó tambien una cama que consistía en un colchon poco mejor que el que pusieron en la venta á don Quijote, tendido sobre una mesa de no pintado pino.

Cené con acompañamiento de agua (¡recuerdo aterrador!) tendime á la bartola, que debe ser como se tiende todo el mundo, y después de breves y amargas reflexiones acerca de los inconvenientes que lleva y trae consigo el trasnochar, torné á dormir como si la siesta anterior no hubiese existido.

Amaneció y desperté, que no fuè poco. Dirigime al sobre-cargo, pagué mi pasaje á Newburgh con el sosiego del que se siente arrancar una muela sana con todas las reglas del arte, y subí al salon de cubierta, con la firme resolucion de no sentarme ni siquiera en el suelo durante el viaje.

¡Cuán bello espectáculo presentaban las orillas del rio,

iluminadas por el sol de Junio, que comenzaba su espléndida carrera por el cielo! Difícilmente podrian hallarse paisajes más encantadores que los que la rápida marcha del *Mary Powell* me hacia descubrir á cada instante. Por dolorido que estuviera mi ánimo á consecuencia de los pasados percances, no pude menos de olvidar la siesta, el exceso de pasaje, la cena-sinapismo, la cama infame, y hasta creo que llegué á dar por bien empleado tanto disgusto y pago tanto, á trueque de haber tenido la dicha de contemplar tan seductor panorama.

A las ocho de la mañana detúvose el vapor en el muelle de Newburgh, y yo bajé cargado con mi maleta y los agrídulces recuerdos de aquella escursion que las circunstancias me impusieran, sin tener para nada en cuenta la tirantez de mi situacion económica.

Penetré resueltamente por las calles de Newburgh, trepé las empinadas cuestas que guian al colegio, oyendo resonar monótonas las vocinas de los vendedores de pescado y sus desapacibles gritos encomiásticos de la detestable *shade* del Hudson, que algunos profanos osan comparar con el salmon.

Cansado y risueño llégué al colegio, causando no poca sorpresa á todos sus moradores el verme llegar á aquella hora cuando sabian que estaba en Nueva-York y solo podia llegar por la tarde. Referí mis percances, mi pintoresca escursion rio arriba y rio abajo y el auditorio me demostró toda la compasion que mi desdicha les inspiraba, con una estrepitosa salva de carcajadas; que nada hay que tanto regocije al hombre como la idea del mal sufrido por sus semejantes; sin duda porque la caridad es un sentimiento innato, es decir, que no ha nacido todavia.

Y ahora que ya me he justificado el título, voy á jugar un poco con mis alegres alumnos, que celebran mi regreso con una algarazara de seis mil demonios.



## A caza de cuarenta duros

### I.

Hallarse á corta distancia de una de las escenas más sorprendentes de la naturaleza y no ir á contemplarla, por poco aficionado que uno sea á las grandes emociones del espíritu, es un terrible sacrificio, que nunca le hecho de buena gana.

Hoy sucede que me encuentro á pocas leguas de las famosas cataratas del Niágara: que deseo ardientemente admirar su grandeza, y que no tengo dinero. Analizando mi situación, se notará que concurren en ella varias faltas y algunas sobras, de gravedad idéntica: fuerzas centrípetas y fuerzas centrífugas que, combinándose, sostienenme clavado en este punto, como un poste telegráfico.

Y sinó, veamos.

Las cataratas del Niágara casi á la vista. ¿Qué son tres ó cuatrocientas millas en estos tiempos de ferro-carriles? Fuerza centrífuga.

Ardiente deseo de visitarlas. ¿Cómo podría pasar sin verlas, teniéndolas tan á mano, yo, que soy admirador incansable de la naturaleza? Fuerza centrífuga.

Pero para ir á orillas del Erie, debo tomar el ferro-carri: aquí no se estilan las peregrinaciones pedestres y yo valgo poco para iniciar la moda. Y para tomar el ferro-carril, es indispensable cojer dinero ántes y darlo después. Y ¿quién lo coje, ni quién lo dá, si no hay de qué? Fuerza centrífuga.

Esta es una falta que vale por mil. Excuso, pués, mencionar las demás.

Las fuerzas están perfectamente equilibradas, y yo fijo é inmutable como el Himalaya.

---

La situación, como toda situación violenta, era insostenible, no podía prolongarse.

En el colegio había otra víctima del arte, es decir, de la inopia. Mr. M...era todo un hombre de ciencia, y tan tronado, que para él la hora feliz en que poseyera una peseta, perdíase ya en la noche de los tiempos. Solo por tradición sabía el color de las libras esterlinas, chelines, *greenbacks* (1) y demás enemigos del alma. Naturalista por vocación, todo le parecía la cosa más natural del mundo, y pasábase las horas muertas pugnando por resolver un intrincado problema de álgebra, que se resistía á todos sus esfuerzos. Yo dí en pensar en el Niágara, y por una misteriosa asociación de ideas, concluí por pensar en Mr. M..

¡Quién sabe!—murmuré, es un matemático profundo, y tal vez su ciencia la sugiera un medio para satisfacer mi aspiración. Nada se pierde con tentar el vado. Y encaminé mis pasos hácia el edificio de la escuela; entré, subí al primero y único piso, y en su departamento, hallé á Mr. M... sentado en frente de una gran pizarra llena de garabatos, á los que miraba con fijeza á través del humo que arrancaba de una rústica pipa de sauco.

Ya lo saludara: ya había tomado asiento y aún él no echara de ver que no estaba solo. Tuve, pues, que darle una palmadita en el hombro, como á uno que duerme, para hacerlo volver en sí, y entonces me miró sorprendido, cual si en efecto acabase de despertar.

—*Hallow!*—exclamó restregándose los ojos; ¿qué ocurre?

—La paz sigue sonriéndonos: no hay que alarmarse. La cosa no es de sensación: quería solamente consultar con V. un proyecto que vengo acariciando hace lo menos un mes, y sentiría haber interrumpido á V. en sus importantísimas especulaciones matemáticas.

—De ninguna manera: V. sabe que mi problema es semi-eterno; y en tales casos, hora más ó menos, es asunto de poca monta. Veamos, esto es, oigamos el proyecto.

---

---

## II.

El proyecto ya lo conoce el lector, y sería un crimen de lesa paciencia el repetírselo ahora.

---

(1) Billetes de Banco americanos. Llámánles así por ser verdes por el dorso.

Bástele saber que expuse mi deseo mondo y lirondo, y sin grandes perífrasis, á Mr. M...., quien lo oyó sin decir oste ni moste.

—¿Y á eso llama V. proyecto?—me preguntó, cuando hube concluido la exposicion.

¿Pues qué otro nombre le he de dar?

—El de utopia.

—No le cuadra: utópico es lo aceptable en teoría é irrealizable en la práctica. Mi proyecto es realizable.... con algun dinero.

—¡Infeliz! ¿Y aún cree Vd. posible tener dinero?

Es Vd. el optimismo ambulante.

—Pues para eso contaba con Vd., quiero decir, con su ciencia.

—¡Connmigo! ¡Con la ciencia! Eso es una heregia. Contar connmigo ó con la ciencia para procurarse dinero, es lo mismo que sacarse un ojo para ver mejor; ó tomar la poesía como medio de llegar á banquero. Yo, tratándose de moneda, solo sé de oidas que existe en el siglo algo que así se llama....

—¡Pero, hombre, si ya sé que es Vd. la vera efigie de la *arranquitis!* No vengo á pedir á Vd. el dinero necesario para mi proyectada excursion: antes me acordaria del glorioso San Pedro. ¡Dios me libre! Quiero que Vd. con la antorcha inextinguible de su ciencia, me ayude á salir de los tinieblas económicas en que, rabiando, viven mi alma y mi cuerpo, mí yo, en fin! Quiero más: quiero tentar su curiosidad de naturalista con la proposicion de acompañarme al Niágara. Rocas, fósiles, todos los tesoros geológicos le esperan allí.... ¡Hallow, Mr. M...! ¡Al Niágara, voto al Apocalipsis!

—No sea Vd. el demonio, Mr. B....

—No admito observaciones. ¡Al Niágara!

-- Convenido, hombre, convenido.

¿Quién se podria negar? Pero... ¿y el *money*? Yo he estudiado en la pàtria de Hoffman, en la poética y grave Alemania, y no me es desconocido el sistema de los viajes artístico-pedestres. Con la mochila al hombro y báculo en mano, he recorrido más de una vez las orillas del Rhin; pero, ¿quién se atreve aquí? ¡Doscientas leguas! Y después, capaces serian de lapidarnos estos malditos *yankees*, tomando nuestra peregrinacion artística y *ad pedem literæ*, por una protesta pacífica contra sus líneas férreas, menos notables por la calidad que por la cantidad. Es indispen-

sable ir en ferro-carril; consecuencia: necesitamos *greenbacks*; corolario: no iremos al Niágara.

—Niego. Permítame V. que yo presente de otro modo el razonamiento. Es indispensable ir en ferro-carril; consecuencia: necesitamos *greenbacks*; corolario: los buscaremos, y los tendremos. «Busca y hallarás,» dice la Biblia.

—¡Para citas estamos!

—¡Cómo! ¿No cree V. en la Biblia?

—Sí; pero muchas veces busqué dinero y hallé coscorrones. Ahora mismo ando á caza de una incógnita, y así la hallaré como por los cerros de Úbeda.

—Es V. muy caviloso.

—Nací en Escocia, y estudié en Alemania.

—Pués yo nací en España.

—País de sueños....

—Y de realismos. Y en prueba de ello, exijo que bajemos de la region puramente ideológica en que giramos, para entrar en otra más positivista. ¿Cuánto cuesta el pasaje en ferro carril desde aquí al Niágara?

—Desde aquí no sé; pero desde Nueva-York puede tomarse pasaje de ida y vuelta por 14 duros. Es una concesion hecha por Mr. Fisk, dueño y director de la empresa, á fin de estimular las escursiones de recreo á las cataratas.

Bueno, calculemos:

Dos pasajes de ida y vuelta á \$ fts. 14..... 28

Gastos de hotel, etc., en dos dias á \$ fts. 6... 12

Total \$ fts.... 40

Necesitamos 40 duros justos y cabales. Revise V. los cálculos.

—No fallan. ¡Cuarenta duros! ¡Ocho libras! ¡Ocho *greenbacks* de á cinco *dollars*!

—¡Basta, hombre de Dios! Cualquiera diria que cuarenta duros eran para V. las fortunas de Mr. Stewart, de Mosés Taylor y de Rostchild reunidos.

—¡Yo lo creo! No hago memoria de haberlos visto juntos en mi vida... ni aún separados.

—Pués ahora vá V. á satisfacer su curiosidad.

—¡Demonio! ¿Sería V. capaz de tener...?

—Seré capaz, sí, señor M...

—Seré: futuro imperfecto.

— Que se tornará muy pronto presente de indicativo.

—Dios lo haga.

—Vamos á ver. ¿A cuánto asciende el capital de V. Mr. M...?

—A un billete de cincuenta centavos.

—Yo tengo uno de cinco duros, que por casualidad me hallé la semana pasada en un bolsillo de un saco viejo y olvidado.

—¡Pero V. es un plutócrata, un Creso, un Potosí semoviente, Mr. B...! ¡cinco duros!

—Eche V., ¿tambien nacen andaluces en Escocia? Tenemos, pues, cinco duros cincuenta centavos. Volvamos á hacer uso de la aritmética.

40—5'50 igual 34,50

—¿Está bien, Mr. M...?

—Exacto.

—Pues á buscar los 34'50 que nos faltan.

—¡Ah! Si la realidad *dinero* obedeciese á la ilusion de un cálculo matemático, con solo elevar al cubo los cinco pesos que V. tiene, nos hallaríamos con ciento veinte y cinco duros. Porque vea V.:

5 por 5 por 5 igual á 125.

—¡Justos! ¿Qué cosa tan fácil, eh? Y no nos daría mucho trabajo conseguir un capitulito de ochocientos mil pesos mal contados. Bastaba elevar nuestros cinco duros y medio á la potencia octava. Así:

5'50<sup>8</sup> igual á 837,339'37890625 duros. ¿Qué tal? Con esa friolera aquí vendrian las cataratas.

—Seguramente.

—Vaya, dejémonos de jugar con números que parecen abstractos, por más que de sobra nos conste que se trata de *pesos*. Mr. M.....Vd. es un gran matemático: recuerde Vd. que aquí se trata de cantidades que no existen y deben existir; y finalmente que *matemáticas* es la ciencia que enseña á resolver los problemas de la cantidad, segun dice mi paisano Cortazar. Treinta y cuatro duros y medio nos faltan. Piénselo Vd. y despeje esa incógnita para mañana. Tenemos el número: hay que hallar la unidad que le dé tono, sonido y valor.

¡Es necesario ver el Niágara!

—Más peliagudo que el mio se me antoja ese problema; pero no le hace. Pensaré, fumaré y veremos.

—Pues hasta mañana. ¡Qué no se diga, Mr. M..!

Y lo dejé á solas con sus garabatos y su pipa de sauco.

III.

Llegó la hora de la cena, y la sonrosada y mofletuda *Miss Matty*, agitando con brio la gangosa campanilla, nos llamó á capitulo.

Las cenas *yankees*, y sobre todo, las cenas de un colegio puritano, son más lacónicas que telégrama comercial:

Y pasan rápidas  
Cual un suspiro;  
Como las lágrimas  
De un buen marido  
Que de su cónyuge  
Llora la pérdida....

*Etcétera*, que no estoy ahora para floreos poéticos.

Mr. M... obedeció mecánicamente á la sonora invitación de *Miss Matty*; cenó como de memoria; no pronunció una sola palabra; se levantó de la mesa y se fué sin murmurar siquiera el sacramental: *excuse me*.

Era una máquina.

Yo lo seguí al descuido y ví que se dirigió al salon de lectura del colegio.

Entré casi á la vez que él, y no dió muestras de apercibirse de mi presencia.

Era un poste.

Una vez en el salon, fuese al estante y tomó un libro. Acercó una silla, sentose y comenzó á leer con profunda atencion.

La esperanza se robusteció en mi pecho. Vamos, tenía fé en aquel hombre.

Quise saber qué obra estaba consultando, pasé cerca de él y con el rabo del ojo leí:

*Raiz cuadrada de la proposicion de la razon suficiente*

POR N. SCHOPENHAUER

¿Filosofía nebulosa tenemos, y se trata de cuarenta duros? ¡Malo! me dije con aire de desconsuelo.

Y abandoné el salon para remontarme á mi altísimo cuarto (tercer piso,) con la fé en Mr. M... un tanto conmovida.

---

IV.

Dos horas habrían transcurrido apenas, cuando ví entrar en mi habitación á Mr. M. . . .

La expresión de su fisonomía no era animadora. El desaliento estaba retratado en ella.

—Preveo malas noticias—le dije, sin darle tiempo á sentarse.

—No muy buenas; porque al fin y al cabo aún siguen ausentes los treinta y cuatro de marras.

Pero se me han ocurrido tres medios para hacerlos venir.

—Algo es algo. Empezé Vd. ¿Por supuesto que ninguno de esos medios le fué sugerido por la lectura de Schopenhauer?

—¡Quién sabe! Hay algo de aritmética en la filosofía alemana.

Sí; una y otra tienen para mí la misma particularidad: me cargan, me fastidian horriblemente.

—¡Oh! No es eso. ¡Dejaría V. de ser meridional si no se burlara de la gravedad germánica! Quería decir que siempre que veo los intrincados y caliginosos razonamientos de los filósofos alemanes, se me ocurren las más ingeniosas combinaciones de guarismos; y por el contrario, cada vez que ando al morrillo con los términos de una progresión geométrica, creciente ó decreciente, pienso en el *Urbild der Menschheit* (1) de Krause; en el idealismo, en el materialismo, en el supernaturalismo, en el naturalismo, en el socialismo, en el egoísmo, en el *yo* subjetivo, en el *yo* objetivo, y todos los demás acabados en *ismo* y en *ivo*. No lo puedo remediar.

—Muy bien. Me parece que se ha explicado V. Ven-gamos ahora á los medios.

—Voy á los medios. El primero es de bastante uso entre las naciones, pero nó entre los individuos. Redúcese á levantar un empréstito de 34'50 *dollars* al interés compuesto de 12 por 100 anual, reembolsable en ocho anualidades. Aplicando al problema el método común, tendríamos esta igualdad:

$$\frac{34'50 \times 0'12 \times 1'12^8}{1'12^8 - 1} = 6'94425 \text{ dollars}$$

(1) Ideal de la humanidad.

De modo que con cerca de siete duros anuales, el octavo año habríamos satisfecho la deuda y el prestamista realizado un beneficio líquido de \$f. 21'054; que no es grano de anís. ¿Qué le parece á Vd?

--Que el medio es vulgar en el fondo, aunque nuevo en la forma é imposible hallar un prestamista que *se preste* al negocio por el resuello de los ocho años y por la calidad económica de los aspirantes á deudores.

--No conoce Vd. á los *yankees*; por parecerse á los acreedores de naciones en grande, alguno habría que aceptase la proposicion. Tiene mucho atractivo para cualquiera de ellos esto de poder parodiar á todo un Rostchild, sin exponer una fortuna.

—Veamos el segundo.

—Es más sencillo: pedir los 34'50 en cualquiera casa de empeños ó *Monte-impio*, dejando en garantía nuestras joyas....

¡Alto ahí! ¿Qué joyas tiene V.?

—¿Yo? un alambique, una retorta, un compás y una regla de talco. ¿Y V.?

—La pipa, una sortija de pelo y un tintero de gutapercha. La pipa y la sortija son sagradas; el tintero está á la disposicion del Monte-pio, ó impio, como V. quiera.

—Pues por lo demás no nos darán ni dos *paternoster*.

—Sí; me parece que si no empeñamos nuestras prendas morales.... A ver el tercero.

—Es más practicable: dejar tranquilas las cataratas.

—Es concluyente al menos. Ahora es mi vez; que tambien tengo algo que decir.

—Escucho.

—Acabo de escribir esta cartita al editor del *Home Journal*. «Caballero: Ávido de admirar las bellezas naturales de su privilegiado pais, quisiera contemplar de cerca las famosísimas cataratas del Niágara, ese prodigio de la creacion; pero la fatalidad, que persigue á los aficionados á la bella literatura, quiere que hoy, como ayer, y como siempre, me halle sin un centavo.

Las empresas de ferro-carriles todavia conservan la antigua, inveterada y anti-literaria costumbre de no dar pasaje *gratis* ni al Niño de la Bola; yo tengo que ir por ferro-carril al Niágara, y por consiguiente necesito *cuarenta dollars*, que espero obtener de la nunca bien loada generosidad que distingue y caracteriza á Vd., haciéndole destacarse sobre la turba-multa de vampiros editores, con la mis-

ma gallardía y brillantez que un diamante negro entre mil pulidos fragmentos de fondo de vaso.

El reembolso será religiosamente efectuado en artículos... literarios del género y longitud que V., en su inmensa sabiduría, tenga á bien indicar.

A vuelta de correo, confío recibir su contestación, y los supradichos *greenbacks*. Conociendo la grandeza de alma que hace de V. el verdadero Mecenás *yankee*, corregido y aumentado, la duda no es posible.

Y luego el Niágara me espera.

Tengo el honor, caballero, de suscribirme, etc.»

—¡Bravo, Mr. B...! Esa carta vale ochenta duros.

—¿Lo cree Vd. así?

—Como creo en el oxígeno, en la estagirita, en la hipotenusa y en el tabaco. ¡Ya me parece estar viendo los *greenbacks* y las cataratas!

—Pasado mañana saldremos de dudas.

—¿Dudas? No las tengo yo. ¡Conozco el corazón humano!

—Pero tal vez desconozca Vd. el corazón *editoril*: para mí tengo que en nada se parecen.

—Yo soy la fé.

—Yo soy la duda.

Y la carta fué puesta en el correo, con el infalible sello de tres centavos, para evitar demoras y otros excesos.

---

## V.

El día esperado llegó. El encargado de traer la correspondencia al colegio, al divisarme á tiempo que yo fumaba musulmicamente reclinado sobre la madre tierra, á la sombra de un bosquecillo de cedros y meples, hizo-me seña con una carta; por no gastar pulmonés y saliva llamándome por el método verbal. Ágil acudí al llamamiento, recibí el pliego en cuyo sobrescrito campaba bellamente impreso, un título de periódico.

Era el del *Home Journal*.

Antes de romper la nema, tenté la carta con esa maña especial que insensiblemente se adquiere en el comercio. Aquel exámen *táctico*, me convenció de que la carta *no venía sola*, y entre confiado é incrédulo procedí á abrirla.

*Retiré su contenido*, por supuesto antes de leerla: el contenido era un *cheque* contra el Banco de Newburgh, por cuarenta *dollars currency*.

Ya entonces comencé á ver el Niágara.

Busqué á Mr. M... que como siempre, hallábase á solas con su problema y su pipa rústica, y sin consideracion alguna por el interesante estado de abstraccion en que le veia, grité al abrir la puerta.

—¡*Eureka!*

Mr. M.... dió un salto, inverosímil en un hombre de su peso. Y fué que al oír estallar súbito y en tono mayor el célebre manoseado *eureka* de Arquímedes, se figuró que hacia relacion á su problema irresoluble y eterno; que la rebelde incógnita, en vano buscada por tanto tiempo, acababa de presentársele allí, conducida en alas del trueno.

—*Eureka*,—repetí;—aquí está el *cheque*, Mr. M...., la incógnita de nuestro problema, la realidad de mi proyecto, nuestra excursion á las cataratas.

—¡Ah! Creí que era mi incógnita....

—Mejor que eso, es la de los dos.

—Conque ¿vinieron los cuarenta? Bien decia yo: la fé me inspiraba. ¡Y Vd. era la duda!

—Aunque nacido en un país de ensueños, segun usted, soy muy poco dado á ilusiones.

—¡Bien decia yo! Vamos, lea Vd. la carta, que ha de estar de perlas, ó mucho me engaño:

«Caballero: adjunto se servirá hallar un *cheque* á cargo de ese Banco, por los cuarenta *dollars* que Vd me pidió. Yo no podia ser insensible á una peticion que se me hace para admirar las bellezas de que tan pródiga ha sido la naturaleza con mi patria. En cuanto al reembolso, lo verificaré Vd. en ocho artículos de veinte y cuatro pulgadas inglesas de largo cada uno, tipo lectura chica, sin interlinear. Como Vd. vé, no hago descuento, por razon de adelanto, en el precio que tenemos convenido. Descaria que los artículos fueran de los siguientes géneros: dos sentimentales; dos humorísticos; uno descriptivo, y tres científicos. Creo que Vd. no tendrá inconveniente en ajustarse á estas condiciones. El plazo, un artículo semanal.

Desco que Vd. se divierta, para que guarde un grato recuerdo de mi patria al abandonarla; y me repito etc. etc.»

—¿Qué le parece á Vd, Mr. M....?

—¡Oh! Es en verdad la flor y la nata de los editores. Muchos artículos me parecen para cuarenta duros; pero así está la literatura y no hay que hacerle.

—Nos repartiremos el trabajo. Yo escribiré los cinco primeros y Vd. escribirá los tres científicos. ¿Acepta Vd?

— Con mil amores. Es cosa hecha. ¡No faltaba más!  
— Pues voy á cobrar el *cheque*, y á preparar los bártulos para el viaje.

---

---

VI.

A las ocho de la noche de aquel mismo día, deslizábase sobre las tranquilas ondas del Hudson la magnífica *barge* *Susquehanna*, remolcada por un vapor de cortas dimensiones.

Dirigiase á Nueva-York.

A bordo de la *Susquehanna* nos hallábamnos sentados en cómodas butacas Mr. M. . . . leyendo en un enorme volúmen de teología, no muy ortodoxa que digamos: y yo, pensando en lo grato que me sería fumar una pipada, si no estorbase mi dicha el ubicuo: ¡*No fumar!* que en gruesos caracteres asomaba por doquier, más siniestro y más sombrío que la misteriosa inscripcion que durante el festin de Baltasar grabó en el muro desconocida mano: el tremendo: *Mane, Thecel, Phares.*

Tuve, pues, que ir á fumar á una especie de balcon que rodeaba la *barge*.

La noche estaba deliciosa. Los rayos de la luna jugaban con las olas no muy trasparentes del rio, y ella parecia mirarse satisfecha en espejo tan poco limpio.

— Hembra, al fin — murmuré. — ¡las mujeres no reparan en pequeñeces!

A las siete de la mañana siguiente, la *barge* apareció atracada al muelle de la calle Franklin, de Nueva-York.

Una hora después tenia yo en mi bolsillo dos papeletas de pasaje de ida y vuelta al Niágara por el ferrocarril del Erie.

No faltaba más que tomar el tren y partir.

Solo un descarrilamiento, un choque con otro tren que viniese á toda máquina: el derrumbe de un puente ó el de un tunel, podian anular ya el espléndido triunfo obtenido en nuestra difícil campaña contra los obstáculos tradicionales que nos separaban de los no há mucho utópicos y ahora reales, efectivos y tangibles *cuarenta duros*.

Mí utopía iba á convertirse en hecho.

El mismo Mr. M... tuvo que confesar que yo no era tan soñador como á simple vista parecia.

---



## El Niágara.

### I.

Procediendo metódicamente, debiera comenzar por la descripción de mi viaje hasta las famosas cataratas del Niágara: lo confieso. ¿Qué más se me puede exigir?

De buena gana haría la descripción de ese viaje si en él hubiese algo digno de ser descrito. Pero no hay nada. Y sinó, á la prueba. De Nueva-York á Saratoga, un día de ferro-carril. ¿Saratoga? Ciudad de recreo, abundante en aguas minerales, en bebedores de ellas (¡horror!) por moda, en zánganos de la colmena social, vulgo ricos, que allí van á veranear, aburridos de aburrirse, y en reuniones y bailes de gran tono (*high fashion*), desesperados porque la maldita casualidad de haber nacido en una república democrática-federal-modelo, les impide anteponer á sus democráticos nombres un retumbante título de conde, duque, marqués, vizconde, *lord* ó par, y colgar de las solapas tantas cruces como resistiesen. ¡Cual si no bastaran las del matrimonio y las infinitas de que está sembrado el sendero de la vida! Abundan, no menos que las fuentes y los zánganos; los lujosos *hoteles*, las mansiones riquísimas, los paseos brillantes y cuidados con particular esmero; los hoteles, más caros que la cara mitad del género humano; las mansiones, inhabitables á fuerza de alfombras y doradas molduras; los paseos, intransitables á causa de la escasez de guantes, *fraques* y corbatas blancas que aqueja y aniquila y consume á los pobretes como yo. ¡Hermoso conjunto presenta Saratoga al observador filosófico-pedestre!

¿Se contentará con esto el exigente lector? ¡Qué remedio tendrá!

Si te parece poco, lector, lo dicho y el oro te estorba, abierto tienes el camino, y Saratoga allí se estará hasta que una racha de viento huracanado, se la lleve en volandas al Océano Pacífico; porvenir, que á mi leal saber

y entender, espera á todas las ciudades *yankees*, segun son de leves y falsificadas sus construcciones.

Al tiempo doy por testigo, y *allá lo veredes*; que dijo Agrages.

De Saratoga al Niágara, casi una noche de ferro-carril. Ya sabemos cómo se pasa una noche en un ferro-carril *yankee*. ¿Verdad, lector?

Pués claro está.

## II.

Cuentan los zoólogos, que el buey y el caballo tienen en cada ojo un microscopio de tal fuerza, que les hace ver en un simple hombrecillo de marca legal un coloso que ni el célebre de Rodas; y solo así se explica que aquellos potentes brutos hayan convenido en reconocer al hombre por su legítimo dueño y señor de bridá, albarda y cuchillo. Pues algo parecido debo tener yo en la imaginacion, ó, cuando menos, es innegable que poseo en cada ojo un microscopio invertido, que disminuye en vez de agrandar.

He leído, he oído tantas y tales descripciones de las cataratas del Niágara; tal idea habia llegado á formarme de su magnificencia y grandiosidad, que cuando me ví al lado de ellas, parodiando á cierto paisano mío, al contemplar el Océano por vez primera, no pude menos de exclamar con desaliento: «Mucho ruido; pero creí que fuese más!»

¿En qué quedamos, señores fisiólogos: ¿aumenta la imaginacion, ó disminuyen los ojos?

Porque yo recuerdo que cuando era rapaz parecíanme los gastadores de los batallones que por mí pueblo pasaban terriblemente altos; enormemente más altos que algunos años después, cuando yo tenia el honor de formar en una compañía de granaderos y hasta el de ejercer, (interinamente, eso sí,) las graves funciones de cabo de gastadores.

Lo mismo me sucedió al ver *Broadway*. ¡La creyera seis veces más ancha! (1)

Conque, repito: ¿en qué quedamos?

Las cataratas del Niágara, reales y efectivas, distan

---

(1) *Broadway* es palabra compuesta de dos que significan *via ancha*

mucho de igualar en agua, en ruido, en magestad y en belleza á las que yo traia en mi imaginacion.

Y eso que la imaginacion mia, que no es cosa del otro juéves (¡harto lo siento!) mora y habita dentro de mi cabeza, no mayor que una sandía temprana.

Y eso que Aristóteles ha dicho que *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*.

¿Cuándo las cataratas del Niágara estuvieron en mis sentidos?

¡Ahora, señores, ahora, y son más pequeñas que antes!

Esperaré sentado la solucion del problema, y el lector hará bien en seguir mi ejemplo.

Más adelante procuraré resolverlo yo.

---

### III.

Las cataratas del Niágara, fórmalas el caudaloso San Lorenzo, en su curso del lago Erie al Ontario, en el cual termina su carrera superior. El trayecto que recorre entre uno y otro lago es de once leguas.

Partiendo del lago Erie, encuéntrase una llanura, aunque algo elevada, casi á nivel: por ella cruza el San Lorenzo, tranquilo, por un álveo limitado á ambos lados por fértiles y bellas márgenes, adornadas de una vegetacion risueña, por carecer de ese no sé qué imponente que caracteriza la vegetacion de los trópicos, que si encanta, asombra tambien con su grandeza.

A poco camino empieza á oirse un rumor sordo, pavoroso, que aumenta gradualmente. Es el ruido de las cataratas, lejanas aún; que se oye á más ó menos distancia, segun el estado de la atmósfera y la direccion en que sopla el viento. En condiciones favorables, óyesele á quince y 17 leguas: en Toronto (Canadá) por ejemplo, al otro lado del Ontario.

Nada se vé, no obstante, que haga adivinar al viajero el espectáculo á que se vá acercando, hasta que se encuentra á una milla de las cataratas. Entonces el agua comienza á rizarse; la tersa superficie del rio se quiebra en una série de espumosos rápidos.

Serénase de nuevo el rio, pasados estos, pero ya corre con tremebunda fuerza hasta llegar al borde del abismo en que se precipita.

La cascada sería verdaderamente gigantesca y alcanzaría quizás las proporciones que le atribuyó mi imaginación, si antes de la caída del río, no lo dividiera en dos partes desiguales la isla de *Goat*, de una anchura de 333 1/3 varas; pero este obstáculo natural, á mi modo de ver, róbase mucho de su grandeza. Divídese, pues, la cascada en dos saltos, llamado el uno la Herradura (*Horse Shoe Fall*) por su forma en la banda inglesa del río; y el otro, el Americano, en la parte de los Estados-Unidos. El primero mide una latitud de setecientas varas y se precipita de una altura vertical de cincuenta: el Americano, de trescientas ochenta varas de anchura, cae de una elevación de cincuenta varas y dos piés. Estas medidas, tomadas recientemente y de cuya exactitud nadie duda aquí, me dan motivo para rectificar una apreciación que leí en la geografía de Letrone, en la cual (pag.<sup>a</sup>: 751) se atribuye á estas cataratas una altura vertical de 180 piés, cerca de diez varas más de la que realmente tienen. De este modo, y con noticias tan exageradas, no es de extrañar que el que por ellas juzgue las cataratas, como á mí me sucedió, se forme una exagerada idea de su grandiosidad. Diríase que todos los escritores, aún los más graves y menos dados á la poesía, mentirosa de suyo, se vuelven andaluces ó gascones al describir lo que no conocen ó lo que, cuando lo vieron, les causó una impresión cuyo exceso quieren disculpar agrandando sus dimensiones y su mérito.

Cálculase en la enorme cifra de 670,250 toneladas el volúmen de agua que desalojan por minuto ambas cataratas.

Con tal fuerza llega este torrente al borde del precipicio, que forma una gran sábana curva, cuya extremidad inferior toca en el río á 50 piés de distancia de la base, dejando todo ese espacio libre entre las rocas que salta el agua y esta.

La fuerza de las aguas vá minando las peñas desde las que se verifica el salto; de modo que las cataratas retroceden lentamente. Supónese que en el transcurso de muchos siglos han retrocedido ya como siete millas, desde un punto entre Queenstown y Lewiston, hasta el cual alcanza el alto nivel del terreno. La suma de este trabajo de retroceso fijala un cálculo en 18 piés durante los treinta años anteriores á 1810; mientras otro más reciente la eleva á 150 piés en cincuenta años. El capitán Hall afirma que las cataratas retroceden 50 yardas cada cuarenta años; y admitiendo como exacto este aserto, la es-

cavacion de la canal que se extiende desde ellas hasta Queenstown (7 millas), habrá requerido diez mil años. Siguiendo la misma proporcion, las cataratas tardarán más de treinta y cinco mil años en retroceder al lago Erie (25 millas) Cuando esto se verifique, las aguas del lago saldrán impetuosamente, causando un terrible diluvio, y secándose aquel. Por fortuna para estos buenos canadienses y *yankees*, que tienen un Pactolo en su Niágara, ha de llover mucho antes que el Erie tenga la humorada de parodiar al Dios de Noé, inundando las comarcas vecinas al lanzarse repentinamente por el canal que la fuerza erosiva del San Lorenzo le vá preparando.

Además de la erosion gradual de la piedra caliza que compone el lecho del Niágara, en las cascadas y abajo de ellas, de vez en cuando despréndense grandes masas de la roca á consecuencia de la socavacion de la pizarra blanda en que descansa aquella. Débese este efecto á la poderosa y constante accion del agua lanzada por la violencia del salto contra el estrato de pizarra.

Tal origen reconoce la gran caverna que existe entre el agua que cae y las paredes del precipicio. Grandes fragmentos de roca han rodado en 1818 y 1823, segun leí en un autor inglés; y estas desintegraciones dieron por resultado que disminuyese la forma angular ó de herradura de la gran cascada; con ventaja para su grandiosidad, puesto que la superficie del torrente que la forma quedó más horizontal.

Esta es mi descripcion séria, formal, grave, de las cataratas del Niágara. Las medidas apuntadas débolas á la amabilidad de algunos escritores y viajeros de aquende y allende, que no me dejarán mentir; pues pensar que yo me iba á entretener en esas menudencias, sería inferir una ofensa no floja á la latina sangre que circula por mis venas.

Pero á buen seguro, que el lector esperaba hallar aquí algo más que una descripcion estadística, por decirlo así, erizada de números, medidas y cálculos: juraría que esperaba una descripcion fantástica, poética, exuberante de lirismo, atestada de frases sonoras y palabras vacías. Tal es la moda, y hay que ajustarse á ella.

Espera, pues, lector, que voy á tratar de entusiasmar-me en otro capítulo, y á procurar aturdirte con frases campanudas. La cosa no es tan difícil como tú crees.

---

IV.

Gigante de agua, mónstruo de ruído,  
Niágara bramador:  
Viéndote estoy al fin... porque he venido:  
(Mis pesos me costó.)

—  
Esa tu voz desapacible y bárbara  
Hace temblar mi triste corazon,  
Cual la de austero, sanguinario dómíne  
Al chico que no sabe la leccion....

Pero esto es volver á las andadas. Hagamos otro ensayo:

No rugen como tú los huracanes  
Ni las airadas olas de la mar;  
Ni las nevadas cumbres de los Andes  
Igualan tu imponente magestad....

Perdonadme, lectores: no puedo seguir en este tono, porque no puedo mentir. Por la misma razon no he sido ministro ya... y no me pesa.

Tengo que meter mi hoz en miés agena, para satisfacer vuestro deseo, que adivino, de leer aquí una descripcion entusiasta, enfática, de efecto. Afortunadamente viénenme á la memoria algunas estrofas del tan ponderado cãnto á *El Niágara*, escrito por el cubano Heredia; voy á transcribirlas, y espero que quedareis contentos.

.....

«Serenos corres, magestuoso, y luego  
En ásperos peñascos quebrantado,  
Te abalanzas violento, arrebatado,  
Como el Destino irresistible y ciego.  
¿Qué voz humana describir podria  
De la sirte rugiente  
La aterradora faz? El alma mia  
En vago pensamiento se confunde  
Al mirar esa férvida corriente,  
Que en vano quiere la turbada vista  
En su vuelo seguir al borde oscuro  
Del precipicio altísimo: mil olas  
Cual pensamientos rápidos pasando  
Chocan y se enfurecen,  
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,  
Y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! ¡Llegan, saltan! El abismo horrendo  
Devora los torrentes despeñados:  
Crúzanse en él mil iris, y asordados  
Vuelven los bosques el fragor tremendo.  
En las rígidas peñas  
Rómpe se el agua: vaporosa nube  
Con elástica fuerza  
Llena el abismo en torbellino, sube,  
Gira en torno, y al éter  
Luminosa pirámide levanta  
Y por sobre los montes que le cercan  
Al solitario cazador espanta.

.....  
Abrió el Señor su mano omnipotente,  
Cubrió tu faz de nubes agitadas  
Dió su voz á tus aguas despeñadas,  
Y ornó con su arco tu terrible frente.  
Ciego, profundo, infatigable corres  
Como el torrente oscuro de los siglos  
En insondable eternidad!.....»

Creo, lectores, que estareis satisfechos ahora, y que no me pedireis más, sin que esto impida que yo, por mi parte, os dé lo que pueda.

Heredia era poeta, era artista y describió la belleza del Niágara, conformándola al ideal de la belleza absoluta que el hombre lleva en su alma (1), que solo en ella existe. ¡Así es bello el Niágara, es magnífico!

Cierto es, como observa Millner, que aquí se echan de menos aquellas rocas escarpadas, que, ora esconden su pedrada frente entre guirnaldas de nubes, ora la ostentan coronada de árboles gigantes; ora en fin, modeladas en pintorescas é inesperadas formas; pero, en cambio, vense reunidos en una escala sin rival, todos los fenómenos peculiares á estos espectáculos: vese un mar que se despeña, aguas que se precipitan bramando, en una extension que apenas

---

(1) Para evitar que alguien quiera ver contradicción entre mis opiniones fi osóficas y el uso que hago de la palabra *alma*, declaro aquí que con ella, valiéndome de la definición de Port Royal, pretendo designar «lo que es en nosotros el principio del pensamiento»; no aliando á esa palabra idea alguna de inmortalidad ni de espiritualidad; pues con nuestro malogrado Larra, creo que así como la materia en forma de naranjo produce naranjas, en forma de hombre produce ideas. Yo solo veo en el pensamiento la manifestación de la actividad cerebral, del mismo modo que en los movimientos de mis brazos veo la manifestación de la actividad muscular; pero mientras no se inventen otras más exactas, preciso es echar mano de las palabras consagradas por el uso, si quiera sean signo infiel de las ideas á que con ellas intentamos dar forma sensible.

pueden abarcar los ojos: vese el tremendo salto de un Océano que se hunde en un abismo: hay el retumbo producido por el potente choque; cautivan la mirada las líneas innumerables de nevada espuma que rayan la superficie; multiplicados remolinos, contorsiones, se diria, que imprime el dolor del salto en la faz del agua: nubecillas de vapor que voltean en la atmósfera, diáfanas colgaduras de aquel vasto escenario; y cien y cien arco-iris que juegan entre ellas, apareciendo y desapareciendo con rapidez. Y sobre todo, hay ese tormentoso clamor peculiar del Niágara, de que no puede dar idea exacta la palabra humana: que es el ruido de las aguas del diluvio despeñándose del cielo, segun Chateaubriand; que es grande, dominador, magestuoso; que llena la bóveda del cielo; que es un bramido profundo, continuo, mezcla de rumores ahogados y penetrantes, en el sentir de Bouchette; que es el son incesante, hondo y monótono de un inmenso molino, para el capitán Hall; que segun el Dr. Reed, no es como el mar ni como el trueno, ni se parece á nada: no es rugir, no es zumbar: en sus notas sin fin nada hay agudo, nada airado: es profundo, terrible, único; y que en mi concepto, siquiera sea audacia en mi emitir opinion después de citar tantas y de tan distinguidos escritores, solo es comparable á la explosion, á la repercusion ensordecente, monótona y continua de mil y mil truenos estallando á la vez.

Porque el carácter distintivo de este fragor es la continuidad, la eternidad: sus alternativas no se deben á que aumente ó disminuya la intensidad del retumbo, sino á que el viento, cambiando de cuadrante, imprime distintas direcciones á las ondas sonoras y las hace llegar más lentamente y más atenuadas á oídos del observador.

---

V.

No soy el único viajero que al ver el Niágara por vez primera sintió una penosa sensacion de desencanto: á muchos ha sucedido otro tanto, y todos están conformes en que no es rara esta impresion al acercarse á objetos que nuestros sentidos no pueden apreciar rápidamente,

como los *Stonhenge* (1), las Pirámides de Egipto, algunas catedrales de la Edad Media, etc. etc.

Yo creo que puede darse otra razón más plausible de ese fenómeno, aparte de la debilidad de nuestros sentidos. Yo creo que hay en nosotros un ideal de grandiosidad, un ideal de lo bello, que jamás puede realizar la naturaleza, y muy pocas veces el hombre, que tiene que luchar con la inflexibilidad, con la rebeldía de la palabra ó del signo plástico.

¿Cuándo produjo la naturaleza formas comparables á las que crearon la estatuaria griega y los inspirados pintores honra de la patria española? ¡Y cuánto más bellas serían aún en la mente de Fidias y Murillo, aquellas formas sobrehumanas, antes de trasladarlas al mármol y al lienzo!

Nó: la magestad, la belleza, la armonía, como los colores, no están en los cuerpos, sino en nosotros mismos. «La perfección de los objetos, dice el Dr. Durand, consiste únicamente, en el poder que ejercen de provocar la idea de la perfección absoluta que vá en nuestro sér. Y lo repito: eso que llaman *creacion* los creyentes del Génesis mosaico, nunca realiza esta idea; cuando más, se aproxima á ella.

Hé ahí la causa de esa sensacion de desencanto que produce el Niágara, al primer golpe de vista: ¡no realiza nuestro ideal! Pero después, cediendo á la influencia del mismo hábito que nos lleva á suponer en los objetos colores, sabor, formas y sonos que solo en nuestro íntimo existen, concluimos por adaptar el ideal al espectáculo que hiere nuestros sentidos, y le prestamos la belleza que le falta ó la magestad de que carece. Así suena la campana, sale y se pone el sol, y quema el fuego, y es roja la púrpura....

Esto es lo que me está pasando á mi. Tres días há que vivo contemplando el Niágara real, y cada vez lo hallo más parecido á mi Niágara ideal. La Herradura vá adquiriendo á mis ojos toda la magestad que yo soñara.

Contemplando aquella inmensa columna de agua que se lanza bravía en el espacio, que desciende sin movi-

---

(1) Monumentos drúidicos que se hallan en varios puntos de Europa, especialmente en Inglaterra y Suecia. Consisten en un gran círculo formado por corpulentos monolitos clavados en el suelo, y son recuerdos arquitectónicos de las razas escandinavas y germánicas.

miento aparente, cual si de cristal fuera, sujeta por un extremo al borde del precipicio y por el otro al abismo que la recoge en su anchuroso seno, más de una vez he recitado *in mente* estos versos de Becquer:

*¡Olas gigantes que os rompeis bramando  
En las playas desiertas y remotas:  
Envuelto entre la sábana de espumas  
Llevadme con vosotras!*

Desde la orilla de la roca (Table Rock) osé mirar el abismo rugiente. El hotel en que vivo, *Cataracta-Hotel*, está admirablemente situado, y desde la ventana de mi habitación gozo tan bien del espectáculo, que de noche sobre todo, á la luz de la luna, adquiere indefinible encanto y se reviste de las fantásticas galas de la poesía. Por esta razón, noto que mientras brilla en el cielo la casta Diana, las cercanías de las cataratas rebosan de admiradores; solo que unos van en coche, otros en ferrocarril (motor de sangre), y los menos á pie como yo.

Yo las contemplé desde casi todos los puntos de vista, de los cuales el más conveniente es el de la parte inglesa, cerca de la cascada, y de abajo á arriba. No es muy difícil llegar allí, merced al famoso puente colgante (*Suspension Bridge*) (1) que une ambas orillas.

Sigue en importancia el punto de vista americano; pero no es comparable al otro.

Muchos visitantes pasan por debajo de las cataratas, esto es, por el espacio que el violento impulso del salto deja libre entre la roca y el agua que desciende formando parábola. La socavacion ó caverna abierta en la base de la roca por el agua que sin cesar la corroe, hace más practicable la operación. Al lado de la catarata hay una casa en la que se facilita guía y un traje impermeable al viajero que quiere tentar la empresa. Allí, se lleva también un gran libro en el cual se inscriben los nombres de aquellos que dan gloriosa cima al peligroso paseo (y son todos los que lo intentan, gracias á la habilidad de los guías) y se espiden certificados en que se hace constar la proeza. Todo esto, como fácilmente se adivina, no es *gratis*;

---

(1) Obra del arquitecto alemán Roebling, el primero que construyó puentes colgantes de hierro. El del Niágara es doble, esto es, consiste en dos puentes superpuestos: el uno para el ferrocarril y carruajes; el otro para gente de á pié y á caballo.

razon potentísima que explica eloquentemente, por qué no aparece mi nombre en el libro.

Algunos que no tenían el mismo motivo que yo para abstenerse de esas *caras* emociones, me las han descrito; pero antes que ellos hizolo un escritor inglés, de cuya descripcion me valgo ahora, por juzgarla superior á todas las que oí. Es,—dice,—lo mismo que hallarse bajo la accion de un fuerte baño de lluvia, en medio de un tremendo remolino de viento que dificulta la respiracion y causa malestar en el pecho. Es un huracan que ruge dentro de la caverna; un diluvio que por todas partes acomete; y el ruido del viento y de las aguas, multiplicado por el eco, es indefinible.

El camino que recorre el viajero redúcese á veces al borde humedecido de la roca, cuya latitud á duras penas permite el paso á una persona, obligándola á arrastrarse: en otras partes se anda sobre montones de fragmentos resbaladizos y movibles á la par. Cuando se vé que se ha llegado á espaldas de la catarata, el placer es intenso; es el amor propio satisfécho, la curiosidad saciada.

No solo se vé delante la líquida cortina, semejante á la nieve que arrebatada furiosa tempestad, sinó que por intervalos momentáneos se distingue la cristalina bóveda de este admirable palacio de la naturaleza. El punto en que el agua se desprende de la roca está marcado por un chorro de plateada luz, que es más brillante mientras la columna ácuea se lanza en sentido horizontal, que cuando cae perpendicularmente. Comprendo el placer de la excursion; pero si he de ser franco, no me contraría mucho el no poderla intentar.

Siempre he mirado el agua con cierto respeto.

---

## VI.

Hablar ahora de cascadas en general, y apuntar algo de lo que acerca de ellas han escrito los geólogos y geógrafos, paréceme que no es salirme de la cuestion, como se dice en estilo parlamentario. Voy, pues, á hacerlo; y este exordio, puede servir de aviso al lector que no quiera meterse en honduras, para saltar el capítulo sexto si ha sido bastante valeroso para comenzarlo.

En los terrenos primarios y de transición, es donde los ríos exhiben especialmente esos descensos repentinos comprendidos en la denominación genérica de cascadas y rápidos. Suelen ocurrir también en formaciones de la época secundaria, pero con menos frecuencia, y en ellas, el descenso es generalmente suave. Por lo regular, hallanse las cascadas en el paso de los ríos de las formaciones primitivas y los de aluvión, en la costa de los Estados Unidos, que está señalada por las cascadas y rápidos de sus ríos; mientras no se halla ninguno de estos ni de aquellas, en los terrenos diluviales. Un precipicio perpendicular ó poco menos, forma una cascada: un plano muy inclinado en el álveo de un río, forma los rápidos.

Las cataratas del Nilo, tan celebradas, propiamente hablando, no son más que rápidos, pues no hay en él ninguna caída perpendicular. Los rápidos y las cascadas más notables hallanse en los ríos americanos. Sin duda que en Europa hay cataratas de mayor altura perpendicular que las de América; pero ninguna alcanza, ni con mucho, su grandeza, su caudal, su magnificencia.

Hay en Escocia las cascadas del Foyers superior é inferior: aquella se precipita por tres saltos en otros tantos precipicios, cuya profundidad unida alcanza á 200 piés. La inferior dá un solo salto de 212 piés.

El Teverona, cerca de Tivoli, cae de cien piés de elevación; y el Velino, en Terni, se despeña de 300 piés de altura. Está considerada la catarata más bella de Europa; es de construcción artificial. Este « infierno de agua » como lo nombró Byron, se debe al cónsul romano Curius Dentatus, que el año 274, antes de Jesucristo, mandó abrir un canal para llevar al precipicio las aguas del Velino. Habiéndose obstruido ese canal con una deposición de materia calcárea, se le limpió y ensanchó por orden del papa Paulo IV.

En las tierras altas de los Alpes, el Evanson descendiendo de una altura que pasa de 1.200 piés; y el Orco forma una catarata vertical de 2.400 piés; pero su poco caudal de agua hace consistir toda su belleza, en su elevación. En Staubbach, cantón suizo de Berna, hay un riachuelo que salta 1.400 piés, evaporándose casi todo su volumen de agua en espuma, antes de llegar al fondo.

Las cataratas americanas no son notables por la profundidad de los precipicios en que se lanzan, ni por la forma pintoresca de las rocas que las rodean. En altura y belleza de paisaje les sobrepujan muchas de las cascadas

alpinas; pero mientras estas son caídas de pobres riachuelos, las de América son saltos impetuosos de grandes ríos.

El mayor número de cataratas hállase en la América del Norte; pero el mayor descenso vertical de una masa considerable de agua, existe en la del Sur; el Salto de Tequendama, en el cual desemboca el Funza, viniendo de la elevada planicie de Santa Fé de Bogotá. Esta planicie tiene más altura sobre el nivel del mar que la más empinada cima del San Bernardo, y está rodeada de altivas montañas. Parece haber sido, en tiempos remotos, el lecho de un gran lago, cuyas aguas hallaron salida cuando el Funza se abrió el angosto paso por el cual desciende del alto valle hácia el lecho del Magdalena.

El Tequendama es muy pintoresco. La anchura del río, un poco más arriba del Salto, es de cuarenta y ocho varas. La altura de que cae es de 191 3/4 varas, y la columna de vapor que del agua se eleva, es visible desde Santa Fé, á diez y siete millas de distancia.

Al pié del precipicio, la vegetación cambia por completo, diferenciándose de la que ostenta la alta planicie; y el viajero, siguiendo el curso del río, pasa, de vegas en que se cultivan los cereales europeos, abundantes en robles, álamos y otros árboles parecidos á los de la zona templada del hemisferio septentrional-- á una comarca cubierta de palmas, plátanos y caña de azúcar, que despliega todo el lujo de la vegetación intertropical.

Terminaré aquí mis apuntes relativos á las cataratas que adornan el mundo, abrigando la casi seguridad de que el lector ha puesto punto final mucho antes que yo.

¡Cómo ha de ser! Para eso somos autores, nada menos, y escribimos para el público y.... otros escesos.



## Matar el rato.

### I.

Es indudable que hay dos clases de tiempo: una que nos mata, y otra que muere á nuestras manos.

Y no se sonria el curioso lector con ese aire de astucia, que le sienta tan mal, ni se encoja de hombros, murmurando: «¡paradoja!» ¿No le ha sucedido alguna vez leer un libro escrito en tonto, ó seguir una conversacion en necio, ú oír con paciencia bíblica, mezclada de cierto placer de lance, las interminables, insípidas y hereditarias anécdotas de un barbero, con el solo y exclusivo objeto de *matar el rato*? Pues si le sucedió, ya es reo de *tempicidio*, con permiso de los señores de la Academia, y estamos de acuerdo, y la sonrisa es inmotivada y arbitraria, como orden de dictador; y si no le sucedió, en Dios y en mi ánima, que ha debido vivir muy poco y viénenle como de molde aquellos versos de Byron:

*Ese solo conoce de la vida  
La palabra desnuda. . . .*

Quedamos, pues, en que la sonrisa del lector, es nula y de ningun valor ni efecto; y en que hay dos clases de tiempo en todas las circunstancias de la vida.

Pero esta verdad universal, tócase más de cerca cuando se viaja; porque la utopía del movimiento continuo no lo es menos para el viajero que para el resto de los mortales, y no se puede andar dia y noche dando tumbos por esos caminos, ni habria cuerpo que lo resistiese. Por eso no hay quien ponga el pié delante á los viajeros, en esto de matar el tiempo.

Ahora bien: yo soy viajero; y al decirlo así tan sin preámbulos, ya debe suponer el lector que me propongo algo más que hacer una confesion. En efecto, me propongo dar á entender que hace algunas horas me aburría á

mi sabor; que ya estaba cansado de leer en los periódicos del día noticias tan interesantes para mí como las cotizaciones de fondos públicos para un poeta de buena fé; de observar fisonomías en blanco, de esas que nada dicen; de oír hablar de política á los ciudadanos que matan el tiempo en el *sitting room* del hotel que me cobija; y por último, de bostezar y de contemplar el poético paisaje que desde la ventana de mi cuarto se descubre: el Hudson, con sus pintorescas orillas cubiertas de verdor; las erguidas montañas que cortan bruscamente el horizonte; los bosques de meples y de cedros que cubren las laderas y los valles ondulantes, etc. etc. Y para sustraerme al insoportable tormento del fastidio, adopté una resolución heroica: fuime al *sitting room* ó sala de conversacion del hotel: escogí con la vista el ciudadano de aspecto más hipocondriaco y más ensimismado; dirigíme á él en línea recta, y sin pestañear ni pedir disculpa por mi atrevimiento, le invité á fumar, en buena paz y compañía, una pipada de excelente tabaco recogido en las mismísimas márgenes del San Juan y Martinez.

Mirome el hombre como quien vé relumbron, aceptó el convite, desenvainó su pipa de legítimo roble con tubo de estaño y boquilla de cuerno; llenola, me dió gracias con una ligera inclinacion de cabeza, y me pidió por señas un fósforo. Alarguésele yo, encendió, encendí y fumamos; envolviéndonos mútuamente en nubes del humo más azuloso y más aromático que ha salido de pipas.

La cosa prometia no dar de sí una palabra, si yo no hacía un desesperado esfuerzo para animar aquella esfinge, sacándole la lengua á paseo como decirse suele; pero yo no soy hombre que me resigne á dar tabaco á cambio de silencio, sobre todo tratándose de un *yankee*.

É intenté el esfuerzo número dos, para tornar comunicativo á mi taciturno compañero.

Con esta explicacion, ya nadie se admirará de ver lucir en el capítulo siguiente los signos del diálogo.

¡Pues no faltaba más!

---

---

## II.

—Tiene Vd. horas fijas destinadas al mutismo y á la conversacion?

—Hombre, no se me había ocurrido; pero ahora que us-

ted me ha hecho pensar en ello, no sería extraño que... ¡Vamos, es una buena idea!

—Como son ustedes tan sistemáticos, es decir, tan metódicos, no me sorprendería que Vd. hubiese dado contestación afirmativa á mi pregunta; pero si he de ser franco [y siempre lo somos los españoles] me pesaría haber llegado en la hora del mutismo; porque estoy más aburrido que un bajá de setenta y siete colas en esta pacífica Rondout.

(Y eché un taco en español, más redondo que una pelota).

—¡Ah! ¿Es V. español? ¿Nuevo ó viejo?

—Creo que aún no peino canas.

—No eso: ¿es V. español peninsular, ó español americano?

—Peninsular.

—Me alegro: me gustan más los de allende.

(Porque están más lejos, agregué *sotto voce*)

—Pues no es que me repugne la conversacion, solo que meditaba sobre los singulares accidentes que ocurren en la vida del hombre. Hace pocos dias he asistido al venturoso desenlace de un poema de amor conyugal.

—¡Poema y amor conyugal! Vd. debe haber confundido las especies; pues yo para mí tengo que hay tanto de amante á cónyuge, como de novia á suegra. Si del placer pudo decirse que es la tumba del amor, del matrimonio, con mucha más exactitud, se diría que es su verdugo y su sepulcro á la vez

—Espero que Vd. admitirá escepciones....

- Que limitan su papel á confirmar la regla.

Es el oficio de todas las escepciones.

—Como quiera que sea, al oír la historieta cuyo recuerdo me preocupaba aún, cuando Vd. vino á interrumpirme, no le quedará más remedio que confesar que el amor y la fidelidad conyugales existen en un grado verdaderamente heróico en este valle de prosa y de egoismo.

—Me proporcionaria Vd. mucho placer si tuviera la bondad de referirmela. No prometeré cambiar de opinion acerca del matrimonio; pero, eso sí, prometo una atencion á toda prueba. Así como así, deseaba matar el rato, y viene Vd. á ser mi providencia.

—Pues escuche Vd.

Lanzado en este camino mi taciturno interlocutor, paréceme lo más natural del mundo empezar capítulo aparte.

III.

Adopté una postura cómoda en el sofá y presté atención.

El desconocido (puesto que aún no sabía cómo se llamaba) se reconcentró por unos instantes y dió comienzo á su narracion.

—Hace cosa de cuatro años llegaron á estas comarcas dos honrados alemanes, marido y mujer, en busca de un porvenir mejor que el que les ofrecia su país natal. La fiebre que produjo en Europa el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo por los homéricos antepasados de Vd., aún no se ha calmado, pese á la quina-quina de los desengaños; y hoy, como tres siglos atrás, todavía se sueña allí con América y se cree en el fantástico Dorado. Esta es la explicacion vulgar de esa inmigracion siempre creciente que llega todos los años á nuestras costas y penetra en los vastos y casi desiertos territorios del Oeste; pero la ciencia y la historia han de hallar otra más brillante, sinó tan racional y sencilla. La ciencia dirá que la familia humana, á semejanza de la luz y la civilizacion, viaja de Oriente á Occidente. El Asia pobló y civilizó la Europa. La deslumbrante y artística civilizacion de la Grecia de Homero, de Píndaro, de Bias, de Platon y de Thales, naciera en la India, como lo demuestra la fábula de Baco. El Egipto la recogiera allí tambien, y por eso puede señalarse á ambas un origen comun que denuncia la comparacion analítica de las respectivas teogonías.

Así, pués, el caudaloso rio de la humanidad que hoy endereza su curso hácia la América, no hace más que cumplir una ley histórica, repetir un hecho conocido. La Europa civilizó la América, y ahora la puebla: continúa la civilizacion su marcha de Oriente á Occidente, y la humanidad realiza su movimiento de revolucion alrededor del planeta, movimiento que interrumpe y reanuda, obedeciendo á leyes tan inmutables como todas las que rigen la naturaleza.

Cuando es de dia en Oriente, anochece en Occidente, y vice-versa, segun el hemisferio que la tierra presenta al sol en su rotacion eterna. Diríase que lo mismo se verifica en la civilizacion: hoy apenas lanza un destello en Oriente el sol que dió luz al mundo; y la cuna de la civilizacion yace sumergida en tinieblas: la oscuridad aumenta á medida que

se aleja el foco de la luz. ¿Envolverán mañana esas sombras á la Europa? ¿Nunca el sol de la civilizaci6n, distinguiéndose del que es eje del orbe, lanzará por igual y á la vez sus rayos de vida sobre ambos hemisferios de la tierra? Hé ahí algunos problemas á cuya soluci6n no asistiremos nosotros ciertamente.

Y ahora echo de ver, que he estado filosofando á más y mejor, sin venir al caso. *Excuse me.*

Este tabaco tiene algo del *hachich* oriental, y solo así me explico mi digresion; porque, créame V., nunca he sido dado á filosofías. Trataré de enmendarme en lo posible... si el tabaco lo permite.

- Puede V. llenar de nuevo su pipa: esto no cansa, y le aseguro á V., que su disertaci6n me ha sido tanto más grata, cuanto que en ella he tenido ocasi6n de ver eloquentemente expuestas mis teorías. Diserte V., pués, cuanto le plazca.

—Gracias: volveré á mis alemanes. Eran marido y mujer, y llamábase él Cárlos Meyers, y Guillermina ella: nombres clásicamente germanos. Establecióronse en Syracusa, condado de Onéida. Llegó el verano, y aún sin hablar el inglés necesario para darse á entender, Cárlos y su esposa se dirigieron á Vernon y Augusta, en donde fueron contratados para trabajar en la recolecci6n del lúpulo. (1)

Al principio trabajaron en la misma hacienda; pero luego después, Guillermina, con una paisana suya, fueron ajustadas para otra finca situada como á dos millas de *Pratts Hollow*.

La separaci6n de los dos esposos no fué muy patética. Estas pobres gentes de los campos ignoran el alambicado lenguaje en uso en otras esferas sociales, para fingir lo que no se siente, ó disfrazar lo que se siente en realidad. En aquellas, una mirada, un abrazo, un adios, ó un sencillo «no me olvides,» tiene una elocuencia desconocida para los que aman y sienten con rígida sujeci6n á las leyes de la ret6rica y de la estética.

El amor de aquellos es una balada; el de estos, ó es un

---

(1) Planta herbácea, vivaz, trepadora. Aquí crece espontáneamente. Sus flores entran en la composici6n de la cerveza, dándole el sabor amargo que la caracteriza. Con tal objeto se la cultiva en este país y en algunos de la Europa central.

infierno, ó una mentira. Me quedo con los campesinos. ¿Y usted?

—Yo fumo. Há muchos años que perdí de vista los idilios; y me hacen bostezar los sonetos de Petrarca.

—¡Tan jóven! Es singular. Vamos, algun desengaño, y luego, como dijo Byron:

•No puede darnos el mundo  
Placer como el que nos roba....»

Vió V. desvanecerse su primer ensueño, y teme V. volver á soñar.

—Algo de eso hay en mi escepticismo; pero dejemos mi idilio á un lado, y continúe V. su narracion, si no le es molesto....

—¡Oh, de ninguna manera!



#### IV.

—Separáronse, pues, mis dos alemanes, y cada cual trabajó por su lado. Terminada la cosecha del lúpulo, Cárlos y sus compañeros regresaron á Syracuse, dejando á Guillermina en Augusta. Cárlos no sentia inquietud al dejarla atrás, que el amor leal es confiado; y además, suponíala con la otra alemana, en cuya compañía la viera partir.

Dos ó tres dias después, la amiga de Guillermina llegó á Syracuse; ¡pero iba sola!

—¿Y Guillermina?—le pregunta Cárlos un tanto alarmado.

—Fué á buscarte á donde trabajabas,—contestó la mujer.

Todavía confiaba en verla regresar á su lado el buen Cárlos; pero los dias pasaban, y Guillermina no aparecia. Púsose á buscarla con constancia verdaderamente setentrional; pero en vano. Ni en Vernon, ni en Augusta, pudo hallarla. Recorrió una tras otra las granjas de la comarca, cruzó mil veces el condado, preguntó por ella á las aves, á las brisas, al arroyuelo bullicioso, á las flores y á los árboles. Y Guillermina continuaba perdida para él.

En estas pesquisas pasaron dos mortales años. Cuanto

dinero le era posible ahorrar después de atender á su subsistencia y á la de sus dos hijos, gastábalo en poner anuncios en los periódicos, pidiendo noticias de su esposa. De vez en cuando recibía informes relativos á mujeres vivas ó muertas, á quienes se suponía cuadrar las señas de Guillermina; y siempre el pobre Carlos contaba un desengaño por cada esperanza concebida. Dedicó un centavo á sostener constantemente encendida por las noches una luz en la ventana de su casa, para que Guillermina pudiese reconocerla facilmente. Era aquella luz como el faro que indicaba el puerto del amor conyugal. Acostábase después de recorrer las calles buscando á su Guillermina; y despertaba con la alondra y dirigia sus preces al cielo, en su fé sencilla, pidiéndole que le devolviese su amada compañera.

Sus camaradas de trabajo solian burlarse de su pertinaz constancia. Mira, Carlos, decíanle: tu mujer debe haber muerto; ó de lo contrario, ya la tendrías junto á tí.

—Posible es,—contestaba Carlos; pero, no sé porqué no lo creo. Y movía la cabeza con aire de duda.

—Tu mujer, decíanle otras veces, te abandonó por vivir con otro hombre, y se olvidó de tí. Créelo, Carlos, no tornarás á verla.

—Nó, exclamaba, batiendo las manos, lleno de confianza:—ella no hará eso jamás. Muchachos, yo conozco á mi pobre, á mi fiel Guillermina. ¡La conozco en mi corazón!

El buen alemán, era la roca inconvencible en medio de las atronadoras olas del Niágara. Su fé no vacilaba un instante; el desaliento no penetró nunca en su ánimo varonil, ni flaqueó un segundo su amor inmarcesible. Pero el tiempo corria, y corria inútilmente para la realización de la única esperanza de su vida. Al fin, comenzó á hacérsele insoportable su permanencia en Syracuse, y decidió alejarse de los lugares que sin cesar le recordaban el bien perdido, los breves dias que allí pasara feliz con Guillermina. Su corazón sencillo, sentía instintivamente lo que una sensibilidad más ejercitada y más esquisita ha hecho decir al poeta español:

«¡Oh, dulces prendas, por mi mal halladas,  
Gratas y alegres cuando Dios quería!»

Y al poeta inglés: (1)

---

(1) Lord Byron.

« No me recuerdes las benditas horas,  
Horas perdidas que sin paz lamento,  
En que entera mi alma yo le dí.  
¿Cómo olvidarlas ¡ay!, tan seductoras,  
Sin que muera en el alma el sentimiento  
Y cesemos entrambos de vivir?»

En efecto: hay algo de cruel para el alma que sufre, en la silenciosa elocuencia de los campos, de los arroyos, de los árboles, de los objetos, en fin, que fueron un día testigos de su dicha. Parece como que el alma se resiste á confesarse á sí misma su dolor actual y tiende á evitarse esa temida confidencia, huyendo de todo lo que no podría menos de hacerla necesaria. Solo las almas privilegiadas gozan en su propio dolor; y á estas ha debido aplicar San Agustín su *Lacrymæ amantur et dolores*, con más justicia que á los que se gozan en el dolor ajeno. También un ilustre compatriota de Vd., mejor literato que militar, por más que sea general, ha dicho: «Hasta el placer nos duele, hasta el dolor nos place!» Proposición universal que prueba después consigo mismo; lo que por lo menos excluye la universalidad. Pero... *By Jinks!* heme aquí de nuevo engolfado en una digresion de las más sutiles. Lo dicho: este tabaco tiene algo del narcótico oriental. No hay quien me lo saque de la cabeza.

—Me felicito de ello; pues no hallo menos gusto en los accidentes que en lo principal de su discurso.

—Es V. muy galante. Prosigamos, empero, que ó me engañó mucho, ó no tardará la campana en llamarnos á comer.

---

## V.

Decía que Carlos se resolviera á huir de Syracuse para evitar los penosos recuerdos que cuanto allí veía evocaba en su memoria. Empaquetó la escasa hacienda que poseía, y acompañado de sus dos pequeñuelos, púsose en camino para Rondout, y aquí fijó su residencia.

Transcurrieron dos años más sin que brillase una luz que siquiera vagamente le permitiese seguir las borradas huellas de Guillermina, cuyo recuerdo no le abandonaba, ni aún entonces que ya el recobrarla le iba pareciendo punto menos que imposible.

¡Debilidad humana! Nunca estamos más cerca de llegar á la meta de nuestras aspiraciones, que cuando más desesperanzados de hallarla nos sentimos. Como si el alma, viviendo de espejismos, cual el sediento viajero en las arenosas soledades de la Siria, presintiese el bien remoto y esperase alcanzarlo, en tanto que ignora y desconfía de la posesion del bien cercano.... ¡Tente, Smith! Ya empezaba á engolfarme en otra digresion. Ahora, á pesar de su galantería española, tendrá V. que convenir conmigo en que soy incorregible.

Repito que me deleitan sus digresiones, señor *de* Smith.

—No importa: dejaremos esa en tal estado para continuar mi Odisea en pequeño.

—Por aquel entonces fué llevada al manicomio de Roma (nó la ciudad eterna, sinó Roma, villa sobre el Hudson) una muger con la razon semi-perdida á consecuencia de un agudo pesar. Su locura era tranquila. Abandonárala por completo la memoria, y no acertaba á decir quién era, ni de dónde venia, ni á dónde iba: solo recordaba vagamente que un dia fuera casada y que perdiera á su esposo.

A fuerza de una esmerada asistencia y de un benigno tratamiento, fuese mejorando poco á poco, y tornándose más comunicativa con las personas que la rodeaban. Por grados recobraba la razon, y recordaba más acerca de su marido: recordó sus dos hijos; pero érale imposible darse cuenta de cómo los habia perdido.

Era laboriosa y dócil, y con el tiempo llegó á ser, nó solo la favorita de sus compañeras de asilo, si que tambien de la directora y de los sirvientes de él.

Un dia del pasado invierno detúvose en la casa una moza viajera pedestre, como transeunte.

Refiriósele la historia de la alemana que habia perdido á su esposo: y en seguida recordó que un aleman vecino de la calle de Salina, en Syracuse, perdiera á su mujer; pero ignoraba su nombre. Agregó que si Mr. Cheney, administrador del establecimiento, se dirigia por carta á un tal Waters, latonero, este le impondria de todos los pormenores del asunto.

Con este dato, Mr. Cheney procedió á hacer averiguaciones y se convenció de que el Meyers que se había trasladado á Rondout, era el esposo de la infeliz alemana que tenia á su cuidado.

La dificultad estuvo en decidir á Meyers á ir á Roma;

¡Había hecho tantas y tan infructuosas escursiones en busca de su Guillermina! ¡Hallara tantas sin hallar la suya! Al fin un amigo consiguió vencer su repugnancia, escribiéndole de tal modo y dándole tales indicios, que le convencieron de que por último su sueño de cuatro años estaba realizado.

Resuelto Meyers á emprender el viaje, y seguro ya de su dicha, envió á Syracuse cuanto le pertenecía y regresó al lado de su ex-principal, á ocupar su antiguo puesto.

Al otro dia, acompañado de su principal y de sus dos hijos, encaminose á Roma en busca de su Guillermina, tan buscada y tan no hallada.

Mr. Cheney introdujolo en el salon de recibo, y al poco rato entró Mrs. Cheney trayendo de la mano á Guillermina.

Esta no reconoció de pronto á su marido. Mirole primero con cierta vaguedad; más fijamente luego, y después...

Después Mr. Cheney y su señora fueron testigos de la escena más tierna que han presenciado ojos humanos.

Los abrazos y los besos se sucedian; las lágrimas, ese rocío del alma, que mitiga y aplaca, resolviéndolas, las tempestades del corazón, corrieron en abundancia.

Guillermina recobró en aquel instante el pleno uso de su razón, al desaparecer el infortunio que pesaba sobre ella, trastornándola, abrumándola; y Carlos, el que «conocía á aquella Guillermina en su corazón,» obtuvo ámplia recompensa á su constancia ejemplar, á su probada ternura.

El bondadoso Mr. Cheney, contemplaba la felicidad de ambos esposos con esa satisfacción que experimentan los corazones generosos ante la agena dicha, y dábase interiormente el parabien de haber contribuido á ella.

Hay quien afirma que el buen señor llevó su entusiasmo hasta el extremo de exclamar con voz sonora: «¡Gloria á Dios en las alturas; paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

Yo no tengo dificultad en creerlo. ¡Bien haya el que bien hace!

Hoy le bendicen, desde el fondo de su alma, dos esposos felices, dos corazones agradecidos, en un humilde hogar de Syracuse.

Ahí tiene V. el pequeño poema de amor conyugal que le prometí.

VI.

En aquel momento, la campana del *hotel* dejó oír su voz chillona, convocando á los huéspedes á la mesa redonda, y Mr. Smith y este servidor de Vds. dejaron su asiento del salon para dirigirse al comedor.

—¿Ha cambiado V. de opinion acerca del amor conyugal? —me preguntó Mr. Smith, sacudiendo cuidadosa y flemáticamente el blanquísimo residuo que en su pipa dejara mi legítimo *cubano*.

—Francamente le diré, Mr. Smith, que la historieta me ha conmovido; no sé si por la sencilla ternura de que está impregnada, si así puedo expresarme, ó por el interés que el narrador ha sabido comunicarle. Tal vez haré bien en atribuirlo á lo uno y á lo otro.

—Atribúyalo V. al fondo: la forma nada importa ó, cuando más, sirve para dorar la píldora. Cuando no hay sentimiento, no se puede falsificar: la forma no conmueve.

—Sea como V. dice: ni quiero contradecirle ahora, ni estoy para formular opinion. Lo que sí no debo ocultarle, porque seria mal hecho, es mi agradecimiento hácia V. por el dulcísimo rato que me ha proporcionado, precisamente cuando yo buscaba el modo de matarlo. ¡Hacia tanto tiempo que no sintiera! Es verdad, es verdad: bien ha dicho el poeta :

«¡Quién pudiera sentir cual he sentido,  
O ser de nuevo lo que un día he sido!»

¡Felices los que sienten, Mr. Smith!

—Veo que le ha hecho á Vd. más efecto de lo que Vd. mismo se cree la historia de Carlos y Guillermina, y me felicito de ello; porque un corazon joven, muerto para la ternura, es un contrasentido y una aberracion. La juventud es el entusiasmo. La juventud es el sentimiento. Carencia de entusiasmo y de sentimiento implica negacion de juventud. El hombre que no ama á esa edad es como aquellos sepulcros blanqueados de que nos habla la Biblia. Y ya que Vd. citó á un poeta de mi raza, yo citaré á una poetisa, conpatriota de Vd.. á Rosalia Castro, y diré con ella:

*Es el amor la esencia de la vida,  
No hay vida sin amor.*

—Es verdad.

Y llegamos al comedor.

Antójaseme que lo demás no importa al lector ni á mí tampoco.

Puedes, lector, sonreír ahora cuanto gustes, recitando el conocido epígrama que reza así:

«Al infierno el tracio Orfeo  
Su muger bajó á buscar:  
No pudo á peor lugar  
Llevarle su mal deseo.»

Pero te prevengo que esos son desahogos de poetas mal-dicientes, de aquellos

•que por lucir un concepto  
deshonran á una mujer;•

y tal vez no harías muy mal en réformar tus ideas acerca del matrimonio. Yo de mí sé decirte que desde el día que de labios de Mr. Smith oí la historieta que acaban de leer (si la han leído) siempre juzgo mi cuello á dos dedos del *yugo que las almas liga*; y mi frente á media pulgada de. . . . ¡Zape!

Pués ya iba á escribir un desatino.

Quede sentado que Carlos y Guillermina son la flor y la nata del gremio matrimonial; que hay dos clases de tiempo: uno que mata, y otro que matamos; y que no es grano de anís el rato que dejo muerto y sepultado al dar cima y remate, nada gloriosos por cierto, á este artículo ó lo que tú quieras llamarle, lector; que sobre eso no hemos de refir.



## Una ejecucion en horca

### I.

#### REFLEXIONES

La superioridad del que con satánico orgullo se ha titulado rey de la creacion, respecto de los que con él comparten la morada terrenal, no solo se funda en la razon, de que tanto se envanece y tan mal uso suele hacer; fúndase además en que de todos los séres animados, él es el único que atenta contra la vida de sus semejantes. Este fundamento no brilla ciertamente por su firmeza y solidez; pero segun el refran vulgar, tambien hay castillos edificados sobre movediza arena.

Hay otro rasgo del racional, que le distingue esencialmente de los irracionales: el hombre es el único sér de la creacion que se vé obligado á apelar al verdugo para reprimir la manifestacion de sus salvajes instintos, y para castigarlos, si, salvando la barrera del terror cobarde, consiguen manifestarse.

En una palabra, el hombre es el único animal que echa mano de la muerte como garantía de la vida.

No pretendo condenar las leyes humanas. Mis convicciones me colocan á respetable distancia de todas las utopías; y hasta ahora, pese á los filántropos, á esos sacerdotes que gastan lastimosamente un tiempo que pudiera ser precioso, pugnando por aplicar á sociedades de hombres, leyes y teorías inventadas para pueblos de ángeles—he hallado perfectamente justo que el que á hierro mate á hierro muera; y juzgo más natural guardar para la víctima infeliz, la mentida compasion que los sensibles abolicionistas de la pena de muerte derraman á raudales sobre el asesino.

Lo más curioso en estos reformadores es que ateos, por lo general, para robustecer sus pretensiones, no vacilan en

llamar en su auxilio el Decálogo: aquel *no matarás*, les vino como de molde, y gracias á él, Moisés puede seguir tranquilo durmiendo el sueño de la nada, en la plena confianza de que el celeste origen de sus tablas no ha de ser puesto en duda por los filántropos, al menos mientras en el mundo se discutan las ventajas ó inconvenientes, la justicia ó la injusticia de la pena de muerte.

Tengo la debilidad de creer humanas todas las leyes sociales, en su origen y en su objeto, producto de la civilización conquistada línea á línea, con fatigas sin cuento, en la dilatada y penosa marcha del hombre á través de la vida. Individualmente, el hombre es dueño de sí mismo: en sociedad, es soberano para dictar leyes que le obliguen, que han de regirle y garantizarle á la vez la propiedad, la vida y la libertad como individuo. Su sanción basta para imprimir á esas leyes el sello de la justicia suprema y absoluta. Es, por tanto, ocioso, cuando menos, poner en controversia esa justicia. La sociedad tiene el indisputable derecho de anular á aquellos de sus miembros que por sus inclinaciones violentas y malvadas sean un peligro continuo para la vida, la libertad y la propiedad de los asociados. El médico que por compasión se negase á amputar un brazo gangrenado, condenaría á muerte al enfermo... por compasión. En esto hállanse conformes hasta los filántropos; pero disienten en el modo de practicar esa anulación. Echan mano de un argumento que solo es abrumador para los asesinos, y dicen: «El hombre no puede quitar aquello que no es capaz de dar.» Y reprobaban la pena de muerte, proponiendo reemplazarla con la reclusión perpétua, más ó menos modificada, según el sistema penitenciario á que se incline el reformador. Por mi parte, no vacilo en declarar que si hay crueldad en las leyes penales que el hombre ha sancionado para sí mismo, más la veo en la reclusión perpétua que en la muerte; pues esta es el descanso, el reposo sin término; mientras que aquella es una muerte prolongada, lenta, semejante á la que los pieles rojas dan en el poste á sus prisioneros. Se objeta que la pena de muerte no es ejemplar, que no morigeradora; pero ¿acaso morigeradora la otra? El hombre no es animal de escarmiento, ha dicho nuestro malogrado Larrara; y la experiencia de los siglos bien alto proclama esta verdad.

Es absurdo exigir la eficacia del ejemplo á penas aplicables á los que no creen más que en el ejemplo propio. El corregir, el morigerar las costumbres, allá se queda

para la educacion: las penas no deben tender á corregir, sinó á castigar; y en este concepto, aquella es la mejor que castiga más.

Pretender comunicar otro carácter á las penas, so pretexto de filantropía y de compasion, por los que infringen las leyes, es demencia ó necedad: es dejarse arrastrar por la corriente de la moda, que, versátil por naturaleza, deslízase hoy en ese sentido, y exige esas innovaciones injustificadas, cual en la época del romanticismo exigia como condiciones esenciales de la belleza física y de la belleza literaria, la palidez de los cadáveres, y el horror de pasiones increíbles y catástrofes inverosímiles. La moda y el sentido comun, rara vez marchan de acuerdo, y quien á ojos cerrados la sigue, dá pruebas de no tener los del alma muy abiertos.

El ridículo abuso que hoy se hace de la palabra filantropía, hueca y sin significacion alguna casi siempre, para los mismos que viven repitiéndola, es comparable solamente al no menos risible del vinagre, del puñal, del tósigo y de la tea en la época de depravacion del buen gusto literario, que inundó nuestros teatros de fantasmas, verdugos, espectros y vampiros.

Doloroso es en verdad que el hombre se halle siempre sujeto á estas epidemias morales, sin que sean bastantes á preservarle del contagio, ni la luz de su inteligencia, ni los continuos progresos de su decantada civilizacion. ¡Cuán mezquino parece, visto por este prisma, el rey de la creacion, el sér que en un sublime arranque de modestia llegó á proclamarse hechura y semejanza de un Dios; el que osó decir:

«De un Dios hechura, como Dios concibo!»

La necia vanidad del hombre hizo nacer en él el deseo de una ilustre ascendencia. Ignoraba de dónde venia, y esta ignorancia mortificaba su orgullo. Ser hijo de padres incógnitos, era demasiado humillante. Reconocer un origen comun á todos los demás séres animados é inanimados que pueblan y adornan la tierra, era poco digno de él. La naturaleza parecíale una madre sobrado vulgar. Y entonces inventó á Dios, la sabiduría suprema, el supremo bien, la suma perfeccion.

No se contentó su amor propio con tan ingeniosa invencion. Morir por completo como los brutos; perder para siempre su querida individualidad; ver para siempre eclipsado el brillo de sus ojos azules ó negros, el matiz de su cabellera oscura ó blonda y de su rizada barba, al frío

contacto de la muerte, en el seno de la madre, tierra; devolver al suelo y al ambiente lo que de uno y otro recibiera en la breve peregrinacion de la vida: todo esto se le autojaba vergonzoso en grado superlativo. ¡Parecerse á los brutos, sus esclavos, *creados* para él! ¡imposible! Y entonces inventó la inmortalidad del alma y la resurreccion de la carne.

Pero aún no estaba satisfecho. La civilizacion habia progresado inmensamente: á las flechas, á las toscas hachas, á los informes cuchillos de pedernal del hombre prehistórico, habíase sustituido el mortífero fusil de aguja, las hachas de patente, los famosos montantes de Toledo. La materia corria velozmente, sustraída á las leyes de la gravitacion por el gigante impulso del vapor: el rayo, domado por el hombre, servíale humildemente de correo, y sobre sus ígneas álas, trasportaba en un instante á los puntos más apartados del globo, sus pensamientos formulados en inteligibles caracteres. No bastaba: el hombre de hoy debia eclipsar al hombre de ayer en el sentimiento, como lo eclipsara en la inteligencia. Y entonces inventó la palabra filantropía y se llamó filántropo. El hombre de ayer tal vez poseyó mayor snma de afeccion hácia sus semejantes que el hombre de hoy: tal vez sintió en un grado superior á este el amor de la humanidad, y cedió más espontáneamente á sus impulsos. No importa: desconoció la palabra: no acertó á llamarse filántropo. El hombre de ayer quedó eclipsado.

El período de las invenciones por orgullo, aún no parece haberse cerrado. ¡Quién sabe la que se está elaborando para mañana!

Se me dirá que esto es humillante para nuestra especie; pero ¿no lo es más engañarla?

Permítame aquí el lector que cierre estas reflexiones con una gran frase que las sintetiza exactamente; grito de dolor arrancado por el desencanto. á un alma vigorosa:

*Vanitas vanitatum et omnia vanitas.*

---

## II.

### DIGRESIONES Á UN LADO.

Como lo indica el epígrafe, propóngome referir una ejecucion en horca, y quizás no falte quien juzgue extemporáneas las precedentes reflexiones, por lo ajenas á la nar-

racion prometida. Sí así sucede, no me defenderé: el que quiera, puede saltarlas; pero yo no podia omitirlas. Yo escribo cediendo á esa imperiosa necesidad que siente el hombre de buscar un confidente para sus impresiones; y el papel es el mio. ¡No tengo otro! Amigo bondadoso, el papel jamás se resiste á que sobre él dé yo forma perceptible á mis ideas; nunca se fastidia, nunca me muestra el ceño ni me volverá la espalda como tantos otros. Por eso no vacilo en comunicarle todo lo que siento, todo lo que pienso. Su complacencia me lleva á no contar con el lector, y este, si viene algun dia, debe repartirnos la culpa por igual: al papel, por admitir sin repugnancia mis ociosas reflexiones filosófico-sociales; á mí, por permitirme, siendo un pobre diablo, el lujo de hacerlas.

Pero ¿no decia que no iba á defenderme?  
¡Oh fijeza de los propósitos humanos!

---

### III.

#### EL CRIMEN

Un azar de mi vida vagabunda me ha traído á Tejas, territorio descubierto, conquistado y poblado por nuestra raza; parte integrante después de la república mejicana; posesion de los sajones norte-americanos desde la inicua guerra de 1848. Solo algunos nombres de poblaciones, rios y montañas, quedan como recuerdo del paso de nuestra raza por esta tierra: la conquistadora, rapaz y exclusivista como las hordas de Alarico, ha expulsado ó extinguido la de los conquistados, y ya no resuena en Tejas el cadencioso y varonil idioma de Castilla. El rifle habló; el despojo cayó como en decreto de destierro sobre los vencidos, y la civilizacion *yankee* fué un hecho en Tejas.

¡Salud, admiradores de los cartagineses del Norte!

Detuviérame á pasar la noche en una pequeña villa del condado de Jack, con ánimo de continuar mi viaje al dia siguiente; pero iba á tener lugar allí muy pronto una ejecucion, á la cual asistirian todos los habitantes del condado, y aún los de los inmediatos; pués el delito que la motivara, habia sublevado la indignacion general.

Viajero por curiosidad, sin esperanza de recoger más fruto de mis viajes, que las impresiones que durante ellos experimentaba, la ocasion que se me ofrecia de recibir alguna nueva, no era despreciable, y decidí quedarme para aprovecharla.

Considérome á cubierto de la acusacion de crueldad que algun lector poco reflexivo quiera lanzarme, fundado en esta mi decision.

He visto morir tantos hombres en el patíbulo, que uno más nada nuevo me hará sentir. Tambien nos acostumbramos al horror. Al ver morir á un hombre á manos del verdugo, no sé si siento dolor; solo sé que no siento placer; que mi corazon no apresura sus latidos durante el espectáculo; y que después, cuando en el cadalso solo queda un cadáver, compadezco la flaca humanidad.

Puede, pués, retirar su acusacion el que la haya formulado, y digerirla á solas el que la proyecte.

Mientras llegaba el dia designado para la ejecucion, procuré informarme de las circunstancias del crimen, y el mismo huésped tuvo la amabilidad de referírmelas.

Era un homicidio alevoso, vulgar, que reconocia por único móvil el mezquino interés. A pesar de pertenecer á distintas razas el asesino y su víctima, nadie pensara en atribuir aquel asesinato al antagonismo casi natural entre blancos y negros. Estaba fuera de toda duda que el dinero del blanco y la estólida codicia del etíope fueran sus únicas causas.

La historia es breve y sencilla.

El negro E., soldado de un regimiento de caballería de guarnicion en el territorio de Tejas, cumpliera el tiempo de su enganche, y habia obtenido la licencia. Libre ya, dedicose á vagar de un punto para otro, gastando lo-poco que ahorrara, en francachelas y orgías. En una de sus excursiones, le contrató para cochero un jóven mercader ambulante del condado de Parker, llamado Y...C.

Partieron juntos, y así se les vió durante dos dias en varios puntos del camino. Al finalizar este tiempo, acamparon á tres millas de Rock Creek para hacer noche. El negro ya habia visto lo bastante en el breve espacio de dos dias, para tener formada su resolusion. Así, en el silencio de la noche, tal vez cuando dormia tranquilo el amo, asiendo el negro una enorme barra de hierro, larga de cuatro piés, y de más de tres pulgadas de diámetro, de un solo golpe le aplastó el cráneo.

Después, desnudó el cadáver y le echó en un pozo

ocultó el carruaje, en el cual pusiera ya la ropa ensangrentada, en una espesura cercana al camino. Hecho esto, montó en uno de los caballos y se dirigió á Jacksboro; teniendo la precaucion de soltar el animal en los suburbios del pueblo. Aquí pasó un dia; vendió una escopeta que pertenecia á su amo, y en las tabernas y demás establecimientos en que se detuvo, pudieron observar que tenia mucho dinero.

A la noche, tomó el ómnibus para *Fort Worth*.

El cadáver fué hallado en el pozo por la mañana; tambien se halló el caballo. Perfectamente establecido el hecho de que el mercader andaba acompañado de un negro, por los que le habian visto el dia anterior; y coincidiendo esta noticia con la presencia del negro E., en un pueblo inmediato, ostentando mucho dinero, ya no quedó duda alguna acerca del asesino. El juez de paz Lee montó á caballo y se encaminó á *Fort Worth*. Allí encontró y aprehendió al negro, que llevaba puestos los pantalones de su víctima, y en los bolsillos una pistola y una cartera de igual procedencia.

El crimen estaba demasiado claro para que el castigo se hiciese esperar; y el procedimiento criminal se siguió con rapidez inusitada aún aquí donde se prescindía de mil formalidades que en España creemos garantía de acierto para el juez. La siguiente tabla cronológica dará una idea de la actividad desplegada por el tribunal.

Junio 16. Tiene lugar el asesinato.

Idem 18. Arresto del asesino.

Idem 22. Reúnese el tribunal.

Idem 24. Hállase justa la detencion, y el arresto se cambia en encarcelamiento.

Idem 28. Sortéanse los miembros del jurado, y comienza el juicio.

Idem 29. Veredicto de culpabilidad.

Julio 4. Pronúnciase sentencia de muerte, y es aprobada.

Agosto 7. Dia designado para la ejecucion.

De suerte que, en cincuenta y dos dias, se ha sustanciado una causa criminal que por el método ordinario de España, y empleando gran actividad, duraria un año por lo menos. Pero no se crea que aquí sucede lo mismo en todos los casos. Cuando el culpable es un pobre diablo, los procedimientos marchan como impulsados por el vapor. Cuando se trata de un rico, de uno que tenga alguna influencia política siquiera; entonces hay la libertad,

bajo fianza, para toda clase de delitos, prerogativa de gracia, y hasta olvido *involuntario* de la causa. El hombre es el mismo en todas las latitudes; y en esto, no sé de pueblo alguno que pueda, con justicia, lanzar á otro la primera piedra.

De todos modos, cincuenta y dos días transcurridos entre el crimen y el castigo, revelan una actividad recomendable; y sí siempre la pena siguiera tan de cerca al delito, figúraseme que los filántropos hallarian en la pena de muerte la eficacia correctiva que ahora le niegan.

El padre del muerto, atlético y venerable anciano residente en el condado de Parker, presencié constantemente el juicio y siguió todas sus fases con inaudita ansiedad, producida por el ardiente deseo de ver vengada la muerte de su hijo. ¡Deseo anti-humanitario, indigno de un cristiano!—exclamarán más de cuatro filántropos al llegar á este punto. Calma, románticos señores: el que dijo «cuando recibas una bofetada en la mejilla derecha, presenta la izquierda» era un soñador, y no le habian asesinado ningun hijo. Por eso hallo muy puesto en razon que Mr. C... padre, desease venganza; que desde que se pronunció el veredicto de culpabilidad, pusiese al asesino un centinela de vista, armado y pagado por su cuenta, con órden de vigilarle noche y dia para impedir su evasion; y por fin, que lo visitase él mismo una vez por semana.

El negro limitó su defensa á la negativa. Convicto ya, aún abrigaba la confianza de que sus antiguos compañeros de armas vendrian á ponerlo en libertad.

¡Esperanza ilusoria! Amarrado con fuertes cadenas á un poste de la cárcel, y estrechamente vigilado, veia acercarse el dia fatal.

Una mañana observó desde su reja, que descargaban tablas y maderos en la plaza á que hace frente la cárcel. Comprendió el uso á que aquellos maderos estaban destinados y su esperanza murió. Algunas lágrimas dieron testimonio de la conmocion de su espíritu. Después recobró su anterior serenidad y su indiferencia: y hasta hablaba y se reia con sus guardianes y con los carpinteros que estaban construyendo el patíbulo contra la pared de su prision, y á los cuales veia por la ventana.

---

IV.

LOS PREPARATIVOS

Es la víspera del siete de Agosto. El ansia de presenciar la ejecución ha traído á Jacksboro una gran multitud, justificando la profecía del huésped. Yo creo que está aquí toda la población de los campos inmediatos, y aún la del condado de Parker.

A la puesta del sol, la familia C... entró en el pueblo en dos carruajes. El anciano y su señora ocupaban el uno; en el otro venía su yerno con su esposa y dos señoritas, hermanas del asesinado. Bellas son estas, y sus maneras elegantes dan á conocer que su educación no ha sido descuidada. En las fisonomías de todos estos individuos, deudos tan allegados á la víctima, notábase algo de sombrío, algo así como el reflejo de un corazón airado y sediento de venganza, realzado por la luz indecisa del crepúsculo.

Por la noche, recorrí los caminos que conducen á la villa, y en todos ellos, he visto largas filas de carros y *tiburis*, en que habían venido los curiosos de las fincas próximas, detenidos á ambos lados de la vía, y sirviendo á sus dueños como tiendas de campaña.

La gente aquí, es muy dada á acampar, y luego la noche convida á pasarla al raso con su agradable temperatura y su serenidad. Es una preciosa noche de verano.

Los vehículos de tan diversas formas, alineados y reposando sobre las lanzas; los caballos paciendo ó relinchando al lado de ellos; los perros de las granjas, durmiendo debajo ó jugando con los niños del amo; las familias sentadas en torno de hogueras encendidas á trechos en el campo, hablando de las peripecias del viaje, refiriéndose los pormenores del crimen, y evocando sus recuerdos de las ejecuciones á que han asistido, para dar tiempo á que se preparase el imprescindible té de la cena; todo esto, visto á la luz vacilante de los astros, en el reposo de una noche de Agosto, tenía algo de fantástico, algo que hacía pensar.

Allí había hombres, mujeres, mozas y mozos; viejos, jóvenes y niños confundidos, entremezclados. Ninguna edad

se habia retraído; nada faltaba. La curiosidad á todos atraía por igual, y solo curiosidad se veía pintada en todos los semblantes.

Ya San Agustín observó que el hombre suele gozar en la contemplación del mal de sus semejantes. ¿No es un goce la satisfacción de la curiosidad? Que lo diga el bello sexo. Por otra parte, está fuera de duda que aún en aquellos espectáculos que más dolorosamente nos afectan, hallamos un goce especial é intenso. ¿No gozamos en la representación de las tragedias?

¿Pero qué mucho, si hasta en nuestras propias aflicciones está oculta una voluptuosidad que nos hace amarlas? ¿No es un consuelo el llanto?

Young lo ha dicho: «Hay perlas ocultas en el torrente del dolor!»

---

## V.

### LA HORCA.

Amaneció el siete de Agosto, la última mañana del asesino.

Apenas el sol asomó su centelleante faz por el lejano y límpido horizonte, los carruajes detenidos en los caminos que vienen á la villa se pusieron en movimiento y fueron entrando lentamente y colocándose al rededor de la plaza pública. Retirados los caballos, apoyados en las lanzas los vehículos, servían estos como de observatorio á las familias que en ellos vinieran. Allí estaban todos, hombres, mujeres y niños, con sus trajes de fiesta, con la ansiedad dibujada en el semblante, esperando la tragedia, esperando á que saliera el réprobo que en aquel momento hablaba con el sacerdote y lloraba.

Muchas veces he visto levantar el patíbulo: muchas vidas he visto arrancar violentamente en cumplimiento de la justicia humana, en retribución de crímenes cometidos por el hombre en daño del hombre; pero no habia visto nunca alzarse la horca para cumplir esa justicia, para consumir esa venganza. Años antes de abrirse mis ojos á la luz de la vida, en la *retrógrada*, en la monárquica España, estaba abolido ese bárbaro instrumento de suplicio:

el garrote lo habia reemplazado. Estábale reservado á la república *modelo* ofrecirme por vez primera ese repugnante espectáculo. ¡Quién habia de decírmelo en mis sueños de adolescente!

Allí estaba apoyada en la pared de la cárcel, sirviendo de objetivo á todas las miradas.

Era un tablado en el cual se entraba por una de las ventanas de la casa de Justicia, que servia de cárcel tambien. En medio del tablado habia una trampa sujeta solo con una aldaba. Sobre esa trampa debia calocarse el reo, y una vez descorrida la aldaba, faltos de apoyo sus piés, caeria... en la muerte. Formando marco á ese andamio habia tres maderos: dos perpendiculares clavados en el suelo, y uno apoyado en las extremidades superiores de aquellos. Del centro de este pendia la cuerda, que oscilaba siniestra y amenazadora al soplo de la brisa matinal.

---

---

## VI.

### LA EJECUCION

Entre tanto, una escena conmovedora tenia lugar en el calabozo del negro.

A eso de las ocho entró un antiguo camarada suyo á despedirse de él. Al verle, al oír un adios, prorumpió en llanto.

Se le preguntó si queria que se llamase un sacerdote.

—No me importa mucho, contestó;—que venga, si así le place, pero me figuro que lo que él puede hacer por mí, puedo hacerlo yo.

Llamose un sacerdote, y comenzó á exhortarle á morir cristianamente.

E... se mostraba á veces muy conmovido y lloraba amargamente.

Pronto recobró su serenidad, y cuando el alcaide le envió un melon, estaba tan indiferente y tan jovial como antes.

—Excelente melon—dijo; pero me queda poco tiempo para disfrutarlo.

—Hé aquí mí último baño—exclamó al ver que entra-

ban en el calabozo un valde de agua para que se lavase.

Se le invitó á comer, y contestó:

—«Seria perder tiempo inútilmente. No quiero comer.»

La hora se acercaba.

Poco antes de sacar al reo, apareció la familia C... cuya presencia fué saludada con cierto murmullo de sorpresa. Seis individuos la componian: los mismos que ví llegar al pueblo á la puesta del sol. El anciano llevaba un *rifle* al hombro. Todos marchaban graves y sombríos. Avanzaron y fueron á sentarse dentro del cuadro formado por la guardia, precisamente delante del cadalso y á muy poca distancia de él.

No tardó en aparecer el reo sobre el andamio. Al verse allí, lanzó una momentánea mirada á la sogá que seguía meciéndose, y se estremeció; miró después hácia abajo, se fijó en los despiadados rostros de los que le contemplaban desde dentro del cuadro (la familia de su víctima) y apartando su vista de allí, no volvió á mirarlos más.

En medio del silencio de muerte que reinaba, se oyó el ruido seco de los muelles de un gatillo de fusil. Era que el sombrío anciano montaba su *rifle*.

Un niño de pecho de los que habia en los carros comenzó á llorar, y la multitud le acalló con ese ceceo característico de las grandes reuniones cuando estalla un acceso de tos ó un estornudo, que viene á impedirles oír algo de que desean no perder una sola palabra.

El notario leía con voz solemne y monótona la sentencia de muerte. Antes que concluyese la lectura, la más jóven de las señoritas C...se levantó, salió del cuadro y se alejó, siguiéndola un murmullo de aprobacion. Estaba mortalmente pálida. Sus padres, hermanas y cuñado, no observaron su salida. ¡Tan absortos estaban en contemplar al asesino de su deudo!

Terminada la lectura de la sentencia, el verdugo preguntó al reo, si tenia algo que decir.

—Duro es morir cuando uno es inocente. Quiero morir; veo que debo morir; pero yo no he asesinado á Tomás C..., yo no maté á Tomás C...

Cuando hubo pronunciado estas palabras, con voz no muy fuerte, ni muy firme, el verdugo le echó el lazo al cuello y le tapó cabeza y rostro con la caperuza blanca, haciendo á la vez una seña á su ayudante.

Casi al mismo tiempo se oyó un ruido áspero, y el tablado se estremeció. Cayó la portezuela, y el cuerpo

del reo, sujeto por la soga, quedó oscilando en el espacio.

Los individuos de la familia C..., que permanecían dentro del cuadro, ni siquiera pestañearon al ver descender delante de ellos el cuerpo del ajusticiado, que se agitaba en la agonía; y el anciano, implacable, puesto en pié, empuñó su *rifle* en actitud de hacer fuego sobre el asesino de su hijo, si por azar la cuerda se rompía. No hubo necesidad de esto. El cuerpo cayó como un madero, osciló tres ó cuatro veces á derecha é izquierda, dilatósele el pecho, cediendo á la presión del aire encerrado en los pulmones, y E... fué un cadáver.

En anciano C... reclamó para sí el lazo vengador. El verdugo se lo concedió, y muéstralo ahora con sombrío placer á los curiosos.

Parece satisfecho.

La justicia humana lo está también. «Quien tal hace, que tal pague.»

La multitud se aleja en distintas direcciones; y el hombre sigue tan serio, llamándose y creyéndose el rey de la creación.

¡Ah, si hablara el perro!



## Los mormones.

### I.

Podia haber titulado este artículo: «La ciudad de Lago Salado;» que es la capital del Estado de Utah, Estado de esclavos en una república libre: pero no lo he hecho así, por la sencilla razon de que la ciudad por sí sola no vale la pena de un artículo, siquiera este sea de un diario llevado y traído por un viajero de tan pocas campanillas como el que esto escribe.

Por otra parte, no es la ciudad lo que más llama la atencion de los que aquí llegan, como yo, en busca de paisajes nuevos, y de costumbres raras; sinó los habitantes fieles, las leyes, los usos, las ridiculeces, las barbaridades de este pueblo; me refiero al pueblo *fiel*, cuya observacion basta y sobra para hacer creer al más pintado que habiendo tomado *boleto* de pasaje desde Nueva-York á San Francisco de California, el tren, por arte de birlibirlo que, ó en virtud de un milagro á la usanza católica, ha salvado la América de un salto; cruzó de otro brinco la salada llanura del Pacífico, y sin decir oste ni moste, colose de rondon hácia adelante en direccion occidental y le llevó al Indostan, á la Persia, á la Judea, á Turquía, ó al infierno, sí es que en el infierno hay poligamia, turcos y esclavos estúpidos, que lo dudo ¡y tanto!

Porque todo esto, y mucho más que yo no veo, ni veria nunca, así se me antojase quedarme en esta Arcadia hasta el mismísimo dia del Juicio, se vé entre estos benditos santos del último dia, como ellos tienen la desfachatez de apellidarse, no sé si con razon ó sin ella, por más que me incline á creer lo primero, pués mi desastrosa experiencia me ha enseñado más de una vez que no hay nada que tanto se parezca á un santo, segun nos lo pintan todas las religiones muertas y vivas, como un estúpido ó un bellaco de más de la marca

¡Pobres ilusionæs mias! Vais chocando de escollo en

escollo, desde que cual nave aventurera me lancé en el tormentoso mar de la vida; y si salí ilesas de Scila, es como Eneas, para estrellaros contra Caribdis.

¡El pueblo, la humanidad, la libertad, el derecho! Idolos de mí adolescencia, nunca creí tener que renunciar á vuestro culto!

Un tiempo creí que la idea de la libertad era una idea innata en la mente humana; y hoy ya sé que no existen ideas innatas, ni mucho menos; que cada idea que nos hallamos en la mente, la debemos entera y verdadera á nuestros sentidos.

Y si no lo trajera sabido, aquí lo aprendiera ó reventara, ante el inconcebible, inexplicable y asqueroso espectáculo de un pueblo heterogéneo, allegado entre las razas más ilustradas del orbe, que voluntariamente se hace esclavo; que vuelve la espalda á la hermosa libertad, para consagrar todos sus esfuerzos físicos é intelectuales á un hombre, á un solo hombre que es su pontífice, su rey; su amo en la sociedad y en la familia.

¿Tendria razon el misántropo aquel que dijo que el porvenir de la raza humana era sustituir á la vacuna en el arrastre de vehículos de dos ó más ruedas?

Que lo digan los mormones.

¡Ilusiones benditas! Si en el alma estuviérais menos arraigadas, por difuntas os daba, sin más espera. Afortunadamente, al dejar estos lugares de abyeccion; estos lugares en que tan degradado se presenta el hombre; estos lugares, mofa de la libertad, escarnio de la civilizacion, mentís á la dignidad y á la conciencia humanas, hallaréis de nuevo el oxígeno necesario á vuestra vida, pobres flores de mi espíritu. Nunca más ¡ay! os ostentareis tan lozanas como otros dias; pero al fin.... vivireis.

---

---

## II.

El iniciador de la secta de los mormones fué un Joseph Smith, que tuvo la mala suerte de ser víctima del fanatismo de sus antiguos correligionarios, que le asesinaron como á un pollo apenas se hicieron cargo de que sus heterodoxas predicaciones iban hallando más prosélitos de lo que buenamente convenia á una religion un tanto opuesta á las innumerables subdivisiones de la protestante.

Establecido con sus discípulos en Nauvoo (Pensilvania), dedicábase con ellos á la práctica de sus doctrinas, que á la sazón no diferían esencialmente de las profesadas por sus ex-correligionarios protestantes; pues todavía no le habia sido revelado por Dios (!) el dogma de la poligamia al bueno de Smith. Pero los tolerantes cuáqueros no podían sufrir semejante profanación allí en sus narices; y un día que se levantaron de mal humor, asaltaron la población de Nauvoo, y evangélicamente asesinaron, robaron y violaron cuanto humanamente les fué posible en su religioso fervor. El Dios de las batallas y de los... prusianos, estaba, como siempre, de parte de los... más numerosos, más rabiosos y mejor armados. En casos tales, es un consuelo inefable el creer que hay una Providencia que juzga á cada uno según sus obras, y tarde ó temprano castiga al justo y recompensa al pecador.... ¡Qué barbaridad! Al revés lo he dicho; pero ya nadie me saca el pecado de encima.

Arrojados de Nauvoo, cazados como fieras, perseguidos sin reposo, los mormones emprendieron su Éxodo, algo más precipitadamente que los israelitas de aquellos buenos tiempos en que Dios no tenía á menos el tratar con judíos.

El iniciador, el profeta José Smith, cayó bajo los golpes de los encarnizados enemigos de la naciente secta. ¡Profeta y mártir! ¡Envidiable suerte... que de buen talante habria regalado él al primer pretendiente!

Era á mediados de 1847. Los desterrados, los perseguidos, los proscriptos, siguieron su peregrinación, guiándose, como los pueblos primitivos, por el curso del sol.

¿Por qué todas las emigraciones antiguas y modernas parten de Oriente á Occidente?

Diríase que la ola de la humanidad se mueve en consonancia con el astro rey, con el eje de la creación. En las épocas prehistóricas, supónese al hombre saliendo del extremo Oriente en dirección á las desiertas regiones occidentales entonces conocidas. En los albores de la edad histórica, se vé al hombre partiendo de los embalsamados bosques de la India, de las sagradas orillas del Ganges y del Indo, hasta las nó tan sagradas ni tan bellas en verdad, del Adriático, del Mediterráneo y del Báltico. ¡Siempre hácia Occidente!

Los mormones no quisieron ir contra tan inmemorial costumbre, y como he dicho ya, fuéronse hácia el Oeste.

El Oeste entonces no era lo que es hoy. Faltaba la gran línea férrea que uniendo las costas del Atlántico

con las del Pacífico, dió vida é hizo habitables estas inmensas soledades, recorridas entonces, nó habitadas, por tribus de errantes indios, nómadas como todos los de Norte América. Además, no perteneciendo aún á los Estados-Unidos ninguna de las dos Californias, faltaba á la inmigracion sajona el estímulo, el potente incentivo del oro californiano, que algo más tarde habia de llevar allí tal muchedumbre de rubios colonos y cazadores del vil metal.

Tropezaron, pués, los nuevos peregrinos con más de una tribu de indígenas nada predispuestos en favor de los hombres barbudos, y esquivándolos aquí, batiéndolos allí, siendo batidos por ellos acullá, después de mil y mil contrariedades, llegaron á la llanura central, á esta gran planicie formada por las montañas á orillas del lago Salado.

Compraron el terreno á los indígenas, pagándoles el importe en balas de escelente plomo y en predicaciones de no tan buena ley; y cediendo á las sugerencias de su nuevo jefe Brigham Young, fundaron su Ciudad Santa, la Salem mormónica, esta bendita ciudad que lleva el nombre de Lago Salado y en la cual vivo y bebo en estos momentos.

Era ya el año de 1848.

Y desde entonces acá, el mormonismo creció como la espuma, gracias á los prosélitos que logró hacer entre los indígenas, entre los prófugos de los demás Estados de la Union, y ¡cosa admirable! entre los inmigrantes recién llegados de Europa, de la ilustrada Alemania especialmente.

Este buen éxito débese en gran parte á la revelacion del dogma de la poligamia, que por aquel entonces tuvo el honor de recibir del cielo, nada menos, el ilustre Brigham Young. ¡Ejerce tan poderosa influencia sobre el espíritu esta rebelde materia!

Aquel puñado de emigrados religiosos; aquellos restos de una secta que se pretendió ahogar al nacer, echaron los cimientos á un nuevo Estado de la Union: al Estado de Utah, que hoy cuenta una poblacion de 150,000 habitantes.

La capital tiene 12,000 almas, segun el censo más reciente.

Ostenta hermosos edificios, cuya arquitectura me ha hecho recordar más de una vez los cuadros representando ciudades chinas, con las cuales no deja de tener alguna semejanza esta santísima ciudad.

Hay varias iglesias que no entiendo, ni tales ganas se me pasan. Parecen arrancadas de Pekin ó de Canton.

Además yo creo que todas las religiones se parecen en un punto esencialísimo, capital: en su objeto.

El principal objeto á que respondió la fundacion de todas las religiones pasadas y presentes, es el de dar de comer á sus pontífices y sacerdotes.

El mormonismo no se separa de la regla general: tal es mi juicio.

Y dejaré tranquilas las cosas sagradas.

---

### III.

Mr. Barnacle es un buen muchacho y un *yankee* muy ilustrado, además. Está aquí de curioso como yo, ni más ni menos, y gracias á él he sabido muchas cosas relativas á este pueblo original, de que sin su auxilio, con todo y mi constancia más que aragonesa con mi flema sajona, mis cartas de recomendacion, y mi barba semi-rubia, me habria quedado en ayunas.

Ríndole, pués, este público tributo de mi gratitud, tributo que, apesar de su publicidad, es fácil que no llegue nunca á su conocimiento, y paso á exponer las observaciones que ayudándonos mutuamente, y apurando más de un sendo vaso de whiskey, hemos recogido; él, para enviar al diario neo-yorkino de que es corresponsal; yo para mi oscuro diario de viajero.

Descartando de un pueblo dado lo que se relaciona con el culto de lo eterno, lo más importante que se presenta después á la observacion del curioso, ó del desocupado, es lo que se roza con las diversiones, con ese otro culto del placer, divinidad no menos favorita del hombre, é indudablemente mucho más creida y conocida que la otra.

El templo más grato del Placer es el teatro: aquí, (parece mentira en una sociedad de mándrias,) ¡no están prohibidos! Al menos hay uno en la ciudad.

Muy interesante es, y muy á menudo ha sido descrita la institucion del teatro en Lago Salado.

En ella vese al génio del mormonismo presidiendo el drama moral, como una influencia de educacion y como un inocente pasatiempo á la vez.

De estos desterrados sociales del gran desierto americano, pueden tomar un saludable ejemplo muchos de los puritanos del Este, que miran con santo horror el teatro y cuanto con él se relaciona. ¿No es infinitamente más digno de aplauso apoderarse de la escena mímica, y cual cañon capturado, volverla contra las trincheras del vicio y del error; que anatematizarla como invencion de Satanás y á Satanás abandonarla cuidadosamente? No puede darse arma más formidable.

El teatro de Lago Salado, es un lindo edificio expresamente construido para su objeto por el mismo presidente.

Su interior está adornado con gusto; y el arreglo del patio y de las galerías, es parecido al de todos los teatros *yankees*.

El escenario es de regular capacidad, y tiene excelentes decoraciones; como que á ellas fian los americanos, en gran parte, sinó por completo, el buen éxito de sus funciones, á falta del mérito literario de sus comedias ó de sus juguetes.

Los actores, son jóvenes pertenecientes á las primeras familias del pais, y trabajan bastante bien solos, ó sirviendo de auxiliares á las celebridades teatrales que visitan la ciudad. Desde la terminacion del ferro-carril del Pacífico, especialmente, se han visto aquí muchas caras harto conocidas del público neo-yorkino.

Los dramas ó comedias son sometidos á una rígida censura, y ninguna representacion se lleva á efecto sin la sancion eclesiástica. Como no hay competencia, el mormon, dado á divertirse, sepárase cariñosamente de sus billetes é introduce sus numerosos allegados en aquel círculo de familia, noche tras noche ó segun su bolsillo se lo permite. El resultado es una bonita adiccion á las rentas de mi señor Young, sin contar la bondadosa satisfaccion con que el escelente viejo presencia la felicidad de su pueblo.

Otra diversion legalizada por la iglesia é inmensamente popular, por más señas, entre todas las clases de la sociedad mormónica, es el baile.

Alquilanse salones en diferentes barrios de la ciudad para este fin, y un alegre baile tiene lugar cada semana una noche determinada, con la regularidad de una funcion religiosa. En estas reuniones, se consume gran cantidad de galantería, y el magestuoso y venerable patriarca, que ya cuenta nueve señoras y numerosos retoños, ofrece su experimentado corazon y su dada y tomada mano á las mormonas de diez y siete años, en los intervalos del

*mazy*, del cual los dos han participado con igual placer y animacion.

El gobierno civil y la administracion de justicia en Lago Salado y su territorio no están menos bajo la férula de los jefes mormones que la iglesia. Es verdad que el gobernador y sus delegados son oficiales de los Estados-Unidos; pero no pueden hacer más que garantizar las vidas y propiedades de los residentes gentiles (nó mormones).

Todo empleo electivo está desempeñado por un mormon nombrado en el cuartel general y electo por unanimidad: ¡como que solo Brigham Young tiene voto! Nadie disiente en la iglesia. Los jefes pueden recibir su autoridad del exterior; pero los jurados y testigos salen siempre de entre los santos del último dia; y ¡ay del gentil que se lia en una cuestion cualquiera con un creyente! Entre ellos observan con escrupulosidad los principios de la justicia.

---

---

#### IV.

Si el gran Young domina tan en absoluto en los negocios espirituales y políticos, y hasta en las diversiones de sus secuaces, no es menos completa su intervencion en la vida económica y doméstica de cada individuo.

En el edificio público al cual anualmente vá á entregar cada fiel la décima parte de sus productos «para el Señor», llévase un minucioso registro personal, con el nombre de cada creyente, su profesion ó modo de vida, sus posesiones y sus relaciones con la iglesia y el Estado.

Por lo que de sí arroja este libro, se juzga á cada discípulo de mormon, y segun se le halla fiel ó . . . en descubierto, es elogiado ó amonestado y favorecido con una multa que le enseña á ser fiel en lo sucesivo . . . siquiera por economia.

Por supuesto que este registro es el resultado de un vasto y perfecto sistema de observacion ó inquisicion directa. Cada mormon es responsable de su vecino y está obligado á compartir la pena en que aquel incurra, si deja de descubrir y revelar cualquiera irregularidad de que el otro pudiera ser culpable.

Existe además un cuerpo organizado de espías desco-

nocidos, que se apoderan de todos los detalles más insignificantes de la vida, observándolos por sí mismos é interrogando á los testigos con gran disimulo y sagacidad.

Y aquí se me ocurre preguntar: ¿Serán los mormones jesuitas disfrazados? ¿Serán inquisidores fósiles ó escapados á la destruccion de los años?

Nada de esto. Son unos pobres diablos cuyas aspiraciones están satisfechas con trabajar y sudar el quilo para que el pontífice Young viva en medio de un serrallo, sin tener que preocuparse más que de sus goces, puesto que ellos se encargan de su sustento y del de su innumerable familia y de hacerle inmensamente rico por añadidura.

¡Pobre humanidad!

Pero continúo.

Los informes obtenidos del modo insidioso é inquisitorial que queda descrito, sirven para llevar las cuentas en los libros apostólicos; cuentas que son saldadas anualmente.

Todas las contribuciones son satisfechas en especies.

El labrador, con sus frutos; el ganadero, con ganado; el mecánico y el artesano, con los productos de sus respectivas industrias; y el jornalero, con tantos dias de trabajo en el templo en construccion ú otras obras públicas. Solamente al mercader se le exige el pago en dinero.

A los inocentes, á los fieles de intachable conducta, se les exige el diezmo solamente. A los delatados y condenados en el tribunal secreto, se les imponen multas adicionales, proporcionadas á la ofensa. No se admite apelacion, y la demora en someterse al fallo, puede acarrear la confiscacion total, sinó algo peor.

El modo de ejecutar las decisiones de la ley moral ó civil, como aquí se administran por este patriarcal Gobierno, es en extremo sumario y eficaz.

Los tribunales y los delegados de los Estados-Unidos observan todo esto en perfecta inaccion, en completa impotencia, suponiendo que siquiera tengan conocimiento de que allí hay en accion un poder sobre el cual ninguna influencia real les es dado ejercer.

Nadie en Utah puede elegir su ocupacion, su residencia, ni aún sus mujeres, sin la superintendencia y la direccion ó consentimiento del presidente y de sus consejeros.

A fuer de imparcial, debo decir, autorizado por mis observaciones propias y por las ajenas también—y por estas sobre todo—que esta facultad presidencial ha sido

generalmente ejercida en bien de la comunidad y el discreto uso hecho de ella por la actual administracion, resulta en una condicion tal de prosperidad, satisfaccion y moralidad, que con ella no puede rivalizar ningun pueblo de la tierra. Las ciudades no adolecen de esceso de poblacion; la tierra es solicitada; todos los diversos ramos de la industria están representados y tienen estímulo que los anima; la holgazanería no se conoce; y la competencia, ya que nó la riqueza, es universal.

Si no fuera por algunas manchas negras que se notan en su historia, Utah sería una Arcadia del siglo XIX.

¡Y luego hablamos de derechos individuales, pre-históricos é ilegislables; y de libertades en la familia, en la nacion, en la religion y en la humanidad!

¡Qué estúpidos que somos!

Hé aquí, bajo el régimen patriarcal del moderno Mahoma, de Brigham Young, una prueba espeluznante de que lo que menos necesita el hombre para ser feliz hasta la hipérbole, es libertad. Con la *patriarcalidad*, basta y sobra.

Revolucionarios incorregibles: venid á aprender de Brigham Young el secreto de hacer felices á los pueblos.

Venid á pedir la opinion de estos benditos mormones sobre vuestras cacareadas teorías.

¡Estabais frescos!



## V.

El presidente es un grande hombre en todas las esferas de la inteligencia, y de la... destreza: como que está en comunicacion más frecuente con Dios, que lo estuvo nunca el bienaventurado Moisés, en aquellos buenos tiempos en que las hogueras hablaban cual oráculos, y de una funcion de pirotécnica brotaban mondas y lirondas unas tablas de la ley que no habia más que ver.

Peró sigo mi asunto.

Ultimamente, el ilustre Brigham, auxiliado por una revelacion, estendió sus brazos para absorber, para atraer á sí una más de las funciones de la sociedad: como una araña experimentada, rodea con nuevas ligaduras á su ya harto asegurada víctima, para hacer de todo punto imposible una evasion.

Esta ligadura fué la fusion de todos los intereses mercantiles en una grande asociacion titulada cooperativa, bajo la direccion de la iglesia.

Y esto ha sido un error, tal vez el único del bendito reinado del astuto patriarca.

Los más notables pensadores y los hombres más hábiles, dedicábanse al comercio, y claro está que una revelacion que tan directamente destruía sus esperanzas de lucro, era más que suficiente golpe para hacer vacilar su fé, una fé que muy bien podia tener más fundamento en la conveniencia propia que en la conviccion.

Esto trajo, pués, lo que es de cajon, desde el momento en que los principios religiosos se ponen en pugna con los principios económicos, el cisma en la iglesia.

Del cisma surgió la secta de los *Godbeites*, que niegan la infalibilidad á Brigham, alegando como prueba, y con razon, á mi ver, que le faltó la inspiracion divina, cuando menos, al inventar la *Sociedad cooperativa*, puesto que ese invento produjo el cisma, y el cisma es una desgracia para todas las religiones. La lógica es de acero.

Y hé aquí el dogma de la infalibilidad, puesto en tela de juicio entre los mormones, antes que tal capricho se le ocurriera á S. S. Pio IX, y al bueno de Doelinger se le pusiera entre ceja y ceja contrariar ese inocente capricho del padre de los fieles.

Y hé aquí que los católicos viejos ó anti-infalibilistas son unos pobres plagarios de los *Godbeites* del Estado de Utah.

*¡Nihil novum sub sole!*

La nueva empresa se titula: «Institucion Mercantil Cooperativa de Sion»; nombre que á la legua trasciende á mercantilismo evangélico. El más hábil de los hijos políticos del presidente, es su director ó superintendente.

La institucion cuenta una docena de almacenes al por mayor en Lago Salado, además de una casa para ventas al menudeo en cada uno de los barrios de la ciudad. Cuenta tambien con sucursales en todo el territorio mormon.

Las casas principales son las que antes ocupaban los primeros comerciantes, quienes fueron obligados á entrar en la combinacion; pero cada una de ellas hállase hoy dedicada á una especialidad: esta explota el ramo de droguería; aquella el de lienzos y otras mercaderías finas; la otra el de víveres, etc. etc. La teoría que sirve de base á la institucion, consiste en ofrecer el artículo al público, al costo, con el solo recargo de los gastos de despacho.

Los encargados del negocio están á sueldo.

La «Institucion Mercantil», como es consiguiente, es un fuerte comprador en este mercado. En el exterior se ha levantado una singular desconfianza respecto del crédito de la citada institucion; y digo singular, porque pocas compañías comerciales habrá más dignas de confianza que esta. Su capital es inmenso, y casi todos los Cresos de Utah están interesados en ella.

En caso de liquidacion, es probable que solo Mr. Young pudiera hacerle frente, sin que sus régios cofres se resintiesen gran cosa de la sacudida, y eso que tremenda habia de ser, sin ningun género de duda.

Però ¿es tan fácil eclipsar á Rostchild cuando un pueblo entero se empeña en llenar la caja de un hombre!

---

---

## VI.

Mucho se ha dicho y se dice sobre la fortuna particular del autócrata mormon; pero la prudencia aconseja acojer como meras suposiciones, todos los cálculos que sobré esto se han hecho.

Indudable parece, sin embargo, que Mr. Brigham Young es el hombre más rico de América; y así lo demuestra el cálculo más sencillo, como ahora veremos.

Ciento cincuenta mil esclavos voluntarios obedecen su más insignificante órden, y se prestan gustosos á sepultar en el tesoro del amo el fruto de su trabajo y de sus penosas economías. Los monarcas del Oriente, con todo su absolutismo y su carencia de freno moral, no pueden estrujar con tanta eficacia los bolsillos de sus vasallos como este potentado de la planicie Central, que por medio de leyes sábias—¡hay que confesarlo!—y una vigilancia incesante, les facilita la adquisicion de aquello mismo que él les ha de arrebatár más tarde.

---

---

## VII.

### CONSIDERACIONES.

La franqueza y la imparcialidad guian mí pluma al trazar estos apuntes. Por más doloroso que me sea el hallarme frente á frente con un ejemplo vivo de que el bienestar y la

felicidad pueden albergarse en un pueblo cuya abyeccion llega al extremo de inclinar voluntariamente la cerviz bajo el yugo de un opresor, cuya autoridad no se apoya en la fuerza bruta de las bayonetas inconscientes, sinó en un hábil sistema de embaucamiento; por doloroso que tal espectáculo sea para el que como yo solo cree en la felicidad de los pueblos como consecuencia de su elevada dignidad, no puedo menos de confesar, que este pueblo parece algo más que resignado, parece dichoso. ¡Impenetrable arcano de la naturaleza humana!

No es fácil sustraerse á un involuntario tributo de admiracion ante la sagacidad, la prudencia, la inaudita constancia y la brillante habilidad administrativa del pontífice Brigham Young. ¿A qué negarle estos méritos? Injusticia seria el no reconocerlos.

Cualquiera que fuese la carrera que se le antojase emprender en la vida, habria descollado en ella, como la esbelta palmera de los trópicos sobre los raquíticos arbustos de la zona glacial. Sinó rey de los mormones, seria presidente de los Estados-Unidos, y en un pueblo menos amante de la libertad, dictador, César, lo que su voluntad le indicase.

Debo advertir que este juicio no es exclusivamente mio: es el que formaron cuantos han tratado de cerca á este hombre extraordinario, cuantos han tenido ocasion de observarle en el desempeño del difícilísimo papel que le plugo asumir.

Su pueblo le teme tanto como le ama.

Posee un singular magnetismo personal que domina hasta á los extranjeros menos favorablemente prevenidos hácia él. Por mí lo digo. Vile rodeado de chiquillos,—hijos y nietos,—cuando parecia enteramente entregado á los goces de su *extensa* vida doméstica. Cambié con él algunas palabras sobre asuntos indiferentes, y su amabilidad, la dulzura de su palabra insinuante y eufónica, y el atractivo irresistible, cuya posesion revela en sus menos meditados ademanes—perdónemelo la libertad—casi me reconciliaron con la tiranía espiritual y temporal del papa mormónico, y tentado estuve á despojarme de mi añejo escepticismo para creer en la infalibilidad y en la santidad del santo del último dia, San Brigham Young.

Afortunadamente para mis convicciones, la entrevista fué breve y pudieron salir incólumes de aquella terrible prueba á que mi curiosidad las habia tan imprudentemente sometido.

Las audiencias que Mr. Young concede á los gentiles curiosos, son cortas.

Mr. Barnacle y yo, fuimos admitidos á la vez, y á la vez salimos.

— Algo más vale que esa esfinge de Grant, — me decia al salir.

— Es el Mahoma de Occidente, le contesté.

Y estando de acuerdo, fuimos á tomar un refresco de ginebra gentil.

Mientras semejante hombre rija los destinos de este pueblo, todo es posible para él y para sus vasallos.

El déspota de las montañas Rocallosas es una potencia, y como tal hay que reconocerle. En tanto dure su vida, el mormonismo es una fuerza vital.

El Congreso federal puede sancionar leyes y leyes decretando su forzosa supresion; pero el ponerlas en ejecucion seria algo peor que locura.

El arrojarse de las montañas á sus sectarios, ocasionaria incalculables pérdidas de sangre y de oro.

Y todo seria inútil, porque no hay nada más apropósito que la persecucion para alimentar la llama de cualquiera forma religiosa; y aún cuando á costa de inmensos sacrificios se consiguiese dispersar temporalmente á los mormones, así animados y dirigidos, de nuevo se unirían con más fuertes vínculos que antes.

Los mormones, como secta, no existirían hoy si no hubieran sido arrojados de Nauvoo, saqueados y ultrajados en lo que más caro les era, antes que les fuera revelada la doctrina de la poligamia, por el solo delito de disentir en puntos nada esenciales de los principios acatados por hombres que se llamaban cristianos.

De este modo cumpliase una vez más aquello de: «La sangre de los mártires es la semilla de la iglesia»... mormónica ó cualquier otra.

Como se ha visto, el gobierno de los fieles en el valle de Lago Salado es de un carácter enteramente patriarcal: Religion, política, justicia, sociedad, comercio, trabajo y familia, todo obedece á una sola voluntad, y todo está en general, bien y sábiamente administrado.

Inperfecta como es la naturaleza humana, la esperanza de la felicidad perfecta en las sociedades que toleran la licencia individual, es una esperanza utópica. La experiencia señala á menudo casos como este en que el poder autocrático, reconcentrado en las manos de un hombre que tuvo la habilidad y la energía necesarias para conquistarlo por sus

propios esfuerzos, ha dado por fruto el completo bienestar del pueblo.

El gran inconveniente del sistema, es bien sabido: la posibilidad de un tirano en la sucesion, pero jamás se dará este caso en Utah

Con la muerte del gran fundador de la fé, cuyo título corresponde de hecho á Brigham Young, por más que se le dé á José Smith, el gran edificio mormónico se derrumbará al saludable contacto de las influencias que ya comienzan á condensarse sobre el pueblo fiel; influencias que solo á Brigham Young es dado conjurar.

Una docena de pretendientes, se alzará reclamando el cetro y la púrpura del difunto monarca y sobrevendrá la guerra de facciones.

Triunfará uno tal vez, y al empuñar el cetro mormónico, hallarase frente á frente con el génio de la civilizacion del siglo XIX, en la mano la flamígera espada, y dispuesto á contestarle su derecho.

Y ante este último y poderosísimo rival, el nuevo reypontífice, su gerarquía y el sistema en que descansa, sucumbirá sin remedio.

Y dejará de hallarse un Estado mahometano dentro de un Estado cristiano.

Y el viajero no hallará en la vasta planicie Central una cópia perfeccionada de los abyectos pueblos esclavos del Asia.

Y tendrá el inmenso placer de ver pasearse por Lago Salado, visibles y tangibles, como lo requiere nuestra magnífica civilizacion europea, á todas las mugeres viejas y jóvenes, altas y bajas, bonitas y feas que en la ciudad habiten; y no tan solo á las mormonas viejas, y alguna que otra jóven infiel, como con todas sus letras ha sucedido al bueno de Mr. Barnacle y al desventurado que estas líneas traza.

—¡Quién pudiera penetrar en el harem del santo San-Brigham Young!—me decia Mr. Barnacle, con todo el buen humor de que puede disponer un *yankee*.

—¡Sublime idea!—le contesté con mi entusiasmo meridional;—pero tengo para mí que á Mr. Young le habia de oler la broma á cuerno quemado.

Y estuvimos de acuerdo, segun costumbre.

Y aquí termino esta larga y tediosa descripcion de pueblo tan original, no sin exclamar antes, con permiso del alegre Blasco:

¡Qué país, qué paisaje, y qué paisanaje!

Si Vds. mandan algo para el Estado de Nevada...., pueden avisarme, que allá voy.

---

HUMO.

Una habitacion tranquila; el lejano soñoliento rumor del mar; el suspiro de las brisas de estío, y.... una pipa repleta de excelente tabaco: ¡aspiracion de mi alma, hoy te veo realizada una vez más!

Desde mi ventana, piérdense mis miradas, medio adormidas, en la imponente soledad del gran Océano, cuyas tranquilas aguas riza suavemente la tibia brisa.

La concurrida bahía de San Solito extiéndese á mis piés (estoy muy alto) como una sábana cuya superficie abrillantan los oblicuos rayos del sol, próximo á hundirse entre las olas del Pacífico, que ansiosas le esperan, ébrias de amor y de deseo, cual las odaliscas del harem á su oriental señor.

Innumerables barquichuelos la atraviesan, en opuestas direcciones, dando sus blancas velas al soplo perezoso del viento que precede al ocaso del sol. Algunos vapores se mueven llevando y trayendo viajeros entre Brooklyn, Golden-Gate, Oakland, S. Leandro y S. Francisco, dejando en pos dos estelas, una en el espacio, compuesta del humo negro de este pésimo carbon yankee: en el agua la otra, de nevada espuma; engendada por el choque de la cortante proa, ó por las sempiternas evoluciones del hélice ó de las ruedas.

Si á todos estos rumores se agrega el de las rudas pero melancólicas canciones que marineros de todas las razas lanzan al viento para entretener sus ocios ó hacer más llevaderas sus penosas faenas, voces estentóreas, á las que la distancia despoja de su natural aspereza, comprenderase con cuánta verdad puedo decir que existo en un mundo de arullos; que mi espíritu flota en una atmósfera soporífera que predispone á los dulces sueños.

Mi compañero de peregrinacion, ha tenido la buena idea de dejarme solo por algunos momentos, y casi se lo agradezco.

¿Para qué se necesita un amigo en circunstancias tan propicias? Embriagado con el perfume de la hoja cubana, ¿qué necesidad puede sentirse de la presencia del jovial camarada de otros dias, para recordar todos los sus-

piros uno á uno, y una á una todas las bocanadas de humo de los años que fueron? Así, entregado á mí mismo, siéntome más libre para vagar en alas de dulces reminiscencias, por el laberinto del pasado; por las horas fugaces de aquella edad feliz en que el sol del amor prestaba vida á mis hoy muertas esperanzas.

¡Dulce soledad!

Bella es la naturaleza; bello es el paisaje que á mis ojos se ofrece; y sin embargo, no son bastantes esas bellezas á hacer que mi contemplacion se detenga en el mundo real. ¡Están mis ojos tan cansados de ver horizontes nuevos! En vano pugno por absorberme en la contemplacion de esta naturaleza espléndida que me rodea: cuando mis ojos parecen más fijos en ella, es cuando más embebido me hallo en la contemplacion de este mundo interior, de este mundo inmenso que encierra la mente humana; en sordear las pavorosas profundidades del mar de mi pensamiento, en pasar revista á la innumerable legion de mis recuerdos, desventurada herencia de mejores dias.

¡Humo, humo que me embriague de sueño y de placer!

¡Misericordia! Allá abajo rugen las pasiones: la fiebre del oro consume y agita esas muchedumbres, préstales devoradora actividad.

¡Insensatos! ¡Como si el oro diera la felicidad! ¡Si supieran cuánto más vale una libra de tabaco que una pepita de oro! Pero yo lo sé, y por eso allá abajo gritan: ¡oro, oro! mientras que yo acá arriba murmuro: ¡humo, humo!

Esta es la mansion de los sueños.

¡Hermosa soledad! ¡Cuán brillante se ostenta la atmósfera en estas tardes de estío!

¡Cuán risueño es el verdor de esas colinas cubiertas de vid!

¡Cuán manso rumor produce la suave oscilacion del mar!

Si algo le faltara al encantado teatro de mis sueños, ¿no está aquí mi imaginacion para suplir lo que la distancia ó los obstáculos velan á mis ojos corporales?

¿Qué más se necesita? Ya acarician mis oidos el susurro de las hojas que agita la brisa; el rumor del arroyuelo que se despeña en lecho de granito y desaparece en una pequeña gruta, á pocos pasos de la solitaria casa de campo, poéticamente situada entre la hojarasca de una verde loma. Y las voces de los segadores y el chirrido de

la afilada hoz llegan hasta mí, haciendo irrupcion sobre mis apacibles sueños.

¡Omnipotencia de la imaginacion excitada por el humo!

En esta produccion de mi Cuba gentil, existe el germen de mil dulcísimos desvaríos.

¿Pudo alguna vez Scheerezada, en sus poéticas noches, cuando sentia pendiente sobre su cabeza la cimitarra de su señor, evocar trasportes de la imaginacion, sueños del alma, plácidas visiones comparables á estas horas, á estas noches, á estos vagos rumores de las tardes de estío; á este reposo, á esta paz, á estas visiones engendradas por el humo?

No obstante, á la manera de los que mezclan marrasquino con coñac é introducen especias raras y aceite perfumado en los tubos de sus pipas, para darles mayores atractivos, más fuerza creadora; mezclaré á estos gemidos del aire y de la mar, á este torrente de luz solar, á estos gemidos de la hoz de las vegas, y al sofocado y remoto eco de las voces de los campos, el chillido penetrante de la langosta; el zumbido de las abejas en torno de las flores de la canela; el grito del milano al lanzarse en el espacio sobre su colega de rapiña; la amplia sombra del corpulento álamo; mientras que, abiertas de par en par las puertas de la granja, el perro duerme tras ellas. Supuesto todo esto ¿qué más se puede pedir, desear ó imaginar, para prestar encanto á las brillantes azuladas espirales que se elevan del braserillo de mi pipa de legítima espuma de mar ó *meerschaum*, como llaman á aquel producto mineral los alemanes y los ingleses?

Para un hombre indolente, la pipa tiene el poder peculiar de atraer la meditacion; poder que parece un compuesto de la pasada experiencia, de la sabiduría presente y de la esperanza futura.

Para el que dispone de su tiempo y no tiene que pensar en los cuidados de la vida, siéndole, por lo tanto, iguales todos los dias, es su amiga, su compañera, la mejor mitad de su sér.

Para el que tiene participacion en el revuelto torbellino de la vida, esos momentos sustraídos á la esclavitud de los negocios, están impregnados del doble placer del descanso y de la tranquila meditacion sobre lo porvenir.

El estudiante, el artista, el pensador, depositan en el ara de su divinidad, el incienso de la planta más rara

de la tierra, y vén, como Jacob, subir y descender por su nebulosa escala, los ángeles de sus ensueños, á cada graciosa ondulación de las espirales que se desvanecen.

Con todo, quien quiera que sea, debe ser un hombre satisfecho, para que, teniendo entre los lábios la boquilla de su pipa, de ámbar ó de espino, pueda pensar tranquilamente, ageno á la envidia, que en otras tierras habitadas por hombres más felices quizás, existen métodos más lujosos y más rebuscados para aspirar el humo bienhechor; métodos que él, viviendo en países menos favorecidos, no puede llamar en su ayuda, por carecer de talisman adecuado al objeto. Y sin embargo, se equivocaría en esto; porque ¿no está á su alcance el arte de las artes, el don de Aladino, de atraer á su gabinete de trabajo, á su estudio ó á su escritorio, los génius del tubo, las aéreas hadas que se mecen en las guirnaldas del humo, y viven en las células cerebrales?

Por mi parte, echo mano de este sublime don muy á menudo, y la echaré ahora una vez más.

Ya pienso, á la vez que absorbo el humo deleitoso, como allá en el lejano Oriente, el perezoso musulman desarrolla con lentitud el largo y flexible tubo de su *nargilé*, y se embebece oyendo el estallido de las burbujas que se forman en la superficie de su olorosa agua; estallido armonioso como el canto del *bulbul* en los jardines de Samarcanda: cómo, tal vez en solemne silencio, aspira el humo perfumado á través del tubo de cerezo del Yabreez, del aplastado brasero de su *tchibouk*, ó alterna la pipa con el fragante café de la Moka, mientras que por el calado pavimento de su kiosko penetran las túbias aguas y se mezclan á sus sueños.

Y al forjarme tan gratas visiones, mi dulce tabaco español antillano (que es muy bueno), conviértese en la rica planta de *Shiraz*, en el voluptuoso Latakia, verdadero espíritu del Asia; y veo la imágen incitante del Oriente, coronada de vaporosas guirnaldas de humo, adornada de los matices del iris.

De entre la delicada y azulosa bruma; de entre las insistentes espirales que exhala mi pipa, surgen lentamente las cúpulas de una ciudad bañada por el mar.

Bien puede ser San Francisco, que, como Roma, se apoya sobre siete colinas; pero San Francisco está demasiado á mano para que yo evoque ahora su aparición. Y luego veo que van alzándose esas cúpulas, penetrando en los cielos trémulos de luz, y adquiriendo la for-

ma de blancos minaretes; y en su base, el fúnebre ciprés proyecta tétrica sombra. La ciudad que surge de entre las guirnaldas de humo que vagan por mi tranquila habitación, es una ciudad árabe, oriental: no es la occidental San Francisco de California.

Con pasos silenciosos, como en un sueño, desfilan ante mis ojos, hileras de camellos, que arquean sus largos cuellos adornados de brillante carmesí y van midiendo como fantasmas los tostados arenales del desierto.

Y veo la luna de Egipto, las aguas del Nilo, y las palmeras. Y las veo y sonrío.

Y llega hasta mí el rumor de las carcajadas que resuenan allá á lo lejos en los baños de la ciudad; y, dulce y apagado, el doliente grito del muecin, que convoca á la oracion.

Y la pompa y el fausto de la vida oriental, deslízase solemne y perezosamente, á manera de los cuadros disolventes, á lo largo de las blancas paredes de mi humilde, sí, pero elevada habitacion.

Y si me canso del Oriente, que todo cansa en el mundo, cruzo el Mediterráneo, admiro sus transparentes olas que besan dulcemente las costas de mi pátria, y penetro en las arábigas ciudades de la encantada Bética, y disfruto del placer de contemplar sus hechiceras hijas, de abrasarme en el candente fuego de su mirada, de soñar con el amor de una hurí de aquel paraiso ¿Porqué nó? Las puertas de aquel Eden no están guardadas por dragones; no brilla en ellas la flamígera espada del ángel que del otro arrojó al infeliz Adan, á aquel pobrete á quien la ocasion hizo ladrón, (quisiera yo ver la virtud de Jehová en iguales circunstancias) Nó: no hay quien impida la entrada en aquel cielo, y aunque lo hubiera ¿qué dragon no se duerme, qué ángel no cae embriagado al narcótico influjo de este delicioso humo?

¡Helas allí! Huríes del Sur: ya os contemplo entre las azules espirales, y desde ellas me sonreis como debió sonreir Venus al salir núbil de entre las olas del mar: y me bañais en vuestras miradas de luz, miradas que solo concibe el que vivió en los trópicos.

¡Los trópicos! Y salvando distancias enormes, abandono el paraiso de la pátria, el jardin de las Hespérides, vuelo en alas del humo, sobre el abismo que sorbió la Atlántida, y desciendo en unos valles deliciosos, sombreados por frondosos árboles que solo crecen en las zonas predilectas del sol.

Y á la sombra de floridas enramadas, en que lucen la ambarina y el aguinaldo, deslízanse en voluptuosas danzas mujeres de belleza más que terrenal.

Y cantan como cantarían los ángeles del cielo, si ángeles y cielo existieran.

Y aquellas voces dulcísimas despiertan ecos que duermen en mi corazón. Y aquellos rostros en que las gracias anidan; y los perfumes que las brisas llevan en sus alas vaporosas, y aquella naturaleza espléndida, y aquel sol de fuego, viven en mi memoria, recuerdos de ayer. Yo conozco aquellos valles, aquellas selvas, aquellas lomas, aquel cielo: mis pulmones se dilatan al aspirar aquel aromado ambiente: allí nada es extraño, aunque todo es grato á mis ojos. Aquella tierra es Cuba.

¡Cuántos rostros amados se bañan en llanto y sonrisas para darme la bienvenida! Llanto por la ausencia y el dolor sufrido; llanto y sonrisas por el placer presente, por la dicha del porvenir.

Ya más de un acento carísimo ha resonado murmurando amor; más de una mirada que pasión decía, vino á envolverme en la atmósfera agitada del deseo. Ya presiento abrazos y besos enloquecedores; ya el vértigo comienza á apoderarse de mí; ya....

Demos de mano á tan peligrosas visiones, que ponen en inminente riesgo esta tranquilidad, que es hoy—¡oh dolor!— toda mi dicha.

¡Huid, adoradas visiones, y dejad el puesto á otras menos elocuentes!

Volveré al Oriente, visitaré otras regiones de menos atractivos: soñaré en otro estilo. ¡Préstame tu encanto, pipa mia! Ya veo—¡vision de paz!—como el encorbado beduino modela su pipa en la tierra humedecida. Veo la ligera caña índica con el aplastado braserillo de Lahora ó de Ouda en su extremo: la pipa del celestial de oblicuos ojos: la roja arcilla de Bengala y las brillantes doradas copas que las atezadas razas de Siam, de las islas de Malaca y Filipinas se complacen en convertir en urna de su soporífero ópio.

Hé ahí al colono del Oeste en su pobre casa de troncos: su única compañía compónenla el rifle, el perro y la pipa.

¡Con cuánto placer aspira el humo de su detestable Kentucky, mientras el perro, tendido á sus piés, le contempla tristemente!

Hé allí un viajero perdido en solitarias sendas que

se sienta al pié de un cedro á reposar de las fatigas de la jornada. Del bolsillo saca lentamente su inseparable pipa; y bien pronto, fijos sus pensamientos en la lejana patria, saluda entre las nubes de humo los rostros de los séres que le son queridos, rostros ¡ay! que tal vez ha dejado de ver para siempre.

Y ofrecésemme á la contemplacion el esquimal encerrado en su choza de hielo, y que, gracias al tabaco que fuma, sirviéndole de pipa un diente de pescado, hace soportable el insoportable hedor de su mansion.

Presente y pasado obedecen con igual docilidad á mi conjuro.

Por eso existo ahora en el solemne momento histórico, en que mis heróicos antepasados, recibieron la primera leccion en el noble arte de fumar, allá en las costas del Yucatan, ó bajo la sombra de la *ceiba* cubana.

Por eso vaga por mis lábios una sonrisa al ver desfilar ante los ojos de mi imaginacion la rígida figura de sir Walter Raleigh con la pipa entre los dientes, maldiciendo *in pectore* de su negra estrella de *filibustero* colonizador, estrella que más tarde le habia de llevar á morir en el cadalso á manos del verdugo.

Por eso se acentúa más mi sonrisa al ver al rey Jacobo firmar lleno de rabia su inútil decreto de proscripcion contra el tabaco.

Y al sultan Amurates, el Altivo, amenazando con la muerte á los que usaren la hoja bienhadada.

Y á todos los imbéciles papas, reyes ó emperadores, que ejercitaron su inofensiva rabia proscribiendo este solaz de la humanidad.

Y me inspira compasion, el verlos gastar en tan vana empresa una constancia y una fortaleza de carácter bien dignas en verdad de mejor causa.

Y circunscribiendo mis meditaciones á un punto más económico, podria pensar, si fuera *yankee*, en la rareza de que siendo en esta preciosa república modelo, bastante considerable la produccion de mi planta favorita, como que representa la vigésima parte del que se consume en el mundo, se venda tan horribilmente cara. Pero como no soy *yankee*, ni he sido hasta ahora bastante desgraciado para echar á perder mi pipa y mi larínge fumando excomulgado Kentucky, Virginia ó Mariland, no entro en semejante órden de ideas.

Y no pararía en esto mí digresion económica. Podria, por ejemplo, leer, después de terminada la pipada y bien

sacudida la blanca ceniza, que el rendimiento del tabaco en ceniza equivale á la cuarta parte de su volúmen, cuya proporcion es superior con mucho á la relativa á cualquier otro producto vegetal.

Podria leer tambien este otro precioso dato: una tonelada de tabaco esquilma tanto la tierra que la produce como catorce toneladas de trigo.

¡Pérfida insinuacion de algun descendiente de Amurates!

Yo la miro con desprecio.

Y lleno de nuevo mi pipa y enciéndola de nuevo, y al verme otra vez rodeado de los graciosos círculos del humo azul y perfumado, doy vueltas en la mente á esta sola expresion, única que recuerdo de la vil estadística citada: ¡una tonelada de tabaco! Suprema, elocuente, sublime frase que encierra en sus breves términos un millon de poemas de amor y de felicidad; de sueños arrobadores, de plácidos desvaríos.

¡Una tonelada de tabaco!

Venid, poetas, venid, génios, y pintadme, si podeis, con el mezquino lenguaje humano, todas las sublimidades que encierra esta frase.

No os fatiguedis en vano. La inteligencia del hombre es demasiado estrecha para abarcar tan gigantesco tema. Seria menester la de un Dios.

¿Hay algun Dios desocupado?

¡Cuánto humo!

Y todavia siguen agitándose los hombres allá abajo, despedazándose mútuamente por cazar algunas pepitas de oro.

¡Imbéciles! hasta indignos de compasion me parecen.

¡Humo, humo, dadme humo!

Esto es la vida.



## Ríos.

### I.

No habia visto rios dignos de tal nombre hasta que pisé el continente norte-americano. El Ulla en Galicia, y el Cauto en Cuba, ocupaban el primer lugar en mi memoria, por su magnitud. Eran las dos corrientes más considerables que se ofrecieran á mi vista hasta entonces; á pesar de que el Ulla es un rio de tercer categoría en el sistema hidrográfico de España, y el Cauto, siendo el mayor de Cuba, no es mucho más importante que aquel. Fácil es, por lo tanto, formarse idea de mi asombro al hallarme en presencia del poderoso Misisipí, al cruzar el Hudson, el Ohío, al bordear el Missouri y el caudalosisimo San Lorenzo. Para evitar que se atribuya á vana ostentacion de nombres, omito citar otros muchos, sí de menos nota que los mencionados ya, importantísimos con relacion á los que he visto en España y Cuba.

El que haya tenido ocasion de comparar una pulga á un camello, y recuerde lo que en su ánimo pasó entonces, podrá darse cuenta exacta de lo que yo sentí al comparar el recuerdo del Cauto á la gigantesca realidad del Misisipí.

Agradable era la impresion que aquel me dejara, y fresca estaba todavia en mi mente. Sus orillas sombreadas por la espléndida flora tropical; sus agnas cristalinas; la magestuosa belleza de los paisajes en que tanto abunda su dilatada cuenca, no son para olvidadas por quien una vez siquiera, tuvo la suerte de contemplarlas admirado.

Pero yo pasé del Cauto al Misisipí, esto es, de lo bello á lo grande: la transicion era demasiado brusca, y necesité habituarme á lo grande antes de poder estudiarlo con tranquilidad.

Desde entonces me ruborizo al pensar en el Ulla y en el Almendares; en el Tílima y en el Luyanó; en el

Sar y en el Sarela; al recordar que más de una vez inocente de mí! en prosa y verso he regalado el nombre de rios á todos ellos, y á algunos hasta el adjetivo: *caudaloso*. Afortunadamente, no soy el único que ha incurrido en tal exageracion, y si por ella me condeno, muchos geógrafos me acompañarán al Báratro. El consuelo es triste, pero á falta de otro, á él me atengo; que peor seria ir solo.

Como lo indica el epígrafe que he puesto á estos renglones, no voy á limitarme á hablar de un rio solo, sino de varios. Lo dicho hasta ahora sirva, pués, de introduccion y de pretesto, así como de abjuracion pública de pasados errores.

Al navegar por al Misisipi, observando el color turbio de sus aguas, llamé la atencion sobre ello al capitan, que más de una vez diera la vuelta al mundo y tenia motivos para no reparar siquiera en lo que á mí me parecia sorprendente.

—¡Toma!—me dijo— eso sucedé en todos los grandes rios. Solo los arroyuelos murmuradores de los poetas, tienen linfa trasparente, y cristal de roca líquido por agua. El Amazonas, el Plata, el Ganges, etc. no llevan al mar ondas más límpidas que estas. Los colores difieren; pero la suciedad es la misma.

Francamente lo diré: la hidrografia me preocupara poco hasta entonces, y careciendo de noticias científicas sobre el asunto, admití como buena la explicacion del capitan. Yo no podia oponerle otra más satisfactoria, pero *in mente* resolví aprovechar la primer coyuntura favorable para ver lo que la ciencia decia en la materia.

Por de pronto, coordiné un sistema *interino*; até cabos, solté consecuencias, y fuí á parar á la conclusion de que los rios de poco caudal y débil corriente, careciendo de la fuerza necesaria para remover la tierra de sus márgenes y los sedimentos de su álveo, ostentaban esa transparencia tan decantada por los bardos de todas las edades, en verdad, tan agradable á la vista; al paso que los rios caudalosos, por su misma abundancia de aguas, por su mayor facilidad para rebosar, corrian arrastrando en sus ondas esas partículas de tierra, arcilla, arena etc., que las hacen aparecer turbias y cenagosas. La teoría era de mi propiedad; y sinó exacta, tampoco me costara mucho trabajo el construirla. Hasta los recuerdos vinieron en mi apoyo; pués entre los de mi infancia, figuraban en lugar distinguido, los de algunas crecientes del Sar, que riega mi valle natal: y con ser humildísimo rio en tiempos nor-

males, corría entonces tan soberbio, tan fangoso y tan sucio, como el Misisipí, ostentando el negro color de la tierra vegetal de su cuenca, que los aluviones le llevaban como tributo, al incorporarse á él. Análogas memorias guardaba del Almandares, del Luyanó, del Canasí, del Júcaro y otros varios riachuelos, y uniéndolas todas con la explicacion del capitán, parecíame indudable mi teoría; y convine conmigo mismo, en que así como para hallar entre los hombres conciencias transparentes y vidas sin mancha, es necesario no pensar en los grandes ni en los ricos de la tierra; del mismo modo, entre las corrientes del agua, las más impetuosas y las más abundantes, son también las menos limpias, y hay que dirigirse á los pobres arroyos para gozar del delicioso espectáculo de sus cristalinas aguas, deslizándose por ellas entre márgenes vestidas de flores y verdura.

Hay cierta correspondencia, cierta analogía entre el mundo moral y el mundo material, que es imposible desconocer.

---

## II.

Algunos meses transcurrieron desde entonces, y fiel á la promesa que á mí mismo me hice sobre el Misisipí, he procurado averiguar algo de lo mucho que la ciencia ha dicho acerca de hidrografía.

De mis investigaciones resultó la muerte de aquella teoría que *construí* tan fácilmente con el auxilio del capitán. La ciencia es implacable.

Pero siempre quedó en pié lo bastante de ella para justificar la analogía que hallé entre los grandes y los chicos del sistema social y los pequeños y los grandes del sistema hidrográfico del universo. Y como no me ciega el cariño de padre, con esto me contento.

Veamos ahora la opinion de los sábios sobre las causas de la mayor ó menor limpieza y transparencia de las aguas fluviales.

Los ríos—dicen—reciben un carácter especial del geológico de los terrenos que cruzan. Los que corren por comarcas de formación primaria ó de transición, esto es, aquellos en que abundan los terrenos pérmicos, carboníferos, devónicos y silúricos y las rocas arenizas y calizas, etc., accidentados y escabrosos, son de corriente rápida y pode-

rosa, ruedan en medio de elevadas orillas, y por lo general sus aguas son límpidas, debido á que la dureza del álveo resiste á su continúa frotacion. Estos, generalmente van al mar por una sola boca profunda é inobstruible.

Las rios que bañan terrenos de la época secundaria, y de aluvion, son de corriente pausada, deslízanse por entre márgenes bajas que van descendiendo gradualmente, y, por estar compuestas de rocas blandas ó terrenos de aluvion, son carcomidas con facilidad por las aguas, efectuándose de este modo grandes alteraciones en sus lechos y adquiriendo un color especial á causa de las partículas de tierra que transportan.

A esta circunstancia deben su nombre muchos rios. El Rio Negro, afluente del Amazonas, llámase así por el color oscuro de sus aguas, que ostentan el de ámbar en donde tienen poca profundidad.

Los dos grandes rios que juntos forman el misterioso Nilo, esto es, el Bahr-el-Abiad, ó Rio Blanco, que nace en las montañas de la Luna, y el Bahr-el-Azrek ó Rio Azul, que parte de la Abysinia, expresan claramente en sus denominaciones el color que les presta la arcilla que arrastran en sus ondas.

Al mezclarse algunos rios, perdiéndose los unos en los otros, conservan distintamente separados sus colores por alguna distancia después de la union. Así sucede, segun el reverendo Mr. Milner, con el Rhin y Mosella; y con el San Lorenzo y el Ottawa, como he tenido ocasion de verlo por mí mismo; y apoyándome en el testimonio del jesuita Dobrithozfer (1) puedo agregar que se hallan en igual caso el Paraguay y el Paraná. «Pero-dice-aunque ambos rios corran por el mismo álveo y entre las mismas márgenes, el límpido Paraná, burlándose de las turbias olas del Paraguay, niégase por algun tiempo á confundirse enteramente con él; tanto que tres millas más abajo del punto de confluencia, vese claramente que sus aguas difieren en color y sabor.»

Pero esto no sucede siempre, y cuando la masa de materia colorante de uno de los rios que se juntan, es muy considerable, el cambio de color verificase en el acto. Así el Misisipi superior, de transparente caudal, asume el color del Misouri al reunirse con él: el Misouri es de un blanco jabonoso, y arrastra todo el cieno que

---

(1) Account of the Abipones, pages. 171 y 172.

sus aguas pueden sostener. El Ohío vierte en el Misisipí sus olas verduscas, y efectúase otra alteracion. Después, las aguas rojizas del Arkansas y el Colorado, van á disminuir en él la blancura especial que debe al Misouri; y de esta suerte, el Misisipí Inferior lleva consigo una enorme cantidad de tierra vegetal de las clases más variadas, recogida en los parajes más remotos entre sí: la marga de los Montes Rocallosos y la arcilla de las Montañas Negras; la tierra de los Aleghanies y la greda roja extraida de las sierras en que brotan las fuentes del Arkansas y el Colorado.

Hé ahí la satisfactoria explicacion con que la ciencia vino á reemplazar mi improvisada teoría. El color de los rios procede de la naturaleza del terreno que recorren; nó del mayor ó menor volúmen de sus aguas, como creia el capitán.

Con esta teoría puedo darme cuenta de un hecho que con la otra no acertaba á definir. Riachuelos insignificantes de Cuba he visto, cuyas aguas jamás corren limpias.

Por ejemplo, el color general de las del Almendares (que provee á la Habana de ese indispensable elemento) es rojizo, más acentuado en las crecientes. ¿Qué mucho, si su álveo está abierto en terrenos de aluvion blandos y sueltos?

El humilde Sar de mi pátria, que se desliza silencioso en medio de un valle de formacion diluvial, no es una escepcion de la regla; y si en verano, y aún en los inviernos secos, sus aguas se ostentan puras, débese atribuir su transparencia al declive casi nulo de su cauce, que ni aún le permite la velocidad de corriente necesaria, segun Lyell, para arrastrar arcilla fina (tres pulgadas por segundo).

En igual caso se encuentra el Ulla, cuya transparencia es menor en donde su corriente es rápida, desde el Lapidó á Barco; y mayor, donde parece como que se estanca: desde Barco al mar.

---

---

### III.

Y ya que empecé á hablar de rios, ¿qué inconveniente hay en continuar el asunto? Como suele decirse, estoy con las manos en la masa, y nada cuesta apuntar prin-

cipios generales de la ciencia, ilustrados con observaciones ajenas y propias. La suerte quiere que estudie y escriba por distraccion, (la ingrata no me ha dejado otras) y lo mismo se mata el tiempo, mientras él no tiene la humorada de matarnos, escribiendo de rios que de amores. Hablemos, pues, de agua.

Los rios, los torrentes y los arroyos, dice Milner, componen una numerosa familia, cuyos padres son los lagos, las fuentes y los deshielos de las nieves acumuladas en las cumbres de elevadas montañas. El Shannon (Irlanda), procede de un lago; el San Lorenzo, de cuatro inmensos; y los antiguos geógrafos designaban erradamente el lago Jarayes, como la cuna del caudaloso Paraguay. Hoy sábese que ese lago es una inmensa ciénaga, que aparece cuando el Paraguay se sale de madre, y desaparece cuando este vuelve á sus ordinarios y naturales límites.

El Ródano nace en un glaciar, y el brazo abisinio del Nilo en una confluencia de fuentes. Todavía no se han podido descubrir las fuentes de algunos de los rios más caudalosos del mundo; y las de otros son dudosas. Las cartas y los versos de Petrarca han inmortalizado la fuente de Vaucluse (origen del Sorgues) que brota imponente de una caverna. El Scamandro (Grecia) surge de una tremenda grieta del monte Gárgaro, sombreada por gigantescos plátanos y altas rocas desde las cuales se lanza impetuosamente el rio en toda su grandeza. El viajero inglés Bruce creyó haber hallado las tan ocultas fuentes del Nilo y describe lleno de gozo sus emociones al verse en el paraje cuyo descubrimiento habia desafiado las tentativas y el poder de antiguos y modernos, por espacio de tres mil años. Es triste cosa, después de tanta dicha, averiguar que todo era ilusion. Bruce solo habia descubierto las fuentes del menor de los dos grandes rios que forman el Nilo. Muchas vidas se han gastado en la empresa inútilmente; y la del Dr. Livingstone vino á aumentar el catálogo de los sacrificios humanos en aras de la ciencia. Nuestro Tajo español nace en Fuente García, sierra de Cuenca; el Guadiana en las lagunas de Ruidera, y debe más su fama á Plinio Grosier y al inmortal Cervantes, que á su hundimiento de siete leguas; el Duero tiene su origen en la Laguna Negra; el Miño en Fuente Miña, Lugo; el Ebro en otra fuente denominada Fontibre, montañas de Reinosa; teniendo de comun con el Miño el dar su nombre á las fuentes de que surgen.

Una de las cosas que más llama la atención, al exa-

minar el mapa de un país determinado, es el ver las opuestas direcciones que siguen muchos de sus rios cuyas fuentes distan muy poco entre sí. Solo una milla de distancia hay entre el nacimiento del Misouri y el del Columbia; y sin embargo, aquel dirígese por el Sudeste al golfo de Méjico; y el otro, haciendo rumbo al Noroeste, vá á perderse en el Océano Pacífico. Las fuentes de muchos tributarios del Amazonas, que corre hácia el Norte, y del Plata que corre en sentido contrario, están contiguas. Tanto el Misouri como el Columbia, nacen en las Montañas Rocallosas; y se ha observado generalmente que aquellas comarcas de las cuales parten rios en rumbos opuestos son las más elevadas de la region respectiva, y consisten en cordilleras, mesetas ó altas planicies. Solo la Rúsia europea ofrece una notable escepcion á esta regla; pues el Volga nace en una llanura que se halla solamente á algunos centenares de piés sobre el nivel del mar, y no hay montes que separen sus aguas de las que van al Báltico.

La inmensa mayoria de los rios de primer órden, encaminanse al Oriente. Grandes ejemplos de esto nos ofrecen el San Lorenzo, el Orinoco, el Amazonas, el Danubio, el Ganges, el Amor, el Yang-tse-kiang, el Hoang Ho y en menor escala, el Ebro. Los que se dirigen al Occidente son menos importantes, y pocos en número: los principales son: el Columbia, el Tajo, el Garona, el Loira, el Neva; siendo aún de categoria inferior el Miño, el Duero, etc.

Los que se dirigen al Sur, como el Misisipi, el Plata, el Ródano, el Volga y el Indo, son de mayor caudal, así como los que corren hácia el Norte: el Rhin, el Vístula, el Nilo, el Irtysh, el Sena y el Jemiseí. La direccion oriental de los grandes rios de América débese principalmente á la de los Andes, que van de Norte á Sur, por el lado occidental del continente, en tanto que las cordilleras que atraviesan la Europa y el Asia del Este al Oeste, hacen que la mayor parte de sus rios se encaminen al Sur.

La cuenca de un rio superior, incluye todas las de sus tributarios; pero sucede á veces, que las cuencas de los rios no estén separadas por accidentes del terreno, y que se comuniquen unos con otros, por cierta conexion que hay entre sus aguas. Tal ocurre en la region hidrográfica del Amazonas y del Orinoco; pues se vé que el Casiaquaire, brazo de este último rio, se une al Rio Negro, afluente de aquel.

Muchos geógrafos no dieron crédito á esta singular circunstancia, hasta que el baron de Humbold afirmó su certeza, yendo del Rio Negro al Orinoco, por las orillas del Casiaquaire.

---

---

#### IV.

Gran diversidad existe en el curso de los rios, en la rapidez de sus corrientes, y en el volúmen y calidad de sus aguas; pero su carácter peculiar, como he dicho al tratar de su color, depende del terreno que riegan.

Siendo una de las propiedades del agua seguir el descenso del terreno, el grado de este declive determina en parte la velocidad de su corriente; pués tambien el volúmen de sus aguas entra en la rapidez de su curso; y por eso se vé acaso unirse dos rios sin ensanchar visiblemente su álveo, buscando salida la masa adicional por medio de una corriente más veloz; que las grandes masas de agua se deslizan impetuosas por un lecho casi nivelado, en donde rios menos considerables quedarian como estancados ó correrian lánguidamente.

Por lo regular, los grandes rios tienen menos declive del que se creeria al contemplarlos. El torrencioso Rhin solo tiene un declive de cuatro piés por una milla entre Schaffhausen y Strasburgo, y de dos entre este último punto y Schenckenschantz. El potente Amazonas, cuyo choque con el mar al desembocar en el Atlántico, es verdaderamente asombroso, solo baja cuatro varas en las últimas 700 millas de su curso, ó sea un cuarto de pulgada por poco más de una milla. En una parte de su madre, baja el Sena un pié en cada 7,500 entre Posilly y Briare; y de aquí á Orleans, un pié por 13,596. El Ganges solo tiene un declive de nueve pulgadas; y el del Paraguay, en 400 millas contadas desde su confluencia con el Paraná, redúcese á 133 de pulgada. Se vé, pués, que el declive de los rios está distribuido con mucha irregularidad, hallándose casi siempre en ellos el mayor declive al comenzar. Hay algunas escepciones notables de esta regla, que no mencionaré en bien de la brevedad.

Una vez que el agua ha recibido el impulso de un declive, basta la presion mútua de sus partículas para ha-

cerle conservar la misma rapidez de movimiento por mucho espacio, aún después de haber perdido el álveo toda inclinacion.

El efecto principal de la ausencia del declive en los rios, es un movimiento más pausado, un curso más tortuoso, debido á la mayor susceptibilidad de las partículas ácues de abandonar su direccion primitiva al menor obstáculo que hallen á su marcha.

Esta circunstancia aumenta prodigiosamente la longitud de su curso. Las fuentes del Misisipí solo distan 1250 millas de su desembocadura, siguiendo la línea recta, y 3,200, yendo por las orillas del rio. Los rios que cruzan llanuras de aluvion, presentan grandes sinuosidades en su curso. El Mosela, después de una curva de 17 millas, vuelve á poco más de 100 yardas del punto de partida: y en el Misisipí, un vapor, al cabo de 25 ó 30 millas de navegacion, retrocede hasta ponerse al alcance de la voz del punto en que se hallaba dos ó tres horas antes. Y aquí sería olvido imperdonable de mi parte no hacer mencion de mi Sar padronés, cuyas sinuosidades han dado lugar á que se diga de un hombre de tortuosas intenciones y conciencia en espiral: «Tiene más vueltas que el rio de Padron.»

Otros hay, que aún corriendo sobre las formaciones de las épocas primarias y secundarias, siguen por canales no meros tortuosos que los que como el Sar, atraviesan terrenos planos, de formacion diluvial, porque su poderosa corriente y enorme caudal les han permitido abrirse paso á través de los obstáculos, entre los cuales parecia como que la naturaleza quisiera encarcelarlos; y además, porque han tenido que ir buscando el declive, rodeando montañas y penetrando por sus gargantas, quiebras y desfiladeros.

Al número de estos, pertenecen entre otros, el Hudson, en Norte-América, (viéndolo estoy al trazar estas líneas;) el Miño y el Ulla en Galicia.

El Hudson, segun una tradicion india, citada por Washington Irving, y otros notables americanos, fué un dia un lago cuyos límites eran los hoy llamados Highlands. Con el transcurso de los siglos, ó por una de esas revoluciones geológicas que se han sucedido en la vida de nuestro planeta, rompió sus barreras y se abrió paso hasta el Océano Atlántico. Sea de esto lo que se quiera, indudable es que ha debido horadar más de una montaña, segun lo demuestra la simple vista de su curso, que en su mayor ex-

tension se verifica por entre desfiladeros y alzadas cumbrés. Contemplado desde las montañas de su orilla oriental, desde *Beacon Hills*, más que río, semeja una prolongada cadena de lagos, á causa de las continuas desigualdades del terreno que se interponen entre el observador y su cauce.

El Miño también ha roto dos grandes barreras que le oponían las montañas; una, al cruzar la provincia de Orense, y otra, poco antes de desembocar en el Atlántico por Tuy.

Y finalmente, el Ulla ha tenido que abrirse paso á través de las montañas graníticas en que ha labrado su lecho.

Hé ahí los datos que he recogido acerca de hidrografía, movido á ello por el solo afán de hallar la explicación científica del color que ostentan las aguas de los grandes ríos. Probable es, que sin haber picado mi curiosidad el turbio matiz de las del Misisipi, y la resolución *ex-cathedra* de mi duda por el capitán, jamás me habría tomado la molestia de consultar la voluminosa obra de Thomas Milner, á quien sigo en la mayor parte de los hechos aquí citados; porque en verdad, en verdad os digo: nunca el agua ha sido santo de mi devoción.



## España en América.

Gozan los norte-americanos (y nó sin razon, por lo que veo y oigo) de ser individualmente más curiosos y aficionados á saber vidas ajenas que mujercilla casamentera. Segun sus parientes los ingleses, que no por el parentesco, dejan de tenerles una muy mala voluntad—que les es cordialmente pagada en idéntica moneda,—es imposible permanecer tres horas al lado de un *yankee*, sin que este, al cabo de ellas, no se halle minuciosamente enterado de la vida y milagros de su mártir compañero de viaje, sin excluir dia del nacimiento, iglesia en que se verificó el bautizo, nombres y señas particulares de sus ascendientes hasta la cuarta generacion, pátria, lugar, calle y número de la casa paterna.

Algo de exageracion hay en la pintura, que tambien los hijos de John Bull tienen sus puntas y ribetes de embusteros, pese á su proverbial gravedad, y son tan amantes de la broma como lo paisanos de Manolito Gazquez; pero separando de ella lo que descartar aconseja un sano criterio, siempre queda un fondo de verdad nada despreciable.

En una de mis excursiones por el Estado de Georgia, tocome por compañero de asiento, en el tren, un rubicundo hijo del Conecticut, *yankee* de raza pura, cuyo ensimismamiento típico destruí con una copa de excelente *whiskey* de Bourbon, ofrecida con ese aire francote que caracteriza á los naturales de mi bella España. De antiguo conocia yo las virtudes de ese líquido, y la benéfica influencia que ejercé sobre los sajones, despertando en ellos el sentimiento de la sociabilidad, que de ordinario les embota su hereditaria hipocondría, y por tan poderosa razon, en mis viajes por esta tierra, nunca falta en mi saco de mano un frasco de respetables dimensiones, repleto del preciado elixir.

Conducido mi compañero á ese estado del ánimo en que la conversacion es una necesidad fisiológica, trabámosla larga y tendida, y después de divagar por encima de

cien asuntos distintos é indiferentes; después de agotar el caudal público de lugares comunes; y de satisfacer á cuantas preguntas me dirigió relativas á mi pátria, origen, familia y profesion, dimos en una controversia histórico-político-económico-social, que anuló para ambos las largas horas del incómodo viaje.

El asunto que debatimos relacionábase con el descubrimiento, conquista y colonizacion de América por los españoles; y mi interlocutor demostró, en lo que dijo, saberse al dedillo cuanto malo se ha escrito en esa cuestion contra la odiada España, y considerar como artículos de fé y dogmas indiscutibles todas las groseras calumnias por propios y extraños hacinadas, con el innoble intento de empañar el brillo deslumbrante de la gloria que á mi pátria cupo en tan alta empresa. Por fortuna, tampoco yo descuidara la materia, y no me halló el *yankee* desprovisto de argumentos, ni de entusiasmo, con que destruir sus errores, que, por desgracia, no son solo suyos, sino de la inmensa mayoría de sus compatriotas y de no pocos europeos, que aún no han perdonado á España su pasada grandeza, y gózanse en todo lo que pueda amenazarla á sus ojos. ¡Como si fuera dado al deseo modificar el hecho consumado!

Ha transcurrido algun tiempo desde ese dia, y las impresiones de nuevos viajes, han borrado un tanto de mi memoria el recuerdo de aquella discusion sostenida en un coche de ferro-carril, que cruzaba arrebatado por el vapor las soledades de Georgia; pero no obstante, voy á tratar de reproducirla en forma de diálogo, lo más fielmente que me sea dado. El fondo siempre será exacto, siquiera varie el signo.

---

—¡Gloriosa pátria la vuestra,—exclamó mi *yankee*, casi entusiasmado,—si no mancharan su historia tantos y tan sombríos lunares!

—El sol tiene manchas tambien, le contesté, recordando una frase feliz de nó sé quién; pero ¿quisierais indicarme en qué consisten, para vos, esos lunares? Porque mi pátria ha sido muy calumniada, por lo mismo que ha sido muy grande. Nadie calumnia á quien nada vale, y el florentino Dante creia indignos de ser mentados siquiera á los que en vida no merecieran aplausos ni censura.

—No tengo inconveniente en deciros que me refiero al descubrimiento, conquista y colonizacion de América. Las burlas hechas á Colon, antes que Isabel I pusiese á sus órdenes las tres históricas carabelas, —burlas que revelan una vergonzosa ignorancia en las clases más elevadas del pueblo español: las crueldades, la avaricia y rapacidad de los conquistadores, que dieron por resultado la extincion casi total de los indígenas del Nuevo-Mundo: y los errores económicos cometidos por España, tales como la prohibicion impuesta á las colonias de comerciar con los extranjeros: hé ahí en breves palabras, los lunares que yo veo, y muchos conmigo, en la gloria de vuestra pátria. ¿Podreis destruir estas acusaciones, apoyadas por todos los historiadores? Dificil me parece.

•—Y yo lo creo muy fácil; solo que me será menester extenderme un tanto en mi defensa y abordarla por partes. La herida se infiere pronto; la curacion es lenta. Dividís en tres puntos vuestra acusacion: ignorancia, crueldad y prohibicion comercial; yo seguiré el mismo orden.

¿Quiénes son los que acusan de ignorante al pueblo español? Los hijos de otras naciones europeas que, á fuerza de desdenes y de burlas, de tal modo aniquilaron la robusta fé de Colon, que este se vió obligado á abandonarlas una tras otra y recurrir á España, á la atrasada España.

Esas naciones fueron Francia, Génova y Portugal. ¿Con qué derecho, pués, nos tachan de atrasados porque no comprendimos de repente la practicabilidad de un proyecto que juzgaban ilusorio, loco é impracticable todavía, cuando Colon cruzaba ya el Atlántico en los buques de España, tripulados por españoles? ¿No os parece injusta la acusacion? Nos reimos, dicen, de la teoría de la esfericidad de la tierra. ¿Quién la creia entonces en Europa? El estado de la ciencia en el siglo XV no autorizaba esa creencia: ¿con qué razon se afea á España en particular un atraso que era general? Mal he dicho. Mucho antes que Colon descubriese ese hecho, ya un cosmógrafo español, con CUATRO SIGLOS DE ANTERIORIDAD nada menos, lo habia descubierto. ¿Ignorábais esto? Pués ese sábio, precursor de Colon, llamábase Abraham Arzachel, y nació en Toledo en el siglo XI: fué el jefe de aquella escuela árabe de España que tantos sábios dió á la humanidad, y de cuyos progresos en la astronomía tanto partido sacaron después Copérnico, Horrocius, Newton, Flamsted y Halley. Arzachel dividió el mundo en dos hemisferios, y dibujó en el Occidente estensas regiones; de mo-

do que un español adivinara ya en el siglo XI lo que Colón proclamara en el siglo XV, atrayéndose los desdenes y la mofa de todos los que hoy llaman atrasada á España.

Pero la injusticia de esa acusacion es tan manifiesta, que irrita. España estaba entonces al frente de la civilizacion. ¿Qué eran entonces todas las demás naciones europeas? Inglaterra, miserable islote de pescadores que cerca de un siglo después del descubrimiento de América, no contaba un solo hombre capaz de llevar un buque al nuevo mundo, y tuvo que confiárselo al italiano Cabot. Francia, nacion rudimentaria, daba los primeros pasos en la senda de la civilizacion. En su Universidad de Paris, oíanse con asombro las lecciones de Juan Gélida y el Siliceo, y se encomiaba la doctrina de varios doctores españoles, entre ellos Fernán Pérez de la Oliva y Pedro Juan Oliver, por no citar otros. Los eclesiásticos españoles eran los más virtuosos y los más sábios de aquel siglo: lo atestigua un Cisneros. En las armas contábamos capitanes como Gonzalo de Córdoba, Antonio de Leiva y Pedro Navarro, que mejoraban el arte militar á la vez que ilustraban con prodigiosas hazañas la historia de su patria. Fernando de Aragón era el primer diplomático de Europa. España tenía entonces, y los tuvo aún por largo tiempo, los primeros pilotos y los primeros marinos del mundo: y la ilustracion era tan general, que pudo contar soldados rasos de la talla de Ercilla y Bernal Díaz, famosos en la historia literaria. Y hoy mismo ¿no acaban de confesar los sábios compatriotas vuestros, que andan buscando punto á propósito para cortar el istmo de Panamá; no acaban de confesar, digo, que el español Hernán Cortés era tan buen ingeniero como ellos, puesto que, tres siglos antes que ellos, había llegado al mismo resultado, esto es, á aconsejar la canalizacion del Chagres, como lo más factible para unir el Atlántico y el Pacífico? Pues Hernán Cortés no nació en Escocia, ni en Francia, sino en Extremadura. Decidme, después de esto; ¿quién podía, en una palabra, disputar á España, en aquella época, el primer puesto en cultura, en ilustracion y en poder? La injusticia con que se lanza á mi patria el cargo de ignorancia, queda demostrada.

—Al menos me habeis dicho algo que yo no oyerá antes, y de cuya exactitud debo consideraros seguro,

—La historia la garantiza. Lo que hay es que generalmente se juzga sin oír defensa, cuando solo se ha estudiado una parte del paralelo; y tales juicios tienen que venir

á tierra, apenas los roce el viento de la discusion razonada.

Tócale ahora el turno al cargo de crueldad y rapacidad, que, segun vos y todos los acusadores de España, causó horrores sin fin, y el casi aniquilamiento de los indígenas del nuevo mundo.

Este cargo es tan injusto como el otro, y como él se funda en malas voluntades de extraños y en las patrañas de un español, ó á un español atribuidas. Me refiero al celeberrimo D. Bartolomé de las Casas ó Casaus, segun algunos. La obra que este sacerdote dió á luz en 1546 es el inagotable arsenal de que se sirven los enemigos del nombre español, cuando quieren autorizar los desatinos que les dicta su malevolencia hácia España; y justo será por tanto, comenzar por destruir el arsenal para que el enemigo, falto de municiones, se vea en la precision de huir ó de rendirse. Diré, pués, que Las Casas, no ha escrito lo que vió, ni lo que debió escribir. Resentimientos personales, la debilidad intelectual hija de los años; su natural exaltado y propenso á la exageracion, defecto tradicional de sus paisanos, (era nativo de Sevilla:) todas estas circunstancias se aunaron en él para desviar su pluma del recto camino de la verdad; para convertirle en imprudente calumniador de su pátria, de severo é imparcial historiador de ella que debiera ser. Que habia en su corazon resentimientos personales contra los conquistadores, es indudable y era lógico: los conquistadores no podian ver con buen talante á un sacerdote que en su exagerado y extravagante cariño hácia los indígenas, llegó á suponer á estos de una naturaleza infinitamente superior á la de aquellos, proclamándolos á la faz del mundo poco menos que como proto-tipos vivientes de todas las virtudes; como otros tantos ángeles de color cobrizo y sin alas. Y los conquistadores, que eran gentes muy poco afectas á guardarse para si lo que sentir, no habrán dejado de decir y de probar al buen Las Casas que lo creian rematadamente loco, ó chocho, ó pícaro; que todo podia ser; y perdóneme su paternidad si lo ofendo, que no quisiera.

No es menos probable que Las Casas no tenia sanas todas sus facultades intelectuales, cuando escribió su malhadada obra; y fácilmente se concederá esta probabilidad, si se tiene en cuenta que escribió á los *setenta y dos* años de edad, y de paises y cosas que no vió jamás ni conocia más que de oidas. En esta razon se funda nuestro famoso Lafuente, para decir que mira con prevencion á Las

Casas. Su inclinacion á exagerar, no necesita más prueba que la misma obra: andaluz, volcánicamente apasionado de los indios, débil la cabeza por los años; ¿quién esperaría de él la imparcialidad del historiador? Por eso, hasta los mismos escritores extranjeros que en las suyas apoyan sus acusaciones, no han podido menos de confesar que no les parecia muy fidedigna la palabra de Las Casas. César Cantú, que tan severamente ha juzgado á España en la conquista de América, dice que Las Casas *exagera la bondad de los indios y la crueldad de los españoles*; cargo que se puede hacer tambien á Cantú. El padre Charlevoix, le contede *imaginacion exaltada*; el escocés Robertson, juzga sus opiniones de *manifiestamente exageradas*: Washington Irving, vuestro ilustre compatriota y entusias, ta apologista de Las Casas, lleva su imparcialidad, que no es cosa mayor, hasta convenir en que *no carece de fundamento* la acusacion hecha á Las Casas de *abusar del colorido* y de incurrir en *exageradas declamaciones*, al hablar de los indios y españoles: Reynal, encarnizado detractor de España, lánzale varias veces la inculpacion de exagerado, pero solamente, cuando esto le permite á él clavar un dardo más agudo en nuestra gloria, en lo cual poco se diferencian de Reynal los demás historiadores extranjeros.

Ya veis, pués, que hasta los acusadores sienten romordimientos de conciencia y confiesan sus dudas acerca de la veracidad de los mismos datos de que para acusar se valen. Ahora yo probaré brevemente que esas dudas están más que bien fundadas.

El buen obispo sevillano (aunque de origen francés, según el padre Melendez) muéstrase ya digno paisano del legendario Gazquez, cuando al principio de su obra trata de fijar en números redondos el de los infelices indios muertos á manos de los carniceros españoles. Comienza por afirmar, en el prólogo, que los españoles habian muerto en aquellas tierras americanas á *mil cuentos de gentes*; pero el obispo tenía tan mala memoria como voluntad, y al doblar la hoja, olvida los *mil cuentos* y escribe que la matanza habia despoblado más de diez reinos mayores que toda España, en la tierra firme; y más de dos mil leguas en las islas; lo cual eleva la cifra de indios muertos á trescientos millones: setecientos millones menos que en el prólogo. Algunas líneas más abajo reincide en sus olvidos y dá por seguro que en aquel, tiempo habian perecido de mala muerte más de *quinze cuentos* de indígenas, y á renglon seguido torna á ase-

gurar, y jura por Cristo, que en todo lo dicho se ha quedado tan corto, que apenas si de *diez mil partes* ha señalado una. Atengámonos á los quince cuentos últimos y multipliquémoslos por 10,000; obtendremos 150 mil millones. Como al globo terráqueo se le calculan mil millones de habitantes, hallaremos que, segun Las Casas, hemos exterminado en América 149 mil millones de hombres que no existieron nunca. Si para hacer este cálculo hubiésemos partido de los *mil cuentos* del prólogo, el resultado seria capaz de dejarnos bizcos: los españoles habrían acogotado una cifra de indios igual á la de los habitantes de *diez mil mundos* tan poblados como el nuestro. Pero no paran aquí los *lapsus* del buen obispo. Contestando á la objecion undécima de su contrincante Sepúlveda, fija el número en *veinte cuentos de ánimas*; y sesenta y dos páginas adelante (pág. 168) reduce inopinadamente la cifra á *doce cuentos, muertos en 38 ó 40 años*. Las altas y bajas de este calibre son todavia más notables si se van reuniendo las sumas parciales, esto es, los indios que supone asesinados por los españoles en distintas regiones del nuevo mundo; y hasta llega á colgar á los alemanes que pasaron á Venezuela en 1529, la matanza de *cinco cuentos* de indígenas en aquel territorio solamente, que nunca soñó en contener tanta poblacion.

Las exageraciones del cura sevillano no se detienen en lo que él suponía historia: atacan tambien la geografía, pues refiriéndose á la isla de Haiti, dice que en la vega de Maguá entran *sobre treinta mil rios y arroyos*, doce de ellos tan grandes como el Ebro y el Guadalquivir; y pocas líneas después, reduce este número á *veinte ó veinte y cinco mil rios riquísimos de oro*. En todo es sevillano Las Casas: hablando de una ciudad de Guatemala, cuéntanos que fué destruida con tres diluvios: «uno de agua, é otro de tierra, é otro de piedras más gruesas que diez y veinte bueyes.» Por gruesas que parezcan estas piedras, no lo son tanto como las ruedas de molino con que el Gazquez de cogulla pretendió hacer comulgar á sus lectores.

Figuraos un libro que saluda al que lo ojea con tan descomunales incongruencias, con tan manifiestas falsedades y exageraciones, y decidme después si puede haber persona sensata que crea á su autor hombre fidedigno, historiador imparcial: decidme si no fué necesario que los que de él se valieron para fundar sus acusaciones contra España, estuviesen tan predispuestos á acusarla, que no fuera parte á disuadirlos de su intento la

convicción plena de que al atacarla atacaban también á la verdad y á la justicia.

—En efecto; yo de mí sé decir que si al abrir un libro hallase contradicciones tan estupendas en sus primeras páginas, no continuaría su lectura, y lo arrojaría con desprecio, juzgándolo indigno de ocupar por un instante siquiera la atención de un hombre formal. Esta es mi opinión.

—Y sería la de Robertson, Irving, Raynal, Cantú, Prescott y tantos otros, si no estuvieran predisuestos contra España, y en lugar de ceder á los dictados de la conciencia, no obedeciesen á las instigaciones de sentimientos no muy nobles.

—Pero, de todas suertes, no podreis negar que en la conquista de América hubo lujo de crueldad por parte de los españoles, y que corrió sangre con exceso.

—Me contentaré con negar el *lujo* y el *exceso*. ¿Que hubo crueldad? ¿Crueldad es matar en defensa propia? Sea. ¿Que hubo derramamiento de sangre? No hay conquista sin él. En la guerra, fuerza es matar y morir. Ahí están las conquistas de los griegos en Asia, y las de los romanos de todo el mundo conocido entonces. ¿Pueden compararse sus horrores con los de la conquista de América? Y sin embargo, nunca se ha declamado contra esos grandes pueblos de la antigüedad tanto como contra mi patria.

—Porque con las falanjes macedónicas y con las legiones romanas iban dos civilizaciones superiores á sustituir otras inferiores y decrepitas.

—¿Y no tiene España en su abono un argumento igual? ¿No le debe la América la civilización de que hoy se envanece? ¿No es esta superior á las civilizaciones rudimentarias y deficientes de incas y aztecas, únicos pueblos que poseían alguna cuando se verificó la conquista?

—Hay quien afirma que nó.

—Porque calla la conciencia y habla la pasión; porque hay y ha habido siempre quien mienta á sabiendas. La esclavitud más humillante en lo civil; la idolatría más sanguinaria y embrutecedora en el orden religioso; una sombra de la arquitectura egipcia y geroglíficos y groseras pinturas en las artes; la destructora poligamia, esa degradación de la mujer; y los serrallos de hombres, en el orden social: ved ahí un rápido bosquejo de esa civilización tan decantada por los que desconocen la justicia

cuando se trata de España. Comparadla con la civilización que importaron los españoles, y sustituyeron á aquella con su heroico esfuerzo, prodigando sangre preciosa y tesoros sin cuento, dando muestras de una constancia y de una fé sin ejemplo en la historia del mundo: comparadla y fallad.

—Tendria que hacerlo en vuestro favor.

—Y fallaríais en justicia. Llevando más allá mi argumentacion, podria pedirós que comparáseis los sacrificios que habia costado á España esa civilización que, envuelta en su bandera esplendente de gloria inmortal, trajo á América, con los que á esta le costó. ¡Cuántos siglos de lucha sin tréguas; cuántas lágrimas, cuánta sangre vertida, por un lado! Las luchas, las lágrimas, la sangre toda que riega el sendero de la humanidad desde los tiempos prehistóricos, desde las civilizaciones primitivas del Egipto y de la India, hasta la civilización cristiana; desde los horrores del circo romano y de la irrupcion de los bárbaros, hasta la aurora del renacimiento, hasta el dia en que el morado pendon de Castilla sustituyó al de la media luna en los minaretes de la Alhambra. Comparad sacrificio con sacrificio, y no podreis menos de confesaros que América compró muy barato lo que España adquiriera terriblemente caro.

— Es verdad; pero de todos modos, es indudable que España gobernó despóticamente sus colonias.

—España dió á las colonias lo que ella poseia, y dioles más aún. Cuando las libertades municipales de mi pátria, las más antiguas del mundo, cayeron heridas de muerte en Villalar, continuaron viviendo en América; y todavia hoy reconocen algunos de los pueblos que nacieron de aquellas colonias, el error que han cometido al abolir los antiguos *cabildos* (municipios) en los dias de fiebre de la revolucion. Hoy buscan la fórmula del libre régimen municipal y no la hallan sinó entre los recuerdos del que se acostumbraron á llamar ominoso *coloniaje*. ¿Porqué, si España dió lo que tenia, se le acrimina?

Y no quiero citaros las leyes de Indias, que solo tendian al bien de los indígenas, esas leyes que los exentaban de la horrible jurisdiccion del Santo Oficio, cuyas hogueras despoblaban la Península por aquel entonces. Recorred la América española, y vereis mezclada la raza de los conquistadores con la de los vencidos; vereis poblaciones enteras de indios y mestizos. Un mestizo está hoy al frente de los destinos de Méjico. ¿Qué prueba eso? Que

los españoles no destruyeron, sinó que mejoraron la raza indígena, infundiéndole su vigorosa sangre.

Yo he recorrido vuestros Estados del Oeste, y no hallé un solo pueblo de indios civilizados; solo hallé *reservas*. ¿Qué habeis hecho de los indígenas, vosotros que nos acusáis? Yo os muestro la América española, y os digo: ahí los teneis en Méjico, en Centro América, en ambas vertientes de los Andes, en el Paraguay, en el Rio de la Plata. Vos no podeis decirme otro tanto, y la historia, y vuestros mismos periódicos, me dicen que cazais á los indios como fieras; que los vais arrojando lentamente de una tierra que no os disputaron; que los vais exterminando, y para coseguirlo con mayor seguridad, los encerrais en las *reservas*.

—Porque no cumplen los tratados.

—Porque no quereis civilizarlos; porque vuestros misioneros solo procuran instruirlos en el uso y el abuso del *wiskey*; con lo que obtienen dos resultados: fomentar su destruccion y favorecer la industria nacional. Porque, en fin, los creeis una raza inferior, indigna de mezclarse con la vuestra; cuando los compañeros de Hernan Cortés y de Pizarro, raza de héroes, no tuvieron semejante escrúpulo.

—Mucho amais vuestra pátria.

—Más que á mi vida; como á madre cariñosa é infeliz!

—Noble sentimiento en verdad y digno de respeto. Pero, volviendo al asunto principal de nuestra conversacion, ¿cómo defendereis á España del cargo de haber introducido en América los esclavos negros?

—Apelando, como antes, á la historia imparcial. La idea de introducir negros esclavos en el nuevo mundo, sugiriola el celebérrimo Las Casas en su ardiente afan por mejorar la suerte de los indios. No se lo tomaré á mal: eso atañe á los etiopees, pués solo ellos podrán juzgar con acierto si han ganado ó perdido en esa violenta traslacion. Pero antes de eso, los negros eran esclavos en toda la Europa; de modo que, cuando menos, nadie podrá decir que en España tuvo origen esa odiosa institucion. Bien sé que vos os referis al tráfico; y allá voy.

Antes del descubrimiento de América, ya los portugueses se dedicaban á la trata de esclavos africanos: así aparece de un breve publicado en 1462 por el papa Pio II; en el cual se les anatematizaba por ello; y bien sabeis que los romanos, como los cartagineses, se servian de esclavos arancados de los desiertos del Africa. En cuanto al tráfico con América, siempre fué sostenido por extranjeros. El inglés

Hauwins fué el primer europeo que sacó negros de Guinea y los vendió en Santo Domingo. Carlos V. vendió á los flamencos el privilegio de abastecer de negros las posesiones españolas; de los flamencos, por cesion de estos, pasó á los genoveses, quienes lo contrataron de nuevo con Felipe II, en 1580; contrato ratificado más adelante por Felipe IV. Carlos II lo cedió á una compañía portuguesa; en 1701, Felipe V hizo la misma concesion, por doce años, á los franceses; y en 1714, los ingleses exigieron ese privilegio, que se les concedió cuando la paz de Utrech, monopolizando la trata hasta 1740. En 1768, las Antillas inglesas contenian 410,000 esclavos. Desde 1730 á 1770 salieron de Liverpool dos mil buques, los cuales condujeron del Africa á las Antillas, durante ese período, 344,000 esclavos; y desde 1789 á 1819, la bella Cuba recibió de manos de los hoy negrófilos ingleses, 300,000 negros. Esto es estadística pura y os aburrirá seguramente; pero ¡son tan expresivos los números! Ya veis que los españoles tuvieron muy poca intervencion en la trata de que ahora se les quiere hacer únicos responsables, en virtud de la peregrina ley del embudo.

Por otra parte, la esclavitud, aunque condenada de antiguo por la religion cristiana, no repugnaba; y dos hombres ilustres del siglo pasado la aplaudian francamente, y uno de ellos la explotó. Aludo á Gabriel Bonnot de Mably y á Voltaire. Aquel, hermano del célebre Condillac, enemigo de la tiranía, entusiasta admirador y apologista incansable de las repúblicas de la antigüedad, no vaciló, sin embargo, en aconsejar á los príncipes que permitieran á sus súbditos «la compra de esclavos en Africa para servirse de ellos en Europa»; y Voltaire, que poseia una accion de cinco mil francos en un buque negro, escribió al armador dándole el parabien por la feliz llegada de la nave al Congo en tiempo tan oportuno «para librar de la muerte á tantos infelices negros»

De seguro que ninguno de los detractores de España ha hallado en su pluma un anatema para estos dos ilustres negreros; y se explica fácilmente: no eran españoles.

—Habeis contestado perfectamente á mi cargo; y ahora solo os resta desvanecer el de tirania comercial que formulé al principio. Páreceme que nuestra discusion y el viaje van á terminar en un punto, segun lo que aquella se prolonga y el fin de este se aproxima.

—Tanto mejor, pues así, á falta de resultado más trascendental, siempre habremos sacado en limpio de nuestro

debate algun fastidio menos del que nos prometiamos al encerrarnos en el tren. Estos viajes en ferro-carril matan el alma y atormentan el cuerpo.

Y ahora vamos á nuestro asunto.

Habeis acusado á España de retrógrada y tiránica en sus relaciones comerciales con las colonias; y yo os preguntaré: ¿era libre-cambista, por ventura, Inglaterra con las suyas, cuando se le emanciparon? ¿Lo habia sido antes?

—Nó, en verdad; y no ha tenido pequeña parte esa circunstancia en el levantamiento que convirtió esas colonias en nacion independiente.

—Y ¿cómo, entonces, os particularizais con España, dirigiéndola una acusacion que merecen igualmente Inglaterra, Francia y todas las demás naciones que tienen ó han tenido colonias? ¿No veis en eso un indicio evidente de parcialidad?

—Lo cierto es que...decís verdad.

—La verdad es que ciertos escritores raciocinan de un modo muy original. Todo el mundo, se han dicho, ha pecado; pero...*errare humanum est* y debemos hacer la vista gorda...menos, por supuesto, cuando se trata de España. ¡Oh! Para España no hay disculpa, ni indulgencia, ni siquiera justicia. Para España no hay, no debe haber más que anatemas, acusaciones, desprecio y calumnia. ¿Os parecen exageradas mis palabras? La experiencia y la historia pregonan su exactitud: el cargo que acabais de repetir, la confirma, culpando á España exclusivamente por una ignorancia en materias económicas que era entonces universal, y aún hoy no ha desaparecido por completo, ni mucho menos.

No ignorareis qué ideas privaban en punto á economía política, cuando tuvo lugar el descubrimiento de América y aún mucho después: no existia tal ciencia, ni existió, en realidad, hasta el siglo XVIII.

Agotados los recursos de Europa en las guerras religiosas del siglo XVI, comenzaron algunas inteligencias á preocuparse de hallar los medios de provocar el aumento y la conservacion de la riqueza pública. Los gobiernos, por de pronto, apelaron á las medidas más absurdas: considerando que riqueza y dinero son sinónimos, creencia harto arraigada todavía, pese á nuestro orgullo, se dijeron: «Procuremos que salga poco dinero del país; hagamos que entre mucho en pago de productos exportados, y está resuelto el problema».

El *sistema mercantil* hallara su estúpida fórmula. El

italiano Serra la desarrolló en una obra que publicó en 1613, y cuyo título no recuerdo en este momento. En 1664, Colbert puso en vigor sus célebres aranceles; y entonces la fórmula halló su nombre: se llamó *sistema mercantil* ó de Colbert.

Ese sistema fué adoptado por todas las naciones europeas, y muerto ya científicamente, aún vivía vida robustísima en la práctica, y era el dogma de los gobernantes. ¿Qué mucho, si todavía hay creyentes de la *balanza comercial*, y yo conozco muchos en vuestra patria, en la mía y en las ajenas?

—¡Ay! Y yo también. Nuestro gobierno es proteccionista, sin ir más lejos. Yo atribuyo esa aberración á defecto de escuela: nos enseñaron así....

—Atribuidlo también á algo menos inocente, de que podeis informaros en vuestros tribunales. Pero continúo.

España adoptó el sistema mercantil, como todo el mundo; y ya sabeis que Storck atribuye á ese sistema la fundación de las colonias «con el objeto de monopolizar la metrópoli sus productos, sin que ellas consumiesen más que los que esta les enviase.» Esto hizo España con las suyas; esto hicieron Inglaterra, Francia, Portugal y Holanda; esto estaba de acuerdo con las ideas admitidas, con el espíritu de la época y con la ciencia: esto era por ende lo lícito y lo único que podía hacerse. Calificar de retrógradas á aquellas naciones, fundándose en que no obraban en pleno siglo XVI de acuerdo con ideas del siglo XVIII, que son discutibles aún en el nuestro, tanto monta como echar en cara á Hernán Cortés la absoluta ignorancia en que vivió y murió respecto al fusil Remington y al cañón Krupp. ¿No os reiríais al ver formulado un cargo tan peregrino?

—Seguramente.

—Y ¿por qué razón, pues, no soltais la carcajada al formular vos mismo el otro no menos anacrónico y disparatado?

—No había reparado en ello.

—Así hacen todos los que intentan echar sobre España exclusivamente culpas universales; pero ¿no sentís, no palpáis la injusticia de semejante método? Un hombre que conozca medianamente la historia de la economía política, no puede ignorar que el *sistema mercantil* predominó en absoluto, en la práctica, durante los siglos XVII y XVIII, á pesar de haber sido destronado en la teoría por los escritores italianos y el francés Quesnay, que le sustituye-

ron el *sistema agrícola* en 1758; y nosotros sabemos perfectamente que, en nuestro portentoso siglo XIX, mal grado del marqués de Beccaria (1768) el fraile Ortes, y el conde Verri (1771), precursores de Adam Smith (1776 y 1784) y de su *sistema industrial*, existen muchos pueblos y gobiernos libre-cambistas de nombre y prohibicionistas rabiosos en la práctica. El vuestro es uno de ellos, y hasta siento tener que confesar que también lo es el mío. De suerte que, aún hoy, se comete el mismo pecado que tanto afeáis á la España de hace dos ó tres siglos.

Dadas esas ideas económicas, ¿quémás que el prohibicionismo y el monopolio podía esperarse, á no ser que se exigiesen milagros á quien hartos ha hecho en verdad?

La prohibicion impuesta á las colonias de traficar con los extranjeros, era lógica y justificábanla además los representantes que estos enviaban á los mares de América: bandidos, piratas sanguinarios como los filibusteros L'Oloinois, Morgan de Gales, Sharp, Van Horn, Drake y otros que olvidé ya; ladrones desalmados que el francés Bertran Ogeron supo utilizar en la colonizacion de Haiti, cuyo pueblo nunca ha desmentido, ni desmentirá, probablemente, tan ilustre ascendencia.

Se me antoja haber deshecho vuestro último cargo lo mismo que los anteriores. Creo haberos probado que se cometen notables injusticias al juzgar á España como descubridora, conquistadora y colonizadora de América; y eso que he omitido muchos y buenos argumentos, por no hacer nuestra conversacion más larga que nuestro viaje que á todo andar del vapor se aproxima á su término.

- Lo que puedo aseguraros es, que me habeis hecho rectificar apreciaciones rutinarias, y observar errores é incongruencias que nunca habian llamado mi atencion hasta ahora. Es una calamidad esta maldita propension del hombre á pensar con cabeza ajena. Pero, después de todo, que mucho mal se ha hecho en América, por vuestra España, es innegable.

- Mostradme lo bueno de otras naciones en igual época y circunstancias idénticas, y os concederé el principio.

—Por ejemplo, los puritanos, nuestros peregrinos de la *May Flower*, compraron por dinero sus tierras á los indios; mientras vosotros se las arrebatasteis por la fuerza de las armas.

—Por eso vosotros apenas contais un indígena vivo; ni contais uno solo civilizado; y eso que los peregrinos no

mezclaron jamás su sangre con la de los primitivos americanos. Por eso la inmensa mayoría de la población hispano-americana es indígena, civilizada por nosotros, mezclada con nuestra raza, que nada tiene que envidiar á la de los puritanos de Plymouth. ¿Qué prueban estos hechos tan poco conformes con las consecuencias que lógicamente se desprenden de vuestra proposición? Prueban que vuestra proposición es falsa ó que la lógica es una mentira: elegid.

Y dado caso que vosotros hubierais comprado con oro lo que nosotros compramos con torrentes de sangre de héroes, en luchas homéricas; ¿de parte de quien quedaria la ventaja? ¿Es más precioso el oro que la sangre?

—*Shake hands!*—exclamó á esta sazón mi contrincante, alargandome su mano que yo estreché con fuerza.—Sois un buen español; conservais aún el culto de la patria en este siglo del cosmopolitismo, y esto hace latir mi corazón entusiasmado. ¡Es tan raro hoy!

—No lo es, por fortuna, en España: todos sus hijos tienen idolatria por su glorioso pasado y fé imperecedera en su futuro, más glorioso todavía, así lo esperamos. Yo soy el último de sus hijos, el más insignificante; pero soy el primero en amarla.

¡Ah! Nosotros somos comerciantes; el corazón es esclavo aquí de la cabeza y esta solo tiene espacio para la partida doble. Vosotros aún teneis fé y amor á la patria y al arte; á todo lo bello y á todo lo grande. La gloria os sonreirá de nuevo.

—Y á vuestra patria también. El corazón duerme en vosotros, pero no ha muerto, y mañana puede comenzar su reinado: los pueblos no mueren y el vuestro ha nacido ayer. ¿Qué es un siglo en la vida de un pueblo?

—¡Ojalá!

—¡Augusta!—gritó un mozo con estentórea voz, á punto que el tren, estremeciéndose, se detenía.

—¡Aquí me quedo!—exclamó mi compañero, poniéndose en pié y asiendo del saco de mano, único é infalible equipaje de todo yankee.

Y juntos descendimos; él para quedarse, y yo para reponer mi provision de *whiskey*, que en el curso de tan larga conversacion se había agotado.

—Yo sigo todavía, le dije, una vez realizada mi previsora diligencia. Contad con mi sincero afecto, y recordadme alguna vez, especialmente cuando oigais calumniar á España.

—No olvidaré vuestro nombre, ni el viaje que hicimos juntos: uno y otro, figurarán entre los pocos recuerdos gratos que duermen en los rincones de mi memoria. *¡Good bye!*

La campana de la estación llamaba por última vez á los viajeros perezosos. De nuevo estrechamos nuestras manos y subí al tren.

Me acomodé en dos asientos, (sistema mio) y lancé un suspiro pensando que no volvería á ver á aquel hombre.

La locomotora, ahullando, emprendió su desenfrenada carrera, y yo creo que me dormí, después de repetir mentalmente estos versos del pobre Becquer:

«Hoy como ayer, mañana como hoy,  
Y siempre igual!  
Un cielo gris, un horizonte eterno,  
Y andar . . . andar!»



## De nuevo á rodar

### I

Llegó el momento de decir adios á mi pacífico retiro de Newburgh, para reanudar mis interrumpidas peregrinaciones que, por ahora, terminarán al ver de nuevo el cielo de mi patria.

Puerto de refugio en las tormentas de mi vida, asilo que me brindaba reposo después de las agitaciones de largos viajes á través del continente norte-americano, he llegado á cobrar cierta afección á estas cuatro paredes.

Por más que el carácter *yankee* no sea muy á propósito para engendrar simpatías en corazones españoles, han sido todos tan bondadosos conmigo en este Colegio, que siento hácia ellos algo así como amistad, y recordaré siempre mis partidas de dominó por las noches, en el cuarto de los esposos Cantel; las de *croquet* en la huerta con ellos y Mr. y Mrs. Siglar, Mrs. Sandford, las señoritas Matty Emma y Anny, Mr. Mc. Nie, etc.

Y ¿cómo olvidarme de mi cuarto número 41; con vistas tan notables; de ese cuarto donde he pasado las horas más amargas de mi existencia, reflexionando, recordando, esperando y fumando? ¿Y la retirada escuela, en la que procuraba entretener mis días y olvidar mis pesares, dedicando al estudio todo el tiempo que me sobraba, trocando el libro por la pipa alguna que otra vez; costumbre exótica ingerida no sé cómo entre las mias, á la que en mas de una ocasion debí la honra de ser comparado con un flemático holandés por el director Mr. Siglar?

¿Y mis solitarios paseos por los alrededores del pueblo, cuya topografía accidentada y pintoresca me recordaba sin cesar los alrededores de mi villa natal?

¿Y aún el *bar-room* (botillería) de mi amigo el alemán de la calle Primera, que visitaba con el higiénico objeto de entonar mi arrecido estómago con algunos vasos de inofensiva cerveza casera (*Lager beer*)?

Estos parajes, estos inocentes y pueriles detalles que llenan casi por completo la parte más sombría, pero también la más reposada de mi existencia, grabados para siempre están en mi memoria. Cuando torne al combate del mundo; cuando otra vez me vea envuelto en el torbellino que impulsa las modernas sociedades en todas las esferas de su actividad devoradora; entonces recordaré con placer estos lugares y los serenos días que desde ellos ví pasar. El tiempo suaviza los dolores que fueron, como la distancia la silueta de los objetos que descubrimos en lontananza y el son de las voces lejanas, por inarmonicas que estas sean, y por más dureza de contornos que aquellos ostenten. Diríase que el tiempo evapora la amargura del caliz en que apuramos la hiel del pesar, dejando un poso de dulce melancolía que asciende á la superficie cuando, más tarde, lo agitan los recuerdos.

Por eso la lira del poeta nunca exhala notas más sublimes de sentimiento y de belleza que cuando le inspira la musa del dolor.

---

---

## II

El magnífico vapor *Mary Powell* me espera: él me conducirá, Hudson abajo, á la imperial Nueva York, y como debe partir dentro de pocos minutos, me apresuro á dirigirme al muelle.

Adios, pues, Newburgh, viejo Seminario, *Beacon Hill*, *Storm King*, *Snake Hill*, *Butter Hill*; montañas pintorescas que tantas veces recorrí y contemplé; adios, caudaloso Hudson y ¡ojalá que jamás eche de menos la calma de que gocé en tus márgenes!

---

---

## III.

Desde la tolda del vapor ingles *Russia*, de la acreditadísima empresa Cunard, contemplo las costas de este hermoso mundo de Colon y de Isabel I, esperando el momento de alejarme de ellas.

¡En qué día les digo adios! La lluvia cae en abundancia y el cielo velado en oscuras nubes, parece presagiarme un viaje nada grato. Por fortuna, he llegado á un punto en que me es indiferente cruzar el Océano impelido por el huracan ó acariciado por la brisa y alegrado por el sol. La tempestad, ó la calma de la Naturaleza ya no me afectan.

Sin embargo, si de los días en que el cielo se ostenta límpido y transparente, y el sol vierte raudales de luz sobre la tierra, se dice que son la sonrisa de la naturaleza; y su llanto, aquellos en que densas y opacas nubes nos roban la vista del azulado espacio y la lumbre vivificadora del astro rey; entonces yo puedo decir que la América me recibió sonriendo y me despide llorando. Verdad es que me recibió por Cuba, paraíso perdido en el mar Caribe, y me despide por New-Jersey, región nebulosa del Norte.

---

#### IV.

El «Russia» comienza á ponerse en movimiento. El ruido del hélice se deja oír: sus rápidas evoluciones estremecen el buque y le alejan de la costa surcando dos mares: de agua el uno, de niebla el otro.

¡Adios, América! En tí queda mi juventud. Tal vez es mi destino volverte á ver, tal vez tú debes recoger en tus entrañas mis despojos cuando empiece para mí la transformación de la muerte. América, yo te amo como amo al valle en que aspiré el primer hálito de vida.

Hé allí las ya confusas costas de la Carolina del Norte, que rápidamente se desvanecen en el brumoso horizonte. Tiendo mis miradas hácia el Sud en la dirección de mi querida Cuba, y le envío un adios desde el fondo de mi corazón.

Al partir, gentil América, yo te saludo como saluda á su patria el que se encamina al destierro. Tú no eres mi patria; pero, no obstante, yo te amo cual pueden amarte tus hijos.

Yo no sé qué secreto encanto tienes para mí, que cuando el azar me arroja lejos de tus playas, vuelvo sin cesar mis ojos espirituales á contemplarte, como si en tí

hubiera dejado el corazón, como si en tí quedase el ángel de mi esperanza. Y al abandonarte, mis lágrimas corren cual corrieron diez años há al decir adios á mi amada pátria.

Y es que en tí, bajo tu hermoso cielo, al susurro de tus fragantes brisas en los palmares tropicales, he visto deslizarse los mejores años de mi vida.

Es que en tí se abrió mi corazón á todas las nobles pasiones de la generosa juventud; y en tí amé, y en tí sufrí, gocé y lloré.

Es que siempre te miré con ojos de artista; y como eres bella, he admirado tu belleza, y te amé y te amo.

¿Cómo no amarte si una vez se ha contemplado tu espléndido cielo, tus campos de esmeralda, la gigantesca vegetación de tus países tropicales?

¿Cómo no amarte si una vez siquiera se ha aspirado el perfume de tus brisas regaladas, en aquellos campos cubiertos de *aguinaldos* en flor, debajo de los frondosos *mangos* y *mameyes*, cuyos entretegidos ramos son toldo impenetrable á los rayos del sol?

Yo he admirado tus bellísimos bosques de palmeras reales, altas y esbeltas cual columnas modeladas por la mano de los génius para un palacio de hadas. En ellos me extasió más de una vez el encanto del *sinsonete*, el ruiseñor de los trópicos: más de una vez me arrancó de un sueño profundo el zumbido del *zunzun*; y mi lecho era una hama-ca tegida en el Yucatan, y dos elegantes palmeras las columnas de ese lecho y sus verdes penachos eran mi pabellon. ¡Y cuán hermoso!

Yo te amo, América.

Yo te amo, tierra encantada, en que he visto rayar la aurora de mi juventud, aurora de un dia ardiente como tu sol.

Yo te amo, América. Cobijado por tu cielo de zafir, créome cobijado por el cielo que me vió nacer. Mis pulmones aspiran con avidez el oxígeno de tu purísima atmósfera; y es que les hace falta tu aire como mis ojos necesitan contemplar tu cielo.

¡Adios, América! Ya nada veo de tí: la distancia me aleja de tus playas; pero á ellas me acerca el cariño, y siempre las veré!



## Europa

### I.

Estúpido me parece el entretenerse en llevar un diario como si uno fuese un general ó un almirante, y apuntar en él cuanto se hace ó cuanto se piensa. Además de pueril, es impracticable tarea la de llevar un diario exacto, y sobre todo, la de ser franco en él, pues pocos dejan de tener secretos que ni aún á sí mismos se atreven á confesar.

Luego, se expone uno á tener que hacer constar ocurrencias tan interesantes como estas: «Me levanté á las ocho. Llueve, hace buen tiempo, está nublado, tengo catarro, reuma, sueño, me aburro etc. etc.» Y algunas otras por el estilo que dejarán con tamaña boca abierta á los lectores del porvenir. Por estas y otras razones de no menos peso, he desistido hace tiempo de llevar un diario circunstanciado de mis *importantísimas* operaciones; idea que me asaltó el mismo día que comenzó esta triste época de mi vida. Lo bueno es que todo lo que acabo de decir «nadie me lo preguntaba». Vamos, pues, á otra cosa, que en algo se ha de pasar el tiempo mientras él nos pasa sin cesar de parte á parte.

Hoy desembarcamos en la gran ciudad de Liverpool á las nueve y media de la mañana. Tardamos diez días en atravesar el Atlántico, lo cual no es mucho; pero á mi me han parecido diez meses esos diez días. Lloviendo salimos de Nueva-York; lloviendo continuamos nuestro camino; y lloviendo estaba cuando aquí desembarcamos. No puede darse, pues, nada más húmedo que este viaje mio.

La mar estaba bastante alborotada, y no es extraño; pues aunque en nuestro rumbo apenas si se dejaba sentir el viento, en cambio, por aquellos mismos días, tenia lugar una de esas tremendas tempestades peculiares de esta época del año, á lo largo de la costa de Florida y en el mar Caribe; y esto explica suficientemente la agitacion que nosotros presenciábamos en la parte Norte del Atlántico.

---

---

## II.

Los episodios del viaje se reducen á cero. Ni aún la conversacion es posible viajando con estos insociables *yankees* é ingleses. Mi amigo Mr. Hammer se dignaba dirigirme la palabra de vez en cuando, y eso que éramos compañeros de camarote. El pobre hombre parecia muy preocupado del éxito del viaje y llevaba un cuaderno de bitácora tan exacto como el del capitán. Sus ideas respecto á la sociedad eran puramente inglesas; consideraba la sociedad como una especie de maleta de la cual hay que cuidar; y por consiguiente huía de la sociedad por no tener que cargar con la maleta. Su estatura era tan aventajada que ni aún sobre cubierta osaba enderezarse, de miedo á tropezar en la cofa.

Habia otro pasajero á bordo, digno de mencion. Era escocés, cargaba setenta años, y era el más alegre de todos, y capaz de jugar como un chiquillo. Un dia bastante frio, por cierto, se me acercó frotándose las manos, y me dijo riendo: *Very cold, spaniard; let us play leap frog*: esto es: «mucho frio, español: juguemos á la una anda la mula.» Por supuesto, que semejante proposicion era una metáfora, pués la mar no estaba para bromas; pero no pude menos de soltar la carcajada al oír tan original proposicion formulada por un anciano de setenta abriles.

• A fuerza de ver mar, nos hemos hecho amigos ella y yo. De esta vez no he sentido novedad alguna en mi estómago: y eso que desde mi instable lecho podia oír la primera noche, un coro de esos gritos convulsivos que lanzan los que habiendo almorzado y comido como si no estuviesen á bordo, se hallan al fin con que han pasado aquel trabajo en vano.

Cuando la lluvia me lo permitia, pasaba al cuarto de fumar, en donde á solas con mi pipa americana y con mis pensamientos, dejando vagar mis miradas por la agitada estension de los mares, pasaba mis aburridas horas.



III.

¡Quémare! ¡Qué cielo! Nieblas eternas limitando el mezquino horizonte en el cual parecia como que se estrella-  
ban las enfurecidas olas de plateada cresta. Todo allí era melancólico y triste: todo convidaba á morir ¡Qué importa morir bajo tan triste cielo, sobre tan sombrío mar? ¡Mares del Sur, climas meridionales, region tropical! Yo os bendigo desde el fondo de mi alma; yo os amo apesar de vuestras terribles convulsiones, de vuestros terremotos y de vuestros huracanes, que después de todo, no son más que escepciones de una regla de constante buen tiempo, de cielos azules y serenos, de mares tranquilos como lagos; de brisas dulcísimas como suspiros de amor, y perfumadas como el aliento de Venus. ¡Ahí se ama la vida, ahí se ama! ¡Mares de los trópicos! Aún desde allí, desde las nebulosas regiones de los bancos de Terranova, yo me fingia vuestras orillas en mi imaginacion; vuestras orillas sombreadas por gallardas palmas reales que sacuden blandamente sus generosos penachos al soplo del *terral*: vuestras orillas adornadas por la mano maestra de una fecundísima naturaleza. Y el sol ardiente bañando vuestras mansas olas; ó la luna reflejando en ellas su apacible faz. Y veia los ligeros buques que sin cesar os cruzan en todas direcciones, mecerse con un voluptuoso balance sobre esas olas. ¡Mares del Sur, climas meridionales, cielo de los trópicos; benditos seais!

A las siete de la mañana de ayer se detuvo el vapor en Queenstown (Irlanda), para dejar la correspondencia y los pasajeros. Así, pues, la primer tierra europea que he visto al cabo de diez años de ausencia, es la costa de Irlanda, que yo saludé como debia, diciéndole que... hacia mucho frio y me iba á acostar. La verdad es que no tuve paciencia ni para echar una mirada á Queenstown, que, segun me han dicho, es una linda poblacion de 3,000 habitantes. Preferíirme á mi camarote. El mismo dia por la tarde descubrimos las costas de Wales (Gran Bretaña), y á las diez de la noche fondeamos fuera de la barra de Liverpool, esperando que la marea nos permitiese entrar, lo cual sucedió á eso de las ocho y media del 9, llevándonos un (*tender*) vapor pequeño desde Birkenhead, en donde fondeó el *Russia*, hasta los *docks* de Liverpool, al otro lado del Mersey.

Los oficiales de la aduana vinieron á bordo á registrar los equipajes de los pasajeros. Para evitar el registro bastaba darle al oficial *half a crown* ó sea como medio peso. Yo no le dí nada y no me lo registró, sin embargo, porque esperaba que se lo daría después. ¡Vana esperanza!

Y con mi amigo Mr. Hammer vine á parar á la posada inglesa *pur sang* y además *old fanshioned*, titulada: *Kings' Arms Hotel*, en *St. John lane*.

Y punto final, que el viaje no dá más de sí. Buenos días, Europa.



### Trece días en Liverpool.

Para el que llega de los Estados-Unidos de América, lo más notable que de repente se le ofrece en esta comercial ciudad, es el admirable aspecto de solidez que todo reviste, edificios y habitantes.

Concluyeron las frágiles casitas de madera que tanto abundan en las ciudades americanas, y en su lugar, vense aquí empleados sin escepcion la piedra y el ladrillo. Acabáronse las ciudades-campamentos, las ciudades improvisadas de *Farl West*, habitadas más bien, se diria, por tribus nómadas ó por un ejército que se retirará mañana, que por familias allí nacidas, y que allí deben morir. Conócese, al poner el pié en las costas de la vieja Inglaterra, que en ella vive un pueblo que tiene historia, un pueblo que tiene tradiciones, que tiene conciencia de su mision y de su porvenir, que está resuelto á quedarse, en fin. Liverpool, uno de los puertos más concurridos del mundo, sinó el más, es á la vez el centro de una incesante comunicacion entre Europa y el resto de la tierra.

Diariamente salen de sus numerosos y magníficos *docks*, vapores poderosos y veleras fragatas con rumbo á la India, la América, Australia, Nueva Zelandia, etc, etc. Esta sola circunstancia basta para dar una idea aproximada de la inmensidad del movimiento comercial que se dejará sentir en las calles de esta ciudad de cerca de seis-cientos mil habitantes.

Extentísima es su bahia, formada por el rio Mersey en su desembocadura; pero débese esa extension más á los esfuerzos del hombre que al trabajo de la naturaleza. A la izquierda de la bahia vese en primer término una larga línea de muelles flotantes de madera (*landig stages*): detrás de ellos hay otra línea formada por un precioso muelle de silleria, unido á los flotantes por medio de puentes de hierro y madera, que se abren y cierran, segun lo exige la entrada y salida de los buques en los diques (*docks*) que se estienden por detrás de este muelle, ocupando más de catorce millas. A la derecha está Birken-

head, con iguales construcciones en sus orillas. Muelles y diques de ambos lados pertenecen al Ayuntamiento de Liverpool, que cobra por el servicio que prestan, crecidos derechos, en consonancia con el enorme costo de las obras, lo cual hace de Liverpool uno de los puertos más caros del mundo. En la ciudad hay edificios inmensos, y de un gusto arquitectónico admirable por su gracia y su severidad. Entre ellos citaré el palacio de Justicia, imitación casi exacta del famoso Parthenon griego: nunca he visto nada más bello ni más imponente á la vez. Sobre su portada lleva esta inscripcion: *Artibus Legibus Consilii*.

Uno de sus costados dá frente á la plaza de San Jorge, ornada con las estátuas ecuestres de la reina Victoria y su consorte: estátuas que en mi opinion distan mucho de ser obras medianas, bajo el punto de vista del arte.

Notables son los edificios de la Bolsa (*Exchange buildings*) cuya arquitectura pertenece al estilo del Renacimiento, llamado aqui estilo del reinado de Isabel. Su construcción data de 1803 y forman una plaza en cuyo centro se vé un monumento conmemorativo de Nelson. Es circular á manera de fuente, y está coronado por la estátua de Nelson moribundo. La Muerte le acaricia con sus alas; la Victoria ciñe á sus sienes guirnalda de laurel y roble. En torno, en el primer cuerpo del monumento, nótanse seis estátuas de bronce, representando otros tantos etíopes encadenados y en actitud de llorar: alusion, probablemente, á los negros cuyas cadenas quebrantó el almirante; pero si es este el sentido de la alegoria, bien harian los ingleses en erigir otra estátua á su compatriota Hawkins, el primer europeo que vendió en Santo Domingo negros por él mismo arrancados de Guinea.

El museo de Jorge (Georges Hall) merece tambien, por su elegancia arquitectónica, honorífica mención. Contiene una numerosa biblioteca; y magníficas colecciones de estatuaria, pintura, historia natural y antigüedades. Ni debo pasar en silencio la *casa-hotel* en donde los marineros sin trabajo hallan mesa y albergue por una módica suma: la aduana, la casa de correos, la casa consistorial y mil y mil edificios de particulares que seria prolijo enumerar. Hay magníficos paseos en la ciudad y al otro lado de la bahía, en Birkenhead, á donde se vá fácilmente, gracias á los numerosos vaporcitos (*tenders*) que se dedican á este servicio. Seria injusto pasar en silencio el Jardín Botánico que es extensísimo, y está muy bien cuidado; y aún el cementerio, que segun la costumbre de los pueblos protes-

tantes parece más bien jardín que mansion de la muerte. No puede comparársele con el célebre é inmenso de Greenwood de Brooklyn, pero aquel no tiene rival en el mundo, y yo no intento presentar el de Liverpool como sin par. Las lápidas sepulcrales están enhiestas, (costumbre protestante) y siendo tan numerosas, hacen el efecto de un bosque de arbolillos de mármol. En tan pintoresco lugar la idea de la muerte pierde ese carácter sombrío con que nos la ha presentado el rígido ascetismo cristiano; pero parece que se nos ofrece revestida de ese encanto que Espronceda le presta en su *Diablo Mundo*: encanto que se explica por el materialismo que la Muerte asume al dirigirse en magníficos y sonoros versos al viejo sábio. Allí es fuerza considerar la muerte bajo el mismo aspecto con que consideramos el sueño: como el anhelado descanso de un fatigoso viaje: como el oasis en el Zahara de la vida y... nada más.

Las calles son tortuosas, y algunas bastante estrechas en la parte más cercana á los muelles, pero rectas y espaciosas en las demás; pués la ciudad progresa y crece de dia en dia, y como es natural, se construye á la moderna. Su empedrado es intachable; el alumbrado de gas es el más claro que he visto en mi vida, por más que le eclipse un tanto la neblina que por las noches se deja caer sobre la ciudad.

El aspecto de robustez que se nota en los edificios, nótase tambien en los habitantes de Liverpool. Pocas veces he visto en menos tiempo más buenos mozos de ambos sexos. Las mujeres son bellas, y hasta elegantes en general; y el carácter nacional, contra todas mis esperanzas, lo hallé franco y amable hasta el esceso.

Tal vez los gratos recuerdos, que guardo de mis breves, pero inolvidables relaciones amistosas con Mr. Hammer, Mr. Morison, etc., y con las simpáticas Alice (*my dear rubia!*) Emma, etc., influyan algo en esta mi apreciacion; pero lo cierto es que siempre que me he dirigido á alguien para hacer preguntas que un extranjero no puede evitar en país desconocido, se me contestó con una bondad, con una amabilidad que me encantaron, y han agriado más mi opinion sobre la rudeza *yankee*. ¡Qué contraste entre individuos de una misma raza!

Para concluir, haré mencion de nuestro cónsul allí, el Sr. D. José de Bazan, que es física y moralmente un tipo caballeresco de nuestra caballeresca pátria, y honra á España al representarla en la ciudad más comercial quizás de la comercial Inglaterra.

## De Liverpool á Vigo, via de Santander.

Por fin, el veinte y uno, un poco antes de la puesta del sol, dejé la bulliciosa y animada bahía de Liverpool, á bordo del vapor español *Góngora*. Dirigiérame á él en los *docks*, gracias á la destreza y práctica de un cochero de plaza, pues no es tarea baladí la de hallar un buque en los diques; ¡hay tantos!

La mar que nosotros, imitando á los franceses, llamamos Golfo de Gascuña, y Bahía de Vizcaya los ingleses (más españoles en esto que nosotros) recibió al *Góngora* de un modo poco cariñoso. Debido sin duda á los vientos que se hacian sentir al Este y al Sur, y aún en direcciones más opuestas, el pobre buque veíase combatido por todos lados por olas tremendas que reducian muchísimo su velocidad. Por mi parte, debo decir que nunca hallé mar más incómoda, ni espero hallar otra que lo sea tanto.

El veinte y cuatro al amanecer, empezamos á avistar las elevadas montañas de Astúrias, teatro de tantos y tan gloriosos episodios en todas las épocas de nuestra gloriosa historia. Eran las primeras tierras de mi pátria que veía después de tantos años de ausencia. ¡Con cuánto placer las vieron mis ojos! ¡Qué gozoso latía mi corazón al contemplarlas! ¡Oh, momento en que los ojos del desterrado se fijan de nuevo sobre los campos en que nació: no puede haber felicidad comparable con la que tú proporcionas!

El veinticinco entramos en la extensa, pero incómoda bahía de Santander, en donde nos sujetaron á tres días de observacion, por causa de la epidemia de la viruela que hacia estragos, decíase, en Inglaterra. Estuve, pues, clavado tres dias allí, obedeciendo las leyes de los hombres: y dos más, en obediencia á las leyes de la naturaleza, pues un terrible Sur, que es el azote de la bahía de Santander, nos impidió levar anclas y partir.

¡Durante estos cinco dias no salí á tierra mas que una vez, y aún entonces no hice mas que ir á la aduana y volver á bordo. La ciudad me llamaba poco la atencion, y era además bastante feliz á bordo, considerándome bajo el

amado cielo español y admirando la pureza de su azul, lo radiante de su sol ó lo plateado de su bellísima luna.

La conversacion agradable del segundo de abordó, mi amigo D. Antonio Llinas, y la del maquinista Mr. Adams Watts, entraban por mucho, gracias á sus encantos, en mi constante permanencia en el buque.

Cesó por fin el Sur, que todo en este mundo tiene fin, y salimos el treinta de Setiembre por la tarde, en busca de Vigo. Viento siempre contrario y mar muy agitada hallamos tambien entonces; pero con todo, el tres de Octubre á las dos de la tarde entrábamos en la magnífica bahía de Vigo, por el mismo canal por donde salí en el «Faro» el primero de Junio de 1862.

El placer de hallarme de nuevo en Galicia, en mi pátria, me embriagó entonces: apenas fondeamos, salí para tierra. Y á la una y media de la noche, me metí en la diligencia.

Y de noche atravesé el mismo camino que cerca de diez años antes habia sido para mí el camino del destierro: la agitacion de mi pensamiento no me dejó pegar los ojos. Habia algo en aquella atmósfera que halagaba mis pulmones.

A las once de la mañana del siguiente dia entré en mi casa, acompañado de mi hermano.

En ella encontré á mi madre. . . . .

¡Silencio! Emociones hay que no puede expresar el lenguaje humano sin profanarlas.

¡Silencio! Estoy en mi pátria, entre los brazos de los que me aman. ¿Quién más feliz que yo?

¡Y dicen que la felicidad no existe en la tierra!



## La patria

### I

#### AMOR PÁTRIO

Ha dicho un escritor inglés que al lado del amor, todos los demás sentimientos son como la estela de un bajel, que solo dura instantes en el mar. No quiero combatir esta afirmacion; pero séame permitido colocar al nivel del amor ese otro amor sublime, constante, inextinguible, que se llama amor pátrio. ¿Quién, conociéndolo, podria compararlo á la estela fugaz del navio que hiende las olas del Océano?

El azar nos lleva lejos del suelo en que nuestros ojos se abrieron á la luz: nuevos horizontes se ofrecen á nuestra admiracion, nuevas bellezas nos sorprenden y nos atraen; nuevas afecciones se apoderan del alma, que amortiguan las que debemos al pasado: plantamos nuestra tienda en tierra extraña y nos encariñamos con ella y á ella nos unimos con los impalpables y robustos lazos del amor, de la familia ó de la amistad. Pero en ese naufragio de nuestra vida de ayer, sobre las aguas de esa inundacion en que perecen ó poco menos, nuestras afecciones primitivas, como la enhiesta roca que desafía el furor incansable de las olas, álzase el amor de la patria, perenne, inmarcesible. En él se estrella en vano el aluvion del tiempo.

Faro brillador de la existencia, solo se apaga cuando la muerte detiene los latidos del corazon; cuando el hombre pierde la conciencia de su individualidad y siguiendo el eterno círculo de la vida, regresa por descomposicion al seno de la naturaleza que le prestó su forma transitoria.

Tal es el amor pátrio. Si hay hombres incapaces de sentirlo, su insensibilidad en este punto debe atribuirse á algun defecto de organizacion ó á la carencia de aptitudes

sensitivas. Yo los compadezco. «¡Infelices; ¡no pueden amar!», diré de ellos, aplicándoles la profunda frase con que, de un solo rasgo, describe Santa Teresa el tormento de Satan. ¡No poder amar!: estas tres palabras encierran todo el infierno, todos los martirios del alma.

El amor pátrio en nada se opone al amor de la humanidad, y al combatirlo por egoísta los partidarios del cosmopolitismo, solo consiguen dar prueba de ignorancia. Yo niego que pueda amar el que no ama á su pátria: el corazon que no acelera sus palpitaciones al recuerdo de la pátria, es terreno estéril en que no germina ningun sentimiento noble.

Tambien el cariño necesita una base razonable. Y ¿en qué podrá fundar su amor á la humanidad el que mire con indiferencia á la madre que le llevó en sus entrañas, que le alimentó con el juco de su seno, que le arrulló en la cuna y vertió en su corazon el gérmen de todos los amores?

Así como el amor maternal es indispensable para amar algo en la humanidad, el amor de la pátria es esencial al amor del mundo. La madre, con relacion á la humanidad, debe ocupar en el corazon del hombre el mismo puesto que la pátria con relacion al mundo.

Amores fundamentales ambos, sin ellos solo es posible la indiferencia, el hastío, la misantropia; todo menos ser hombre, menos amar.

Y no se diga que el amor vive de contrastes; que á la idea del amor se asocia la del ódio. Porque entonces, sirviéndome del mismo argumento, podria negar yo la posibilidad del amor á que quiere señalarse por fronteras las del mundo y las de la humanidad. ¿De qué viviria ese amor? ¿Qué opuesto sentimiento le serviria de aliciente?

¡Nó! El amor no implica ódio. Sentimiento purísimo, es como la serpiente simbólica de la eternidad, que de si misma se alimenta. El ódio no puede engendrar amor, ni el amor ódio, como no puede brotar la luz del seno de la oscuridad. Yerra, pues, el que desprecia por mezquino el amor de la pátria. Para amar el todo, necesario es que comencemos por la parte.

Así hallamos el amor de la pátria en todos los corazones. El que lo escarnece es porque lo oculta, no porque no lo siente, haciendo tan doloroso sacrificio, no á la conviccion, sino al espíritu de escuela, que ya autorizó mayores aberraciones.

El hijo de la Laponia, transportado á más benignos cli-

mas, echa de menos las eternas nieves de su pais, su choza de témpanos, y fingese un cielo, su mansion futura, á imàgen y semejanza de su aterida pátria: un lugar abundante en pesca y en nauseabundo aceite de ballena. El lapon muere en los climas templados, como en los glaciales la flora de los trópicos.

El africano, solo con la vida pierde la esperanza y el anhelo de volver á hollar las abrasadas arenas de su pátria, de donde le arrancaron la barbarie de los suyos y la codicia ajena. Y sin embargo, solo el salvajismo le espera en sus playas nativas:

*Vil arrabal de la ciudad del mundo (1).*

Pero ¿qué importa? Allí es su pátria.

Los nacidos en zonas más favorecidas, no sienten menos esa pasion grandiosa. El hijo del Indostan llora su destierro en los jardines del Mediodía de Europa. El europeo siente doblarse en su pecho ese amor sublime aún residiendo bajo el límpido cielo, entre las infinitas bellezas del mundo de Colon.

El americano, en medio de los placeres y los atractivos de una civilizacion más refinada, suspira por las selvas vírgenes, por los gigantescos rios, por las estensas y desoladas pampas, por las verdes praderas, por las soberbias montañas de su pátria.

El indio nómada, que desconoce el hogar, que vive en peregrinacion continúa, siente respeto y amor hácia la comarca de que supone proceder su tribu y en donde reposan los huesos de sus antepasados. *El pais de las tumbas* es para él objeto de veneracion, y allí conduce los restos de sus allegados fallecidos, cuando los azares de su vida vagabunda le aproximan á la region sagrada. ¡Solo cree sepultura digna del hombre aquella tierra que le dió cuna!

¿Qué más? Hasta en el mundo inorgánico se adivina ese amor. La palmera languidece fuera de la zona en que brota espontánea. El laurel índico solo adorna con su pomposo follaje las comarcas predilectas del sol. Los invernáculos son como la Siberia del reino vegetal.

Si los que se burlan del amor pátrio son los precursores de una civilizacion más adelantada, yo maldigo esa civili-

---

(1) Campoamor.

zacion, y no envidio la suerte de las generaciones que lleguen á adoptarla. ¡No sabrán amar!

---

---

II.

AMÉRICA Y GALICIA.—DOS BELLEZAS.

Muchas doradas ilusiones de mi adolescencia he visto disiparse; desvanecerse muchas esperanzas risueñas, que en aquella edad feliz me acariciaban. Ideas exageradas que de hombres y cosas abrigué por muchos años, han venido al suelo al chocar en la realidad. Pero entre esas ilusiones, esas esperanzas, entre esas ideas que alimenté durante mi larga ausencia y perecieron, hay una que salió vencedora de la prueba del regreso.

Complaciame en creer que no había en la tierra nada más bello que mi pátria, y hoy, al volver, hallo que no me cegaba el cariño, ese mago que todo lo embellece: hallo que habiendo recorrido y admirado paisajes encantadores, no he visto entre ellos ninguno que lo sea tanto como este alegre valle, en cuyo centro reposa la humilde villa del Padron.

Preciosos valles he contemplado en las Antillas, y en el continente norte-americano, adornados con todo el lujo de una poderosa vegetacion. El Yumurí y el de Trinidad en Cuba; el de Yosemite en California, son tal vez los más pintorescos que existen en esa pintoresca América tan favorecida por la naturaleza. Pero al verlos no se siente este placer inexplicable que aquí me embarga. Aquella exuberante vegetacion; aquellas imponentes alturas que le sirven de marco, asombran con su grandeza, infunden en el alma cierto misterioso terror; hacen acudir á la mente del hombre la humillante idea de su pequeñez.

Aquellos deliciosos lugares parece como que reclaman por moradores hombres de una raza titánica, en armonia con su magestad. Cuando el viajero se acerca por vez primera á las Pirámides egipcias, el alma sobrecogida de asombro, no acierta á darse cuenta de lo que vé, cual si sobre ella gravitaran aquellas inmensas moles. Yo comparo á esa sensacion de indefinible malestar la que se expe-

rimenta al hallarse en una selva de cedros que avergonzarían á los de Líbano, de altísimas palmeras, en Cuba ó en la América Central; en un bosque de esos prodigiosos árboles descubiertos há poco en California, que llevan con justicia el nombre de gigantes (1) pues en verdad son los colosos de las selvas.

En este grato paisaje nada hay enorme, gigantesco: las cosas externas no tienen dimensiones abrumadoras, todo es mediano, justo, definido, fácil y exactamente perceptible para los sentidos.

Allá la excesiva claridad ciega y desvanece. Aquí el aire tiene una transparencia sin rival: el intenso brillo del sol hace resaltar enérgicamente el contraste de las partes claras y oscuras, y á la oposicion de las masas añade la decision de las líneas.

Aquí se concibe el idilio; allí la epopeya. Aquí pueden vibrar los dulces acordes de la lira de Garcilaso; allí la trompa de Tirteo, ó las desgarradoras imprecaciones de Isaías.

Aquí se espera oír el débil murmurar del arroyuelo que besa las flores; allí solo estaría en consonancia con la grandiosidad del conjunto, el rugido del huracan, la explosion del trueno, ó el pavoroso retumbo del Niágara. Aquí existe la belleza que encanta: allí la magestad que sella el labio y detiene los latidos del corazon.

---

### III.

¡NO TE OLVIDÉ!

Fiel he sido, pátria mia, como hijo amante, á la promesa que, húmedos de llanto los ojos, te hice el dia en que torné la espalda á tus bellezas, para correr en pos de

---

(1) *Mammoth trees*.—En el Museo de Boston, existe un trozo de uno de estos árboles, cuyas dimensiones exactas siento no recordar, pero son verdaderamente asombrosas. En una selva, cerca del valle Yosemite, hay uno derribado, en cuyo tronco hueco puede penetrar un hombre á caballo. En Utah existen tambien esos árboles gigantescos, que son buena prueba de la enorme antigüedad de la formacion del terreno que los produjo.

un ensueño de felicidad. Aún recuerdo aquellos versos, si faltos de arte, sentidos, como todo lo que brota del corazón:

«Galicia mía, tu memoria grata;  
La de los séres que adoré en tu suelo,  
Luz bendita de amor y de consuelo  
Sobre mi vida derramando irán.  
Las dulces impresiones que te debo,  
Mientras aliente, guardarelas vivas;  
Las aguas del olvido corrosivas  
Impotentes sobre ellas pasarán.»

Y nunca te olvidé. Muchos años he visto pasar lejos de tí, y cada uno que transcurría, daba nuevo vigor en mi memoria á tu recuerdo. Ni afecciones, ni dichas, ni desventuras fueron parte á borrarlo. Con tanta exactitud describía entonces tus bellos paisajes, como pudiera hacerlo ahora, al verlos de nuevo. Y aún te hallaba más encantos cuando tiempo y espacio me separaban de tí; que segun la feliz expresion del poeta:

*Con la distancia la pasion se agranda,  
Como la sombra cuando el sol se aleja.*

Un dia, cruzando la América del Norte, llegaron á mis oidos las notas dulcísimas de la *muñeira*. Esa melodía que me arrulló niño y me acarició adolescente, fué para mí la voz de la pátria que me saludaba en el destierro. La que cantaba era una niña cuya cuna mecieran las brisas de tus valles, y en sus acentos vibraba el dolor inconsciente de haberte perdido. Aquella música inundó mi corazón de melancolía, despertó en mi la nostalgia que cuando no te veo, en estado latente, me acompaña doquiera guio mis pasos. Yo hubiera querido poder pulsar la lira de Píndaro para cantar dignamente lo que entonces sentí; y desdeñando mi tosco laud, me contenté con dar forma á mi sentimiento en humilde prosa. No solo en los versos está la poesia. En los versos suele estar el arte, el sentimiento está en el corazón.

«Canta, escribí; canta, querubin de mis sueños. Tu voz fresca y argentina conmueve mi alma y hace volar mi imaginacion á los distantes y encantadores valles en que se deslizó mi infancia.

Son tus cantares dulces cual los de la alondra que des-

de las matas de oloroso tomillo que perfuman las colinas de mi pátria, se eleva hasta el cielo, entonando cánticos más gratos cuanto más se remonta. Y sube, y sube: y regocijada tal vez al sentirse flotar en las purísimas ondas del éter, semejan sus trinos los célicos acordes de las arpas de oro que pulsan los ángeles que soñó el cristianismo reclinados en las brillantes gradas del trono del Omnipotente.

¡Canta, querubin! Ruisenor desterrado de las umbrosas arboledas galáicas, recuerdas en lejanas playas el añoso roble en que construías tu nido cuando agitaba las flores el primer suspiro de la primavera; la nudosa y retorcida rama en que te posabas para regalar, en las poéticas noches de Abril, con amorosas endechas á tu amada compañera, mientras ella cobijaba con sus alas protectoras los hijos de tu amor.

¡Ruisenor de mi pátria, encanto de la noche! La mágia de tu voz arrobadora conmueve todas las fibras de mi sér, me arrebatada del mundo real, me eleva á las puras regiones del sentimiento.

¡Yo no sé lo que siento, al oírte! Los hijos de Israel, cargados de cadenas en Babilonia, recordaban tristemente su perdida pátria al escuchar los cánticos que las doncellas unian á los dulces sonos de las arpas de Sion. Así yo, al oírte, veo con los ojos del espíritu el azulado cielo de Galicia, su brillante sol, sus campos de flores y de luz.

Y paréceme aspirar aquel ambiente embalsamado de sus bosques y oír el murmullo del viento en las elevadas copas de los pinos de verdor eterno y el atronador retumbo del torrente que desciende de roca en roca, ganso de reposar en aquellas vegas encantadas. Y recorro las orillas del Ulla y del Sar, viviendo en las horas felices del pasado.

Y veo los jardines de Iria, los pequeños caserios que se recuestan en la falda de Miranda, ocultos entre bosquecillos de frutales en flor, las laderas luciendo la brillante vestidura de las doradas flores de la aliaga. Estramundi al otro lado, escondido en medio de sus románticas robledas y sombríos castaños; y como una alfombra de plata y de verdura, esmaltada de flores, el valle abrillantado por mil arroyuelos que lo cruzan en distintas direcciones: Padron más allá, reposando en las pintorescas márgenes del Sar, cual una ninfa que contempla su belleza reflejada en el sereno cristal del río. Luego la vega, las montañas que se separan, el valle que se ensancha; Cesures, grupo de cisnes que descendieron á orillas del Ulla; el Ulla que gime y parece

detener su curso en aquellos pensiles, presintiendo cercana la tumba del mar. Y sobre paisaje tan galano, el exoléndido pabellon de un cielo sin rival, el sol próximo á su ocaso, bañando con sus rayos moribundos montes y valles, rios y arroyos. . . . .

¡Canta, rui señor! Tú posees el secreto de hacerme retroceder en la existencia; tú puedes trocar en floridos valles los arenosos desiertos de mi presente. Canta: hazme contemplar extasiado mi lejana pátria: haz que mis ojos se figuren ver de nuevo aquel radiante cielo, que mis pulmones se dilaten al aspirar aquellas balsámicas brisas de las rias galáicas.

¡Quién pudiera cantar como tú! . . ¡Triste alma mia! Ya no siento, á fuerza de haber sentido; y en mí se confunde el canto con el lloro.

¿A qué cantar, si ya una flor no encanta  
La senda de mi vida;  
Si ya pasar no deja mi garganta  
La voz enronquecida?

La pátria es el Eden de los proscritos. ¡Bendita sea la música; bendita la voz que lleva las almas al seno de la patria!

---

---

#### IV-

#### EL VALLE DEL SAR

Aún el maiz está en los campos. Las lluvias del otoño han atrasado la siega, pero á la vez han impedido la caída de las hojas. Vegas y bosques son un mentís dado por esta naturaleza privilegiada al curso regular de las estaciones.

Aún no comenzara el otoño en la América setentrional cuando abandoné sus costas, y ya sus bosques ostentaban ese color amarillento precursor de la desnudez del invierno. Llego á mi pátria después de un viaje de treinta dias, y á juzgar por el aspecto de campos y bosques, siéntome inclinado á creer que el tiempo ha retrocedido, ó que el estio aún no espiró en ella, habiendo espirado há más de un mes en toda la zona templada del Norte.

Las continuas lluvias peculiares del invierno de Galicia, desesperacion de los que por proceder de comarcas menos húmedas no están habituados á ellas, son la causa del eterno verdor de sus vegas y de la casi inalterable lozanía de sus bosques.

El que ha pasado un verano en Galicia, sufre con resignacion la contrariedad de su lluvioso invierno exento de nieves y de los intensos frios de otras provincias más meridionales, especialmente en los valles expuestos á las templadas brisas del mar. Tampoco el verano es sofocante. Del clima de mi bella Galicia puede decirse lo que del de Grecia escribió el inspirado Eurípides: «Dulce y clemente es nuestra atmósfera. Para nosotros, ni el invierno es riguroso, ni los rayos de Febo abrasadores.»

En los trópicos no existe el invierno. Durante los doce meses del año la vegetacion se muestra inalterablemente verde y lozana: la variedad de las estaciones solo existe allí en el calendario; pero faltando el contraste, se cae en la monotonía. Aquel constante verdor llega á cansar. Los allí nacidos, los que nunca salen de esos climas, desconocen el incomparable encanto de la primavera en las zonas templadas. Aquella metamórfosis de los bosques secos, mústios, descarnados, en masas de follaje de un precioso verde claro; los huertos de frutales convertidos en jardines de matizadas flores que brotan al blando soplo de las brisas de Abril; los trinos de mil canoras avecillas que aluyentara ó hiciera enmudecer el invierno; el perfume de esas flores, del follaje tierno de las plantas aromáticas que cubren el valle y las laderas y conduce el aura en su vuelo incesante; aquellos indefinibles rumores que exhalan miríadas de séres invisibles que moran entre el césped de las vegas y el tomillo de las colinas, como el himno de gozo que eleva la naturaleza al sentirse renacer: todo esto tiene algo de indescriptible arrobamiento; es el espectáculo más agradable, la escena más poética, el medio más seductor en que puede agitarse el alma que sabe sentir la infinita belleza.

Tampoco se conocen en los países intertropicales los encantos del otoño, de esta poética estacion, segunda primavera del año, en que la vida vegetal comienza su período descendente. Nada puede darse más dulce que una serena tarde de otoño en Galicia. Todo en ella predispone á la meditacion. El sol poniente que dora con sus oblicuos rayos las colinas y los bosques, imprimiendo cierto tinte melancólico al paisaje, despierta en la mente los re-

cuerdos que en ella dormitan; evoca fantasmas de ilusiones y esperanzas desvanecidas en la lucha del mundo, imágenes de los ardientes días de la juventud, ora plácidas como el sol que nace, ora tristes como el tembloroso rayo del lucero vespertino; ya risueñas como las horas infantiles, ya tristes como esas flores que crecen sobre las tumbas. Percíbense rumores que acarician el alma, como el canto de la alondra que saluda el primer albor de la mañana; dolientes como el trinar del mirlo que llora en el crepúsculo la muerte de la luz; suspiro que miente la brisa entre las ramas; gemidos de las hojas secas que arrastra el viento....

¡Oh! Quien, reclinado sobre la perfumada yerba de estos valles haya presenciado la puesta del sol en una tranquila tarde de otoño, tibia, suave, sin sentirse poeta, sin sentirse conmovido al comparar mentalmente la vida precedera del hombre con la vida inmortal del sol; su transitoria objetividad con la renovación incesante de la vida de la naturaleza, ese digo, es incapaz de sentir.

No es mi ánimo establecer la superioridad absoluta del clima templado sobre los demás, ni sería justo intentarlo.

Cada clima tiene sus encantos peculiares, su poesía propia. Presenciando una alborada en las Antillas, una de esas alboradas en las que se vé y se siente palpitar la vida en el seno de aquella tierra fecunda, reminiscencias de la mitología hebráica acuden á la mente y parécenos asistir á la primer mañana del mundo y escuchar el himno jubiloso de la creación al salir de las manos de Jehová.

Las noches tropicales, iluminadas por aquella luz vencedora rival del sol de otros climas, templadas por el dulce hálito del *terral*; esas noches compuestas de luz, de suspiros y de languidez, son generosa compensación de los excesivos ardores del día. ¡Solo por esas noches pudieran soportarse aquellos días estivales!

Los climas helados tienen sus auroras boreales, la infinita y rápida sucesión de los fenómenos luminosos, su verano fugaz pero de asombrosa energía sobre la vegetación, que hace surgir como por ensalmo; sus prolongados crepúsculos, adios y bienvenida, alternativamente, al breve reinado del sol.

En todos los climas hay poesía; en todos la naturaleza se cubre de vistosas galas que cautivan al hombre y le arrancan el tributo de su admiración.

Yo amo los climas ardientes. En ellos alcancé la plenitud de mi vida, y la luz vigorosa de su sol es necesari-

ria á mi existencia. Yo enmudezco ante la magestuosa grandeza de la flora tropical; pero aquel espectáculo me es indispensable para sentir con ese sentimiento que transfigura, para amar con ese amor que no enerva el alma.

Amo tambien el clima de mi pátria. Esta mezcla de ideas melancólicas y risueñas que me inspira, tiene indefinible encanto para mi.

¡Poesia de la pátria!

Solo siento invencible repulsion por los climas polares. Allí me finjo la vida sin pasiones, fria y monótona como sus desiertos de hielo. Allí debe helarse el alma, y yo quiero sentir como se siente aquí, como se siente en la zona tórrida.



## Paisajes.

Oásis que me brinda algunas horas de reposo después de una larga y difícil marcha sobre las arenas del destierro: esto y nada más, será hoy mi patria para mí. Proyectil lanzado con irresistible fuerza del cañon del destino, nunca me es dado detenerme largo tiempo, pese á las leyes de la dinámica que fijan un término exacto á todo impulso. En mí se vió realizado Ashaverus, el famoso mito de Sué, menos, por fortuna mía, en la perpetuidad de su maldecida existencia

Que cuando el alma de sufrir rendida,  
Reposo pide con doliente afan,  
*¡Anda!* me dice el Génio de mi vida;  
Y así mis horas resbalando van.

Por eso los pocos meses que debo pasar en este Eden en miniatura, quiero emplearlos en el goce de sus infinitas bellezas naturales; y las horas de soledad á que me condenen los lluviosos días del invierno, que ya me afectan como á planta de otro clima, no las malgastaré si las dedico á describir esas mismas bellezas.

¡Quièn poseyera la galana pluma de mi amigo Murguia, el distinguido historiador de mi patria, para poder dibujar con exactos rasgos estos espléndidos paisajes que tanto ama su corazon de poeta! Pero ya que eso no me sea dado, me contentaré con pedirle disculpa por mi audacia por querer abordar una tarea que tantas veces y con tanta felicidad abordó él. Para concedérmela, bastarale recordar que he nacido aquí.

¡El sabe cómo se ama la tierra que nos dió el sér!

---

## I

### EL MÉDA

Al Oriente del valle de Padron, álzase sobre los montes que por aquel lado le sirven de muro, una cumbre cuya altura calculo en más de cuatrocientos metros, sin pretensiones de exactitud geométrica. Desde allí, cual de un

gigantesco mirador, abarca la vista una estension de tres leguas hácia el Norte y de cerca de cuatro hácia el Sur; y esto basta para dar una idea aproximada de su elevacion, si se tiene en cuenta lo accidentado del terreno en las indicadas dimensiones.

Esa cumbre es conocida por los habitantes de la villa con el nombre de Miranda, mientras que los de las aldeas situadas en los repliegues de su falda, la designan con el de Pico de Meda. Diferencia de denominacion que nõ se explica satisfactoriamente, viviendo tan contiguos los que la emplean.

Notablemente escarpada por la parte que dá al valle, su ascenso nada tiene de fácil, ya por esa circunstancia, ya por la enorme cantidad de talud (1) que yace esparcido por su ladera occidental.

Así, para llegar á ella, se toma con preferencia por entre Herbon y la Matanza, subiendo una pendiente más suave á causa de la mayor extension del plano inclinado. Además, tiene este camino la ventaja de estar menos obstruido de talud, porque los trozos desprendidos de las rocas de la cumbre, en virtud de la accion de las influencias atmosféricas, descienden naturalmente en la direccion que el declive más pronunciado les impone.

Aún por esta via es bastante penosa la ascension, pero una vez en la cumbre, el placer que se experimenta al contemplar casi á vista de pájaro, uno de los paisajes más pintorescos de la tierra, compensa largamente las pasadas fatigas, y el menos entusiasta se siente inclinado á olvidarlas.

En efecto, nada puede hallarse comparable al vasto panorama que de allí se descubre: montes desnudos de arboledas, escuetos, erizados de rocas graníticas que ostentan ese color pardusco efecto de los agentes exteriores que tan enérgicamente obran sobre el granito—y formas caprichosas que reconocen igual origen; extensos pinares que con magestuosa lentitud mueven sus copas, de un verde sombrío, á impulsos del viento que brama sordamente entre sus ramas. A lo lejos, cortando el horizonte, otras montañas que la distancia viste de azul, y otras detrás de aquellas y otras más allá, cada vez más vagas

---

(1) Talud: Trozos de las rocas graníticas desprendidas de ellas por la accion de los agentes atmosféricos.

más indecisas. Caseríos en las quebradas de las laderas ocultas en mar de robles y castaños: Reten, Roucon, Pedreda, Matanza, Piñeiro, etc.; más abajo trozos de terreno cultivado cuyo brillante verde contrasta con el colorido oscuro del fondo; arroyuelos que cantan entre las yerbas de las *cortinas* al salvar las desigualdades del terreno; el valle con la villa en el centro; el Sar que lo recorre de Norte al Sud, buscando á fuerza de rodeos el escaso declive que le ofrece la llanura: los mil arroyos que cruzan la vega llevando al Sar el escaso tributo de sus aguas cristalinas: los sotos que cual lunares de follaje matizan el valle, y entre estos, aldeas aisladas como Yria, Pousa, Pentes y Pazos, á lo largo de la carretera de Santiago.

En la falda de los montes opuestos al Pico de Meda, apoyándose en ella, á orillas del camino vecinal que recorre el estenso distrito de Rois hasta la villa de Noya, otras aldeas tristemente ocultas en medio de dehesas en que no penetra el sol: Lamas, Agro Novo, Estramundi, la Torre del Monte, la Pedreira, la Trabanca de Arriba y el Convento del Cármen; la otra Trabanca con sus vegas y *tendales* al pié del Carballal, serena pero melancólica vivienda; el palacio que en otro tiempo sirvió de mansion veraniega á los arzobispos de Santiago y hoy es un granero ó una granja para ser muy pronto una ruina: Lestrobe, estenso caserío de labradores y artesanos, tendido sobre un repecho lleno de asperezas. Y en todo lo que alcanza la vista, descúbrense otras aldeas, bordando las orillas del camino que atraviesa esa rica y bella comarca de Dodro hasta Rianjo, que se contempla en el mar.

En direccion al Norte, salvando numerosos montes escalonados en progresion ascendente, en la vaguedad del límite del horizonte, vense las elevadas torres de la catedral compostelana, semejando tres esbeltos cipreses.

Mirando hácia el Sud, las montañas se separan, se achatan, y el valle gana en anchura y el horizonte en extension. El Ulla, rio navegable desde su desembocadura al Puente, deslízase sereno entre risueñas márgenes, olvidando su agitado curso anterior, dejando atrás las blancas construcciones de las florécientes Cesures y San Luis, con su puente romano que desafía las olas y los siglos; esquiva los pinares de Cordeiro; besa las verdes y apacibles *brañas* de Laiño y parece detenerse á gozar de su frescura. Y allá en último término, la amplia ría de Arosa, el mar en cuya or-

dulante superficie resbalan los rayos del sol, produciendo relámpagos de plateada luz.

Dando cara al Oriente, vese venir el Ulla abriéndose paso á viva fuerza por las gargantas obstruidas de rocas, estrechándose y ensanchándose alternativamente, rugiendo en los rápidos del Lapidó, bramando en las represas de Carcasia, Herbon y la Granja; y de allí, libre de obstáculos ya, seguir entre orillas festoneadas de viñedos, castañares y robledas, silencioso, calmo, sombrío, como fatigado de tan ruda marcha, quebrando en su superficie de rato en rato un ténue rayo de luz que pudo penetrar la espesa enramada de sus orillas. Vense otras cumbres que se tocan, segun la ilusion de la distancia, y detrás de ellas se adivina otra poética region: la Ulla.

Nada falta para dar encanto, variedad y movimiento al panorama. Lo agreste de los montes áridos, el verdor bravío de los pinares, la rusticidad de las aldeas perdidas en las espesuras, el contraste de los terrenos cultivados con el gris monótono de la ladera; el risueño verde esmeralda del valle; el móvil cristal de rios y arroyos; la suavidad de la luz que desciende en continuos raudales de aquel cielo; las alternativas de claro-oscuro formadas por bosques y vegas; la brillantez de colorido del conjunto; sus líneas entre dulces y vigorosas; todo, todo se auna para hacer de este admirable paisaje un asunto digno de ser tratado por pincel maestro.

Después de gozar de tan seductor espectáculo por espacio de algunas horas que pasan como minutos, sentado sobre las rocas de la cima, respirando el aire salutífero de las alturas, ¿quién no dará por bien empleado el cansancio de la subida?

El descenso ofrece menos dificultades, como es de suponer, y ni siquiera debe contarse el embarazo de la eleccion de via, pues nadie ignora que por todas partes se baja bien, cuando de bajar se trata: el peso del cuerpo hace la mitad del camino. Por esta razon es del todo indiferente descender por la Abelenda y llegar á la carretera á través de la Reten y Pedreda, ó dejarse resbalar por la pendiente Sur y caer sobre Herbon, dirigiéndose después á la villa por el excelente camino que durante mi ausencia sustituyó al antiguo (legítimo despeñadero) gracias á los esfuerzos de mi querido amigo D. Manuel Rodriguez Gobian, á cuya ilustrada iniciativa tantas mejoras debe Padron y muchas más le debiera, sí, como lo exigen de consuno el patriotismo y la razon, no se mezclara nunca

en los asuntos municipales esa miserable política que está asesinando á nuestra infeliz España.

Con que el *touriste* siga mi indicacion respecto á la subida, yo me contentaré, y á el no le pesará.

Lo demás es cuestion de gusto y de . . . . talones.

## II

### EXTRAMUNDI.

Saliendo de Padron por el magnífico puente de sillería (1) que lo pone en comunicacion con los arrabales, y doblando á la derecha por entre las dos filas de casas que componen la Trabanca de arriba, barrio conocido en los documentos antiguos con el nombre de Burgo Novo, pronto se halla el pedestre viajero en la Pedreira, grupo de viviendas esparcidas en un repecho que empieza en el camino y termina en la fresca orilla del Sar.

Continuando, pásase por delante de la puerta principal de la Torre del Monte, magnífica quinta de recreo que fué un día casa señorial de los marqueses de Bendaña, y cuyos muros lisos y llanos nada de notable ofrecen al arqueólogo. En la direccion de esos muros, teniendo á la izquierda montes salpicados de pinares, deslízase la carrêtera vecinal que recorre la antigua jurisdiccion de Quintas.

Como no es mi ánimo llevar muy lejos al lector, le haré penetrar en la Dehesa Pequeña, principio de la aldea de Extramundi; dejarla atrás con sus añosos robles; salir al camino despejado para atravesar la Dehesa Grande, que no lo es tanto como parece indicar su nombre, y plantarlo á los pocos minutos en un trozo del camino que fatdea la montaña y domina parte del valle, á ambas márgenes del Sar.

Una vez allí, el observador puede dirigir la vista á derecha é izquierda, adelante ó atrás, si le viniere en mientes; pero como atrás no verá nada nuevo, como adelante solo verá las curvas que describe el camino para evitar los accidentes del terreno, y á la izquierda se es-

---

(1) Construido por el Ayuntamiento en 1852.

trella:án sus visuales en la série ascendente, monótona y sombría de los montes y los pinares, es indudable que las convertirá á la derecha para reposarlas en el sereno paisaje de la llanura, salvando con facilidad los obstáculos de algunos huertos y castaños, gracias á la elevacion del punto de vista.

Es lo mejor que puede hacer; y si su espíritu se inclina á los placeres de la dulce melancolia, de que solo saben gustar las organizaciones delicadas, no dará por perdida la caminata, aún sin tener en cuenta la higiene.

Supongo el paseo en las horas avanzadas de la tarde, cuando el sol se avecina al ocaso, que es mi hora predilecta. Tal vez cambiará de aspecto el paisaje visto en cualquiera otra; pero yo creo que esa es la hora de sentir, y solo por la tarde comprendo estos paseos de aficionado á la contemplacion de la naturaleza. Es una debilidad de que no puedo librarme.

Situado aquel camino en la parte occidental del valle, él y los montes que faldea, quedan privados de la luz del astro-rey, cuando aún el lado oriental y casi toda la llanura, ostentan ese tinte suave y lánguido que imprimen á cuanto iluminan los postreros rayos del moribundo sol.

A esa luz peculiar del ocaso, la ladera del Miranda, con sus aldeas y sus bosques; Yria, con sus jardines y las casas del ex cabildo rígidamente uniformes y alineadas; las *cortinas*, la vega, el Sar con sus represas y sus solitarios molinos, cubiertos de yedra y de musgo, adquieren cierta indefinible vaguedad, colorido cuya tristeza se trasmite al sér pensador, por esa natural propension á poner nuestras ideas en consonancia con los objetos que nos circundan.

Aquellos árboles tienen entonces alguna semejanza con el sauce ó el ciprés de los cementerios; aquella yerba dorada por el sol que muere, nos hace pensar involuntariamente en la que brota al lado de las tumbas; y hasta los reflejos de la luz que choca en la tersa superficie del Sar, tardos como su corriente, intensos como la llamada de una antorcha próxima á extinguirse, tienen algo de triste, que la imaginacion, predispuesta ya, asocia fácilmente á ideas fúnebres y á dolientes recuerdos de instantes felices, perdidos en la nada del pasado.

Después, cuando el sol traspone los montes, queda el Occidente envuelto en las sombras precursoras de la noche, en tanto que el valle y las colinas opuestas yacen todavia en la semi-claridad del crepúsculo. Ese contraste de la luz débil con las sombras incipientes, es de un

efecto particularmente fantástico, y viene á acentuar más y más el tono melancólico de los pensamientos que embargan al observador.

Más de una vez me ha hallado en estos sitios la caída de la tarde, y siempre la impresion recibida fué idéntica, ya estuviese solo, ya entre jóvenes y alegres compañeros, cuya risa no era bastante poderosa para cambiar el rumbo de mis meditaciones. Confieso ingenuamente que no me pesaba de ello, y que hallaba cierta voluptuosidad en aquella melancolia en que flotaba mi espíritu: esa voluptuosidad que hallamos hasta en las lágrimas y que en sus eufónicos versos nos describe Homero cuando nos muestra á Príamo y Aquiles llorando, el uno el recuerdo de Patroclo y el otro la muerte del último de sus hijos.

No es fácil explicarse cómo un paisaje que, analizado por partes, y desde cualquier otro punto de vista, nada contiene que hable de tristeza, observado desde allí y en conjunto, pueda producir ese efecto. Yo solo he podido atribuirlo á la inmovilidad, que es su carácter principal; á la limitacion del horizonte que obliga á mirar hácia la vega situada en segundo término, por el reducido espacio que dejan libre los numerosos árboles que se interponen entre ella y el observador, permitiendo verla solamente por fajas.

El movimiento en la belleza es indispensable, si ha de sentirla el alma; y el movimiento de la belleza en los paisajes, compónenlo horizontes despejados, luz definida, espacio en que puedan vagar y sumergirse libremente las miradas. Por el contrario, el horizonte reducido por sombras y montañas, en zonas determinadas y precisas, por las cuales, como los rios por sus álveos, deben llegar las miradas al objetivo, dan la idea más exacta del reposo, de la inercia del paisaje, que engendra los pensamientos sombríos, como la inercia del cuerpo ó del espíritu engendra la misantropía y el suicidio, que no es más que el cansancio de la vida. No me aventuraré á afirmar que sea enteramente extraña á la impresion melancólica que produce en el alma el paisaje cuyo boceto quise diseñar en estas líneas, la influencia de esa hora del crepúsculo en que la luz vacila y llanto de ternura desciende del cielo en calma, cual rocío benéfico que viene á visitar el corazón desecado: de esa hora en que hasta el que nunca amó se siente inclinado á amar, y á sentir el que nunca sintió. ¿Cómo negar esto, si sé

que el hombre, como la planta, es un infeliz esclavo de la atmósfera y de la tierra de que vive?

De todas suertes, vayan á Extramundí únicamente los que sepan amar, saborear el deleite de la melancolía y leer en el libro de la naturaleza.

Guárdense de ir los que solo vean en el corazon una víscera necesaria á la economía animal, en los paseos campestres un auxiliar de los jugos gástricos y un libro en blanco en la naturaleza.

Para hacer buenas digestiones, no es indispensable sentir.

---

### III.

#### ORILLAS DEL ULLA

En Norte-América, tierra clásica de los *clubs de remeros* (Rowing Clubs) las excursiones en bote por sus rios son muy frecuentes y componen una de las principales diversiones de la juventud y aún de la edad madura: ejercicio agradable y útil á la vez, por lo que favorece el desarrollo físico.

En contínuo contacto, por mi profesion, con la juventud de los colegios, he tomado parte en más de un paseo en bote por el Hudson, desde Newburgh hasta la isla de Polopell y Cornwall; por el Susquehanah, de pintorescas orillas, y por otros de mayor y menor nota de aquella extensa region.

Admirando las rocas basálticas que á manera de columnas naturales bordan las márgenes del uno; las inesperadas sinuosidades del otro; las transparentes aguas de aquel, la risueña vegetacion que marca el curso de este, muchas veces he recordado las mágicas orillas de los rios de Galicia, formando *in mente* la resolucion de recorrerlas y estudiarlas con toda la atencion necesaria, para convenirme de si en efecto podian sostener comparacion ventajosa con las que entonces contemplaba en extraña tierra.

Por desgracia, los proyectos no se realizan tan fácilmente como se conciben. A causa sin duda de mi excesiva movilidad pasada, hállome con una invencible sed de reposo, que ni aún pensar me permite en excursiones de

algunas leguas más allá de mi valle natal; diríase que temo perderlo de vista, antes que me sea indispensable abandonarlo tal vez para siempre. Hállome en igual condicion que el enamorado que tiembla á la sola idea de alejarse de los ojos de su amada, que le dan vida y calor. Aplazo, pués, la realizacion de mi proyecto para cuando venga á fijarme definitivamente en mi hogar, si es que soy bastante feliz para lograrlo; y mientras tanto me contentaré con recorrer las orillas del Sar y del Ulla. Después recorreré las del Miño, las del Avia, las del Eume, las del Tambre, las del Sil, las del Lerez y del Vedra; todos los valles, todas las montañas de esta bella Suiza española (pero sin glaciarios) que, nacido en ella, me es mucho menos conocida que el mundo de Colon.

Pero aquí tengo el Ulla, y sin salir de mi querido valle, puedo visitarlo. La distancia que media entre él y la villa del Padron, es muy corta, y un alegre paseo por aquella carretera, colocada como un puente sobre la llanura más poética que puede imaginarse, dista mucho de ser un sacrificio, aún para el que padece hambre y sed de quietud. Emprendámoslo, pués.

El carácter más sombrío no puede menos de experimentar una transformacion completa recorriendo el camino de Padron á Cesures. Saliendo del pueblo, déjase á la derecha el soto de corpulentos robles, plantados para defenderlo de la furia del airado vendaval que con tan incómoda persistencia se hace sentir aquí en invierno. De allí en adelante el panorama se ensancha y adquiere un riente colorido. Desde la altura de la carretera por la que se camina, contéplanse á uno y otro lado vegas que son continua alfombra de verdor, interrumpida solo por las abjillantadas cintas del Sar y del Sarela, y por el color azulado de las flores del lino que ondulan graciosamente al compás del suave soplo de la brisa.

Las bellas aldeanas, á la par que siegan la yerba de las vegas, entonan canciones cuya melodía no olvidaré jamás, porque me habla de los inolvidables dias de la infancia; ni nunca dejaré de conmoverme más que las notas de Rossini y de Verdi, porque tienen para mí mucha más poesía que ellas, porque me parecen más espontáneas y más llenas de inspiracion: es la poesía y la inspiracion de la pátria.

A la izquierda se descubre la sombría mansion de Barco, oculta en sus bosques; la aldea del Lestido, rodeada de prados y arroyos; el terraplen de la línea férrea

y, el Pombal; á la derecha, al otro lado del Sar, el Carballal, cuyo carácter de *english cottage*, revela la nacionalidad adoptiva del que dirigió su construcción; el palacio de Lestrobe, encerrado en sus muros, de entre los cuales y sobre los raquíticos robles que en su recinto crecen, surge la gigante forma del *pino manso*; y más allá, Lestrobe, enclavada entre vegas y ásperas alturas cubiertas de pinares.

Pásase sobre el Puente Barreño, lanzando una mirada al rápido que forma el pequeño brazo que allí se desprende del Sar para abreviar su marcha hácia el Ulla, que el brazo principal prolonga todavía á fuerza de sinuosidades.

De vez en cuando atrae nuestra atención un grupo de bellas aldeanas, con su pintoresco y sencillo traje provincial, con sus largas trenzas de pelo caídas á la espalda, llevando por tocado, ora la blanca y tradicional cofia, que sirve como de aureola á sus rostros sonrosados, ora pañuelos de extraños dibujos en que predominan los colores nacionales, que tanto se aprende á amar viviendo lejos de la patria. ¿Quién dijo que la bandera no es la patria? ¿Quién afirmó que la bandera es la patria del orgullo? Ese ignora lo que significa la bandera de la patria cuando se la vé flotando al aire bajo extraños cielos. Ese no se descubrió reverente al verla mecerse sobre las olas del Pacífico en la bahía de California, á tres mil leguas de las costas de España. Entonces se comprende que la bandera, si no es la patria, es su símbolo, y cada una de sus ondulaciones es para el desterrado una sonrisa, un saludo, una caricia de la patria ausente. ¡Bendita sea la bandera de la patria!

Penétrase ya entre las dos hileras de casas de Cesures: altas y blancas, con establecimientos comerciales las de un lado, revelan la comodidad y la riqueza; bajas las del otro y ahumadas, denuncian que en ellas se albergan familias de labradores. Es el eterno contraste de la fortuna y de la miseria; de los felices y los desheredados de este mundo. ¡Oh Igualdad, quimera del poeta!

Hemos llegado. Allí está el vetusto puente que lanzaron sobre el Ulla los soldados de César, y como todas las obras de aquellos colosos, permanece firme en su puesto, insensible á los destrozos del tiempo, impotente para destruir lo que han hecho los antiguos señores del mundo, que, como colonizadores, solo han tenido rival en aquella raza detitanes que llevaron al Nuevo Mundo las carabelas de Isabel I.

Una vez aquí, entremos en un bote, sentémonos en la popa mientras rema el robusto marinero, venciendo la corriente, para remontar el río hasta donde lo permitan los muros que le interceptan allá arriba de la Granja, construidos para facilitar la pesca de la sabrosa lamprea del Ulla. Lleguemos allí y comencemos la descripción al comenzar el descenso.

Nada hay más melancólico que aquellas orillas silenciosas, desiguales, á las que vienen á morir bosques de pinos y robles, bajando de las laderas como decididos á penetrar en el agua. Desiertas casi por completo, cubiertas de enramadas que forma la vid salvaje, entretegiéndose con los castaños y sauces que proyectan sus sombras sobre el río, danle un aspecto muy á propósito para inspirar pensamientos tristes; para despertar recuerdos luctuosos de esos que duermen en la memoria de los que han amado y sufrido, y componen el fondo de toda vida en que para algo haya entrado el corazón.

Estos pensamientos, recargados de negros tintes, vanse aclarando á medida que el bote avanza río abajo, al solo impulso de la moderada corriente. La espesura del ramaje de las orillas disminuye, y ya de vez en cuando penetra un rayo de sol que se prolonga sobre las aguas, y parece dormirse en los remansos. Déjase atrás la Granja, y la claridad es mayor cada vez: pásase por delante de Barco, y la sombra desaparece: las orillas, despejadas ya, no obligan al observador á reconcentrarse en sí mismo: el paisaje se estiende, el verdor de los campos sonríe; las casas de Cesures y San Luis vuélvense á ver á ambos lados, y la animación de la vida reemplaza el silencio de muerte, que antes solo interrumpía el melancólico trinar de algun pajarrillo perdido en la espesura.

Deslízase el bote con rapidez y queda por la popa la aldea que lleva el poético nombre de Paraíso. Desde allí el río corre por una estensa llanura: sus orillas bajas permiten tender libremente la vista en todas direcciones y gozar de un delicioso panorama. Así debían ser los campos del Eden de que nos habla el Génesis.

Suaves colinas á lo lejos, caseríos, *brañas* salpicadas de arbustos, cubiertas de yerba aromática cuyo perfume trae el aura en su vuelo fugitivo; campos de ondulante y florido lino; los labradores entregados á sus rústicas faenas; el ganado que pace en las vegas; pájaros que cantan en los sotos; palomas que pasan en bandadas de una á otra orilla, de Cordeiro á las *brañas* de Dodro y Laiño en busca de sombra

y de frescura; cielo límpido y sereno; luz, movimiento, belleza continua é indefinible: tal es el paisaje, y á fé que nada tiene que envidiar á los más bellos de las orillas del Susquehanah ó del Hudson.

El viento trae ya en sus alas ese olor especial de las rias, ese olor del mar que aspiran con avidez los pulmones, porque los vigoriza. Están cerca ya las torres del Oeste, en donde las aguas del Ulla se mezclan, murmurando, con las del Océano: tal vez ese murmullo es el adios eterno que antes de desaparecer en el seno insaciable del mar, envia á los jardines que acaba de recorrer. Hay algo de triste en aquellos rumores de las aguas que luchan antes de confundirse.

Allí acaba el rio, y es natural que allí termine nuestra deleitosa excursion. El regreso puede efectuarse por el rio ó por tierra; pero es preferible esta última via, porque proporciona ocasion de contemplar nuevos paisajes que en razon de no ser menos seductores que los que se acaban de admirar, exímen del inconveniente del cansancio á un paseo desde Isorna á Padron, dejándole solo el de que no sea posible darle cima sin lamentar su breve duracion.

---

#### IV.

##### CAMINO DE HERBON

Se me dirá que en mis bocetos no salgo del estrecho círculo de mi valle natal. ¡Objecion vana! ¿Acaso he prometido más? ¿No he dicho que me aqueja sed de quietud; que no puedo decidirme á salir de los límites de este valle? Pues entonces, nadie tiene derecho á censurar, que en mis descripciones me encierre en él. Y á fé que harto haria si describir consiguiera cuanto hay notable en punto á belleza en tan reducido espacio. Sirvan estas líneas para prevenir la censura ó, lo que es lo mismo, para curarme en salud, antes que el lector avinagre el gesto y la suelte como andanada contra mi pobre libro, muy inocente por cierto de que yo haya nacido en donde nací. Y ahora seguiré en mis trece.

Hay algo en mi alma que me impulsa á buscar y amar:

la soledad. Ese algo es coetáneo de mi existencia racional, que ya no data de ayer; y me permito calificar de racional una parte de la existencia, para diferenciarla de la otra en que vivimos porque vemos vivir, sin dar pruebas muy claras de poseer ese espíritu que, según los metafísicos, nos acompaña ya en el claustro materno. La distinción no agrada á todos, pero á mi me parece justa, y con eso me contento. Cada uno es cada uno.

Decía, pues, que esa propension á amar y buscar la soledad, era antigua en mí; porque á ella cedía de niño, de adolescente después; y ahora que me hallo en las fronteras de la edad maldita de Espronceda, esa propension es más decidida y hallo verdadero placer en satisfacerla.

Buscando ese placer, me dirigí uno de estos preciosos días de invierno, de sol magnífico y transparente cielo, por la antigua calzada paseo final de todo el que aquí muere, puesto que por ella se vá al cementerio: pasé por delante de la modesta y fúnebre mansion, en cada uno de cuyos ángulos se levanta un ciprés que llora y gime, y leí sobre su puerta este sentencioso dístico debido á mi amigo y maestro D. José M. Vidal.

*Aquí acaban placer y vanos gustos  
Y empieza la carrera de los justos.*

Al través de sus negros caracteres colocados en semicírculo, me pareció descubrir el tupido y simbólico cendal de la Fé entibiando la clara inteligencia del poeta; y suspiré. No extendió mis labios sonrisa de burla, porque jamás hice mofa de la fé, y nadie ha luchado con más teson ni más constancia que yo por conservar su velo sobre los ojos de mi espíritu. Cuando no pude evitar su caída, recuerdo que lloré las últimas lágrimas que me quedaban. Desde entonces, ya nunca lloro; pero á veces... envidio á los que aún llevan el cendal.....

Dejé á la derecha inscripcion y cementerio, cipreses y tumbas, y rumiando las fecundas ideas de Moleschott, acerca de la eterna circulacion de la vida, seguí camino arriba por entre las heredades de la Matanza y el Pasal, acuática quinta en invierno, verdadero baño en estio, agradable, aislada y fresca siempre. El camino asciende por allí entre pinares, muros, canteras y verdes campos: es luminoso y sombrío por intervalos, según la naturaleza y elevacion de sus orillas. Llegado al punto en que de la via principal parte una trocha que vá á la Granja, no puede me-

nos de detenerme á contemplar aquel sendero áspero, sembrado de guijas esparcidas por los aluviones y cubierto de una rojiza capa arcillosa. Miré un momento las dos encinas seculares que le promedian en su punto culminante, y se destacaban con vigor en el cielo azul; remonté la corriente del tiempo, hácia las horas cuyo recuerdo despertaban en mí aquellos lugares; me ví adolescente, amante y amado; llorando de amor sobre un seno que agitaban los sollozos, en una tarde lluviosa de Marzo: ví muerto en aquel seno aquel amor; galvanizado después en el mio por la pila vol-táica de los ojos que me lo inspiraran; pero ya era un ca-dáver. . . .

¿Envejezco ya?— me dije. La vida es Jano: la cara que mira al pasado es la vejez: la otra no mira al porvenir por-que está ciega. El futuro carece de espacio para la vejez ¿Envejezco ya, que así me sumerjo en el mar de las horas que fueron?

Y resurgiendo de entre las ruinas de mi pasado, descu-brí la frente, que besó el viento y bañó el sol con sus ra-yos de vida, alejando las tinieblas que la envolvieran; torné á ser yo y continué andando.

A la altura del pinar de los Romanos, donde termina la cuesta que comienza en el Pasal, baja un arroyuelo por un cauce de piedra abierto por la mano del hombre. Frente á este arroyuelo, salvando un muro de un metro, que marca la línea del camino, se entra en un pedazo de terreno baldío que se eleva bruscamente, formando un altozano cuya cima coronan peñas de granito, quizás cantos erráticos, de tal manera dispuestos, que ofrecen en sus huecos cómodo espacio para ocultarse muchas personas á las miradas de los que transitan por el camino, en tanto que por el lado opuesto pueden gozar libremente de una bellísima perspec-tiva. A aquellos peñascos me dirigí yo, y eligiendo el más apropósito para servirme de divan por una ó dos horas, tendíme sobre él y saqué pipa, lapiz y papel.

Allí, reclinado en una peña, bebiendo con avidez la luz del sol, compañera inseparable de la vida; aspi-rando el aire puro impregnado del olor acre de la re-sina de los pinares inmediatos; fumando la deliciosa hoja de mi amada Cuba, y déjando vagar mis miradas por el panorama que se desarrollaba á mis piés, me sentí re-juvenecido, sentí que se disipaban las brumas que me os-curecieran por un instante la serenidad de la mente. Estaba á solas con la naturaleza y era feliz.

Recordé que debía felicitar en su cumpleaños á una jó-

ven y bella amiga y, sacudiendo las blancas cenizas de la pipa, y guardándola con religioso respeto, tomé el lapiz y escribi... seguidillas: ese tono preludiaba entonces la lira de mi alma.

Sobre piedras y en alto  
Tendido estoy,  
Niña, cual un lagarto,  
Tomando el sol.  
Y en lontananza,  
Un paisaje descubro  
Que entona el alma.

Entre montes alzados  
Gozoso miro  
Luciendo sus cristales  
Un calmo rio:  
Y en sus riberas  
Contrastan los pinares  
Con verdes vegas...

Dadas aquellas circunstancias, solo era posible escribir seguidillas. Cielo transparente, aire perfumado, campos y colinas, bosques y rios meciéndose voluptuosamente entre olas de suave luz, forman un conjunto de alegría tranquila que contagia el corazon y atrae la musa juguetona de las sonrisas.

El paisaje era encantador por su variedad y su riqueza de colorido.

El pico de Meda envuelto en la vaguedad de la distancia: los montes de Carracia, áridos, pedregosos, parduscos por la carquexia, la aliaga y el musgo de las rocas: robledos en unas laderas, pinares en otras; Herbon rodeado de huertas con su triste convento oculto en una hondonada y en un bosque, á orillas del rio que besa silencioso sus muros: vegas y cerros del otro lado del Ulla, que ora se muestra por los claros de las dehesas y pinares y en las partes llanas, ora se oculta como temeroso del sol: la Granja, con sus muros vestidos de yedras y de musgos, hijos de los años y de la humedad de la atmósfera; con su capilla de la Santa Cruz, su extensa huerta, sus prados y sus bosques; Barco, otro solar de mayorazgo, suspendido sobre el Ulla como un nido abandonado; Ceñures á lo lejos, Lestrobe más allá, Padron con sus casas apiñadas, el Sar, la vega verde y risueña como siempre; el Cármen, especie de

castillo feudal cuyas saeteras apuntan en la direccion de la villa que yace á sus piés: figúrese el que quiera este cuadro limitado por las sombras ténues de una atmósfera sin nubes, ni vapores; en las condiciones de luz y de reposo de uno de esos espléndidos dias de Diciembre que á no ser por la desnudez de los árboles harian creer en un retroceso al otoño ó en una transicion repentina á la primavera, y tendrá una pálida idea del magnífico panorama que yo contemplé desde mi pétreo divan, fumando y haciendo seguidillas.

Muchas veces he vuelto después: muchas horas vi pasar desde allí, fumando y recordando; y siempre fué ocasion de asombro para mí el no hallar ocupada mi peña favorita. . . . ni ninguna otra.

¿Cómo se explica esta indiferencia por los bellos paisajes en donde abunda la gente ociosa, en donde las fiestas son religiosamente guardadas?

¿Prohíbe la moda estos paseos? ¿No existe aquí el amor de lo bello?

Pero no es eso: es que nadie sabe apreciar justamente lo que posee hasta que lo pierde.

¡Triste condicion humana!

---

## V.

### LESTROBE. LA DE HERMIDA

Nunca he sido ingrato, y creería merecer tan fea nota sí en esta especie de revista de los sitios pintorescos que tanto abundan en el valle del Sar, pasara por alto Lestrobe y la casa de Hermida que en la parte culminante de la aldea se eleva á guisa de solar de la edad media. Ni me fuera posible semejante olvido por más que lo intentase. ¿Cómo olvidar el paraje más frecuentado por mí, no solo ahora, sino tambien antes de mi emigracion?

Allí vivía antes y vive hoy, nó un amigo de la infancia, sino un amigo de la época en que se separan la niñez y la adolescencia, en que termina la vida atolondrada y sin objeto, y comienza la vida del sentimiento, la vida consciente, la aurora de la razon. Las amistades de la infancia pasan como los celajes sonrosados que tiñen el cielo indicando la proximidad del sol en el poético crepúsculo matutino: cuando aparece el astro-rey de la razon solo nos que

da un recuerdo vago de esas leves nubecillas. Por el contrario, las afecciones que subsiguieron al alba de ese día, echan raíces más profundas en el corazón, y mueren con él.

Poreso vive en el mío esa amistad, cuando tantas otras anteriores y posteriores no me han dejado más que el vago recuerdo de su existencia en remotos días.

Así, fácil es suponer que no economizaré mis visitas á la vivienda de ese amigo. La amistad y mi afición nunca desmentida á los paisajes bellos, me impelían á hacerlas.

Desde la villa á Lestrobe, el camino es en extremo agradable, deslizándose por la Trabanca de Abajo, subiendo por las Barreiras hasta el *Portal de Arriba*, entre vegas, huertas y bosques; y descendiendo desde allí por entre el muro del Palacio y los terrenos cultivados del flanco de la montaña que sube gradualmente hacia la derecha.

En Lestrobe ya, hay que subir para llegar á la casa de Hermida ó «á la de Hermida» como la llaman los aldeanos, cometiendo, sin saberlo, esa figura que los gramáticos designan con el nombre de elipsis. Cualquier camino es bueno, aunque ninguno es suave é igual, por no permitirlo lo ágrío del terreno y su pronunciado declive; pero yo daba la preferencia á uno que parte del Crucero, angosto, bordado de vetustos muros de cantos que se sostienen unidos sin necesidad de argamasa, gracias á las yedras, zarzas y saucos que brotan en ellos y sobre ellos, uniéndose el ramaje de uno y otro lado y formando espesa bóveda encima del sendero, que le dá un carácter sombrío, y generalmente en consonancia con el estado de mi ánimo.

Crúzase este sendero, oyendo sin cesar el ruido acompañado de los telares (pues la aldea no es puramente agrícola) y por callejuelas no menos tortuosas y estrechas, se entra en el patio de la casa, que en medio de su aspecto rural aún dice algo de aristocracia y distincion que concuerda con su esplendor pasado.

Allí, en medio de la fachada de sillería y casi escondido entre el musgo amarillento de los siglos y de la humedad, aún asoma el escudo nobiliario del fundador: algunas ventanas destrozadas en el ala del Norte, deshabitada hoy, con los huecos de los vidrios esperando por estos todavía, contrastan con las de la otra ala, nuevas con vidrios y pintadas de verde al estilo del país. Una enorme higuera se levanta y extiende sus ramas retorcidas hasta el techo, con no pequeño daño de las tejas.

Entrase por un zaguan empedrado con no mucha igual-

dad, súbese por una escalera de piedra ni lujosa ni mezquina, como el cuarto del viejo del «Diablo Mundo», y hállese el visitante en una extensa sala que hoy sirve de comedor, y antes probablemente prestó igual servicio. Aquel es el primer piso. Mi amigo Pepe, amante de la soledad aún en su propia casa, vive en el segundo, dando con esto elocuente prueba de un delicado y exquisito sentimiento del campo y del paisaje que cuadraría bien á un contemporáneo del inglés Shakespeare.

Además de esa afición, tiene otra mi buen amigo; y es la de no levantarse nunca antes que el sol haya recorrido en los cielos la mitad de su carrera, con permiso de Galileo sea dicho. Así, pues, casi siempre me tocaba el trabajo de arrancarle de la mansion del sueño real y efectivo, por medio de una, tardía sí, pero ruidosa diana vocal é instrumental: esta última parte la desempeñaba con la ayuda de la puerta, del picaporte y de mis zapatos; instrumentos que si no satisfacen las exigencias de la armonía más rudimentaria, nada dejan que desear en punto á estrépito. Ello es que nunca dejaba de surtir efecto, y á los pocos instantes de bulla, ya Pepe charlaba tranquilamente acerca de la exactitud de las ideas de Büchner sobre el ensueño considerado como prueba de la vida nocturna del alma, é indicio de la existencia personal después de la muerte.

Entonces se hacia la luz. Abríanse las ventanas, y los rayos del sol penetraban alegrando aquella habitacion é inspirándonos el deseo de salir á gozarlos á campo raso por el camino de Iria ó en la misma huerta de la casa, que es deliciosa y hasta perfecta, en su rica variedad.

He dicho que Pepe posee el sentimiento del campo y del paisaje como un poeta de la escuela de Shakespeare.

Naturaleza agobiada por las trabas sociales, por la vida de los grandes centros, por las preocupaciones á que en ellos tiene que rendir culto el que no está reñido con el ánsia de hacer fortuna, ha llegado al borde de la misantropía, y traspasó los umbrales del escepticismo. Ya lo que antes heria su sensibilidad no conmueve hoy su indiferencia; lo que un dia tal vez enardeció la sangre, en sus arterias, arráncale hoy una sonrisa que revela amargura, ironía y pesar.

Su corazón solo palpita para el arte; solo la belleza natural y la belleza artística hallan el camino de su entusiasmo tranquilo, razonado. A esta circunstancia atribuyo el que nunca haya contestado á mis importunas dianas con

los versos que Miguel Angel grabó al pié de su preciosa estatua de la Noche, en Florencia:

*«Grato m'é il sonno é piu l'esser di sasso  
Mentre che il danno e la vergogna dura:  
Non veder, non sentir m'é gran ventura  
Peró non mí destar; deh, parla basso!*

Y la fé que le vendria bien, excepto en lo de ser de piedra. . . . .

Tal vez él haya formado igual juicio de mí; y en este caso nos habremos pagado en la misma moneda y quizás los dos tenemos razon. La posteridad es el único juez competente en estas materias; pero tendrá el mal gusto de ocuparse de nosotros tanto como nosotros nos ocupamos de ella, y la cuestion quedará indecisa. Ni la posteridad ni nosotros perderemos gran cosa.

Dada la aficion de mi amigo al paisaje, no podia haber elegido residencia más grata. Con vistas al Norte, al Este y el Oeste, aquella habitacion es un magnífico mirador, desde donde se descubre cuanto puede desear el más descontentadizo en materia de perspectivas. Es difícil creer que á la construccion de esa parte del edificio, que data de mediados del último siglo, no haya presidido un gusto tan refinado como el del que ahora la habita. Hasta la variedad se tuvo en cuenta; así, no hay más que asomarse á las ventanas del Poniente ó del Sud, si el alma está predispuesta á recrearse en la contemplacion de un paisaje agreste y sombrío como los que brotaron del pincel de Salvador Rosa.

Por aquel lado, cortan el horizonte cerros escuetos, áridos, cuya masa gris se destaca, con claros y definidos contornos, sobre el fondo azul del cielo. Más acá, las miradas vagan por encima de las copas enhiestas de pinos y robles, de entre los cuales emergen, de trecho en trecho, algunos de esos pinos cuyas ramas se extienden en forma de abanico, llamados *pinos mansos* en el pais y pinos de tea en América. Por un claro del pinar ó de la robleda, descúbrese el suelo pedregoso, áspero, ostentando ese color bravio de la vegetacion inferior de los bosques: arbutos, retoños, retamas, helechos, ya secos, ya verdes, segados ó en pié. Aproximándose al punto de vista, el bosque se detiene para alternar con trozos de terreno recién desmontados: á estos sucede la espesa enramada de un bosquecillo de naranjos, limoneros, laureles, y un castaño ín-

dico que no parece echar mucho de menos su tierra originaria, según lo admirable de su desarrollo. Los laureles son también muy corpulentos, rectos y altos; prueba indudable de la excelencia del terreno y de su ventajosa situación; pues el laurel en Galicia es un arbusto y aquí alcanza dimensiones que envidiarían muchos árboles. El perfume del azahar y del laurel elevándose en gratos eflúvios, satura la atmósfera y templea en el alma la impresión recibida al errar con la vista por selvas y colinas pedregosas; el rumor dulce y continuo de una fuente que cae en pilón de granito debajo del emparrado, que con sus viciosos y exuberantes pámpanos y anchas hojas lo hace invisible, acaba de neutralizar lo agreste del paisaje; como el oasis dulcifica la idea del desierto.

Enteramente distinto es el panorama que se descubre desde las ventanas del Este. También en aquella dirección hay cerros que limitan el horizonte; pero están más lejanos, y entre ellos y el observador media un espacio descubierta, risueño de verdor y de frescura: media, la anchura del valle, presentándose en primer término los denegridos techos de las casas que componen la aldea de Lestrobe, alternados con eras y huertas cercadas de muros vestidos, de yerbas, zarzas y saucos; siguiendo después la vega, el Sar oculto entre los árboles y arbustos de sus márgenes; la carretera, Cesures, San Luis. Hacia el Sur queda la llanura regada por el Ulla, matizada de sotos, rica de luz. De vez en cuando, un galeón con sus velas hinchadas por la brisa suave, remonta ó descende el Ulla oculto por los maizales de las orillas; diríase que una ave gigantesca se deslizaba por aquellas vegas, rozando los mieses con sus blancas alas. Más al Sur vense las pintorescas *brañas*, las riberas de Isorna tan poetizadas por Murguía en su preciosa novelita «El Ángel de la Muerte». Allí el horizonte se dilata: el mar llega á recibir en su seno las aguas del Ulla. . . . .

Claudio Lorena hallaría realizado aquí el ideal que le inspiró esos paisajes radiantes de luz que nos legó su génio: paisajes en que la vista se extiende más allá de los límites del cuadro, buscando los vagos confines de aquellos horizontes diáfanos, de aquellas campiñas en que se siente circular el aire. . . . .

¡Qué lástima que el hombre no pueda prescindir del oro sin resignarse á prescindir de la vida! Sin ese deber tiránico, burla sarcástica á la teoría del libre albedrío, la felicidad hallaríase en la *de Hermida*, y no habría necesidad

de buscarla en otra parte. Reposo, luz, bosquecillos de laureles y naranjos: agrestes pinares y robledas; arroyos, fuentejillas parleras; magníficos paisajes; ¿qué faltaria en ese limitado paraíso?

¡Ay!

Pepe comprenderá esta exclamacion final y me dispensará de explicarla.

---

## VI.

### EL VALLE INUNDADO

Nunca he estado en Venecia y no me pesaria dedicar algun tiempo á admirar la magnífica reina del Adriático; pero de todas suertes, si no llevara más objeto que el de pasearme en góndola por sus calles canales, ya podria ahorrarme el tiempo y el dinero del viaje; que sin salir de mi gentil Padron, fácil me seria satisfacer ese deseo.

Padron, en estos dias de invierno, es una Venecia en pequeño. Cuando el cielo se envuelve en su manto de pardas nubes y abre sus cataratas sobre el valle, y los arroyuelos de las laderas se convierten en impetuosos torrentes que descienden arrastrando cuanto à su paso encuentran, el Sar, el humilde Sar, tan manso, tan inofensivo de ordinario, envanecido al sentir entrar en su cauce tan considerable cantidad de agua como reúne y le lleva su cuenca, no muy reducida en verdad, abandona su mesurada marcha, desentiéndose de las caprichosas curvas de su álveo y salvando los escasos accidentes del terreno, se desborda y convierte en lecho suyo toda la extension del valle, sin perdonar la villa que en él se refleja. Entonces penetran en las calles los botes de Cesúres llevando provisiones de boca á los vecinos poco previsores, y el que no se dá el placer de pasear en góndola por ellas, será porque teme los efectos de la humedad, ó porque no quiere; pero nó porque no pueda.

Algunas veces me ha sucedido ya desde mi llegada, tener que pasar el dia confinado en mi casa, por habérscle ocurrido al Sar salirse de madre, dándose un dia de asueto como chiquillo travieso. Hoy es la tercera ó la cuarta.

A somado á la ventana contemplo la vega hácia el Norte, convertida en un lago, ó en una bahía.

Sobre las aguas aparecen los arboles: las aceñas sumergidas hasta la mitad de su altura, parecen buques anclados; y momentos hay en que, al sentir estrellarse suavemente al pié de mi ventana las olas que agita el viento, me formo la ilusion de hallarme á bordo de un vapor de rio fondeado en el Misisipi ó en el Hudson.

Esta bahía improvisada por la aglomeracion de las aguas del cielo, llévame á pensar en la remota época en que este valle era una cómoda y extensa bahía que daba vida y animacion á la antigua ciudad de Iria Flavia que vemos figurar en los mapas del tiempo de la dominacion romana. En esta creencia me confirma el haber presenciado yo mismo, al hacer excavaciones para los cimientos de alguna casa, la extraccion de clavos que indudablemente habrian servido para sostener la trabazon del casco de algun trireme; y además las capas superpuestas de conchas pertenecientes á moluscos de las mismas especies tan abundantes hoy día en las orillas de la ria de Arosa que entonces se extendia hasta aquí.

La tierra negra, areniza en unas partes, gredosa en otras, en ninguna firme, presenta analogía exacta con la de los flancos de las montañas vecinas. Está, pues, claramente indicado, que este terreno pertenece á la época geológica más reciente, la cuaternaria, y que su formacion es aluvial, y de aluvion moderno. A esto debe sus excelentes condiciones vegetales; pues la proximidad de rocas graníticas en las alturas inmediatas, que solo suministran arenas al descomponerse en virtud de la accion de los agentes atmosféricos, si a ellas solas hubiese tocado rellenar esta bahía trocándola en valle, bastaría para imposibilitar en él toda vejetacion.

La teoría de las oscilaciones lentas de los continentes, es hoy un hecho admitido por todos los naturalistas. En fuerza de ellas, prodúcense levantamientos ó depresiones de la costra terrestre, especialmente en las costas, que dan por resultado el avance ó el retroceso del mar. Esta teoría viene tambien en apoyo de mi hipótesis, y explica que haya podido convertirse en pintoresco valle, una hermosa y cómoda bahía. El retroceso del mar, auxiliado por el incesante trabajo de sedimentacion de la tierra por los aluviones arrancada de toda la cuenca del Sar, con la cual fueron rellenando lentamente el espacio que dejaban libres las aguas del mar: hé ahí el origen de

esta llanura tan nivelada hoy, con poca diferencia, como cuando la formaba el líquido elemento.

Así se aclara también el misterio que envuelve la desaparición de la gran ciudad de Iria Flavia, atribuida á un hundimiento por la tradición popular, arrasada por los suevos en sus guerras civiles, según Mariana y otros historiadores. Población comercial, por el comercio floreciente y rica, al retirarse de ella el mar, llevose consigo su vida y su riqueza. De otro modo, no habría desaparecido tan por completo.

No es el primer ejemplo que nos ofrece la historia de ciudades brillantes que así se han eclipsado y venido á menos. En estos casos, las ciudades, privadas de la ventaja de la comunicación marítima, languidecen por algún tiempo y mueren después; ó, reducidas á la insignificancia de la pobreza, despuéblalas la emigración, y continúan vejétando en la más completa oscuridad. Así debió morir Iria Flavia, dejándonos por todo recuerdo algunos arrabales que aún conservan, un tanto corrompidas, sus denominaciones latinas, como Extramundi, Portas y Ante Portas en Pazos, etc., y su propio nombre ligado á la iglesia parroquial de Padron, y consignado en los mapas de tiempo de César y Augusto: *Sic transit gloria mundi*.

A pesar del pretexto que hallo en esta prision inesperada que debo al Sar; para entregarme á meditaciones histórico-geológicas, es lo cierto que no me agrada ver el valle convertido en lago, y en cielo *inglés* este hermoso cielo. La poesía del agua no compensa la poesía de la vegetación que oculta: y el *bello horror* de ese cielo tempestuoso no puede hacerme olvidar el diáfano azul que ayer ostentaba. Los arroyuelos de las montañas convertidos en torrentes, amenazan en vez de sonreír: sus aguas, que ayer eran promesa de vida, trocáronse hoy en mensajeras de miseria para el pobre labrador.

El pico de Meda envuelto en pesadas y cenicientas nubes, no puede parecerme tan esbélto, ni tan gracioso como cuando lo veo, bañado por los rayos del sol, destacarse enérgicamente en el azulado espacio: las nieblas que ruedan por sus flancos privados de luz, gravitan sobre mi corazón. Hay algo de fúnebre en todo este espectáculo, que no pueden neutralizar las blancas gaviotas que en bandadas se ciernen sobre las aguas aglomeradas en el valle, rozándolas en su rápido vuelo.

Cual lágrimas de pena sin consuelo  
Oigo la lluvia á hilo descender:  
¡Está mi corazón como ese cielo,  
Velado en sombras, pária del placer!

No brilla el sol en la azulada esfera  
Ni la noche nos muestra su fanal:  
La oscuridad en absoluto impera  
Y frenético ruge el vendabal.

Y el agua de los cielos se desprende  
Y el cauce llena del humilde Sar,  
Y por el valle el aluvion se extiende,  
Bramidos finge y olas como el mar.

¿Qué se ha hecho tu azul, cielo sombrío?  
¿Quién tus encantos, valle, marchitó?  
Tus mágicas orillas, pobre río,  
¿Quién falaz á dejarlas te movió?

Tendió la tempestad fúnebre manto,  
Sus cataratas el empíreo abrió:  
*Cual humo el tiempo de gozoso encanto*  
El rudo invierno sin piedad llevó.

Tétrico es todo cuanto en torno miro,  
Natura viste fúnebre crespon:  
Tambien yo, triste, de dolor suspiro,  
Que como el cielo está mi corazón.

Y ruge en mi interior recia tormenta;  
Y ruge del dolor la tempestad;  
Y más mi sufrimiento se acrecienta  
A medida que el sol se esconde más.

Amo la luz, los cielos azulados;  
Amo de las estrellas el fulgor;  
Amo las flores, los risueños prados;  
Me duermo de las brisas al rumor.

Amo la luz, y oscuridad eterna,  
Constante bruma, hallo doquiera voy:  
Hallo doquiera tempestad externa  
Y con la interna combatiendo estoy!

Cual lágrimas de pena sin consuelo  
Oigo á hilo la lluvia descender:  
¡Está mi corazón cual ese cielo,  
Velado en sombras, tético cual él!

---

## VII.

### LA ROMERÍA.

¿Por qué no terminar esta série de cuadros con la descripción de una romería? Porque, se me dirá, aquí no se trata de cuadros de costumbres, sino de paisajes, que es lo prometido, si el título no encierra una decepción. La respuesta parece concluyente, pero tiene vuelta.

Prometí paisajes: y ¿acaso una romería no es un paisaje... social de mi patria? ¿Qué otra cosa son las costumbres de un pueblo más que accidentes de su topografía.... moral?

Sálvenme los puntos suspensivos; que sin ellos, aquel social pospuesto á paisaje, y este moral calificando á topografía, habian de valerme más de una sonrisa burlona por parte del curioso lector. Y sin embargo, si no estuviera tan decidido á dar pronto fin á estos apuntes, á poco que me esforzase, habia de conseguir explicar, y aún justificar, esos dos adjetivos que tan mal aplicados parecen á primera vista. La tarea sería larga, y debo contentarme con los puntos suspensivos, exigiendo que se me reconozca el derecho á las metáforas, que á nadie niega la retórica, y contra el cual nada dice la nueva ley fundamental de la nación española, sin duda por creerlo derecho ilegislable, inalienable, inviolable, y nó pocas veces inaguantable.

No falto, pues, á mi promesa, incluyendo la descripción de una romería entre los *paisajes* de mi patria. Y baste mi palabra.

---

Los señores feudales de la Edad Media, en cuya denominación pretendo comprender á los abades y priores de los conventos de órdenes monásticas no mendicantes, (que los de estas eran señores también por otro estilo) en

celebracion y memoria de sus triunfos militares, ó en cumplimiento de votos hechos en momentos solemnes, ó para halagar y fomentar el espíritu religioso de sus siervos, al cual fiaban su sumision; solian mandar erigir ermitas ó capillas que consagraban á la Virgen bajo sus innumerables advocaciones, y á los santos del riquísimo calendario cristiano.

Estas ermitas se erigian comunmente en las montañas, en medio de los bosques, cerca de la casa señorial y siempre en el territorio del feudo. El dia en que la Iglesia conmemoraba el santo patrono á quien la ermita estaba dedicada, se celebraba misa, y los habitantes de la comarca acudian á oirla y á solazarse en torno de la ermita hasta muy entrada la noche. Era aquel un dia de holganza y de expansion concedido á los siervos, tanto más grato cuanto que en nada les perjudicaba económicamente: ¡trabajaban para el señor! El dueño de la tierra, gracias al *derecho* de conquista ó á la voluntad del monarca, que con la tierra premiaba sus servicios, fijaba á sus siervos la parte del producto de su trabajo que les correspondia. ¿Qué podia, pues, importarles perder un dia bailando en torno de la ermita? Desgraciadamente, el atentado subsiste todavia en pié: la forma feudal pasó, pero el fondo del feudalismo queda y se ha agravado más. Todavia los ociosos, los que nada producen, son los que se aprovechan de la mayor parte de los productos de las tierras que trabajan otros. Todavia el labrador se halla en la obligacion de desprenderse de la parte más considerable de los frutos que arranca de las entrañas de la tierra con el esfuerzo de su brazo, con el sudor de su frente, en favor del propietario; que así se nombra el señor feudal de hoy: ¡propietario de la tierra! ¿Porqué no se habrán apropiado el mar los privilegiados que osaron apropiarse la tierra? Yo no hallo más diferencia entre el mar y la tierra, que entre lo líquido y lo sólido. Pero dejemos á un lado este punto que tanto tiene que ver con el problema social que tan agitadas trae las modernas sociedades.

A esa reunion anual de los habitantes de la comarca en torno de la capilla, se llama *Romería*; y en verdad es una especie de peregrinacion la que hacen al acercarse á la ermita, no muy diferente de las antiguas á la Tierra Santa, á Roma, á Compostela, etc.; solo, tal vez, un tanto más alegre.

Hoy no se ha perdido la costumbre, y los moradores de los campos, como los de las villas y ciudades de mi tierra,

emprenden la religiosa peregrinacion con tanta devocion y tan placenteros como sus antepasados. La libertad absoluta de conciencia que debemos á nuestra malograda revolucion, no influyó en los antiguos usos del pueblo. Van hoy como iba yo muchos años há. ¡Felices reminiscencias de otros dias! Cuando despiertan en mi memoria, no puedo menos de suspirar.

Las romerías, por lo general, comienzan en los primeros dias de Mayo, cuando vegas y colinas se visten de flores; cuando los árboles ostentan sus nuevas hojas; en fin, cuando la tierra se halla bajo el encanto de la bella primavera, cuando la atmosfera está impregnada de los deliciosos efluvios de bosques y jardines.

La romería, propiamente dicha, empieza cuando concluye el servicio religioso. La pequeña ermita, engalanada con esmero, deslumbrante de luces, alfombrada de helecho y de tomillo, cuyo fuerte aroma neutraliza el olor á humedad, inseparable de los edificios que han permanecido cerrados mucho tiempo, es visitada interiormente por los fieles; pero estas visitas son cortas. Exteriormente reina el placer, y los fieles, una vez cumplidos sus deberes sagrados, salen á solazarse en honor del santo.

En torno de la capilla, á la sombra de los árboles de que por lo regular están cercadas, hay largas hileras de mesas cubiertas de toda clase de golosinas, confites, frutas tempranas, refrescos, licores, etc., que atraen con poderoso magnetismo todas las miradas infantiles y aún las de los adultos de los campos, poco acostumbrados á reposarse en tan tentadores objetos. Estas mesas están atendidas por mujeres generalmente jóvenes y bonitas, que no cesan de pregonar hiperbólicamente las excelencias de sus mercancías, en los breves momentos que les deja libres la necesidad de satisfacer á los numerosos compradores que acuden al reclamo.

Para atraer la atencion de las personas mayores, sobre el mismo carro que allí las condujo y protegidas del sol por la enramada ó por un toldo, exhibense algunas pipas llenas de este alegre é inofensivo vino de Galicia. Al lado está la tabernera, invariablemente robusta, plantada en los cuarenta, de rostro rosado tal vez con exceso, con la sonrisa estereotipada en los labios, desnudos los soberbios brazos, y en la cabeza la cofia nacional. En estas ocasiones se permite el lujo de tener por auxiliar una muchacha de buen parecer (es de rigor.) Las blancas jarras, los limpios vasos ó las tazas de porcelana, están en continuo movimiento; y la plá-

cida faz de la tabernera vá adquiriendo mayor aminacion, su sonrisa adquiere mayor fijeza, á medida que las idas y venidas de jarras, vasos y tazas, se multiplican.

Un poco más allá, el tradicional gaitero, con su traje de fiesta, toca gravemente esas sonatas célticas en la céltica gaita, arrancándole alternativamente las notas, ora alegres, ora melancólicas, ya lentas, ya rápidas, de la dulce *muñeira*; ó las locas y precipitadas del exótico fandango. Cerca del gaitero, y con no menos gravedad que él, un muchacho toca el tamboril. En torno de ambos agólpase la multitud, y en el centro del corro, la robusta juventud de nuestros campos baila alegremente. Los mozos saltan como Leotard ó Blondin, agitando las castañuelas, y parecen locos de placer y de vigor: las mozas, con las miradas modestamente fijas en el suelo y las rosas del pudor en las mejillas, danzan de tal modo, que al verlas se diría que no tocan la tierra con los piés, sinó que se deslizan aéreas sobre el verde césped, á la manera de las hadas.

En el bosque, la juventud y la infancia se entregan á otro género de diversion. Enlazadas dos ramas elásticas de dos robles contiguos por sus extremidades, conviértense en *randieira* ó columpio. Un jóven ó una jóven, un niño ó una niña, se acomoda en ese improvisado asiento, y entonces sus compañeros de broma le impulsan vigorosamente, imprimiendo á las ramas un movimiento de oscilacion, que una vez iniciado, se sostiene y continúa por sí solo. Y así se mecen en el aire, sentados en las ramas, unos tras otros, entre las risas y la algazara de todos, algazara que sube de punto cuando alguno, por torpeza ó descuido, viene al suelo contra su voluntad y asumiendo al caer una postúra nada académica.

Fínjase quien quiera el cuadro que á grandes rasgos acabo de delinear; anímelo con la luz del sol en una tarde de primavera; con el bullicio de la muchedumbre que canta y baila; con el son de la gaita que canta y llora; con el ruido monótono del tamboril que electriza á los bailarines y parece que les infunde nuevo vigor; con los gritos agudos de las vendedoras de *rosquillas* y *resolio*; con la voz grave de los vendedores de *agua de limon fria*; extiende el conjunto sobre un paisaje delicioso en que alternan los campos y los bosques, lo agreste y lo cultivado, la sombra y la luz, y tendrá una idea aproximada de lo que es una romería en mi pátria.

Cuando la noche extiende sus sombras sobre la tierra y

comienzan á desvanecerse en la oscuridad las siluetas de los objetos distantes, montes, árboles y hombres, la alegre multitud abandona los alrededores de la vetusta ermita, diciéndole adios hasta el año próximo. ¡Melancólico instante aquel! La fiesta terminó. El que al día siguiente torne á visitar la aislada capilla, la hallará cerrada y triste, hallará el silencio remplazando el goce bullicioso de ayer: se hallará á solas con sus meditaciones.

Durante gran parte de la noche de un día de romería, los dormidos ecos de las montañas despiertan para repetir los *aturuxos* de los aldeanos que se dirigen á sus hogares; ese grito agudo y penetrante, recuerdo del grito de guerra de los celtas.

A lo largo de los tortuosos y estrechos caminos bordados de robles, sauces y zarzas, pueden verse entonces jóvenes parejas que se alejan murmurando tímidamente dulces palabras de amor, ó entonando á duo y con toda la fuerza de privilegiados pulmones esos cantares esencialmente tristes que componen el repertorio *cantable* de los campesinos de Galicia. ¡Cuántas veces llegaron á mis oídos sus notas dolientes, al través de una gran distancia, en una calma noche de primavera ó de estío!

Un día de romería es un día feliz para todos, sin escepcion de edad ni de clase.

Adultos y muchachos, el habitante de los campos como el de las villas, hallan placer en ella. Los muchachos, sobre todo, son tan aficionados á esta fiesta popular, que no perderian una sola, si, por supuesto, sus padres tuvieran siempre el desprendimiento de regalarles cuatro ú ocho cuartos para gastarlos en la romería, pues ya la experiencia les ha mostrado que todo en el mundo cuesta dinero, y que sin dinero no hay felicidad (esto es, rosquillas y cerezas) para ellos.

Así está tan grabado en mi memoria el recuerdo de esa fiesta: así es inseparable de los más caros de la infancia, en todas las memorias. Por eso yo, al regresar á la patria, después de diez años de ausencia, asistí á la primera romería que se celebró. Sí; fuí á la vetusta y solitaria ermita, rodeada de bosques y de verdes campos, á bañar mi corazón en la fresca fuente de las memorias de la infancia.

Quise comparar el recuerdo con la realidad; y los hallé conformes.

El tiempo no pasa sobre las romerías como pasa sobre los que á ellas van.

---

## Galicia

He rendido ya el debido culto á mi amada Galicia en lo tocante á sus bellezas naturales: no el que ella se merece, ciertamente, que para eso fueran menester talento mayor é imaginacion más rica que los que en suerte me cupieron;—sinó el que mis escasas dotes intelectuales, ayudadas del entrañable cariño que siempre la consagré, me permitian tributarle; pero quédanme aún por hacer algunas observaciones de índole menos poética, sobre asuntos que más se relacionan con la cabeza que con el corazon; y aunque estos asuntos pertenezcan á órdenes muy diversos entre sí, voy á permitirme tratarlos en un solo capítulo, porque al fin y á la postre, su síntesis es el epígrafe que he puesto al comenzar estas líneas: GALICIA.

---

### I.

#### FALSAS IDEAS ACERCA DE GALICIA

El que solo de oidas conozca á Galicia y, sobre todo, s ese conocimiento data de aquellos países americanos á don de llegan en mayor número los emigrantes galaicos, fingirá sela en su mente como una region estéril, ingrata al trabajo del hombre, envuelta en una atmósfera de muerte y habitada por mendigos que solo emigrando pueden evadirse de las aceradas garras del hambre.

Claro está: ¿Cómo es posible abandonar la tierra que nos vió nacer, si no nos arroja de ella al terrible espectro de la miseria?

Tal es el razonamiento por cuyo medio pretenden darse cuenta de ese fenómeno social llamado emigracion, los que, incapaces de penetrar en el fondo de las cosas, quédanse

muy satisfechos cuando consiguen rozar apenas su corteza.

Pensar así en esta cuestión, equivale á confesar una ignorancia supina; pero esto no quita que yo haya tropezado con muchos razonadores de tal calibre en mis peregrinaciones por América; y por cierto que para hacer vacilar su fé en la indicada satisfactoria explicacion, bastábame dirigirles esta pregunta:

«¿Y cómo conciertan ustedes esa lúgubre y horripilante idea que han llegado á formarse de Galicia, con el vulgarísimo hecho de que no hay un solo emigrado gallego que no sueñe con el regreso á la pátria desde el mismo punto y hora en que la dice adios; y lo que es más elocuente todavía, que no lo verifique tan luego como á costa de privaciones sin ejemplo, arrostradas con estoicismo espartano, allega la corta suma necesaria para hacerse propietario en su país natal?»

Algunos querian írseme por la tangente apelando á aquello de que el amor á la pátria es innato en el hombre; pero los más echaban mano de la estratagemá del silencio, que es concluyente en estos casos, y el argumento de los otros era poca cosa para taparme la boca, como suele decirse. Lo natural, lo lógico, es que el hombre aborrezca el dolor, y dolor es el hambre, y no es placer la miseria. En cambio, no es lógico ni es natural que el hombre tenga amores innatos, como reminiscencias de una existencia personal anterior: sus amores, como sus ideas, estuvieron antes en sus sentidos que en su intelecto: débelos á la percepción material, y si esta es desagradable, si le causa dolor, lejos de inspirarle cariño, inspírale repugnancia invencible hácia el objeto que le hiere.

Pero por muy perplejos que dejase á mis opositores la simple enunciacion de un hecho vulgar, más perplejidad había de producirles el conocer de vista á Galicia, observarla prácticamente, verse, cual yo tengo la dicha de verme ahora, en la necesidad de admirar sus bellezas, su asombrosa fertilidad y su inmejorable posicion geográfica.

—¿Por qué emigran los gallegos?—se preguntarian asombrados.—¿Dónde podrán hallar tierra más bella?—  
¿Qué les falta aquí?

Y si por acaso versados fueran en la dulce lengua de las cántigas y hubiesen leído los *Cantares* de la inspirada Rosalía Castro, repetirían con ella:

*¡Sol á Italia, sol d'amore!  
¿Tí paisax mellor alumas,*

*Ti mais rosas, mais verdore  
Mellor ceu, mais soave core  
Ves d'o golfo antr'as escumas?*

Y echaríanse á buscar por el dilatado campo de las hipótesis, la que pudiese sacarles más á prisa del atolladero; y buscarían en vano ó tal vez aceptarían, como generalmente sucede, la menos racional ó la que primero se pudiese al alcance de su cacúmen; pero de todas suertes, ya tendrían que renunciar á la explicación que les bastaba del otro lado del Atlántico, ya se verían en la precisión de no atribuir el Éxodo de mis paisanos á la ingratitude del suelo natal, al aterrador espectro de la indigencia: ¡ya comenzaría el triunfo de Galicia!

También yo me he preguntado más de una vez: ¿porqué emigramos? ¿porqué trocamos, siquiera sea temporalmente, este pequeño Eden, por las costas del Nuevo Mundo, yendo en pos de esperanzas que pocas veces se realizan?

Y me he creído obligado á contestar estas preguntas, no porque yo las hacia, sino por que las hacian otros. No juraría haber hallado la contestación buscada, pero algo parecido encontré y allá vá.

---

---

## II

### BREVE ESTUDIO SOBRE LAS CAUSAS DE LA EMIGRACION GALLEGA

La emigración, según la define el economista Molinari, es una exportación de trabajo y de capital. Sus causas comunes son varias, pero merecen citarse como las principales, el exceso de población, el progreso constante de la industria que dá vida á nuevos centros productores y ofrece pronto y útil empleo á brazos ociosos en otras regiones; el deseo natural de mejorar, cambiando de residencia, ayudado por esa misteriosa atracción de lo desconocido; — y las revoluciones políticas provocadas por la tiranía de los gobiernos que buscan su ideal en el pasado y por la impaciencia de los pueblos que á su vez la buscan en el porvenir. Las causas secundarias son innumerables.

En la edad media, el feudalismo y las municipalidades contuvieron la emigración de labradores y artesanos, y á este sistema prohibitivo debe atribuirse gran influencia en el atraso general de aquel tenebroso período que poetas afec-

tados y políticos miopes ó hipócritas, se empeñan en presentarnos como la verdadera edad de oro.

Pero en Galicia, el feudalismo perdió toda su fuerza mucho antes que en el resto de España. Las famosas «hermandades», anticipándose á la política sagaz é implacable de los Reyes Católicos, declararon guerra sin cuartel á aquella institucion gótica y la hirieron de muerte.

Cuando una órden real hizo rodar cruelmente la cabeza de Pardo de Cela, la figura más noble y más simpática de aquella revolucion político-social, preciado timbre de gloria de esta desconocida provincia; cuando los agentes de Isabel y Fernando arrasaron los castillos feudales y confiscaron los solares, no hicieron más que poner la firma régia á la obra del pueblo por el pueblo comenzada y por él llevada á cabo, guiándose por sus propias inspiraciones. Las ideas que pierden el apoyo de la conciencia, no tardan en morir en el espacio, y la idea feudal habia muerto ya en la conciencia del pueblo galaico.

Cesó, pues, en Galicia la tiranía de los señores y vino el poder absoluto de los monarcas, que representaba un progreso realizado sobre la barbarie feudal, pero la centralizacion, esa carcoma compañera inseparable del absolutismo, mató la autonomía de Galicia; cual si al trasladarse á la capital del reino los vencidos nobles, en cortesanos y pajes convertidos por los Reyes Católicos, se hubiesen lleva do consigo la libertad y la vigorosa vida provincial de esta tierra. ¡Extraña anomalía!

Las rentas comenzaron á afluir á la corte en vez de quedar y emplearse aquí, como antes sucediera: con los nobles, que eran los ricos, se fué el espíritu de iniciativa y se dió el espectáculo de siempre: el desarrollo del centro á espensas de las extremidades; resultado constante y lógico del sistema centralizador, al cual se deben esas naciones deformes en que el gobierno es tod, y el pueblo nada: cuerpos raquíuticos con cabezas de gigantes.

En esta languidez, fruto de los acontecimientos someramente indicados, languidez agravada aún por los gobiernos despóticos que se sucedieron en nuestra España, creo descubrir la causa primordial de las emigraciones que aquí comenzaron. El constante aumento de poblacion que, como afirma Malthus, está siempre en razon directa del aumento de subsistencias; la conquista y colonizacion de las islas Canarias por gallegos realizada; el descubrimiento del Nuevo Mundo y el espíritu de aventura que se despertó en el pueblo español una vez terminada gloriosamente la

empresa homérica de la Reconquista; no han hecho más que vigorizar aquella causa primitiva.

La circunstancia de hallarse la propiedad territorial, en su mayor parte, en poder de manos muertas—conventos, cabildos, hospitales, mayorazgos etc.—imposibilitaba todo adelanto en la agricultura, imposibilitaba hasta los desmontes, porque nadie invierte trabajo en propiedades ajenas. La industria se resentía del atraso universal y un corto número de brazos cubría sus necesidades, en tanto que la población, que no puede permanecer estacionaria en esta fertilísima tierra, seguía progresando. El pedido de brazos era menor cuanto era mayor su oferta: ¿en qué había de emplear su actividad y su energía este pueblo laborioso y honrado por excelencia? No le quedaba otro camino que el de la emigración, en busca de palenque más vasto y más animado en que ostentar su laboriosidad.

Explicadas según las comprendo las causas principales de la emigración, tomada en el punto de partida, me limitaré á enunciar muy á la ligera, algunas otras secundarias que han venido sosteniendo á aquellas hasta hoy, y neutralizando los innegables progresos realizados, así en el orden político, como el económico y social. El asunto es bastante por sí solo para llenar un libro.

La desamortización de los bienes de manos muertas fué una medida utilísima sin duda alguna, y de grandes resultados para la prosperidad del país; pero habría sido mucho más provechosa realizada bajo bases más políticas y mirando más al porvenir que al presente. Fué aquella una gran oportunidad para convertir en propietarios, (puesto que nuestra organización social aún sigue considerando apropiable la tierra) á algunos centenares de miles de hijos desheredados del pueblo, que al dejar el fusil con que aseguraron el triunfo de la libertad en su patria, volvieron, desheredados como antes, á las filas del proletariado. La nación habría ganado con eso un aumento en su riqueza y en sus rentas; la libertad, soldados agradecidos, y el problema social, que hoy se presenta más pavoroso que nunca, habría comenzado á resolverse. Pero la desamortización vino á favorecer á los capitalistas, y solo fué fecunda á medias en Galicia como en las demás provincias: la emigración continuó.

El abandono con que han mirado el gobierno central, y aún los provinciales y los ayuntamientos—hechuras de aquel en el sistema monárquico,—todo lo relativo al adelanto de Galicia, comparable tan solo con la predilección

que le demostraron para abrumentarla á fuerza de impuestos de sangre y oro, prevalidos de la índole pacífica de su poblacion, vese patente durante largos años en la carencia casi absoluta de vías de comunicacion é instituciones de crédito; en la falta de todo estímulo para las artes y la industria; en el desprecio injusto é irritante de que aún hoy suelen hacer alarde algunos necios hácia una provincia que daba todo el oro y todos los soldados que le exigian, sin jamás pedir nada en recompensa de tanto sacrificio. Tampoco esto era muy á proposito para contener la emigracion.

Suele decirse que en Galicia todo el mundo es propietario de tierras, y puede aceptarse el dicho como exacto, descartada la parte de exageracion que envuelven todas las afirmaciones absolutas aplicadas á colectividades. Sí; aquí casi todos los habitantes poseen en propiedad un pedazo de terreno que las divisiones y subdivisiones necesarias para repartir las herencias entre los numerosos individuos de cada familia, se encargan de reducir á dimensiones microscópicas.

La propiedad así subdividida, lejos de ser un bien, es un mal grave, que ha llamado la atencion de los que se interesan en el porvenir de Galicia; pero que desgraciadamente, pasó y pasa desapercibido para nuestros legisladores, engolfados como suelen hallarse en la trascendental combinacion política de averiguar cómo piensa el ministerio en esta ó la otra cuestion de presupuesto, para pensar exactamente lo mismo que el ministerio y darle el voto con patriótica abnegacion.

El propietario de una heredad que se mide con cuatro pasos, sufre todas las cargas inherentes á la propiedad, sin disfrutar ninguna de sus ventajas. El defectuosísimo sistema tributario en uso hoy, abruma á los *pequeños propietarios* mientras pesa ligeramente sobre los grandes, ya por ser éstos encargados de distribuirlo, ó por ejercer mayor influencia en los municipios. El impuesto, las rentas de los señoríos—cabildos, conventos, etc., que hoy cobra la nacion—absorben con exceso el escaso rendimiento de los predios rústicos de poca extension, y el poseedor de ellos emigra en busca de fondos con que adquirir propiedad más formal y menos ruinoso.

Si á estas causas secundarias, aunque poderosas, de la emigracion galaica, agrego los progresos de la ensenanza que, descubriendo con la mayor instruccion horizontes más vastos á los hijos del pueblo, obliágalos á lau-

zarse á otras regiones en pos de la realizacion de ensueños que desesperan de poder realizar aquí, seducidos acaso por el antiguo proverbio: *Nadie es profeta en su pátria*;—la manía avasalladora de la imitacion y la magia irresistible del nombre de América (1), magia alimerada por las fabulosas leyendas de cerca de cuatro siglos; habré pasado revista á todas ó casi todas las causas de esa emigracion, que tan mal se explican unos y tan poco preocupa á otros.

---

---

### III.

#### MEDIOS DE EVITAR LA EMIGRACION.

Mal juzgaria de mí, quien me creyese enemigo en absoluto de la emigracion; y esperaria en vano el que esperase verme aconsejar al Gobierno la adopcion de medidas restrictivas para impedir la. Conozco la ineficacia de tales medidas, y creo, por otra parte, con la buena escuela económica, que la emigracion es una empresa comercial como cualquier otra, que puede dar resultados favorables ó adversos, segun las circunstancias y los cálculos.

Duéleme, sí, presenciar ese continuo Éxodo, que roba á mi pátria brazos que en ella podrian ser muy útiles, si la política de menudeo dejara de pesar como una losa de granito sobre la infeliz España, entorpeciendo su asaz lenta marcha por la senda de los adelantos materiales; pero no se me oculta que la emigracion, cuando tiene buen éxito, favorece igualmente á los dos países: al de que proceden los emigrantes, y al que los recibe y se aprovecha de sus capitales ó de sus brazos. A aquel, porque cada emigrante afortunado que regresa, es un nuevo capital que se agrega á los que posee, y por consecuencia, un nuevo elemento de produccion: á este, porque al llegar á él le presta igual servicio, y al retirarse, déjale tambien un capital que antes no tenia, representado por su con-

---

(1) La alucinacion producida por ese nombre, llevó á mi padre á morir bajo el cielo inhospitalario del Brasil, en la flor de su juventud. ¡Contaba veinte y seis años! Hablo, pues, por experiencia.

sumo, esto es, por la mayor parte de la riqueza que produjo durante su permanencia allí.

Dada la situacion actual de España, la emigracion es inevitable; pero si la paz se restableciese, si se afirmaran las conquistas políticas realizadas por el pueblo á costa de tanta sangre; si los españoles todos se habituasen á la posesion y al uso de la libertad, y aprendieran á pedir á la ciencia económica las soluciones que inútilmente esperaron de eso que, los que de ella viven, han dado en llamar ciencia política;—España, lejos de ver á sus hijos alejarse, sollozando, de sus amadas costas, tornaría á ser el jardin de las Hespérides, aquella region codiciada que con el incentivo de los tesoros escondidos en sus entrañas fecundas y el de su clima feliz, atrajo hácia Occidente con los griegos, los fenicios, los cartagineses y los romanos, el sol de la civilizacion que doraba con sus fulgores el cielo del Oriente.

Como se vé, no pido restricciones gubernativas, porque sé que agravan el mal en vez de remediarlo. Nunca fué mayor la emigracion en Irlanda, en Alemania y en Italia, que cuando los gobiéornos pretendieron prohibirla; que es ley ineludible de la humana naturaleza desear con más ardor aquello que se nos prohíbe.

No quiero, pués, prohibiciones: quisiera, sí, que una reforma radical de nuestro sistema tributario convirtiese la agricultura en una empresa de seguro lucro: quisiera que cerrándose para Galicia la sangría de la centralizacion, pudiese invertir sus rentas en el fomento de su propia riqueza, cubriendo su accidentado y pintoresco territorio de vias férreas que abriesen mercados ventajosos á sus productos sobrantes y alimentasen el tráfico de sus cien puertos, dando vida á la marina mereante con el aumento del comercio de exportacion y de cabotaje: quisiera que los capitalistas del país, en lugar de contentarse con la tranquila existencia que les proporciona su oro, y vivir vejetando entregados al *dolce far niente*, tendiesen uná mano protectora á la agricultura y á la industria, planteando, por la asociacion, fuente de los grandes progresos modernos, instituciones de crédito que proporcionasen capitales baratos á los labradores, emancipándolos de la tiranía de la usura privada que hoy los ahoga;—estableciendo fábricas y talleres é importando los útiles de labranza y las máquinas que el génio moderno perfecciona sin cesar, realizando cada dia nuevas conquistas sobre la madrastra naturaleza.

Mucho pedir es, yo lo confieso; pero solo á este pro-

cio se conseguiria cortar la corriente de la emigracion que de aquí parte; porque solo así esos brazos que hoy nos abandonan, consentirian en quedarse, aún con la perspectiva de una utilidad inferior á la que, fundadamente ó nó, se prometen en los remotos países á donde se encaminan. No habria prohibicion más eficaz.

Afortunadamente—lo diré aún á riesgo de pasar por optimista—no está lejano el dia en que se realicen mis deseos. La época de las vias férreas ha comenzado (¡al fin!). Próximas á terminarse hay tres importantísimas: la de Vigo á Orense, la de la Coruña á Lugo y la de Santiago á Carril: vias que pondrán en rápida comunicacion con excelentes y cómodos puertos, las comarcas centrales más ricas de Galicia, y facilitarán salida á sus productos, hoy casi desconocidos é inexplorados.

Una vez terminados felizmente estos ensayos, los caminos de hierro se multiplicarán sin más estímulo que la segura ganancia que prometan á los empresarios.

En los países despoblados é incultos, el ferro-carril es una causa; pues se construye para atraer la poblacion y crear el tráfico: aquí será un resultado, dados los ensayos actuales, puesto que poblacion, produccion y tráfico están asegurados de antemano.

No es de poca importancia el dar á conocer en el exterior nuestros excelentes productos. Al conocimiento que de ellos adquirieron los ingleses por medio de aquellos de sus compatriotas que aquí acompañaron, y acompañan todavía al Sr. Moulton, empresario de la línea férrea de Santiago á Carril, débese esa activa exportacion de ganado que tan pingües beneficios está produciendo á los labradores de esta parte de Galicia; y ese comercio está llamado á recibir un gran impulso cuando la via esté terminada y pueda ir el ganado en los *wagones* y ser trasladado directamente de ellos al vapor en el notable muelle de Carril.

Tal es mi fé en los destinos de esta bella porcion de España; tal el conocimiento que tengo de su riqueza, que no dudo poder regocijarme todavía, si no son muy pocos los años de vida que me restan, en el magnífico espectáculo de su prosperidad y su ventura. Sí; aún espero ver el día feliz en que Galicia sea tan admirada, tan envidiada, como tenida en poco ha sido hasta ahora por los que nó la conocían ó la vieron al través del engañoso cristal de la preocupacion más estúpida.

En tanto no luce la ansiada aurora de ese dia de re-

paracion, repetiré el grito alentador que la contemplacion del doloroso martirio de mi pátria arrancó del alma generosa del poeta:

• ¡Espera, Galicia, espera!

.....  
Porque los tiempos se acercan  
Y cuando suene tu hora,  
Feliz subirás y grande  
A la cumbre de la gloria. (1)

---

(1) Ventura Ruiz Aguilera



¡Salud!

¿Cuando de nuevo tornaré á tus valles  
A respirar oxígeno de vida?  
Podré de mi destierro la medida  
Cumplida un hora venturosa ver?  
¡Día feliz el en que torne á veros,  
Valles del cielo, mágicas regiones,  
Y sean realidad mis ilusiones  
Y un recuerdo remoto el padecer!

Así exclamaba, diez años há, al decirte adios, Galicia mía! ¡Ensueño juvenil! Cesó mi destierro: he vuelto á respirar el aire puro de tus campiñas, he disfrutado de ese placer sublime que no puede tener igual en ningun otro instante de la vida. La primera parte de mis deseos está cumplida; pero ¡ay! no así la segunda. Mis ilusiones no existen, como ilusiones ni como realidad. Ya no abrigo ilusiones; prendidas quedan en los abrojos de la vida y no renacerán. La vida no es como el árbol:

*El árbol sigue siempre dando flores  
Más ¡ay! la vida nó.*

El corazon solo tiene una primavera, y la del mio pasó para no volver. ¡Pobres ilusiones mías!

Ni es recuerdo remoto el padecer.

Recuerdo remoto para mí, es el goce. El dolor está próximo, vive en mí: el placer, lejano: murió en mi pasado. Pasado, presente y porvenir, son términos que pueden sustituirse por estos otros: el recuerdo, la nada y la esperanza. Pero media tan poco espacio entre los tres, que, sin vulnerar la propiedad de la frase, en cualquiera de ellos es posible condensar la significacion de los otros dos. Así, la esperanza, podrá encerrar la nada y el recuerdo: en el recuerdo, cabrán la esperanza y la nada; y la nada sería muy pronto fórmula exactísima y lacónica del recuerdo y la esperanza.

¡Nada, nada! Idea infinita é indefinible, como el tiempo, como el espacio, como lo absoluto, como la eternidad: tumba del ayer, del hoy y del mañana; mar sin linderos, en que se pierden las vibraciones del corazón y se sumerge la vida como la linfa del arroyuelo en la profundidad insondable del Océano.

¡Nada! Eso son hoy, valle natal, las ilusiones en cuya realizacion confiaba ayer.

Hermosos valles, gigantescos rios,  
Azules cielos, de tí lejos ví;  
Y el alma entera en los suspiros míos  
Entonces, valle, yo enviaba aquí.

En otros climas, la natura infunde,  
En vez de gozo, místico pavor:  
Aquí, risueña, júbilo difunde:  
No es tan gigante, mas inspira amor.

En tí, en la edad que á la ilusión convida,  
Mi mente un bello porvenir soñó:  
¡Sueño gentil del alba de la vida  
Que del destino el soplo dispó!

---

En tí mi pecho,  
Valle querido,  
Sintió el latido  
Primer de amor:  
En tí he sentido  
Los hechiceros  
Goces primeros  
Primer dolor.  
Doliente el alma  
Vuelvo á tu seno,  
Jardin ameno,  
Valle del Sar:  
Huello tus mágicos  
Prados risueños,  
Mas... mis ensueños  
¿En dónde están?

---

Las ilusiones que alenté, espiraron,  
Del desengaño al destructor alud.

¡Memorias que no espiran me quedaron  
Y el puro amor que me inspiraste tú!

---

Pero siempre me queda tu amor. Cuando los demás amores que suavizan la senda de la vida desaparecen, y mueren en el alma las ilusiones de la juventud, y alza el vuelo la esperanza que nos alienta en la jornada del mundo, aún queda algo si queda el amor de la patria. ¡Y ese es eterno en mí! Deja, pues, que mientras sueña la hora de abandonarte de nuevo, patria mía, goce de tus encantos. ¡Tú siempre eres bella: tú siempre me reconocerás, como yo te amaré siempre!

Al fin cobija mi quemada sien  
El cielo hermoso que nacer me vió:  
Al fin, el aura del galáico Eden,  
Mi mística frente á acariciar volvió.

Años tras años de tormento cruel,  
Lentos pasando, de tí lejos ví:  
Horas tras horas, destilando hiel,  
Luengas cual siglos, pero al fin volví.

Si de tí lejos me arrojó la mar  
Allá en las playas donde muere el sol,  
Su rudo empuje consiguió arrancar  
De tí mi cuerpo, pero el alma nó.

Pobre expatriado, ¡bajo cuántos cielos  
Mi paso incierto y mi dolor llevé!  
Mas nunca en medio á mis acerbos duelos,  
Galicia mía, nunca te olvidé.

Que es de la patria el adorado nombre  
De vida esencia, rutilante sol  
Que en el destierro vé lucir el hombre  
Disipando las brumas del dolor.

.....  
Altivos montes, pintoresca vega,  
Risueños valles, cielo de zafír:  
Hoy siente el hijo, que á admiraros llega,  
Con nueva vida el corazón latir!

## ERRATAS (1)

---

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
4	1	amarrandole	amárranlo
6	17	Yo	Ya
24	28	<i>right</i>	<i>right</i>
32	7	docentes	<i>decentes</i>
65	30	el	del
90	37	místico	mítico
93	29	é	á
100	26	los	las
102	23	capitulito	capitalito
120	27	Está	Esta,
146	13	En	El
177	7	ácues	ácueas
198	24	encanto	canto
201	18	generosos	graciosos
202	8	<i>fanshioned</i>	<i>fashioned</i>
203	9	<i>Farl</i>	<i>Far</i>
220	5	dimensiones	direcciones
221	2	ocultas en mar	ocultos en un mar
231	26	entibiando	enturbiando
237	7	la	á
238	30	los	las
248	24	al	el

---

(1) No se mencionan otras de menos importancia, cuya corrección hará fácilmente al lector.



# INDICE

	Págs.
<i>Introduccion</i> .....	III
<i>En la bahia de la Habana y á la vela</i> .....	1
<i>Nueva-Orleans</i> .....	10
<i>De Nueva-Orleans á Nueva-York, en ferro-carril</i> .....	15
<i>Louisville, Kentucky</i> .....	24
<i>Cincinnati, Ohio</i> .....	26
<i>Nueva-York, casi á bulto</i> .....	28
<i>Newburgh, N. I.—Su aspecto y situacion, etc</i> .....	35
<i>Una ascension á los Beacon Hills</i> .....	39
<i>La casa de Harsbrouk</i> .....	44
<i>Horas de soledad:</i>	
I. ....	48
II. ....	50
III. ....	52
IV. ....	54
V. ....	57
VI. Proteccionismo .....	59
VII. Reminiscencias .....	65
VIII. Miscelánea .....	67
IX. La noche de San Juan .....	73
X. Victoria Woodhull y sus doctrinas.....	76
XI. Pellizcos.....	81
XII. Time is money. El tiempo es dinero....	85
XIII. ¿Se incuba aquí una nueva civilizacion?	88
<i>Una escursion á regaña-dientes</i> .....	93
<i>A caza de cuarenta duros</i> .....	98
<i>El Niágara</i> .....	109
<i>Matar el rato</i> .....	122
<i>Una ejecucion en horca</i> ..	134
<i>Los mormones</i> .....	146
<i>Humo</i> .....	161
<i>Rios</i> .....	169
<i>Espana en América</i> .....	179
<i>De nuevo á rodar</i> .....	195
<i>Europa</i> .....	199
<i>Trece dias en Liverpool</i> .....	203
<i>De Liverpool á Vigo, vía de Santander</i> .....	206
<i>La Pátria:</i>	
I. Amor pátrio.....	208
II. América y Galicia.—Dos bellezas .....	211
III. ¡No te olvidé! .....	212
IV. El valle del Sar .....	215
<i>Paisajes:</i>	
I. El Meda .....	220
II. Extramundi .....	223
III. Orillas del Ulla .....	226
IV. Camino de Herbon.....	230
V. Lestrobe.—La de Hermida .....	234
VI. El valle inundado .....	239
VII. La Romería .....	243
<i>Galicia</i> .....	248
<i>¡Salud!</i> .....	258

Nombres	Ejems.	Nombres	Ejems
Felipe Torroba.....	4	Genaro Vilanova.....	1
Cárlas Casares.....	4	Cristino García.....	1
Rufino Varela.....	1	Federico Echetto.....	1
Dr. Aristobulo del Valle....	1	Santiago Raggio.....	1
Antonino Cambaceres .....	2	E. D. Cobas.....	1
José M. Lagos.....	2	Pablo Beltran .....	2
Marcial Miguez.....	1	Vicente Manguero.....	1
José Villanueva.....	2	J. L. Sanchez Guerra.....	1
Alfredo Fernandez.....	1	Serafin Gonzalez.....	2
Manue' Mouzo.....	1	Manuel Otero Beiró.....	1
Jaime Ventura.....	1	José Larumbe Mariñclarena.	1
Manuel Estevez.....	10	Antonio Pereyra Iglesias....	1
Sabino Uregui.....	1	Camilo Perez Padilla.....	1
Vicente Baldich.....	2	Juan Dufrancos.....	2
Juan Yunquer.....	1	Alejandro Martinez.....	1
Emilio Argüelles.....	4	Carles y Agrasar.....	3
Matías Salazar.....	6	Pablo L. Mendez.....	10
Agustin Gando .....	1	Manuel G. Canata.....	1
Francisco Arrevillaza .....	1	Juan Navarro.....	1
E. A.....	1	Juan M. Campos.....	1
Juan Rodriguez Martinez....	1	Demetrio Marquez.....	1
Manuel Blake.....	2	Eduardo Salinas.....	1
José M. Nuñez.....	2	Pedro Alonso.....	1
Andrés Palacio .....	14	Manuel Fernandez.....	2
Juan G Rocha.....	1	Antonio Molina.....	1
José M de Castro.....	1	Francisco Masferrer.....	6
Félix A Senestrars.....	1	Santiago Diz.....	2
Sres. Estapé y Muragas.....	1	Liborio Luna.....	1
Pablo Torrás.....	1		

██████████

-----